DRACENIA

Libro III





DRACENIA

LIBRO III



Edición de lectura

Colección DRACENIA



Contenido

Capítulo 1 — La dirección equivocada 1

Capítulo 2 — Por donde da el sol 13

Capítulo 3 — Una mesa junto a la ventana 22

Capítulo 4 — Lo que faltaba en la lista 33

Capítulo 5 — El frío entre los asientos 43

Capítulo 6 — Antes de levantar la mano 53

Capítulo 7 — El brazo que todos miraban 63

Capítulo 8 — Una forma de mirarlo 72

Capítulo 9 — Un lugar en el aire 81

Capítulo 10 — Al otro lado del ramal 90

Capítulo 11 — Cuatro horas 100

Capítulo 12 — La parte que no decía 110



Contenido



Capítulo 13 — Los que se quedaron 118

Capítulo 14 — La curva de afuera 125

Capítulo 15 — Donde terminaba la lluvia 132

Capítulo 16 — Lo que quedó de la escoba 142

Capítulo 17 — Lo que no salía 151

Capítulo 18 — Un nombre conocido 159

Capítulo 19 — Al otro lado de la pared 169

Capítulo 20 — Una cosa a la vez 178

Capítulo 21 — Antes de salir a volar 187

Capítulo 22 — Lo que había pasado después 196

Capítulo 23 — Una voz al otro lado 206

Capítulo 24 — Un segundo antes 215







Contenido



Capítulo 25 — La primera vuelta 223

Capítulo 26 — Lo que una escoba no podía hacer 232

Capítulo 27 — Lo que Hagrid quería decir 240

Capítulo 28 — La puerta abierta 249

Capítulo 29 — Delante de todos 258

Capítulo 30 — Mientras tanto 266

Capítulo 31 — Algo que se pudiera detener 276

Capítulo 32 — Lo que sí había visto 284

Capítulo 33 — El lugar desde donde mirar 293

Capítulo 34 — Sin soltar la varita 303

Capítulo 35 — El momento de cerrar la mano 312

Capítulo 36 — Antes de la última semana 325





Contenido



Capítulo 37 — Las últimas páginas 334

Capítulo 38 — La hoja doblada 343

Capítulo 39 — Donde terminaba el túnel 350

Capítulo 40 — Del otro lado del agua 367

Capítulo 41 — Al otro lado de la ventana 381

Capítulo 42 — Antes de volver a casa 384

Capítulo 43 — Con la ventana abierta 392





CAPÍTULO 1

La dirección equivocada



Harry

Harry había escrito tres líneas de la carta cuando su tía lo mandó a cambiar las sábanas del cuarto de invitados.

—Y saca tus cosas del armario —añadió Petunia desde el pasillo.

Harry miró el pequeño montón de ropa que había dejado sobre la cama.

—Este es mi cuarto.

—El otro armario, Harry. Tu tío tiene que guardar sus camisas.

Se llevó la carta doblada en el bolsillo. En la habitación de al lado había dos juegos de sábanas, una colcha demasiado gruesa para aquel calor y un tapete que Petunia le hizo mover tres veces. Al terminar, Harry abrió un poco la ventana.

Su tía la cerró.

—A Marge no le gustan las corrientes de aire.

Tampoco le gustaban los niños flacos, las manchas en los zapatos ni que Harry se sentara donde ella pudiera verlo comer. Una semana iba a ser bastante larga.

Abajo, Vernon comprobaba la ruta hasta la estación, aunque había ido tantas veces que Harry sospechaba que podría encontrarla con los ojos cerrados. Dudley esperaba junto al

teléfono. Su tía siempre le traía dinero, y él parecía temer que, si se apartaba, otro pudiera recibirlo.

Harry sacó del bolsillo una hoja distinta.

—Tengo que pedirte una firma.

Vernon alzó la mirada por encima del periódico.

—¿Qué rompiste?

—Nada. Es para unas salidas de la escuela.

Había encontrado el formulario en el sobre de Hogwarts, debajo de la lista de libros. Los alumnos de tercero podían visitar Hogsmeade algunos fines de semana. Harry había leído la explicación despacio, imaginando una calle donde no tuviera que contar los minutos antes de volver a Privet Drive. Necesitaba la autorización de su tutor.

Vernon dejó el periódico, pero no tomó la hoja.

—Primero vamos a ver cómo te comportas con tu tía.

—Me voy a comportar igual aunque lo firmes ahora.

Dudley soltó una risita junto al teléfono. Vernon lo miró y la risa se acabó.

—Precisamente esa clase de respuestas, muchacho.

Harry dobló el papel por la marca que ya tenía.

—¿Al final de la visita?

Su tío frunció el ceño.

—Si no hay incidentes.

Harry guardó el formulario. Subió a su habitación antes de que Vernon decidiera que negociar también era un incidente.

La carta seguía a medio terminar. Había empezado contándole a Ron que Petunia había comprado un cojín para un perro que

todavía no llegaba y que él no debía apoyar los pies en el sofá. Lo leyó otra vez y agregó que la visita duraría una semana.

Hedwig abrió un ojo desde lo alto del armario.

—Todavía no —le dijo—. Me falta una parte.

Buscó cómo explicar lo de Hogsmeade sin sonar tan preocupado como estaba. Acabó preguntándole a Ron si él ya tenía permiso.

Era mucho más fácil cuando podían hablar acostados en sus camas y nadie tenía que esperar a que una lechuza cruzara el país.

El día de su cumpleaños, Harry encontró una pluma gris adherida al marco de la ventana y una carta de Hermione sobre el escritorio. Hedwig había regresado mientras dormía y ahora ocupaba la jaula, con el aire ofendido de quien había tenido que empujar algo que no estaba bien cerrado.

Harry le dio agua antes de abrir el sobre.

Hermione le deseaba un buen cumpleaños. Había comprado un libro para él y prefería entregárselo en Londres: su padre había visto el paquete y quería saber por qué se movía. No le explicó si había conseguido convencerlo. Más abajo preguntaba cómo iban sus vacaciones y decía que las de ella no tenían nada de extraordinario, aunque había gastado casi todo lo que le permitían llevar en libros.

Harry se sentó en el borde de la cama para contestarle.

Puso la fecha en una esquina: 31 de julio.

Trece años. Por un momento probó cómo sonaba en voz baja, con la puerta cerrada y nadie esperando que bajara a limpiar algo. Después escuchó a Petunia llamarlo y tapó el tintero.

Marge llegó antes del almuerzo, con un perro pequeño en brazos y la seguridad de que toda la casa necesitaba sus opiniones. Le

pellizcó una mejilla a Dudley. Harry recibió un vistazo y la indicación de que cargara la maleta con cuidado.

Pesaba como si dentro llevara otro perro mucho más grande.

—No la arrastres —dijo ella.

Harry la levantó para subir el primer escalón. El asa le lastimó los dedos.

—No la estoy arrastrando.

Vernon carraspeó desde abajo.

Harry cerró la boca y siguió subiendo.

Aquella noche, cuando pudo volver al escritorio, Hedwig ya estaba despierta. Él terminó su carta para Hermione y se la sujetó a la pata. La vio salir hasta que el blanco de las plumas desapareció sobre los tejados.

Después sacó el cuaderno azul. Entre dos páginas estaba la foto de su madre que había mirado en el tren. Lily se volvió hacia una de sus amigas y empezó a reírse.

Harry pasó un dedo por el borde de la fotografía, procurando no tocarles las caras.

Marge había preguntado durante la cena si al menos iba mejor en los estudios. Vernon contestó que en aquella escuela no se podía saber. Harry estuvo a punto de decirle algo sobre sus exámenes. Había tenido que recordar el formulario doblado dentro del cajón.

Apoyó la foto contra la lámpara y se quedó un rato con ella mientras comía una galleta que había guardado del almuerzo.

Para la última noche de la visita, Harry ya sabía reconocer el ruido del vaso de Marge sobre la mesa. Un golpe seco significaba que quería más bebida. Dos, que estaba a punto de decir algo.

Aquella vez fueron dos.

—Está demasiado callado, Vernon.

Harry recogía los platos. Dudley había conseguido esconder una papa debajo de una hoja de lechuga y vigilaba si su madre la descubría.

—Se pasa el día encerrado —continuó Marge—. No le hace ningún bien.

—Está haciendo sus tareas —dijo Petunia.

Harry se sorprendió tanto que estuvo a punto de mirarla. Su tía le entregó la fuente vacía sin levantar los ojos.

—Pues no se le nota —replicó Marge.

Harry llevó los platos a la cocina. Junto al fregadero estaba la pluma con la que Vernon llenaba los crucigramas. Podía dejarla sobre el formulario cuando acabaran de cenar. Su tío ni siquiera tendría que levantarse.

Regresó por las copas de agua.

Marge estaba hablando de un sobrino de alguien, un muchacho que tenía un trabajo los sábados y daba las gracias sin que se lo recordaran. El perro dormía sobre el cojín nuevo, cerca de sus zapatos.

—Al final todo viene de casa —dijo ella—. Si no se lo enseñan de pequeño…

Petunia empujó su plato hacia el centro de la mesa.

—¿Quieres café, Marge?

—Luego. Lo que digo es que ustedes han hecho lo que han podido. Hay niños que llegan ya mal encaminados.

Harry tenía una copa en cada mano. Dejó una sobre la bandeja. La otra no encontró sitio hasta que movió los cubiertos.

—Yo tenía un año cuando llegué.

Vernon se enderezó.

—Harry.

—Lo sé perfectamente —contestó Marge—. Y alguien te tuvo antes de eso.

Harry levantó la vista.

Durante toda la semana había conseguido pensar en Hogsmeade. En las tiendas, en el permiso, en Ron esperando a que salieran juntos. Ahora sólo veía la fotografía apoyada contra su lámpara.

—Tú no conociste a mis padres.

Marge giró el vaso entre los dedos.

—No necesito conocerlos para ver cómo acabaron las cosas.

La copa que Harry aún sostenía crujió.

Petunia la miró.

—Déjala.

Harry obedeció, pero el ruido continuó. Una grieta fina avanzó por el vidrio y se detuvo cerca del borde. Al otro lado de la mesa, el perro levantó la cabeza.

—No vuelvas a hablar de ellos —dijo Harry.

La voz le salió baja y poco firme. Marge se levantó de la silla, indignada.

Entonces dejó de levantarse por su cuenta.

Las puntas de sus zapatos se separaron del suelo. Su falda se tensó; uno de los botones salió disparado y golpeó la bandeja. Marge intentó agarrarse al respaldo. Tenía los dedos hinchados, torpes, y la mano no le cerró alrededor de la madera.

Vernon se precipitó hacia ella y la sujetó por un tobillo.

—¡Petunia!

Harry retrocedió hasta chocar con el aparador. Su tía apartó la lámpara de la mesa justo antes de que la rodilla de Marge la alcanzara. El perro ladraba debajo de una silla. Dudley se había pegado a la pared con el plato del postre todavía en las manos.

—¡Haz algo! —rugió Vernon, mirando a Harry.

Harry metió la mano en el bolsillo. Tocó la varita y se detuvo.

No sabía cómo arreglar aquello. Ni siquiera había sabido que estaba haciéndolo.

Marge gritó. Vernon tuvo que afirmarse contra el borde de la mesa para no soltarla.

Harry salió del comedor.

Arriba, metió la ropa en el baúl sin doblarla. Colocó el cuaderno entre dos libros para que no se doblaran las fotos y recogió de la mesa la carta a Ron que todavía no había enviado. El formulario de Hogsmeade quedó un instante en su mano.

Lo guardó también.

Desde abajo llegaban golpes y la voz de Petunia diciéndole a Dudley que saliera de en medio. Harry cerró la jaula vacía. Hedwig seguía fuera; tendría que encontrarlo cuando volviera.

Ató la Nimbus al baúl con su correa y lo arrastró hasta el descanso. Bajarlo por la escalera fue mucho más difícil. En el tercer escalón perdió el agarre y una esquina cayó con un estruendo que debieron de oír en la casa de al lado.

Vernon apareció al pie de la escalera. Tenía la camisa fuera del pantalón.

—Vuelve ahí y arréglalo.

Harry sostuvo el baúl contra una rodilla.

—No sé cómo.

—Pues más te vale aprender.

Del comedor salió un grito de Petunia. Vernon volvió la cabeza.

—Me voy —dijo Harry.

Su tío lo miró de nuevo.

—¿Adónde crees que vas a ir?

Harry no contestó. Le dolía la pierna donde apoyaba el peso y no tenía una respuesta que pudiera pronunciar sin asustarse. Vernon seguía delante de la puerta.

Entonces algo golpeó el marco del comedor. Marge protestó con una voz extrañamente aguda y Petunia llamó a su marido por su nombre completo.

Vernon se apartó. Harry bajó los últimos escalones, abrió la puerta y sacó el baúl a tirones.

Al llegar al borde de la calle se dio cuenta de que todavía llevaba la jaula en la otra mano. No había encendido la luz de afuera. La casa quedó a oscuras detrás de él, salvo por el comedor.

Caminó hasta que dejó de oír los ladridos.

El baúl sólo avanzaba bien si Harry lo levantaba de un extremo. Lo intentó durante una cuadra, cambió de mano y acabó sentándose sobre él junto a una parada de autobús.

La calle estaba casi vacía. Por una ventana abierta salía la risa de un programa de televisión. En casa de los Dursley el televisor había mostrado aquella mañana la cara de un hombre que se había fugado de una prisión. Vernon dijo que debían dejar de interrumpir las noticias para hablar de él.

Harry se preguntó si interrumpirían algo por una mujer que se había hinchado en un comedor.

Le empezó a doler el estómago.

Tenía dinero de magos, una escoba que no podía usar allí y todos sus libros. Si lo expulsaban, no sabía para qué iban a servirle.

Una luz se movió entre los árboles del otro lado de la calle. Harry se levantó para mirar mejor y la jaula se inclinó sobre el baúl. La sujetó, sacando la varita con la otra mano para no dejarla clavarse en su costado.

Algo enorme frenó junto a la banqueta.

Harry dio un salto hacia atrás. Donde un instante antes no había nada, un autobús de tres pisos ocupaba casi toda la calle. Un hombre de uniforme abrió la puerta.

—No hace falta que te eches a correr. Ya paramos.

Harry miró el espacio entre el autobús y un coche estacionado. No alcanzaba para abrir la puerta de aquel coche, mucho menos para que hubiera pasado algo tan grande.

—¿De dónde salió?

—Del otro lado de la esquina —dijo el hombre—. ¿Subes?

Tenía una cara llena de granos y una placa que decía *Stan Shunpike*. Dentro, bajo la luz de varias lámparas, Harry alcanzó a ver camas.

—Tengo que llegar a Londres.

Stan se hizo a un lado.

—Pues lleva el baúl. No viaja solo.

Harry tuvo que ayudarlo a subirlo; Stan tiraba del asa del lado equivocado y se lo reprochó como si Harry hubiera diseñado el equipaje. Cuando consiguieron acomodarlo, una bruja asomó la cabeza por detrás de una cortina.

—¿Ya llegamos?

—Todavía no, señora.

—Entonces no hagan tanto ruido.

Harry se sentó en una cama y sacó sus monedas. Stan le indicó cuáles necesitaba. Mientras contaba, el conductor arrancó y Harry tuvo que sujetarse al colchón. La jaula vacía se deslizó hasta golpearle un zapato.

Stan la detuvo con el pie.

—La próxima vez avisa antes, Ernie.

El conductor respondió algo que Harry no oyó. Estaba mirando por la ventana: un farol se había apartado del camino del autobús y regresaba lentamente a su lugar.

Durante el resto del viaje sostuvo la jaula entre las rodillas. No consiguió decidir si quería llegar cuanto antes o que Londres tardara toda la noche.

En el Caldero Chorreante lo esperaba un hombre con sombrero verde.

Harry lo reconoció antes de que dijera su nombre. Cornelius Fudge no parecía tan alterado como alguien que había venido a expulsar a un alumno. Aquello no hizo que Harry soltara el asa del baúl.

—Vamos, muchacho. Tom te ha guardado una habitación.

—Yo no la pedí.

—No, ya lo sé. Ven a sentarte.

Fudge le contó lo indispensable mientras el posadero traía algo caliente: habían encontrado a Marge, estaban devolviéndola a su

tamaño y no iba a recordar el accidente. Harry dejó de mirar la puerta.

—¿Y mi escuela?

Fudge frunció el ceño, como si la pregunta lo hubiera tomado por sorpresa.

—Empieza en septiembre, naturalmente.

Harry le explicó lo que había pasado con la copa. No había lanzado ningún hechizo. Ni siquiera había sacado la varita.

—Sí, sí, eso está claro —dijo Fudge—. La magia accidental a tu edad... No eres el primero.

Harry se quedó con la taza cerca de la boca. Le temblaban un poco los dedos.

El ministro le pidió que pasara el resto de las vacaciones allí. Podía ir al Callejón Diagon, comprar sus materiales y comer abajo. Debía avisar a Tom cuando saliera y regresar a dormir. La calle muggle quedaba fuera del trato.

—¿Y mis tíos?

—Ya están informados.

Harry esperó una explicación de por qué el ministro en persona se estaba tomando tantas molestias. Fudge miró hacia el reloj de la pared y empezó a ponerse de pie.

Tom recogió la jaula.

—Su lechuza llegó hace un rato —dijo—. No le gustó que yo intentara cargarla.

Harry lo siguió por la escalera, casi mareado de cansancio. En la habitación, Hedwig lo esperaba junto a una ventana abierta.

Dejó el baúl. Se acercó a ella y apoyó la frente un instante contra sus plumas, hasta que la lechuza lo apartó con un pequeño golpe de pico.

Había una cama, una jarra de agua y un escritorio. Harry puso el cuaderno azul junto a la lámpara. Después sacó la carta que había empezado en Privet Drive y la extendió sobre la mesa.

Debajo de su última línea escribió:

Ron: cambié de dirección.



CAPÍTULO 2

Por donde da el sol



Dracenia

La Snitch agitó las alas entre los dedos de su padre y Dracenia estuvo a punto de salir antes de que la soltara.

Lucius cerró la mano.

—Otra vez.

—No había arrancado.

—Habías inclinado la escoba.

Dracenia enderezó la Nimbus y apoyó los pies en el pasto. El sol le calentaba la nuca. A esa hora, la sombra de la casa todavía cruzaba una parte del campo y dejaba una franja oscura donde la Snitch desaparecía de la vista durante un segundo.

Su padre la había soltado dos veces hacia el mismo lugar.

Dracenia no pensaba dejar que volviera a hacerlo.

—Cuando quieras —dijo.

Lucius abrió los dedos. Ella esperó hasta ver las alas y salió hacia la izquierda, cortando el camino que la pelota había seguido antes.

La Snitch giró hacia la casa.

Dracenia tuvo que inclinarse con brusquedad para corregir. Al entrar en la sombra dejó de verla; siguió unos metros por la

dirección que llevaba y frenó antes de acercarse al tejado. Oyó un silbido desde abajo.

Su padre señalaba hacia el otro extremo del campo.

La Snitch brillaba junto al seto, lejos de donde ella la buscaba.

Dracenia apretó los dientes y dio la vuelta.

La Nimbus respondía bien. Ese era uno de los motivos por los que le molestaba tanto fallar: no podía atribuirlo al mango ni al viento. Alcanzó la pelota cerca del seto y cerró la mano antes de que cambiara otra vez de dirección. Cuando bajó, llevaba una hoja atrapada entre el guante y la muñeca.

Lucius miró la hoja.

—Bastante cerca.

—La atrapé.

—Después de perderla.

Dracenia se quitó la hoja y la dejó caer. Su padre llevaba una mañana entera señalando aquello que no había salido como ella quería. También llevaba una mañana entera en el campo, sin mirar el reloj ni pedir que alguien continuara por él.

Le entregó la Snitch.

—Una más.

—Una más —aceptó Lucius.

Esta vez no intentó adivinar el primer giro. Subió lo suficiente para conservar la luz detrás de ella y dejó que la Snitch se alejara. Al verla bajar hacia el seto, Dracenia se lanzó por el costado, con espacio para corregir si cambiaba de rumbo.

La Snitch viró una vez más. Dracenia corrigió a tiempo y la atrapó al extender la mano.

El golpe de las alas contra su palma le produjo una satisfacción tan inmediata que sonrió antes de aterrizar. Al poner los pies en el

pasto, se apartó de la boca un mechón rubio con el dorso de la mano libre.

Su padre también sonrió.

—Mucho mejor.

—Podías haber empezado por eso.

Lucius se acercó a recoger la Snitch.

—Me lo habrías creído demasiado pronto.

Dracenia conservó la mano cerrada un momento más. Las alas seguían moviéndose entre sus dedos.

Desde la terraza, su madre levantó una taza.

—Si han terminado de perseguirse, hay algo frío para beber.

—La pelota es la que huye —respondió Dracenia.

—Ya lo vi. Es la única que ha intentado irse a la sombra.

Había una carta de Pansy junto al plato de fruta.

Dracenia reconoció el sobre antes de ver la dirección. Una esquina estaba metida debajo de otra en vez de doblada como correspondía. Lo abrió con cuidado para no darle la razón a su amiga sobre sus quejas.

Pansy llevaba varios días en una casa donde todos querían organizar paseos después de comer. Había descubierto una habitación con un tablero de ajedrez incompleto y prefería quedarse allí. Su prima había intentado jugar sin los caballos; según Pansy, eso había mejorado bastante sus posibilidades de ganar.

Al final le preguntaba si ya había recibido la lista de libros y decía que no volvería a Londres hasta más adelante.

Dracenia releyó aquella parte. Había pensado que podrían comprar juntas.

Sacó una hoja de la mesa pequeña, donde había dejado papel la tarde anterior.

¿Cuánto más adelante?

Lo tachó. Pansy no tenía por qué pasar sus vacaciones esperando a que ella necesitara una acompañante. Tampoco hacía falta que Dracenia pareciera especialmente disgustada.

Le escribió lo de la Snitch, sin mencionar el primer intento. Después agregó que, si le faltaban caballos, probara a quitarle las torres a su prima mientras no miraba.

Narcissa se sentó frente a ella.

—¿No viene Pansy?

—Tiene que quedarse donde están. Supongo que van a salir a caminar otra vez.

—Una desgracia.

Dracenia levantó los ojos. Su madre partía una ciruela con una seriedad demasiado cuidadosa.

—No es lo mismo ir sola.

—Vas conmigo.

—A comprar tus cosas.

—Y las tuyas. Podemos cometer ambas imprudencias en la misma tarde.

Dracenia bebió un trago. Le agradaba ir con su madre, pero no era aquello lo que había querido decir. En una tienda, Narcissa podía quedarse mirando una costura que Dracenia apenas alcanzaba a distinguir y luego encontrar tres cosas más que debían arreglarse.

Su padre llegó con el periódico doblado. Lo dejó sobre la mesa y tomó la jarra.

La cara de la primera página se movió.

El hombre de la fotografía tenía el pelo enredado alrededor de un rostro tan delgado que al principio Dracenia creyó que lo habían dibujado mal. Había visto la noticia de la fuga varios días antes. Seguía apareciendo en todas partes.

Lucius apartó el periódico para que una gota de agua no cayera sobre él.

—Hoy hay dos páginas más —comentó.

Narcissa lo miró, pero no abrió el ejemplar.

Dracenia dejó el vaso.

—Es tu primo, ¿verdad?

—Sí.

Su madre había respondido sin fingir que necesitaba mirar la foto.

—No se parece a ti.

—Hace muchos años que no lo veo.

Lucius se sentó a su lado.

—Y seguirá siendo así.

Dracenia volvió a mirar al hombre. Le costaba imaginarlo pequeño, sentado con su madre ante un plato de fruta. La fotografía no se quedaba quieta lo suficiente para examinarla bien.

—¿Por qué sale también en las noticias de los muggles?

—Porque quieren encontrarlo —dijo Lucius—. Más ojos, más posibilidades.

—¿Y saben qué es?

—Lo necesario para no acercarse a él.

Su padre dobló el periódico con la fotografía hacia dentro. Dracenia estuvo a punto de volver a abrirlo. Narcissa apoyó un dedo en el borde de la carta de Pansy.

—Te falta contestar la pregunta de los libros.

Ella miró su hoja. Había llenado casi media página y todavía no le había dicho a su amiga para qué día los compraría.

Cuando regresó a la habitación por un sobre, dejó la Nimbus sobre sus soportes. Al pasar los dedos por el mango encontró una pequeña marca cerca del extremo. Ya estaba allí durante el último partido del curso; había intentado pulirla sin conseguir que desapareciera.

La escoba seguía volando igual.

Se quedó un momento delante de ella antes de salir a buscar a su madre.

En el Callejón Diagon había un niño tratando de convencer a su padre de que una caja sin tapa era mejor que una caja con tapa.

—Así no se escapa por abajo —insistía.

Dracenia miró hacia el interior al pasar. Algo con muchas patas trepaba por la manga del vendedor. El hombre no parecía haber oído la discusión.

Narcissa la tomó suavemente del codo para que no chocara con una bruja que venía de frente.

—Mira por dónde vas.

—Ella también podría.

—La señora sí está mirando por dónde va.

Dracenia se hizo a un lado. La bruja pasó con un paquete que olía a pescado y cerró la discusión por las dos.

En la librería tardaron más de lo previsto. Habían amontonado los libros de un curso sobre los de otro, y un empleado quería venderle a Dracenia una edición ilustrada de un manual que ya tenía.

—Las ilustraciones son nuevas —le aseguró.

Dracenia abrió una página. Un jugador dibujado volaba alrededor de tres aros mientras el resto del equipo repetía una formación.

—Este está del lado equivocado.

El empleado se inclinó.

—Está enseñando la defensa.

—Entonces es el otro el que está del lado equivocado.

La figura volvió a completar su recorrido. Dracenia observó cómo dejaba un hueco junto al aro central.

Su madre tuvo la amabilidad de no reírse hasta que el empleado se fue a buscar otro ejemplar.

—Podrías haberle preguntado antes de decírselo así.

—Le pregunté si tenía otro.

Narcissa la miró. Dracenia cerró el libro.

Encontraron una edición de jugadas de Quidditch en un estante más alto. Las páginas tenían dibujos más pequeños, pero los jugadores no atravesaban los aros como si fueran ventanas. Dracenia siguió con el dedo la trayectoria de un buscador y pidió que se lo añadieran a los otros libros.

Al salir, el sol caía sobre la mitad de la calle. Narcissa revisó la hora.

—Tengo que recoger los arreglos en Madam Malkin. Puedes venir o esperarme en el Caldero. No debería tardar mucho.

Dracenia levantó su bolsa.

—Voy a empezar este.

Su madre miró la librería, que todavía tenían a pocos pasos.

—Deja el recibo dentro. Si hay otro jugador en el sitio equivocado, prefiero que podamos devolverlo.

Tom la reconoció al entrar.

—¿Una mesa, señorita Malfoy?

Dracenia eligió una junto a la ventana del patio, donde había luz suficiente para leer. El posadero le dijo que podían traerle algo de comer.

—Una limonada.

—¿Con hielo?

Dracenia miró la manga de su túnica, demasiado calurosa para la pregunta.

—Sí.

Tom asintió sin inmutarse. Después se inclinó sobre la mesa de al lado para recoger dos platos y siguió hacia la barra.

Dracenia dejó la bolsa en la silla contigua. Sacó el libro nuevo, alisó una esquina de la cubierta y encontró la página que había mirado en la tienda.

El buscador avanzaba muy por debajo de los demás jugadores. Al principio parecía una mala posición. Ella esperó a que el dibujo terminara su movimiento y descubrió el hueco que había dejado el bateador.

Volvió a empezar la secuencia.

Era útil. Le molestó un poco no haberla entendido enseguida.

Tom dejó el vaso lejos de los libros. Dracenia lo acercó y bebió antes de seguir leyendo. En la barra, una mujer discutía con una

cuchara que no dejaba de remover su taza; dos hombres se inclinaban sobre un periódico y hablaban cada vez más bajo.

Oyó que alguien bajaba la escalera detrás de ella.

—¿Puedo escribir aquí, Tom?

Dracenia conocía aquella voz.

Se volvió antes de poder decidir si quería hacerlo. Harry Potter llevaba una pluma en la mano y una hoja doblada. No vestía túnica. La camiseta le quedaba ancha en los hombros y el pelo estaba húmedo, como si acabara de intentar arreglárselo con agua.

Se inclinó hacia el posadero. La luz de la ventana le dio en los ojos y Dracenia notó lo verdes que eran antes de reconocer la cicatriz bajo el flequillo.

Potter se apartó de la barra y levantó la mirada.

La vio.

Dracenia dejó de sujetar el vaso. No recordaba haber pedido compañía.

CAPÍTULO 3

Una mesa junto a la ventana

Harry

Harry llevaba toda la mañana esperando que alguien lo mandara regresar.

Le ocurrió al detenerse ante una tienda de calderos y volvió a ocurrirle cuando se sentó a tomar un helado. Miró la puerta del negocio, la calle, el reloj. Nadie vino a buscarlo. La mujer de la mesa contigua siguió discutiendo con su hijo sobre un animal que no cabía en el bolsillo donde intentaba guardarlo.

Harry terminó el helado despacio.

Después recorrió otra vez la calle, esta vez por el lado de los escaparates que no había visto. Descubrió una pluma que corregía la inclinación de quien escribía y otra que subrayaba sola las palabras importantes. El vendedor puso ambas sobre una hoja para demostrarlas. La primera empezó a empujar a la segunda hacia el margen.

Harry compró un frasco de tinta corriente.

En una tienda de artículos de Quidditch había una escoba nueva rodeada de gente. No alcanzó a acercarse al cristal. Un hombre decía que era demasiado cara y seguía mirándola con tanta atención que su esposa tuvo que volver para buscarlo.

Harry se quedó un rato detrás de él. Le gustó saber que podía regresar al día siguiente, cuando hubiera menos gente.

Volvió al Caldero a comer y descubrió que aquello también requería decisiones. Tom le preguntó qué quería. Harry estuvo a punto de contestar que lo mismo que los demás hasta recordar que no estaba sentado a la mesa con nadie.

Pidió algo caliente y pan.

Ahora, después de dejar las compras en su habitación, bajaba con una hoja y la pluma. Había empezado a escribirle a Hagrid, pero arriba acababa de entrar una mujer con sábanas limpias. Harry decidió no quedarse junto a la ventana mientras ella intentaba mover la cama.

—¿Puedo escribir aquí, Tom?

El posadero señaló el fondo.

—Donde te acomodes. Hay buena luz junto al patio.

Harry se volvió.

Malfoy estaba sentada allí.

Se miraron el tiempo suficiente para que Harry pensara que debía haberla visto al entrar. En Hogwarts siempre parecía haber alguien cerca de ella: Pansy, un compañero de su equipo, un profesor a quien acababa de hacer una pregunta. Ahora había una bolsa en la silla de al lado y un vaso con hielo.

—Potter —dijo.

—Malfoy.

Harry miró otra mesa. Tenía dos tazas usadas sobre un periódico.

—No sabía que venías.

—Yo tampoco. Ha sido una sorpresa para los dos.

Él dejó la hoja en la mesa contigua, que estaba limpia, y se sentó. Una de las patas se movió. Puso la mano sobre el tintero antes de que se inclinara.

Malfoy bajó los ojos hacia su zapato.

—Puedes probar en la otra esquina.

Harry cambió de silla. La mesa volvió a moverse.

Ella apartó la bolsa de la silla vacía.

—O puedes dejar de hacerlo antes de que me empieces a salpicar.

Harry tomó sus cosas.

—Gracias por preocuparte por mi carta.

—Me preocupa el libro. Es nuevo.

Se sentó frente a ella y dejó el tintero en el extremo más lejano de la cubierta. Malfoy lo vigiló hasta que retiró la mano.

Durante un momento ninguno dijo nada. Harry alcanzaba a ver el dibujo de unos aros en la página abierta. Un jugador pequeño aparecía por un margen, se inclinaba sobre el mango y desaparecía entre dos figuras más grandes.

Harry miró el título.

—¿Lo compraste hoy?

—No, lo he cargado todo el verano esperando que me lo preguntaras.

Él volvió a su hoja. Había llegado hasta el nombre de Hagrid y se había quedado allí, sin saber por dónde empezar. Podía contar lo del autobús o lo de Marge. Lo segundo iba a hacer que Hagrid se preocupara antes de llegar a la parte donde Harry ya tenía una habitación.

Malfoy dio vuelta a la página. Harry vio al buscador del dibujo desaparecer otra vez.

—Se mete por debajo del bateador —dijo.

Ella levantó la vista.

—Eso parece.

—Pero tiene que subir después.

—También saben subir, Potter. Es bastante útil en las escobas.

Harry acercó un poco la silla.

—Si espera ahí, el otro buscador puede cerrarle el paso.

Malfoy dejó el dedo entre las páginas y giró el libro lo suficiente para que él lo viera.

—Mira otra vez.

El buscador entró por debajo. Un bateador se desplazó hacia él, dejando un hueco. Harry siguió a las figuras hasta descubrir la pelota dorada que había pasado por alto. Salía por la parte de arriba cuando el otro buscador todavía miraba hacia el centro.

El dibujo empezó de nuevo.

—Podría darse cuenta —insistió Harry.

—Podría. Por eso no dice que vayas a ganar siempre.

Ella golpeó con una uña una línea del texto. Harry la leyó y tuvo que reconocer que la explicación era bastante clara.

—A mí Wood me haría repetirlo hasta que la Snitch se muriera de aburrimiento.

Malfoy soltó una risa breve.

—Flint le gritaría para que dejara de cambiar de dirección.

Harry se imaginó a Flint parado frente a una pelota minúscula, exigiéndole que volara como él quería. Se le escapó una sonrisa.

—¿Y le haría caso?

—Es una Snitch, Potter. Tiene más sentido común que Flint.

Harry dejó la pluma sobre su carta antes de reírse. Malfoy volvió a mirar el dibujo, con una satisfacción que no se parecía del todo a la que ponía cuando acababa de ofenderlo.

Él se inclinó para ver otra vez el movimiento.

Tom les trajo un plato con dos pedazos de pan y preguntó si necesitaban algo más. Malfoy rechazó la comida con un movimiento de cabeza. Harry tomó uno.

—¿Te estás quedando aquí? —preguntó ella en cuanto el posadero se alejó.

—Desde anoche.

—¿Con tus tíos?

—No.

Malfoy miró hacia la escalera. Harry podía adivinar la siguiente pregunta y no tenía ganas de esperar a que la hiciera con ese tono.

—Tuvimos un problema.

—Qué raro.

Él partió el pan.

—Una tía. Hermana de mi tío.

Malfoy dejó quieta la página que estaba a punto de pasar.

—Eso explica bastante.

Harry tragó antes de contestar.

—Se hinchó.

Ella lo miró.

—¿Qué?

Harry levantó la mano, separándola de la mesa. No supo hasta dónde subirla.

—Se hinchó. Empezó a flotar. Yo no… no estaba intentando hacer eso.

Malfoy se quedó muy seria. Harry pensó que ya se había arrepentido de contárselo cuando vio cómo apretaba los labios.

—No tiene gracia.

—No he dicho nada.

—Estás a punto.

Ella bajó los ojos hacia su limonada. Uno de los hielos chocó contra el vidrio al mover el vaso.

—¿Estaba dentro de la casa?

Harry asintió.

—Mi tío la sujetó.

Malfoy perdió la batalla. Se tapó la boca con una mano, pero los hombros le temblaban.

Harry la observó, dividido entre el deseo de enfadarse y la imagen que acababa de recordar: Vernon con la camisa fuera, sujetando un tobillo mientras Dudley protegía su postre.

Empezó a reírse también.

No fue una risa muy fuerte. Le salió con un poco de alivio y lo hizo inclinarse sobre el plato. Malfoy tuvo que dejar el vaso. Al levantar la cabeza para contestarle, todavía sonreía.

Harry se quedó mirándola un instante de más.

Había algo raro en verla así: con los ojos entrecerrados por la risa, sin estar señalándolo a él ni esperando que alguien más se riera. Cuando ella enarcó una ceja, Harry bajó los ojos hacia el pan.

—Ya está bien —murmuró, aunque todavía se le movían las comisuras.

Malfoy se acomodó el pelo detrás de una oreja.

—Supongo que el Ministerio ya la encontró.

—Sí. No le pasó nada.

Él dejó el pedazo que le quedaba sobre el plato. Recordó el vidrio crujiendo en su mano, la voz de Marge y el miedo que había sentido al salir a la calle.

—No quería que siguiera hablando de mis padres.

Malfoy pasó el dedo por una gota que había quedado sobre el vaso.

Harry esperó una pregunta. Ella tardó un momento en levantar la vista.

—Entonces no vuelvas sólo porque ya haya dejado de flotar.

Él miró hacia la barra. Tom hablaba con un hombre que acababa de entrar.

—Me quedo hasta septiembre.

Malfoy asintió y volvió al libro. Harry no tuvo que explicar qué parte de la cena había sido la peor.

El plato llevaba un buen rato entre los dos cuando ella tomó el segundo pedazo de pan.

Harry fingió no darse cuenta. Malfoy lo partió sin decir nada y puso un trozo pequeño junto al dibujo de los aros.

—Tú estarías aquí.

Harry miró la miga.

—Qué considerada.

—Si te pongo un pedazo más grande no vas a caber entre los jugadores.

Arrancó otro y lo dejó cerca del margen. Harry entendió que seguían hablando de la jugada. Había una parte que no lo convencía: el buscador del dibujo daba por hecho que el otro iba a mirar la pelota desde arriba.

Apartó el trozo que lo representaba.

—Yo bajaría antes.

—Entonces el otro buscador la atrapa justo debajo de tu escoba.

—Si lo hago mal.

Malfoy inclinó la cabeza. Harry recordaba aquella expresión del campo: no era una burla, todavía. Estaba decidiendo si su respuesta merecía una discusión.

Él movió las migas hasta dejar espacio para el bateador.

Malfoy señaló otro lugar. Discutieron primero con el dibujo delante y luego sobre la mesa, porque Harry no quería dejar migas dentro del libro y ella tampoco quería que lo hiciera. A ninguno le gustó la primera posición que propuso el otro.

Cuando Tom pasó para recoger un vaso, Dracenia cubrió las migas con la mano.

El posadero se detuvo.

—¿Van a comerse eso?

—Estamos ocupados —contestó ella.

Tom miró a Harry.

—Con la mesa limpia después, por favor.

Harry esperó hasta que se alejó para cambiar de sitio el trozo que hacía de Snitch.

—No estaba ahí —dijo Malfoy.

—Se movió.

—Mientras yo no miraba.

—Es algo que hacen.

Ella tomó el trozo y se lo comió.

Harry la miró con indignación.

—Eso sí es trampa.

—Tu capitán iba a aburrirla hasta la muerte. Yo he sido más rápida.

Él soltó una carcajada. Desde la barra alguien se volvió hacia ellos. Harry bajó la voz y recogió las migas en el plato, aunque dejó la más grande junto a la mano de Malfoy.

Ella la devolvió al plato con un dedo.

Por la ventana del patio entraba aire caliente. La cuchara de una clienta seguía girando sola dentro de su taza. Malfoy cerró el libro, dejando un papel en la página de la jugada.

Harry se acordó de su carta.

La había puesto bajo el tintero para que no se volara. Sólo llevaba escrito el saludo.

—Hagrid va a pensar que me olvidé de él —dijo.

Malfoy miró la hoja, pero no intentó leerla.

—¿Le escribes en vacaciones?

—Sí. Me dijo que le contara cosas normales.

Los ojos de ella fueron de la carta a Harry.

—Vas bastante mal.

Harry volvió a sonreír. Podía empezar por el autobús. Lo demás ya no tenía que escribirlo de corrido, como si todavía estuviera intentando escapar de la casa.

La puerta del patio se abrió.

Narcissa Malfoy se detuvo junto a la mesa con un paquete largo sobre el brazo.

Harry dejó el pedazo de pan que acababa de tomar. Se puso de pie tan deprisa que la silla rozó la pared.

—Buenas tardes.

—Harry.

La señora Malfoy miró a su hija, el libro cerrado y el plato. No pareció enfadada. Eso no hizo que Harry encontrara algo mejor que decir.

—Tom me dijo que estabas aquí —continuó ella—. ¿Te ha dado una habitación cómoda?

—Sí, gracias.

Dracenia metió el libro en su bolsa.

—El señor de la librería quería venderme uno que no estaba bien.

Su madre la miró.

—Ya estaba contigo cuando pasó.

—Este sí está bien.

Narcissa alzó una ceja apenas. Harry tuvo que mirar su carta para no sonreír.

—Me alegra saberlo. ¿Tienes todo?

Dracenia revisó la silla y tomó el vaso para terminar lo que le quedaba. Harry apartó el tintero, que estaba junto a la bolsa. Le habría gustado que la señora Malfoy llegara unos minutos más tarde. No supo qué habrían hecho con esos minutos; la jugada seguía sin resolverse.

—Tendrías que probarlo desde fuera —le dijo a Dracenia.

—Ya lo voy a probar.

—No me refiero a la parte donde te comes la Snitch.

Dracenia le dirigió una mirada rápida antes de volver a colgarse la bolsa.

—No prometo nada si estás cerca.

Harry sonrió. Ella lo vio y volvió hacia la puerta, donde su madre la esperaba.

—Nos vemos en septiembre, Potter.

—Si no me necesitas antes para entender otro dibujo.

Malfoy se volvió lo justo para hacerle una mueca y siguió a Narcissa. El patio quedó vacío después de que atravesaran la puerta hacia el Callejón.

Harry se sentó. Recogió el último trozo de pan del lugar donde habían puesto los aros y lo dejó sobre el plato.

Del otro lado del comedor, Tom le levantó un pulgar al ver la mesa despejada.

Harry destapó el tintero y terminó la primera frase de la carta. Luego escribió lo del autobús: las camas, el farol, la bruja que quería dormir mientras cambiaban de dirección. Se detuvo para reírse solo al recordar a Stan culpándolo por el peso del baúl.

Cuando acabó, buscó otra hoja para Ron.

En la calle empezaban a encender las luces de las tiendas. Todavía alcanzaría a volver al escaparate de las escobas antes de cenar. Esta vez podía llevarse la carta y terminarla en una mesa de afuera.

Escribió una línea más antes de tapar la tinta:

Si vienes, trae el ajedrez. Aquí hay buenas mesas.

CAPÍTULO 4

Lo que faltaba en la lista

Harry

Ron apareció en la puerta del Caldero con una maleta, una jaula vacía y una caja de ajedrez debajo del brazo.

—La mesa no es tan buena —dijo Harry en cuanto lo vio—. Hay que escoger.

Ron dejó caer la maleta y lo abrazó de lado, sin soltar la caja.

—Llevo todo el viaje diciéndole a mamá que tú sabías dónde dormir. Creía que te había dado por acampar.

La señora Weasley entró detrás de él y abrazó a Harry con bastante menos cuidado por el equipaje.

—Tienes que escribirnos antes cuando pase algo así.

—Les escribí.

—Dos días después de irte de casa.

Harry no encontró una respuesta que le pareciera buena. La señora Weasley le acomodó el cuello de la camiseta, lo examinó una vez más y llamó a Tom para preguntarle a qué hora servían la cena. Harry sintió unas ganas repentinas de que aquella pregunta significara que ella pensaba quedarse todo el mes.

Sólo quedaba un día de vacaciones.

Hermione llegó mientras Ron intentaba sacar a Scabbers de un pliegue de su chaqueta. Sus padres se habían detenido a cambiar dinero y ella llevaba una bolsa de libros contra el pecho.

—El tuyo está aquí abajo —le dijo a Harry.

Dejó la bolsa en una silla. Harry la ayudó a sacar dos volúmenes hasta encontrar el paquete. El libro que Hermione le había comprado para su cumpleaños era grueso, con dibujos de objetos encantados por dentro. Al abrirlo, una bisagra ilustrada se separó de su puerta y volvió a acomodarse en su sitio.

Ron se inclinó para mirar.

—¿Dice cómo hacer que un cajón deje de atorarse?

—Sí.

—¿Y cómo evitar que vuelva a hacerlo porque se lo ordenó Percy?

Hermione le quitó de encima una correa de la bolsa.

—Eso tendrás que arreglarlo con Percy.

Harry siguió pasando las páginas. Había mucho que no entendía todavía. Le gustaba que Hermione hubiera pensado que podía interesarle de todas maneras.

—Gracias —dijo, y tuvo que mover el libro para que ella viera su sonrisa.

En Ollivander, Ron no quiso sentarse.

Se quedó cerca del mostrador con las manos metidas en los bolsillos, mirando las cajas que subían hasta la oscuridad. El piso crujió bajo los zapatos de Harry y, en aquel silencio, el ruido pareció enorme. La señora Weasley sacó su monedero. Harry se apartó para dejar pasar a Hermione, que intentaba no rozar una pila de estuches con el codo.

—La del profesor ya la devolví —le explicó Ron en voz baja—. Antes de irnos. Me dijo que procurara no necesitar otra prestada.

Harry recordó el mango astillado de la varita que se había roto bajo el colegio. Ron sacó una mano del bolsillo y la pasó sobre el borde del mostrador.

Ollivander regresó con una caja.

—El brazo.

Ron se lo tendió. Una cinta le rodeó la muñeca y siguió midiendo mientras el vendedor buscaba otro estuche.

La primera varita no hizo nada. Ron la movió de nuevo, esta vez con tanto empeño que la señora Weasley dio un pequeño paso atrás.

—No necesita convencerla por la fuerza —dijo Ollivander, recuperándola.

Ron miró a Harry. Él se mordió el labio para no reírse.

Con la segunda, una tira de papel enrollada sobre el mostrador empezó a sacudirse. Ollivander la atrapó antes de que cayera al suelo.

—Tampoco.

Pasó un buen rato antes de que encontraran la siguiente. Harry acabó apoyándose contra una pared; Hermione tuvo que recordarle que aquella pared también estaba hecha de cajas.

Cuando Ron levantó la varita de sauce, una luz suave le iluminó los dedos. Se quedó quieto. Después hizo un movimiento más pequeño y la luz se extendió hasta la punta, sin sacudidas ni humo.

Su expresión cambió antes de que Ollivander hablara.

—Esta sí —dijo Ron.

El vendedor lo observó un instante y asintió.

La señora Weasley dejó las monedas sobre el mostrador. Ron no apartó la vista de la varita mientras la envolvían. Al salir, tomó la caja con ambas manos.

—No le voy a poner cinta —anunció.

—Buena idea —dijo Harry.

Ron le dio un empujón con el hombro, pero no dejó de sonreír hasta que su madre les recordó que aún les faltaban pergaminos, tinta y la tienda de animales.

Scabbers llevaba toda la mañana escondiéndose en la manga de Ron.

Cuando consiguieron ponerlo sobre el mostrador de la tienda, tenía el pelo aplastado en un costado y parecía especialmente disgustado por la luz. La bruja que los atendía se inclinó para examinarlo.

—¿Cuántos años tiene?

Ron miró a su madre, que acababa de entrar detrás de dos jaulas.

—Era de Percy antes.

—Bastante —concluyó ella.

La bruja les ofreció un tónico. Mientras buscaba el frasco, Hermione se acercó a una jaula donde un gato anaranjado ocupaba casi todo el estante. Tenía la cara aplastada y una cola tan espesa que Harry tardó en distinguir dónde acababa el cuerpo.

El gato abrió un ojo.

—Hola —dijo Hermione.

Él metió una pata entre los barrotes y le atrapó la cinta que colgaba de la bolsa. Hermione intentó recuperarla. El gato tiró otra vez, muy despacio, sin dejar de mirarla.

Harry se rio.

—Ya le gustó tu equipaje.

La bruja volvió con el tónico y abrió la jaula para que Hermione pudiera acercarse. El gato salió con una agilidad que no correspondía a su tamaño. Primero puso las patas delanteras en la manga de Hermione; después levantó la cabeza hacia el otro extremo del mostrador.

Scabbers chilló.

Ron lo recogió justo cuando el gato saltaba. Harry sujetó un soporte de jaulas que se inclinó al recibir el golpe. Hermione atrapó al animal por debajo del pecho, pero sus patas seguían intentando alcanzar el bolsillo de Ron.

—¡Quítalo!

—Lo tengo —dijo Hermione, haciendo un esfuerzo por acomodarlo.

—Pues dile que se entere.

La bruja los separó con la tranquilidad de alguien que había hecho aquello más veces de las que deseaba. Ron se alejó del mostrador y metió a Scabbers dentro de una caja de transporte que su madre le acercó.

Hermione sostenía al gato contra la túnica. Ahora que Ron estaba lejos, él se había quedado perfectamente tranquilo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Ron volvió la cabeza.

—No estarás pensando…

—Crookshanks —respondió la bruja.

Hermione le miró las patas grandes, las orejas y una marca en la nariz.

—¿Lleva mucho aquí?

La mujer asintió y empezó a contarle qué comía. Ron miró a Harry como si esperara que él entendiera el peligro de aquella conversación.

Harry sí lo entendía. También veía cómo el gato se había acomodado bajo la mano de Hermione.

—Vas a tener que llevarlo en su cesta —le dijo a ella.

Hermione levantó la vista.

—Claro.

Ron sostuvo su caja un poco más arriba.

—Y lejos de Scabbers.

—Puedo tener un gato sin que se coma tu rata.

—Pues explícaselo antes de pagar.

La señora Weasley pidió una cesta que cerrara bien. Hermione empezó a contar sus ahorros sobre el mostrador y el gato intentó poner una pata encima de las monedas.

Durante la comida, Ron desplegó un recorte del periódico que había traído en el fondo de la caja de ajedrez.

—Esta es la que te decía.

La fotografía era de julio. Los Weasley aparecían delante de una pirámide, apretados unos contra otros y haciendo esfuerzos muy distintos por caber. Fred le había puesto una mano en la cabeza a Percy. Ginny saludaba desde un extremo; Ron estaba cerca de ella, con Scabbers asomándose por el hombro.

—¿Se pasó todo el viaje ahí? —preguntó Hermione.

—No. También se metió en la maleta de Bill. Dos veces.

El premio que había ganado su padre les había permitido ir a Egipto a verlo. Ron empezó a contarles una visita a unas tumbas y acabó discutiendo con Ginny, que había llegado a la mesa, sobre quién había sido el primero en oír un ruido detrás de una puerta.

—Tú no estabas junto a la puerta —dijo ella.

—Porque me habían dicho que no me acercara.

—No hiciste caso hasta que sonó.

Harry se rio y le hizo sitio. Ginny tomó una papa del plato de Ron antes de sentarse; él apartó el plato cuando ya era demasiado tarde.

Crookshanks dormía en su cesta. Hermione la había colocado junto a su pie y Ron conservaba la caja de Scabbers en la silla del otro lado.

Harry les contó lo del autobús. Los gemelos escucharon desde el extremo de la mesa y se interesaron más por la posibilidad de dormir durante los viajes que por el farol que se había apartado de su camino. La señora Weasley les prohibió intentar cualquier cosa semejante con las camas de la casa.

—No hemos dicho nada —protestó George.

—Precisamente.

Cuando terminaron, Ron subió por el ajedrez. Hermione ayudó a sus padres a reunir sus compras antes de que se marcharan. Harry dejó la caja de Scabbers junto a la pared, donde nadie pudiera golpearla con los pies, y se quedó mirando cómo la rata olfateaba una rendija.

El señor Weasley se acercó a recoger el recorte.

—Harry, ¿podemos hablar un momento?

Se apartaron hasta un rincón donde Tom guardaba un paraguas y varias botas que no parecían tener dueño.

Arthur no intentó hacer pasar la conversación por otra cosa.

—Mañana van a ir juntos a la estación. Quiero que te quedes con nosotros hasta que subas al tren.

Harry lo miró.

—¿Por Sirius Black?

El señor Weasley bajó un poco la voz.

—Sí.

Harry había visto su cara en tantos periódicos que a veces la reconocía antes de leer un titular.

—¿Por qué tendría que acercarse a mí?

Arthur miró hacia el comedor. Su esposa hablaba con Tom; los gemelos habían empezado a discutir sobre el orden de una partida.

—En el Ministerio creen que podría buscarte. No quiero que te enteres por alguien que piense que es una historia emocionante.

Harry sintió que se le enfriaban los dedos.

—¿Él me conoce?

—Se le considera un partidario muy peligroso de Quien Tú Sabes. Con lo que ocurrió cuando eras pequeño…

El señor Weasley dejó la frase sin terminar.

Harry volvió a ver a Fudge ofreciéndole una habitación. Las preguntas que no había contestado, la prisa por levantarse. Durante semanas había intentado entender por qué el ministro no estaba enfadado con él.

—Por eso me dejaron quedarme.

Arthur tardó un momento en responder.

—Es más fácil cuidar un lugar que una calle entera.

Harry miró la puerta del pub. Nadie estaba entrando. Un hombre reía cerca de la barra y el ruido le pareció demasiado fuerte.

—¿Saben dónde está?

—Si lo supiéramos, ya habríamos ido a buscarlo.

Harry se quedó callado.

Arthur le puso una mano en el hombro.

—No salgas a comprobar si puedes verlo. Si algo te parece extraño, dilo. No tienes que encargarte tú de encontrarlo.

Harry asintió. Tenía más preguntas, pero no estaba seguro de que el señor Weasley quisiera contestárselas delante de todos.

Ron lo llamó desde la escalera. Llevaba la caja de ajedrez abierta y una torre se quejaba de que la habían guardado al revés.

Harry se volvió hacia él.

—Ya voy.

Aquella noche, Hermione quiso saber por qué había tardado tanto en mover un caballo.

Harry miró el tablero. Su rey estaba metido en una esquina y Ron había dejado de bromear sobre lo sencillo que resultaba cercarlo.

Les contó lo que Arthur había dicho.

Hermione se sentó más cerca. Ron bajó los ojos hacia las piezas y después hacia la ventana.

—Por eso había tantos del Ministerio en la calle —murmuró.

Harry no se había fijado en todos. Recordó una túnica conocida detrás de un periódico y un hombre que había pasado dos veces frente a la tienda de calderos.

—No sabemos que fuera por eso —dijo Hermione.

—¿Y por qué más?

Ella no contestó enseguida.

Harry se frotó una mano contra la pierna. No quería que los tres acabaran mirando la ventana.

—No voy a buscarlo.

—Mejor —dijo Ron.

Harry tomó el caballo. La pieza le indicó que aquella casilla era una estupidez. Por primera vez en varias jugadas, la escuchó.

Hermione se levantó para revisar la cesta. Crookshanks se había despertado y miraba hacia la silla donde Ron guardaba a Scabbers. Ella volvió la cesta un poco, lejos de la rata, y regresó al tablero.

La partida duró hasta que Tom empezó a recoger las mesas. Harry perdió, pero obligó a Ron a levantarse para comprobar una diagonal que parecía imposible.

Al subir a su habitación, tocó el formulario de Hogsmeade que seguía dentro del cuaderno. Ni Arthur ni el miedo a Black podían poner la firma de Vernon en el lugar vacío.

Lo guardó junto a los papeles de la escuela y dejó el baúl preparado para la mañana.

CAPÍTULO 5

El frío entre los asientos

Harry

La nueva cesta de Hermione era apenas más ancha que la puerta del compartimiento.

Ron lo descubrió cuando intentó pasar al mismo tiempo que ella. Se quedaron atravesados en la entrada, con Harry detrás y un niño esperando en el pasillo para alcanzar a su hermano.

—Primero el gato —dijo Hermione.

—Es lo que llevo diciendo desde la estación.

Harry levantó la caja de ajedrez por encima de los hombros de Ron. Hermione giró la cesta y consiguió entrar. El niño pasó corriendo antes de que ellos pudieran bajar el resto del equipaje.

Habían dejado a sus familias en el andén. La señora Weasley llegó a despedirse de todos con una prisa que hizo que Harry tuviera que abrazarla por encima de una maleta. Arthur esperó junto a la ventanilla hasta el último silbido.

Ahora el tren avanzaba entre los edificios de Londres y Ron intentaba meter su baúl debajo de un asiento ocupado por una maleta ajena.

Había un hombre dormido junto a la ventana.

Harry lo había visto al entrar, pero esperó a dejar la jaula de Hedwig en una repisa antes de mirarlo mejor. Llevaba una túnica

gastada y tenía el rostro cansado, aun dormido. Una de sus manos descansaba sobre el cierre de la maleta. En una esquina se leía un nombre: R. J. Lupin.

Hermione se inclinó hacia los otros dos.

—Debe de ser nuestro profesor.

Ron dejó de empujar el baúl.

—Podríamos preguntarle cuando se despierte.

—Podrías hacer menos ruido mientras tanto —susurró ella.

Ron abrió la boca, miró al hombre y volvió a empujar, esta vez con el pie.

El viaje empezó a parecerse a los anteriores cuando apareció el carrito de comida.

Harry compró más de lo que necesitaba. Ron puso sobre la mesa los sándwiches que le había preparado su madre y Hermione aceptó intercambiar uno por un pastelito sin fingir que no era exactamente lo que quería.

Lupin seguía dormido.

Al otro lado del cristal, las casas habían dado paso a campos largos y caminos donde apenas se veían coches. Harry abrió un paquete sobre las rodillas. Le gustaba aquella parte del viaje, cuando todavía quedaba mucho para llegar y las preguntas de los adultos se habían quedado en otra estación.

Ron sacó la varita nueva para examinarla con la luz de la ventana.

—Si se te cae entre los asientos, no voy a desmontar el tren —le advirtió Hermione.

Él la guardó enseguida, como si ya se le hubiera ocurrido esa posibilidad y no quisiera admitirlo.

Neville pasó buscando su sapo. Revisaron debajo de sus cosas y encontraron una bolsa de dulces vacía, un botón y un guante que no pertenecía a ninguno. Trevor no estaba allí.

—No es tan grave —intentó animarlo Ron—. Al menos no se ha bajado.

Neville lo miró.

—Gracias.

Harry salió a ayudarlo a revisar el siguiente compartimiento. Encontraron al sapo dentro de una zapatilla antes de que su dueña volviera del baño. Neville lo recogió con una mezcla de alivio y ofensa personal.

Al regresar, Harry se cruzó con Malfoy.

Pansy iba junto a ella, cargando un paquete de pergaminos que amenazaba con desenrollarse. Dracenia llevaba el libro de Quidditch bajo el brazo.

—¿Ya te dejan viajar sin vigilancia, Potter?

Harry se detuvo. Durante un segundo recordó el vaso con hielo y las migas sobre la mesa.

—No necesito niñera, Malfoy.

Pansy apretó los pergaminos contra el pecho para dejar pasar a Neville.

—Nadie te lo ha ofrecido.

Malfoy miró hacia el compartimiento de Harry y alcanzó a ver al hombre dormido.

—Elegiste buena compañía.

—Sí —respondió Harry—. Deja dormir.

Entró antes de que ella contestara. Ron tenía a Scabbers sobre las rodillas y Hermione sujetaba la cesta mientras Crookshanks probaba el cierre con la pata.

Harry se sentó junto a su amigo.

La maleta de Lupin no se había movido.

La lluvia empezó a golpear el cristal después de la comida. Primero pudieron seguir mirando los campos; luego el agua deshizo las cercas y los árboles en líneas grises.

Ginny llegó con Neville. Estaban buscando a los gemelos, que le habían prometido devolverle una bolsa antes de llegar. Harry hizo lugar y ella decidió que podían ir a buscarlos a ellos.

Ron volvió a contar una parte del viaje a Egipto. Ginny lo corrigió antes de que llegara a la puerta misteriosa. Hermione buscó algo en un libro y no levantó la vista cuando Ron la acusó de estar de su lado.

El tren dio un tirón.

Harry sujetó la cesta con una mano. La lluvia seguía corriendo por la ventana, pero el paisaje había dejado de moverse.

—¿Ya llegamos? —preguntó Neville.

Ron acercó la cara al vidrio.

—No se ve nada.

La lámpara del techo se apagó.

Durante un instante sólo oyeron la lluvia. Harry buscó la varita en el bolsillo, rozando el borde del asiento con los dedos. A su lado, Ginny se movió para apartar el pie de alguien.

—Estoy aquí —dijo Hermione—. Ron, no abras…

Algo golpeó la puerta.

Harry sintió el aire frío antes de ver la sombra. Le recorrió los tobillos y se metió bajo la ropa con una rapidez que no se parecía a una corriente de aire. La mano le quedó entumecida sobre el mango de la varita.

En la oscuridad se oyó un movimiento más cerca de la ventana.

—Quédense sentados —dijo una voz adulta.

Lupin se había despertado.

La puerta empezó a deslizarse. En el hueco apareció una mano gris, de piel enferma, y detrás de ella una figura demasiado alta para entrar sin inclinar la cabeza. Harry buscó una cara dentro de la capucha.

No vio ninguna.

El frío le llegó al pecho.

Había estado riéndose pocos minutos antes. Intentó recordar de qué y no pudo encontrar nada que le pareciera gracioso. Ni la voz de Ron, ni el calor del compartimiento, ni la mesa del Caldero tenían ya la consistencia suficiente para retenerlos.

La figura respiró.

Harry se dobló hacia delante. Oía agua y una voz lejana; quiso decirles a sus amigos que la escucharan, pero no le salió ningún sonido. Una mujer estaba gritando. No desde el pasillo: mucho más cerca, en un lugar al que Harry no conseguía llegar.

La varita se le resbaló entre los dedos.

Trató de agacharse para recogerla y el suelo dejó de estar donde esperaba.

Despertó con la mejilla contra algo áspero.

Hermione le sostenía la cabeza sobre una chaqueta doblada. Ron estaba arrodillado junto a él y Neville sujetaba la puerta para que nadie del pasillo la abriera de golpe.

La lámpara volvía a estar encendida.

Harry intentó incorporarse. Una náusea breve lo obligó a detenerse.

—Espera —dijo Hermione.

Él miró hacia el hueco de la puerta.

—¿Dónde está?

—Se fue —respondió Ron.

Lupin estaba de pie junto a la ventana, dividiendo una tableta de chocolate. Se agachó lo suficiente para quedar cerca de Harry sin taparle la luz.

—Toma un poco. Despacio.

Harry aceptó el trozo. Le costó levantar la mano.

—¿Qué era?

—Un dementor. Está buscando a alguien.

Ginny se había envuelto en su propio suéter. Tenía las manos apretadas entre las rodillas y miraba la ventana como si esperara que el cristal volviera a oscurecerse.

Harry masticó. El chocolate sabía demasiado dulce. Después de un momento empezó a notar calor en la garganta.

—¿Quién gritó?

Hermione levantó los ojos hacia Ron.

—Nadie gritó, Harry.

Él tragó y se limpió una mano contra el pantalón.

—Una mujer.

Lupin lo observó con atención.

—Come un poco más antes de levantarte.

Harry miró a sus amigos. Ron tenía una expresión que no le gustó: estaba preocupado y trataba de no demostrar cuánto.

—¿Todos se cayeron?

Ninguno contestó enseguida.

Harry apartó la vista. Buscó sus gafas y descubrió que todavía las llevaba puestas, torcidas sobre una oreja. Hermione le acercó la varita.

Lupin pidió permiso para salir a hablar con el maquinista. Antes de irse, repartió el resto del chocolate y esperó a que Harry pudiera sentarse contra el asiento.

Cuando cerró la puerta, Ron bajó la voz.

—Lo sacó. No sé qué hizo. Había una luz y esa cosa retrocedió.

Harry miró el espacio por donde había entrado.

—¿Con la varita?

—Sí. Pero ni me fijé en lo que dijo.

Hermione se abrazó los codos.

—Yo tampoco.

El tren volvió a moverse. El ruido de las ruedas se extendió bajo sus pies y Harry se quedó escuchándolo hasta que dejó de parecerse a otra cosa.

Al llegar a la estación, Harry descubrió que le molestaba caminar detrás de sus amigos.

Ron se volvía cada pocos pasos. Hermione llevaba su bolsa además de la suya y se negó a devolvérsela hasta que terminaron de bajar del andén.

—Puedo cargarla —insistió él.

—Ya sé. Aquí estorba menos.

Le dio la correa cuando llegaron al camino de los carruajes. Harry se la acomodó al hombro con más fuerza de la necesaria.

Malfoy estaba junto a uno de los coches. Pansy se abrochaba la capa, de espaldas a la lluvia. Dracenia tenía la cara pálida y se había recogido las mangas sobre las manos.

Al verlo, enderezó los hombros.

—¿Necesitas que te guarden un asiento, Potter?

Ron dio un paso hacia ella.

—Ya tenemos.

Harry siguió andando. No quería darle la satisfacción de preguntar cómo se había enterado. El pasillo del tren había estado lleno de gente y él había pasado varios minutos en el suelo.

Subieron juntos al carruaje. Neville se apretó contra una esquina para dejarle lugar a Ginny y cerraron la puerta.

Las luces del castillo aparecieron al otro lado de la lluvia.

Harry había imaginado aquel momento muchas veces durante el verano. Ahora se concentró en el calor del hombro de Ron contra el suyo y en las ruedas que no dejaban de avanzar.

McGonagall lo llamó antes de que pudieran entrar al comedor.

Harry sintió cómo se le hundía otra vez el estómago, pero la profesora no traía un periódico ni una orden del Ministerio. Le dijo que Pomfrey quería comprobar que se encontraba bien.

Hermione se quedó también para hablar con ella de sus asignaturas. Ron miró a Harry, esperando.

—Guárdame sitio —le pidió él.

Pomfrey le hizo unas preguntas, le tomó la cara entre las manos y acabó dejándolo marchar con una recomendación de comer y dormir. Harry no tuvo que volver a contar lo que había oído.

Cuando entró al comedor, Ron apartó un plato que alguien había dejado en su lugar.

La comida estaba caliente. Harry se sirvió y se inclinó un poco sobre el plato; el vapor le calentó la cara. Alrededor chocaban cubiertos y alguien reclamaba una fuente que no acababa de llegarle. Sólo entonces miró hacia la mesa de profesores.

Lupin había ocupado un asiento cerca del extremo. Parecía aún más cansado bajo aquella luz, pero estaba hablando con Flitwick y había dejado el chocolate a un lado. Harry buscó una explicación en su varita, guardada junto a la copa, como si el objeto pudiera decirle lo que había hecho en el tren.

Dumbledore se levantó antes de que terminara de comer. Presentó al nuevo profesor de Defensa y a Hagrid, que iba a enseñar Cuidado de Criaturas Mágicas.

Harry aplaudió tan fuerte que Hagrid lo encontró entre los alumnos y le sonrió. Por un momento pudo imaginar una clase al aire libre, lejos de las capuchas grises.

Después Dumbledore habló de los dementores que vigilaban los accesos. No debían acercarse a ellos ni abandonar los terrenos sin permiso.

Harry bajó la vista al plato.

Cuando el director terminó, Ron le acercó la fuente de papas.

—Mañana tenemos Cuidado —dijo—. Hagrid no va a hacernos limpiar jaulas toda la mañana.

Harry alzó los ojos.

—No le des ideas.

Ron sonrió y dejó la fuente entre los dos.

CAPÍTULO 6

Antes de levantar la mano

Harry

La primera dificultad de Adivinación fue encontrar la puerta.

Harry había seguido a Ron por dos escaleras, un corredor estrecho y una vuelta que Hermione aseguró que no necesitaban. Al llegar arriba encontraron una trampilla cerrada. Unos pasos más abajo, Neville se detuvo para recuperar el aliento.

—Podrían haber puesto un letrero —dijo Ron.

Una escalera descendió casi encima de su cabeza.

Harry lo apartó del primer peldaño. Subieron detrás de Hermione y entraron a una habitación donde las cortinas dejaban pasar una luz rojiza. Había tazas, mesas pequeñas y un olor dulce que hacía difícil recordar cuánto aire acababan de gastar en la escalera.

Lavender y Parvati ya estaban sentadas. Parvati había escogido una taza con flores y Lavender intentaba colocar su libro en un lugar donde pudiera abrirlo sin empujar un cojín al suelo.

La profesora Trelawney recibió a los demás como si llevara mucho tiempo esperándolos y no hubiera oído las quejas bajo la trampilla.

Harry eligió un asiento junto a Ron. Hermione acercó otra silla.

El ejercicio consistía en beber el té, dejar un poco en el fondo y mover la taza para que las hojas encontraran sus posiciones. Ron tomó un sorbo demasiado grande y tuvo que esperar a que se le enfriara la lengua antes de preguntar qué pasaba si se las había tragado.

—Procura no tragarte las señales —susurró Harry.

Hermione abrió el libro.

—Dice que se deje el sedimento.

Ron la miró con los ojos llorosos.

—Ya lo vi.

Intercambiaron las tazas. Harry encontró tres manchas que podían ser una puerta, una bota o una mala limpieza. Buscó en la lista de símbolos mientras Ron giraba la suya, cada vez más cerca de una ventana.

—Esto parece un animal —dijo su amigo.

Harry dejó de buscar.

—¿Cuál?

—Depende de dónde lo mires.

Trelawney apareció detrás de ellos. Tomó la taza con tanta delicadeza que Harry pensó que iba a dejarla caer. La observó unos segundos y la expresión le cambió.

—Un perro negro.

Ron dejó el libro abierto sobre las rodillas.

Harry miró las hojas. Ahora que la profesora lo había dicho, podía encontrar un hocico en el borde de la mancha. O quizá era la bota que había visto antes.

Trelawney habló del Grim y de los presagios de muerte. Varios alumnos se inclinaron para escuchar. Hermione dejó de pasar las páginas.

Harry oyó su propio nombre en la explicación y se arrepintió de haber bebido aquel té.

Al salir, Ron quiso ver otra vez el fondo de la taza. Hermione lo hizo seguir bajando antes de que Trelawney les ofreciera otra predicción.

—No puedes ver una cosa porque alguien la mencione y después usar eso como prueba —dijo ella.

—Yo dije animal antes de que llegara.

—Y también dijiste que podía ser un sombrero.

Harry bajó el último peldaño y dejó que se adelantaran unos pasos. Le habría gustado no haber visto el hocico.

Para cuando salieron al encuentro de Hagrid, el aire fresco le había despejado bastante la cabeza.

El guardabosques los esperaba cerca del camino a su cabaña, con un abrigo que parecía haber cepillado por partes. Tenía las manos metidas en los bolsillos y no dejó de moverlas hasta que terminaron de llegar los alumnos de Slytherin.

—Bueno —empezó—. Ya veo que encontraron el lugar.

Ron miró a Harry.

—Más fácil que la trampilla —murmuró.

Hagrid los llevó hasta un cercado situado a un lado de la cabaña. El pasto estaba aplastado junto a los postes y olía a tierra húmeda, plumas y algo más fuerte que Harry no consiguió identificar.

Malfoy caminaba con Pansy, un poco detrás de Goyle. Harry oyó que se quejaba del barro antes de que Hagrid levantara la mano para detener al grupo.

Al otro lado del cercado, una criatura giró la cabeza.

Harry se olvidó de la taza.

Tenía el pico curvado y unos ojos anaranjados que parecían poder encontrarlo aunque no se moviera. Las plumas del pecho se convertían en pelaje sobre un cuerpo grande de caballo. Detrás se desplegó un ala; Harry alcanzó a ver el borde de cada pluma antes de que el animal la recogiera de nuevo.

—Hipogrifos —dijo Hagrid, con una sonrisa que ya no intentaba contener—. Ese gris es Buckbeak.

Había otros más atrás. Uno sacudió la cabeza y golpeó el suelo con una garra.

Hagrid esperó a que todos miraran.

—Tienen mucho orgullo. Si no les gusta cómo se acercan, se van a enterar. Así que primero me escuchan y luego vemos quién quiere probar.

Les mostró dónde debían detenerse. Había que inclinarse, esperar a que el animal respondiera y no avanzar si no lo hacía. No debían levantar las manos frente al pico ni acercarse por sorpresa. Si uno se inquietaba, tenían que dar espacio, no discutir con él.

Ron alzó una ceja ante la última parte.

—No digo que les vaya a contestar —aclaró Hagrid—. Digo que no van a convencerlo por hablar más fuerte.

Hermione sonrió. Harry miró otra vez a Buckbeak. El animal acababa de dedicarle toda su atención a una mosca que pasaba cerca del poste.

Hagrid sujetó su ramal y lo sacó hasta el espacio despejado frente al cercado. Dejó a los otros hipogrifos detrás de la barrera y comprobó que los alumnos seguían juntos.

—¿Quién empieza?

Harry oyó su propia voz antes de terminar de decidirse.

—Yo.

Hagrid le hizo una señal para que avanzara. Harry dejó el libro en manos de Ron y se acercó hasta la distancia que le habían mostrado.

De cerca, las garras parecían más grandes.

Se inclinó.

El cuello de la túnica le rozó la barbilla. Podía ver una mancha de barro entre sus zapatos y, más allá, las patas inmóviles del hipogrifo. Esperó. Le dieron ganas de mirar a Hagrid, pero no quería que Buckbeak entendiera que ya había terminado de prestarle atención.

La cabeza gris bajó por fin.

—Eso es —dijo Hagrid, en voz baja—. Ahora despacio.

Harry levantó la mano como le había mostrado. Buckbeak se acercó lo suficiente para olerle los dedos. El pico hizo un ruido seco junto a su manga y Harry tuvo que obligarse a no retirar el brazo de golpe.

Después tocó las plumas.

Eran más suaves cerca del cuello de lo que había esperado. Debajo notaba el calor del animal y el movimiento que acompañaba cada respiración. Buckbeak ladeó la cabeza para examinarlo con el otro ojo.

Harry sonrió sin mirar a sus amigos.

—Creo que le caíste bien —dijo Hagrid.

El hipogrifo empezó a arreglarse una pluma con el pico, como si la opinión de Harry ya no requiriera tanto esfuerzo.

La idea de volar sobre él le pareció distinta en cuanto estuvo sentado.

En la Nimbus, sus manos siempre encontraban el lugar donde sujetarse. Sobre Buckbeak tenía que acomodar las piernas sin apretar las alas y confiar en que la espalda que se movía debajo siguiera allí al dar el primer salto.

Hagrid le mostró cómo sujetarse de las plumas firmes de la base del cuello.

—No tires. Si necesitas bajar, lo llamo yo. ¿Listo?

Harry asintió.

Hagrid desenganchó el ramal y se apartó.

Buckbeak dio unas zancadas que le sacudieron todo el cuerpo. Harry perdió durante un instante el sitio donde apoyaba un pie. Antes de que consiguiera acomodarlo, el hipogrifo desplegó las alas y el suelo empezó a alejarse.

El aire le golpeó la cara.

No subían como una escoba. Cada movimiento tenía un esfuerzo que Harry sentía a través de las piernas y el pecho. Se inclinó con el animal, encontró un apoyo mejor y dejó de intentar mantener la espalda rígida.

El cercado se hizo pequeño. Ron levantó los brazos desde abajo; Harry no pudo soltar ninguna mano para contestarle.

Pasaron sobre el camino y giraron hacia el lago. Una ráfaga le llenó los ojos de agua. Harry bajó la cara junto a las plumas y después volvió a levantarla, incapaz de perderse lo que tenía delante.

El lago se extendía bajo las alas. Había visto aquel reflejo desde su escoba, pero nunca con el golpe tibio de un cuerpo vivo

acompañando cada subida. Buckbeak giró la cabeza apenas, atento a algo en el aire, y cambió de dirección sin esperar una orden.

Harry soltó una risa que el viento se llevó enseguida.

No tenía que buscar una pelota ni adelantarse a nadie. Se afirmó con las rodillas y dejó que el hipogrifo completara la curva.

Hagrid los llamó desde el cercado. Buckbeak descendió con un movimiento largo que le levantó el estómago a Harry y aterrizó más deprisa de lo que habría elegido. Él dio un pequeño salto sobre el lomo y volvió a caer en su sitio.

—¡Ahí está! —exclamó Hagrid. Cuando el animal se quedó quieto, volvió a engancharle el ramal.

Harry tardó un momento en soltar las plumas.

Al bajar, las piernas le parecieron demasiado blandas para el suelo. Ron le devolvió el libro y quiso saber qué se sentía.

Harry miró hacia arriba.

—No sé. Tienes que… No es como volar en escoba.

Hermione lo observó sonriendo.

—Eso ya lo vimos.

Harry empezó a explicarles el primer salto. Mientras hablaba, Hagrid condujo a Buckbeak unos pasos más allá y pidió otro voluntario.

Malfoy se adelantó antes de que Ron terminara su pregunta.

Harry dejó de hablar.

Ella entregó su bolsa a Pansy y se detuvo donde Hagrid le indicó. Escuchó la repetición de las instrucciones con la barbilla alta, como si aquella parte ya no fuera necesaria. Después hizo una reverencia cuidadosa.

Buckbeak la miró.

Malfoy esperó. Una de sus manos se movió junto a la falda, pero no dio otro paso.

El hipogrifo inclinó la cabeza.

Hagrid le permitió acercarse por el costado. Ella tocó las plumas con dos dedos y luego apoyó la mano entera. Harry vio cómo se le aflojaba un poco la expresión.

—Ya está —dijo Dracenia, mirando hacia los demás—. No era tan difícil.

Goyle se acercó al límite que Hagrid les había marcado. El profesor levantó la mano y él se detuvo.

Malfoy pasó la palma por el cuello de Buckbeak. El hipogrifo giró el pico hacia un movimiento detrás del cercado, apartándose de sus dedos.

Ella chasqueó la lengua.

—Por aquí.

Buckbeak no se volvió.

Malfoy levantó la mano derecha frente a su cabeza y tronó los dedos.

—No hagas eso —dijo Hagrid al instante.

Ella miró al profesor.

—Sólo quiero que…

El hipogrifo erizó las plumas del cuello. Harry vio cómo apoyaba el peso en las patas traseras.

—Atrás —ordenó Hagrid.

Dracenia hizo un gesto impaciente con la mano todavía alzada.

—No va a…

Buckbeak lanzó la garra.

Ella levantó el otro brazo por reflejo. Harry oyó rasgarse la tela y después un grito que no se parecía a ninguna de las voces que Malfoy usaba en clase.

Hagrid tensó el ramal hacia un lado y se interpuso, con el brazo extendido para mantenerla detrás de él. Buckbeak retrocedió un paso, agitando las alas.

Pansy soltó la bolsa y corrió hacia su amiga.

Harry ya se había movido cuando Ron lo sujetó por una manga.

—Por detrás —le dijo.

Rodearon a Hagrid sin pasar frente al animal. Malfoy se había sentado en el pasto y miraba la manga izquierda, que empezaba a oscurecerse de sangre. Pansy sacó un pañuelo y lo apretó sobre la tela abierta.

—¡No ahí! —protestó Dracenia, intentando apartarse.

—No te muevas —dijo Pansy. La voz le tembló al final.

Hagrid condujo a Buckbeak dentro del cercado y aseguró el ramal antes de volverse. Hermione ya iba hacia los invernaderos para buscar a la profesora Sprout.

Harry se agachó junto a Pansy.

—¿Quieres que lo sostenga?

Ella negó con la cabeza. No apartaba los ojos del pañuelo.

Malfoy levantó la cara hacia Hagrid.

—Me atacó.

El profesor se arrodilló a su lado. Le pidió que no moviera el brazo y miró por debajo de la manga con una expresión que hizo que Harry tragara saliva.

Sprout llegó casi corriendo, con Hermione detrás. Se quitó los guantes de trabajo y los dejó caer junto a la bolsa de Pansy. Hagrid

levantó a Dracenia con cuidado, manteniendo el brazo herido cerca de su cuerpo.

—Yo me quedo con los alumnos —dijo Sprout—. Llévala con Poppy.

Pansy se puso de pie y los siguió hacia el castillo.

Sprout no les pidió que repitieran lo que había pasado. Los reunió lejos del cercado y esperó a que todos recogieran sus libros.

Buckbeak había plegado las alas. Seguía atento al lugar por donde se habían llevado a Dracenia.

—Le dijo que retrocediera —murmuró Ron.

Hermione recogió la bolsa que Pansy había dejado caer al principio. La sostuvo un momento antes de darse cuenta de que ya no quedaba nadie de su grupo para entregársela.

—Yo se la llevo —dijo Harry.

No quería entrar en la enfermería para oír a Malfoy contar aquello como si Hagrid la hubiera empujado hacia las garras. Tampoco quería dejar sus libros tirados junto al cercado.

Al subir por el camino, vio una pluma gris atrapada en el pasto.

Se detuvo lo justo para levantarla y guardarla entre las páginas. Todavía tenía las manos calientes por el vuelo.



CAPÍTULO 7

El brazo que todos miraban



Dracenia

Lo primero que Dracenia quiso hacer al despertar fue rascarse debajo de la venda.

Lo segundo fue descubrir por qué le habían dejado la mano sobre una almohada tan alta que parecía pertenecerle a otra persona.

Movió el brazo izquierdo. El dolor le llegó hasta el codo y la obligó a detenerse.

—No —dijo Pomfrey desde algún lugar detrás de la cortina.

Dracenia se quedó quieta, irritada por haber sido descubierta antes de empezar a discutir.

La enfermera apareció con un frasco y una cuchara. Las heridas estaban cerrando bien, le explicó, pero tenía que dejar de probarlo a cada rato. Una garra había abierto dos cortes en el antebrazo. No había fractura; eso no significaba que pudiera usar la mano como si nada.

Dracenia miró el bulto bajo la venda. Recordaba la tela abriéndose, los dedos de Pansy y el pico demasiado cerca. De las escaleras sólo conservaba una parte: había intentado sujetarse al abrigo de Hagrid y él le dijo que ya la llevaba bien.

Le desagradaba recordar aquello con tanta claridad.



—¿Cuándo puedo irme?

—Cuando pueda confiar en que no vas a arrancarte las vendas antes de llegar al pasillo.

—No iba a arrancármelas.

Pomfrey le acercó la cuchara.

Dracenia tomó la medicina. Sabía a algo que habría salido mejor si no hubieran intentado endulzarlo. Buscó el vaso con la mano derecha y casi lo golpeó al calcular mal la distancia.

La enfermera lo acercó antes de que cayera.

—Unos días sin cargar peso. Nada de vuelo hasta que yo lo revise.

Dracenia levantó la mirada.

—¿Cuántos días?

—Empieza por hoy.

Pansy llegó con los libros que le faltaban y una manzana que dejó junto al vaso.

—No sabía si te estaban dando de comer —dijo.

—Me trajeron avena.

Pansy observó la cama, las cortinas y el frasco.

—Entonces hice bien.

Dracenia habría sonreído si no hubiera tenido tantas ganas de quejarse. Se incorporó y descubrió que la almohada le impedía acomodarse como quería.

Pansy la movió un poco.

—¿Así?

—Más abajo.

La movió otra vez. Dracenia consiguió dejar de sentir el borde de la venda en la muñeca.

—¿Quién te dio la bolsa?

—Potter. La dejó anoche en la entrada.

Dracenia miró sus cosas. Había barro seco en la correa.

—Podía haberla traído alguien de nuestra casa.

—Pues no estaban allí cuando se acordaron de recogerla.

Pansy sacó de su propia bolsa un libro y dos hojas que tenía dobladas entre las páginas. Había empezado una tarea de Herbología. Cuando Dracenia le preguntó qué hacía, le explicó que no iba a perder toda la tarde del sábado con un dibujo.

—¿Es para mañana?

—No. Por eso quiero terminarlo hoy.

Dracenia observó las líneas. Una raíz se había convertido en una mancha oscura al pasar el papel de una hoja a otra.

—Esa parte no está bien.

Pansy levantó los ojos.

—Ya me di cuenta. Para criticar sí estás bien.

Durante un rato trabajó mientras Dracenia intentaba cortar la manzana con una sola mano. Al tercer intento, Pansy le quitó el cuchillo, la partió y dejó ambas mitades en el plato sin comentar nada.

Dracenia comió un pedazo.

—¿Están hablando mucho de mí?

Su amiga dejó de borrar.

—Sí.

—¿Y qué dicen?

Dracenia apartó los ojos del dibujo.

Pansy miró hacia la cortina, por donde acababa de pasar la sombra de Pomfrey.

—Potter dice que Hagrid te había dicho que retrocedieras.

El pedazo de manzana se le quedó entre los dedos.

—Tú estabas ahí.

—Sí.

Dracenia esperó. Pansy no añadió la respuesta que ella quería.

—Me estaba mirando —dijo por fin—. El animal. Me había dejado acercarme.

—Lo vi.

Dracenia volvió a colocar la manzana en el plato. La mano izquierda le latía bajo la venda y se concentró en acomodarla sobre la almohada.

Pansy retomó el dibujo. Cuando se fue, dejó la mitad de la manzana que Dracenia no había terminado y se llevó sus propias hojas.

Sus padres llegaron después de la comida.

McGonagall había concertado la visita y los acompañó hasta la enfermería. Dracenia oyó la voz de su padre antes de que se abriera la cortina. Intentó sentarse mejor y se hizo daño al apoyar el codo.

Lucius llegó a su lado en dos pasos.

—No te muevas.

Ella iba a contestar que ya lo había intentado cuando él le apartó el pelo de la mejilla. Su madre dejó los guantes sobre una silla y se sentó del otro lado.

Durante unos segundos Dracenia no quiso hablar del hipogrifo.

Lucius le sostuvo la mano sana. Tenía el pulgar tibio contra los nudillos y la miraba de una manera que hizo que le costara mantener la boca firme.

—Me dolió mucho —dijo.

—Lo sé.

Él se inclinó y le besó la frente. Dracenia cerró los ojos hasta que sintió que podía abrirlos sin hacer algo todavía más vergonzoso.

Narcissa le preguntó si había dormido. Le dio tiempo a contestar antes de acercarse al vendaje.

—La enfermera nos dijo que la mano está bien.

Dracenia movió los dedos para demostrarlo y se arrepintió enseguida.

Su madre le rozó la muñeca por fuera de la venda.

—No tienes que enseñármelo ahora.

Lucius miró el frasco de la mesita. Después se volvió hacia su hija.

—Cuéntame cómo te acercaste.

Dracenia buscó un lugar donde dejar la mano.

—Como dijo el profesor. Hice la reverencia y él también. Me dejó tocarlo.

—¿Y después?

La pregunta quedó entre los tres. Dracenia volvió a ver las plumas erizadas.

—Apartó la cabeza. Yo todavía estaba junto a él.

Lucius la miraba sin interrumpirla.

—Se me vino encima. Hagrid tuvo que tirar de la cuerda.

Narcissa bajó los ojos hacia el brazo. Dracenia quiso explicar el ruido que hizo la tela, pero sabía que la voz iba a fallarle si lo intentaba.

Su padre le acarició los dedos antes de soltarlos.

—No debieron ponerte al alcance de algo así.

Dracenia oyó la orden de retroceder con una claridad desagradable. Cambió de sitio sobre la cama.

—No quiero volver a esa clase.

Lucius se puso de pie.

—Hablaremos de eso. Primero voy a asegurarme de que examinen lo que ocurrió.

Narcissa levantó la mirada.

—La clase tendrá que cambiar mientras tanto.

—No pienso dejarlo en una conversación sobre lo mucho que quiere a sus animales —respondió él.

Dracenia miró el vaso. Hagrid había tenido las manos manchadas de sangre cuando la levantó. No sabía qué hacer con aquel recuerdo mientras su padre hablaba.

Lucius se volvió otra vez hacia ella.

—Hay un comité para estas cosas. Haré llegar la queja.

Dracenia asintió. Era más fácil dejar que él encontrara las palabras.

Antes de marcharse, Narcissa sacó de una bolsa un cepillo y dos cintas para el pelo.

—No traje la túnica nueva. Prefiero esperar a que puedas probártela.

Dracenia observó las cintas.

—La verde no.

Su madre la separó.

—La trajiste tú de la tienda.

—En la tienda no se veía de ese color.

Narcissa la sostuvo junto a la lámpara.

—Aquí tampoco.

Dracenia se rio por la nariz. Le tiró un poco el brazo al moverse y la risa se le acabó.

Su madre le acomodó el pelo con el cepillo. Lo hizo despacio, desenredando las puntas antes de pasar por donde Dracenia siempre tiraba demasiado fuerte.

—¿Va a venir alguien más? —preguntó ella.

—¿Quieres que venga alguien más?

Dracenia miró los libros de la mesita.

—No ahora.

Narcissa no insistió. Terminó de sujetarle el pelo y le dejó el cepillo donde pudiera alcanzarlo con la mano derecha.

Su padre la abrazó antes de irse, atento al brazo. Dracenia lo sujetó por la manga cuando empezó a apartarse.

—No es que yo no supiera cómo hacerlo.

Lucius la miró.

—Eso ya lo entendí.

Ella lo soltó. Le gustó oírlo y, al mismo tiempo, no consiguió sentirse satisfecha.

El lunes volvió a dormir en su propia cama.

Pomfrey había cambiado la venda por una más pequeña y le había dicho que regresara a revisión antes de tocar una escoba. Pansy la esperaba junto a la puerta de la sala común; le quitó los libros del brazo derecho antes de que Dracenia pudiera decidir si quería pedir ayuda.

Había demasiada gente mirando.

Un alumno de cuarto quiso saber si era verdad que se le veían los huesos. Dracenia lo miró hasta que dejó de sonreír.

—Si tuviera algo interesante que enseñarte, no estarías primero en la fila.

Goyle se apartó para que pasaran. Crabbe señaló un sillón desocupado junto a una mesa.

—Te guardamos ese.

Dracenia se sentó sin tener que empujar nada. El alivio la hizo olvidar por un instante la expresión que quería poner. Desde el sillón, la sala le pareció más grande que de costumbre: tendría que atravesarla entera para llegar a su dormitorio, entre gente que seguía volviéndose a mirarla. Recogió los pies bajo el borde de la túnica. El frío de las mazmorras se le había metido en los zapatos; al otro extremo, unos alumnos mayores seguían escribiendo bajo el resplandor verdoso del lago.

Pansy dejó los libros y sacó su tarea terminada. El dibujo tenía ahora raíces muy claras y una pequeña mancha que había conseguido disimular bajo una hoja.

—Sprout dijo que así sí se entendía.

Dracenia se inclinó para verlo mejor.

—Lo de abajo sigue pareciendo una pata.

—Es una raíz.

—Una raíz con ganas de irse.

Pansy le retiró el papel, pero se estaba riendo.

Durante la cena habían comentado que Hagrid ya había recibido una comunicación del comité. Dracenia había levantado la vista hacia la mesa de profesores, buscándolo, y lo encontró haciendo girar una cuchara entre sus manos. No se acercó a hablar con él.

Ahora alguien le preguntó cuánto iba a tardar en volver a entrenar.

—Poco —respondió.

Se llevó la mano sana hacia el puño de la manga para enderezarlo. La otra se quedó quieta sobre el sillón.

CAPÍTULO 8

Una forma de mirarlo

Harry

Neville llegó a Defensa con una maceta dentro de la bolsa.

Harry lo descubrió cuando una hoja le rozó la muñeca al ayudarlo a levantarla. Neville sujetó la correa antes de que la planta se inclinara más.

—No la pongas junto a la ventana —le pidió—. Todavía no.

Ron miró el espacio que habían escogido para sentarse.

—¿También tiene clase?

—Sprout me dijo que se la llevara después.

Neville acomodó la bolsa bajo el banco, sin que la maceta tocara sus libros. Una hoja le cayó sobre el zapato y él la apartó con mucho más cuidado del que Ron habría utilizado.

Lupin entró con una caja larga bajo el brazo. No llevaba libros para repartir. Dejó la caja sobre la mesa y esperó a que acabaran de acomodarse.

Algo golpeó una de las paredes de madera desde dentro.

Seamus dejó de hablar.

—Hoy no van a necesitar tinta —dijo Lupin—. Conviene tener las manos libres.

Hermione tapó el tintero con una expresión de curiosidad que Harry conocía bien.

El profesor les mostró el cierre de la caja. El objeto volvió a moverse y Dean apartó un pie, aunque todavía estaba bastante lejos.

—Un boggart —dijo Hermione.

Lupin asintió.

—Entonces ya tenemos una primera ventaja. ¿Qué hace?

Varias manos se levantaron. Harry se quedó mirando la caja mientras la explicación avanzaba a su alrededor. Adoptaba la forma de lo que más temiera quien tenía delante. Nadie podía decir qué aspecto tenía a solas.

Ron se inclinó hacia él.

—Pues espero que disfrute de la caja.

Harry sonrió, pero estaba intentando decidir qué saldría para él.

Una capucha. Un hueco donde debía haber una cara.

Se frotó las palmas contra el pantalón y dejó de mirar el cierre.

Lupin hizo que despejaran el centro del salón.

Las bancas quedaron a ambos lados y la caja contra la pared del fondo, donde todos pudieran verla. Harry ayudó a arrastrar una mesa que cojeaba. Hermione revisó que no hubiera nada por donde alguien pudiera tropezar al retroceder.

Lupin explicó el encantamiento y les pidió que practicaran el movimiento sin abrir todavía la caja. No bastaba con pronunciar bien la palabra. Había que decidir algo que cambiara la figura y les permitiera reírse de ella.

Neville repitió el gesto con la varita muy cerca del pecho.

Lupin se detuvo junto a él.

—¿Se te ocurre qué podrías ver?

Neville miró hacia sus compañeros.

—El profesor Snape.

Un par de alumnos se rio. Harry no lo hizo. Había visto a Neville derramar una preparación por intentar retirar el cucharón demasiado rápido cuando Snape se acercaba.

Lupin tampoco sonrió de aquella manera.

—Bien. Es una figura bastante concreta. ¿Qué podrías cambiarle?

Neville bajó la vista hacia sus zapatos.

Seamus propuso una nariz enorme. Ron movió la boca sin hacer ruido y Harry sospechó que su idea tenía que ver con babosas.

—Dejen que lo piense él —dijo Lupin.

Neville se quedó callado un rato.

—Mi abuela tiene unas pantuflas —murmuró al fin—. Muy grandes. No puede subir las escaleras sin que se le salga una.

Lupin le pidió que las imaginara con claridad. Neville levantó un poco la cabeza al describirlas, como si el color y la forma le resultaran mucho más fáciles que pensar en el profesor.

Cuando abrieron la caja, Harry sintió que el salón se volvía más pequeño.

Snape apareció entre el banco y la pared, con la túnica negra y una expresión que Neville debió de reconocer enseguida. Su compañero retrocedió medio paso.

La figura avanzó hacia él.

Neville levantó la varita. Le temblaba la punta.

—Ri…

La voz se le cortó.

Harry dio un paso, pero Lupin extendió una mano para que esperara. Seguía a poca distancia de Neville, sin ponerse frente a él.

—Los pies —le recordó.

Neville bajó los ojos hacia la figura y respiró por la boca.

—¡Riddikulus!

El boggart alzó la barbilla. Durante un instante Harry pensó que no había ocurrido nada. Después vio las enormes pantuflas de felpa que sobresalían bajo la túnica. Snape intentó avanzar. Una salió despedida y chocó contra la caja.

Neville soltó una risa breve, de sorpresa.

La otra pantufla se dobló bajo el pie de la figura, que tuvo que agitar los brazos para mantener el equilibrio.

El salón entero se rio.

Neville seguía apuntando con la varita, con la boca abierta y los hombros más bajos. Lupin le hizo una señal para que retrocediera hacia el grupo.

Harry le dio un golpe suave en el brazo al pasar.

—La primera pantufla llegó hasta la caja.

Neville empezó a reírse otra vez.

Otros alumnos probaron después.

La forma cambiaba tan deprisa que Harry tuvo que recordar que seguía siendo una sola criatura. Lavender se tapó la cara antes de volver a levantar la varita. Dean necesitó dos intentos y celebró el segundo con un grito que lo hizo ponerse rojo en cuanto se oyó.

Harry esperaba su turno cerca del centro. Le molestaba notar lo fría que tenía la mano.

Cuando la figura empezó a girarse hacia él, un pliegue oscuro se alargó cerca del suelo.

Harry levantó la varita.

Lupin se interpuso.

Algo claro apareció un instante frente al profesor, redondo y brillante. Antes de que Harry pudiera verlo bien, Lupin pronunció el encantamiento y lo hizo retroceder hacia la caja. La tapa se cerró con un golpe.

El profesor apoyó una mano encima hasta que dejó de sacudirse.

—Por hoy basta.

Harry bajó el brazo. A su alrededor, los demás empezaban a hablar todos a la vez.

Neville se agachó junto a su bolsa. La planta había soltado dos hojas sobre el piso. Las recogió con una sonrisa que no se le había ido todavía.

Ron imitó el sonido de la pantufla contra la caja y Neville lo corrigió: había sido mucho más fuerte.

Harry recogió sus libros sin unirse a la discusión.

Esperó hasta que los demás salieron.

Hermione se detuvo en la puerta, pero Harry le hizo una seña para que siguiera con Ron. Ella lo miró un momento y asintió.

Lupin estaba comprobando el cierre de la caja.

—¿Queda algo?

Harry apretó la correa de su bolsa.

—No me dejó probar.

El profesor se volvió hacia él.

—Es verdad.

Harry había esperado una explicación antes de tener que seguir preguntando. Al no recibirla, levantó un poco la barbilla.

—Si era porque me iba a caer…

—No estaba pensando en eso.

Lupin apartó la caja del borde de la mesa.

—No quería que el boggart tomara una forma que el grupo no estuviera preparado para ver. No sabía qué iba a aparecer delante de ti.

Harry miró hacia el sitio donde había empezado a crecer la tela oscura.

—Yo sí.

Lupin esperó.

—El del tren.

El profesor dejó de mover la caja.

Harry buscó cómo hacer la pregunta que le importaba.

—Los otros lo sintieron. El frío. Pero yo oí cosas.

—Los dementores pueden acercarnos a recuerdos que no queremos revivir. No todos tenemos los mismos.

Harry bajó la mirada. Le resultaba difícil llamar recuerdo a una voz que todavía no conseguía reconocer.

—Usted hizo que se fuera.

—Sí.

—Entonces hay algo que sirve.

Lupin asintió.

Harry no sabía el nombre de lo que había hecho ni cuánto tendría que aprender para intentarlo. Aun así, dejó de apretar la bolsa.

—Quiero saber más de eso.

El profesor lo observó unos segundos.

—Podemos hablar. Ahora tienes que llegar a tu siguiente clase.

Harry miró hacia la puerta y salió con tanta prisa que casi chocó con Hermione.

Ron estaba apoyado junto a ella, comiéndose una galleta.

—Te guardamos una —dijo, y le mostró la que no tenía mordida.

Después de comer fueron a la biblioteca.

Harry no les había pedido que lo acompañaran para buscar a Sirius Black entre los estantes. Quería encontrar algo sobre hipogrifos que no se limitara a dibujos de garras. Ron propuso empezar por los libros de Cuidado, donde al menos era probable que hubiera animales.

Hermione llevaba otra lista. La dobló al ver el lugar que Harry había escogido y fue a buscar un tomo distinto.

—Quiero comprobar una cosa —dijo.

Harry se instaló con Ron y abrió el libro que habían encontrado. Ron empujó las bolsas bajo el banco con un pie y se acercó hasta poder leer la página.

Había dibujos del movimiento de las plumas del cuello. Harry pasó varias páginas antes de reconocer el que había visto en Buckbeak, justo antes de que atacara.

Ron señaló el texto de abajo.

—Es lo que dijo Hagrid.

Harry leyó la descripción. Después dejó la mano sobre la página abierta.

—No quiero que digan que no sabía lo que hacía.

Ron se inclinó para ver mejor.

—¿Hagrid o Malfoy?

Harry lo miró y no pudo evitar una sonrisa corta.

—Hagrid.

Hermione volvió con su libro. Había encontrado otra explicación del mismo gesto y también una referencia a un hipogrifo que había vivido muchos años cerca de una casa sin dejar que todo el mundo se acercara.

—Estar acostumbrado a personas no significa que acepte cualquier cosa —dijo.

Ron apartó la mano cuando ella pasó la página.

—Podrías decírselo a tu gato.

Hermione se sentó.

—Crookshanks no estaba en la clase.

Harry acercó otro libro antes de que la conversación cambiara de animal. Leyeron hasta encontrar una ilustración donde se distinguía bien la distancia que debía guardar quien se acercaba.

—Podemos enseñársela a Hagrid —propuso Ron.

Harry asintió. No habían encontrado una solución que hiciera desaparecer la carta del comité. Habían encontrado algo que el profesor ya les había enseñado, y él quería que lo supiera.

Al salir se cruzaron con Neville, que volvía de los invernaderos sin la maceta.

—¿Se quedó Sprout con ella? —preguntó Hermione.

—Le gustó cómo había crecido.

Neville intentó decirlo sin mucha importancia y no le salió. Ron le preguntó si la profesora también sabía lo de las pantuflas. Él negó con la cabeza y después empezó a describirle otra vez el primer golpe contra la caja.

Harry los siguió hacia el patio. El sol había salido entre las nubes y todavía les quedaba un rato antes de entrar a clase.

CAPÍTULO 9

Un lugar en el aire

Harry

Harry encontró a Ginny haciendo girar una pelota entre las manos, sentada en el escalón donde Ron solía esperar para bajar a cenar.

La pelota era de tela, de un rojo que había perdido casi todo el color. Ginny la lanzó contra la pared y la atrapó antes de que tocara el suelo.

—Si se la vuelves a dar a los gemelos, va a acabar gritando —le dijo Harry.

—Ya gritaba. Era de ellos.

Harry se detuvo para mirarla. Ginny apretó un lado con el pulgar. La pelota soltó un chillido débil que parecía haberse cansado de su propio chiste.

Harry se rio.

—Lo que no entiendo es por qué la quieres.

—Porque todavía rebota.

Ella la tiró otra vez y esta vez se la lanzó a Harry. Él la atrapó contra el pecho, más tarde de lo que habría querido.

—Y te hace falta practicar —añadió Ginny.

Ron apareció detrás de ellos con un libro que no había abierto.

—Estaba diciendo que teníamos que salir.

Harry les devolvió la pelota.

—¿Al campo?

Ginny se levantó enseguida.

Consiguieron dos escobas de prácticas y una Quaffle con permiso de Hooch. Hermione prefirió quedarse con una tarea que, según ella, dejaría de ser larga si conseguía empezarla sin que nadie volviera a preguntarle cuánto le faltaba.

Harry fue por la Nimbus. Al sacarla de la funda notó el olor del mango limpio y se quedó un instante con ella entre las manos.

Wood le había dado trabajo suficiente durante los entrenamientos para que no pudiera pensar en otra cosa. Aquella tarde no había posiciones nuevas ni una Bludger obligándolo a mirar sobre el hombro.

Ron esperaba junto al camino del campo. Ginny examinaba las cerdas de la escoba que le habían prestado y apartó una ramita que sobresalía.

—No le arranques nada —le dijo su hermano.

—La estoy acomodando.

Harry miró la Quaffle que Ron llevaba bajo el brazo.

—¿Qué quieren hacer?

Ginny señaló los aros.

—Entrar por uno de esos sin que me quites la pelota.

Ron le lanzó la Quaffle. Ella la recibió con ambas manos y se la apoyó en la cadera antes de montar.

Harry se adelantó para dejarles espacio de salida. La Nimbus se levantó con una ligereza que le aflojó enseguida los hombros.

Desde arriba, el terreno parecía menos lleno de caminos obligatorios. Harry dio una vuelta junto a las gradas, probó un descenso corto y regresó hacia sus amigos.

Ron subía despacio, atento a mantener el mango recto. Ginny ya había cambiado la pelota de brazo y estaba mirando el aro central.

Harry se colocó delante de ella.

—Cuando quieras.

Ginny no esperó a que terminara.

La primera vez fue fácil.

Harry vio el movimiento de su hombro antes de que soltara la pelota. Subió un poco, la recibió contra el brazo y giró para devolvérsela.

—Te quedaste mirándome —le dijo.

Ginny estiró las manos.

—Estabas en medio.

—Por eso.

Ron llegó junto a ellos y tuvo que dar una curva más amplia de lo que esperaba para detenerse. Harry esperó a que se acomodara.

—Puedes pasársela a él.

—Gracias por permitirlo —dijo Ron.

El segundo intento empezó casi igual. Ginny avanzó hacia el aro y Harry se movió para cerrarle el espacio. Ella amagó el tiro, pero le pasó la Quaffle a Ron por debajo del brazo.

Ron la atrapó como pudo. La escoba se inclinó con el peso y tuvo que sujetarse antes de devolverla.

Harry aprovechó para cruzarse entre ambos.

Ginny no intentó recibir en el mismo sitio. Se dejó caer varios metros, obligó a Harry a seguirla con la mirada y le levantó una mano a su hermano.

Ron vio la señal. Lanzó la pelota hacia abajo.

Harry bajó detrás de ella. Llegó demasiado cerca y tuvo que apartarse para no golpear la escoba de Ginny. Ella sostuvo la Quaffle contra el cuerpo, levantó el mango y salió por el lado donde él había dejado de mirar.

La pelota atravesó el aro.

Harry oyó el grito de Ron antes de darse la vuelta.

Ginny estaba sonriendo con toda la cara.

—Diez —dijo.

—No estábamos contando.

—Yo sí.

Ron se rio tan fuerte que perdió un poco de altura. Se corrigió, volvió a subir y le pidió a su hermana que lo avisara antes de hacer otra de aquellas señales.

Harry fue por la Quaffle. La pelota había caído sobre el pasto al otro lado de los aros. Se agachó desde la escoba, la recogió y regresó más despacio.

Esta vez miró a Ginny antes de colocarse frente a ella.

Jugaron hasta que Ron empezó a tener las manos cansadas.

Hubo tiros que ni siquiera se acercaron al aro y uno que hizo que Harry tuviera que dar una vuelta completa para encontrar la pelota. Ginny le gritó que no pretendía mandarla hasta el lago. Ron aseguró que había parecido una indicación bastante clara.

En el siguiente pase, él descubrió que podía lanzar mejor si no intentaba sujetarse con los dos brazos en cuanto la escoba se movía. Harry lo vio repetirlo, incómodo al principio, después con más seguridad.

Ginny probaba los espacios. A veces se precipitaba y terminaba justo donde Harry la esperaba; otras, cambiaba el ritmo con tanta decisión que él tenía que esforzarse de verdad para alcanzarla.

Después de uno de esos giros, Harry le pidió que lo repitiera.

—¿Para que puedas pararlo?

—Para ver cómo lo hiciste.

Ginny dio una vuelta alrededor de Ron antes de acercarse.

—No ibas a mirar abajo. Estabas mirando la pelota.

Harry recordó el instante en que había pasado tan cerca de su escoba.

—Podía haberte golpeado.

—Por eso no te pedí que lo hicieras así.

Ron tomó la Quaffle.

—Yo también estoy aquí, por si quieren discutir con alguien más.

Harry sonrió y se apartó para dejarles espacio.

La próxima vez intentó mantenerse un poco más atrás. Ginny descubrió el cambio y dejó de bajar tan pronto. Durante varios segundos los tres se movieron sin que nadie decidiera tirar. Después Ron levantó la pelota demasiado y Harry pudo interceptarla.

—Ahora sí —dijo él.

Ginny lo señaló con un dedo.

—Seguimos ganando.

Harry no había llevado la cuenta, pero empezaba a sospechar que ella no sólo estaba diciendo aquello para fastidiarlo.

Bajaron para descansar junto a las gradas.

Ron dejó la escoba sobre el pasto y se sentó a su lado con un suspiro que Harry había oído muchas veces después de subir las escaleras de la torre. Harry estiró las piernas. Todavía sentía en las rodillas el esfuerzo de sujetar la escoba, y el pasto frío le humedeció enseguida la parte de atrás del pantalón. Ginny fue a buscar la botella de agua.

—¿Desde cuándo vuelas así? —le preguntó Harry.

Ella se encogió de hombros antes de beber.

—Hace bastante.

Ron levantó la cabeza.

—¿Con qué escoba?

Ginny le devolvió la botella.

—Con las que había.

—Las teníamos guardadas.

—Ya me di cuenta.

Ron abrió la boca, la miró otra vez y decidió beber antes de continuar.

Harry se rio. Podía imaginarla esperando a que dejaran el lugar libre, midiendo cuánto tardaría alguien en volver. Le habría gustado tener un cobertizo así cuando era más pequeño.

—Deberías probar cuando quede un puesto —le dijo.

Ginny dejó de jugar con el tapón.

—¿De verdad?

—Tiras bien. Y no siempre por donde parece.

Ella miró los aros como si hubiera empezado a calcular otra cosa.

—No quiero jugar de buscadora.

Harry apoyó la Nimbus sobre sus rodillas.

—Me alegra. Ya bastante tengo con los que hay.

Ron le dio un pequeño golpe con la botella. Ginny empezó a reírse y Harry tuvo que levantar el pie para que no se lo pateara al sentarse.

En el camino de arriba se habían detenido Malfoy y Pansy.

Harry las vio al volverse para recoger la funda. Dracenia llevaba varios libros contra el costado derecho. No tenía ya el vendaje grande; una franja clara asomaba bajo la manga izquierda. Miraba hacia los aros, aunque la pelota estaba en el suelo.

Pansy le señaló algo en un libro. Malfoy tardó en bajar los ojos. Cuando volvió a levantarlos, Harry la encontró mirándolo.

No la saludó.

Pansy le tocó el codo y ambas siguieron hacia el castillo.

Ron se volvió para ver por qué Harry había dejado de hablar.

—¿Qué?

—Nada. ¿Seguimos?

Ginny ya estaba de pie.

Harry se puso de acuerdo con ella para que Ron pudiera intentar un tiro desde más cerca.

Su amigo protestó cuando lo descubrió.

—Podían haberme preguntado.

—¿Querías? —dijo Ginny.

Ron miró el aro. Después le pidió la pelota.

Falló el primer intento por debajo. En el segundo, golpeó el borde y la Quaffle cayó casi encima de Harry. El tercero atravesó el centro.

Ron levantó una mano y la escoba se le inclinó de lado. La sujetó con rapidez antes de terminar de festejar.

Harry soltó una carcajada.

—No levantes la otra mano.

—Ya lo noté.

Ginny pidió la pelota para intentar desde el mismo lugar. Harry retrocedió hacia los aros, pero esta vez no hizo nada para facilitarle el tiro.

Ella también lo notó.

Le lanzó la Quaffle con suficiente fuerza para que Harry tuviera que apoyarla contra el pecho. Después se acercó sonriendo, con una expresión que él conocía en Ron cuando veía una buena jugada de ajedrez.

—Otra vez.

Harry le devolvió la pelota.

El aire empezó a enfriarse antes de que llegara Hooch para recoger el material.

Harry había visto las capas oscuras a lo lejos, junto a uno de los accesos, al dar una vuelta más alta. Bajó sin detenerse a contarlas. Desde el campo llegaba la voz de Ginny, diciéndole a Ron que no podía cobrarle puntos por una pelota que no había atravesado el aro.

Hooch les preguntó si habían tenido problemas con las escobas. Ron se adelantó para decir que la suya se inclinaba al lanzar. La profesora le pidió que le mostrara cómo había sujetado el mango y él tuvo que reconocer, con bastante disgusto, dónde había puesto la rodilla.

Ginny cargó su escoba hasta la entrada del almacén. Harry le tendió la funda de la pelota para que pudiera llevarla sin apretarla contra el brazo.

—La próxima vez podemos empezar antes —dijo él.

—El jueves no. Voy a ver a Colin.

—Otro día.

Ella asintió y pasó junto a Ron, que todavía intentaba demostrarle a Hooch que no todo había sido culpa de su rodilla.

Harry esperó con la Nimbus al hombro. Cuando sus amigos regresaron, Ginny llevaba la pelota vieja de tela en la mano. La apretó junto a la oreja de su hermano y el chillido cansado sonó en mitad de su explicación.

Ron intentó quitársela.

Harry se apartó para dejarlos pasar y acabó siguiéndolos por el camino, riéndose antes de entender qué iba a gritarle Ron de vuelta.



CAPÍTULO 10

Al otro lado del ramal



Dracenia

La pluma de Pansy se quedó flotando con la punta hacia abajo.

No tenía nada de extraño, salvo que había dejado de escribir hacía cinco minutos y ahora intentaba resolver un ejercicio con otra.

Dracenia miró el objeto suspendido sobre su hombro.

—Se te olvidó.

—No. La estoy dejando ahí para acordarme de que no quiero volver a hacerlo.

En Encantamientos habían practicado cómo sostener objetos pequeños sin apretarlos contra el techo en cuanto intentaban moverlos. Dracenia había logrado llevar una pluma de un extremo a otro de la mesa. Al detenerla, derribó el frasco que estaba detrás. No había sido su mano izquierda, aunque Goyle lo preguntó con suficiente volumen para que lo oyera todo el grupo.

Pomfrey le había permitido volver a volar después de la última revisión. El brazo estaba curado, pero aún le molestaba la franja de piel nueva cuando una costura tiraba de ella. Seguían ofreciéndose a cargarle cosas aunque ya no necesitara ayuda.

Pansy bajó por fin la pluma. Aterrizó sobre su libro, muy despacio.

Dracenia iba a hacer una observación cuando su amiga levantó los ojos.

—Si vas a decir que tú podrías dejarla caer mejor, ahórratelo.

—Iba a decir que tienes tinta en el puño.

Pansy se miró la manga.

—Eso también podrías habértelo ahorrado.

Crabbe se acercó para devolverle a Dracenia una hoja que había quedado mezclada con las suyas. Había reconocido la letra antes de revisar el nombre.

—La tuya tiene más rayas.

Ella tomó el papel.

—Son correcciones.

—Por eso.

Crabbe siguió hacia las escaleras. Pansy escondió una sonrisa detrás de su propio trabajo.

Dracenia revisó las marcas de la hoja y encontró un movimiento que todavía no le salía igual al cambiar de objeto. Flitwick había dibujado un círculo junto a la indicación de detenerse. Era pequeño, pero lo veía antes que todo lo demás.

—Voy a buscar la explicación completa —dijo.

Pansy guardó sus cosas enseguida.

—Yo quedé con Padma en la biblioteca. Dice que tiene un ejemplo menos horrible que el del libro.

Dracenia dobló la hoja para que no asomara el círculo del profesor.

—Tampoco era tan difícil.

Pansy miró el puño manchado y después la mesa de su amiga.

—Todavía hay un frasco que no está de acuerdo.

Caminaron junto al patio, donde varios alumnos jugaban con algo que rebotaba entre los arcos.

Dracenia oyó la risa de uno de ellos y se acordó de la tarde en el campo. Potter había tenido que girar dos veces para recoger una pelota que Weasley lanzó muy lejos. Al regresar seguía riéndose. Ella había imaginado acercarse con su escoba, quitarle el balón antes del siguiente pase y oír qué excusa encontraba esta vez.

Se había quedado mirando desde el camino con los libros apretados contra el costado.

Pansy había terminado de enseñarle la página y tuvo que empezar otra vez.

—Hoy podemos ir directamente —dijo su amiga ahora.

Dracenia la miró.

—¿Adónde?

—A la biblioteca. Ayer tuvimos una parada muy larga junto al campo.

—Estaba descansando el brazo.

Pansy bajó los ojos hacia los libros que ella misma llevaba y no contestó.

Dracenia siguió caminando. Lo que la irritaba no era haber visto a Potter divertirse. Era la facilidad con que los otros se habían unido al juego, como si bastara con llegar y pedir la pelota.

No entendía por qué había seguido allí después de darse cuenta.

Al llegar al vestíbulo, Pansy se detuvo para buscar una hoja en la bolsa.

—Me falta el otro dibujo. Lo dejé abajo.

Dracenia miró la escalera. No tenía ganas de bajar hasta la sala común y volver a subir sólo para encontrar a Padma mirando las correcciones de las dos.

—Voy a dar una vuelta. Te alcanzo.

—No tardes. Quiero terminar antes de la cena.

Dracenia levantó una mano y salió por la puerta principal.

El camino hacia el lago estaba más seco que al comienzo del mes.

Dracenia encontró un banco desocupado y se sentó con el libro sobre las rodillas. Pasó la palma por la madera antes de apoyar el puño limpio de su túnica; había quedado tierra seca entre las tablas. La explicación completa no mejoraba mucho la que había oído en clase. Volvió a leer un párrafo, probó el movimiento sin sacar la varita y descubrió que estaba deteniéndose demasiado tarde.

Miró hacia la pendiente donde empezaba el campo. No había nadie volando.

Podía terminar la tarea en la biblioteca, con Pansy. La idea no la hizo levantarse enseguida.

Un ruido grave llegó desde el otro lado del camino.

Dracenia volvió la cabeza.

La cabaña de Hagrid estaba más abajo, cerca del cercado. Había ropa tendida junto a una pared y una olla apoyada en el escalón. Algo gris se movió a un lado del poste que recordaba.

Buckbeak sacudió las alas.

Dracenia cerró el libro.

No había vuelto a pasar por allí desde la clase. En las lecciones siguientes Hagrid les había llevado animales más pequeños;

algunos alumnos lo agradecieron sin bajar la voz. Ella se había mantenido cerca de Pansy, con el brazo recogido contra el cuerpo hasta que dejó de necesitarlo.

El hipogrifo se inclinó para alisar una pluma.

Dracenia apoyó la mano sobre la manga izquierda y retiró los dedos.

Había pensado muchas veces en el grito. No le gustaba que, al recordarlo, siguiera siendo lo primero que oía.

Se levantó del banco.

Desde el camino podía ver el ramal sujeto a un poste firme y el espacio de pasto gastado alrededor.

Se detuvo fuera de aquel círculo. Buckbeak levantó la cabeza al oírla llegar y Dracenia sintió una punzada de miedo tan rápida que el libro se le resbaló un poco entre las manos.

Lo sujetó contra la falda.

El hipogrifo la miraba con los dos ojos. No parecía asustado, arrepentido ni especialmente interesado en que ella estuviera allí.

Dracenia miró la ventana de la cabaña. No vio a nadie.

Podía irse. Pansy estaría en la biblioteca y todavía tendría que fingir que el ejercicio había sido sencillo.

En lugar de hacerlo, bajó el libro hacia un costado y se inclinó.

No se apresuró a enderezarse. El brazo izquierdo quedó colgando, sin apoyarse en nada, y notó el tirón leve de la costura.

Esperó.

Cuando Buckbeak bajó la cabeza, Dracenia soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—No des otro paso.

La voz venía de la cabaña.

Hagrid estaba en el umbral, con un paño en una mano. Había dejado la puerta abierta y empezó a bajar el escalón antes de que ella pudiera contestar.

Dracenia se enderezó.

—No iba a hacerlo.

—Mejor.

El profesor cruzó el espacio que lo separaba del poste. Buckbeak volvió un poco la cabeza para seguirlo y después continuó mirando a Dracenia.

Hagrid comprobó el nudo del ramal sin quitarle la vista de encima.

—¿Qué buscas?

Ella ajustó el libro contra su costado.

—Nada.

Hagrid miró hacia el camino que acababa de recorrer.

Dracenia sintió calor en el cuello.

—Quería ver si seguía aquí.

—Aquí está.

El silencio que siguió fue demasiado largo. Dracenia buscó una pregunta que no sonara como la que acababa de hacer.

—¿Lo deja atado todo el día?

Hagrid bajó los ojos hacia Buckbeak.

—No. Ahora estoy trabajando cerca y quiero saber dónde anda. Cuando lo saco, lo saco yo.

Dracenia miró las alas plegadas. Recordaba a Potter levantándose con él por encima del cercado, cada vez más pequeño.

—Parecía que le gustaba volar.

—Le gusta.

Hagrid no añadió nada sobre Potter. A ella le molestó haberse preparado para una comparación que no llegó.

El hipogrifo dio un paso lateral y picoteó una pluma junto a su pecho. Dracenia retrocedió medio paso antes de pensar. Hagrid lo vio.

—Está arreglándose —dijo.

—Ya lo vi.

El profesor se quedó junto al poste.

—Si vas a mirar, no hagas ruido con las manos. No necesita que lo obliguen a volverse.

Dracenia apretó el libro. No le gustó que lo dijera así, ni que el brazo recordara antes que ella las ganas de contestar.

—Sé lo que explicó.

Hagrid tardó un instante en responder.

—Hoy sí esperaste.

Dracenia lo miró. Él no estaba sonriendo.

El viento levantó una orilla del paño que Hagrid había dejado sobre el poste. Buckbeak alzó el pico hacia él. El profesor retiró la tela y la dobló sin hacer un movimiento brusco.

Dracenia siguió el gesto.

—¿Todavía da la clase con los otros?

—Cuando toque, veremos con qué trabajamos.

Hagrid parecía más grande estando tan quieto. Dracenia habría preferido que siguiera hablando, como hacía cuando un animal le

gustaba demasiado para recordar que los demás también tenían preguntas.

—Mi padre…

Se detuvo.

Hagrid volvió la cara hacia ella.

Dracenia miró el paño doblado. No sabía cómo acabar aquella frase sin sonar como si hubiera ido a entregarle otra carta.

—Sabe que me acerqué bien —dijo.

El profesor dejó pasar un momento.

—Tú y yo sabemos lo que vino después.

Ella sintió el impulso de corregirlo. Hablaba como si no hubiera visto la sangre, como si la manga pudiera haber vuelto a estar entera sólo porque alguien le había dado una orden a tiempo.

Pero sí la había visto. Había sido su abrigo el que ella intentó sujetar al subir las escaleras.

Dracenia bajó los ojos. No dijo nada.

Buckbeak extendió un ala, lo suficiente para sacudir el borde. Desde donde estaba, ella vio cómo las plumas encajaban al recogerla. Una de las más cortas se quedó levantada y el animal volvió a acomodarla con el pico.

Hagrid lo miró también.

Por unos segundos ninguno habló.

—El brazo ya está bien —dijo Dracenia al fin.

El profesor volvió la vista hacia la manga.

—Me alegra.

Lo dijo con sencillez y sin acercarse. Dracenia no encontró una respuesta que le gustara.

Al otro lado del camino aparecieron dos alumnos que se dirigían al lago. Ella se enderezó un poco, consciente de lo raro que debía de verse estar allí con su libro cerrado.

—Tengo que irme.

Hagrid se apartó del poste para dejarle libre el regreso al sendero.

—Por ahí. Sin pasar detrás de él.

Dracenia asintió y empezó a subir. No hubo invitación a volver ni una mano grande sobre su hombro.

Antes de alcanzar el banco miró hacia abajo.

Hagrid había recogido el paño y seguía junto a Buckbeak. El hipogrifo ya no la estaba mirando.

Pansy y Padma ocupaban una mesa con varios papeles extendidos.

Dracenia dejó su libro sin empujar ninguno. Pansy alzó la vista hacia el reloj y después hacia ella, pero no le preguntó por qué había tardado.

—Encontramos lo de la pausa —dijo—. Mira.

Padma le acercó una hoja y le mostró dos movimientos que parecían iguales hasta llegar al final. Dracenia reconoció la diferencia que había intentado entender en el banco.

—Yo estaba haciendo este —admitió, señalando el segundo.

—Por eso sigue moviéndose —respondió Padma.

Pansy le dejó una pluma limpia junto a la mano derecha.

Dracenia abrió el libro por la página correcta. Había una pequeña semilla prendida en el borde de la falda; la quitó y la dejó sobre el papel, sin decidir todavía dónde tirarla.

Cuando Pansy empezó a explicarle su intento, Dracenia movió los dedos como si sujetara la varita y se detuvo antes de hacer el último giro.

Esta vez podía ver dónde se había pasado.

CAPÍTULO 11

Cuatro horas

Harry

Harry empezó a sospechar que la mañana iba a salir mal cuando Snape le pidió que se cambiara de mesa sin quitarle ningún punto.

—Con Malfoy.

Ron, que ya había colocado sus ingredientes, lo miró con horror. Dracenia dejó de discutir desde la mesa de al lado.

—Profesor, yo sólo le estaba diciendo que esa raíz...

—He tenido el privilegio de oír cada palabra. Parkinson, con Weasley. Tal vez así podamos continuar la clase.

Pansy recogió su cuchillo. Ron retiró su bolsa del banco donde tendría que sentarse ella.

Harry llevó sus cosas hasta el lugar de Malfoy. La preparación de ella tenía un color ámbar bastante parecido al que aparecía en el pizarrón. La suya se había quedado demasiado clara, en parte porque Dracenia llevaba cinco minutos señalándolo desde su mesa.

—Ahora vas a poder mirarla de cerca —murmuró él.

—Es una mejora considerable. Desde allá ya se veía mal.

Snape pasó entre los dos y dejó un recipiente ancho frente a ellos.

—Trabajarán con una sola preparación. Procuren no arruinar la que sirve.

Harry apretó la boca. Detrás, Hermione consultaba sus notas antes de acercar dos hojas de distinto color al borde de su propio recipiente.

La Poción de Correspondencia Menor debía hacer que las hojas intercambiaran parte de su pigmentación durante unas horas. El ejemplar terminado de Snape tenía una mitad dorada y otra oscura. Parecía sencillo hasta que uno llegaba al párrafo de las temperaturas.

Harry leyó de nuevo la siguiente instrucción.

—Hay que bajarlo antes.

Dracenia tenía el fijador medido en una cucharilla.

—Ya lo sé.

—Entonces baja la llama.

Ella giró hacia él, indignada por el tono. La cucharilla se inclinó sobre la poción antes de que terminara de contestar.

El líquido ámbar formó una burbuja morada.

Harry la había visto empezar por debajo, donde todavía golpeaba el calor. Retiró la lámpara antes de que la siguiente llegara a la superficie.

—Eso no estaba ahí.

Malfoy dejó la cucharilla. Su mano fue hacia el frasco equivocado, se detuvo y escogió otro.

—Sujeta ese lado. Que no se incline.

Harry puso la mano en el borde frío del recipiente mientras ella añadía tres gotas por el costado. Una burbuja reventó entre ambos y les salpicó los dedos y las muñecas. Dracenia retrocedió apenas, volvió a acercar el frasco y trazó con la varita un círculo estrecho sobre el líquido.

La espuma empezó a bajar.

—Despacio —dijo Harry cuando ella fue a mover el recipiente.

Dracenia lo dejó quieto.

Snape ya estaba junto a la mesa. Con un movimiento seco encerró el vapor restante bajo una cubierta transparente. El salón guardó silencio.

Harry soltó el borde. La piel le hormigueaba como si hubiera apoyado las manos demasiado cerca del fuego.

—¿Tocaron la mezcla? —preguntó Snape.

—Nos salpicó —respondió Dracenia.

Snape le examinó los dedos. Después miró a Harry.

Su expresión cambió muy poco. Lo suficiente para que Harry supiera que algo más había ocurrido.

—Potter. Quítese las gafas.

—¿Qué?

Harry se las quitó.

El borde de la cubierta quedó nítido. También las arrugas de la manga de Snape, el polvo sobre un frasco al fondo y la cara de Ron, que acababa de abrir la boca.

Harry parpadeó.

Nunca había visto el salón así.

Malfoy pasó de mirarlo a mirar su propio pelo. Un mechón que se le había escapado junto a la cara ya no era rubio. Tenía un castaño cálido que se oscurecía hacia las puntas.

Harry intentó contenerse.

Ella levantó la vista, entrecerró los ojos y se inclinó hacia Harry.

—¿Qué te pasó?

Ron hizo un ruido ahogado.

Harry miró el reflejo de su cabeza en la cubierta curva. Había pelo rubio por todas partes.

Se rio antes de poder evitarlo.

—No te rías —dijo Dracenia.

Eso lo empeoró.

Snape extendió la mano.

—Las gafas.

Harry se las dio, todavía tratando de respirar con normalidad. El profesor las sostuvo frente a Malfoy, quien retrocedió con una expresión ofendida.

—No las necesito.

—Lea la última línea del pizarrón.

Dracenia miró hacia el frente.

Pasaron dos segundos.

Se puso las gafas.

Harry tuvo que apoyarse en la mesa.

—Potter —dijo Snape—. Si ya terminó de celebrar su contribución…

—Yo retiré la lámpara.

—Y la señorita Malfoy evitó que perdiéramos toda la preparación. Qué reconfortante que entre los dos hayan logrado leer una instrucción tarde.

Dracenia abrió la boca, pero Snape seguía mirando a Harry.

—El enfoque ha quedado enlazado. Los pigmentos también reaccionaron. Cuatro horas, aproximadamente. Después se revierte solo.

El reloj marcaba las once menos diez.

Harry volvió a mirar el salón. Cuatro horas sin que el mundo se convirtiera en manchas al quitarse las gafas.

—¿Y tenemos que…?

—Terminar el ejercicio. La mezcla sirve, gracias a la corrección de la señorita Malfoy. Y ambos escribirán qué hicieron mal.

Snape se alejó.

Dracenia acomodó las gafas sobre la nariz. Le quedaban un poco bajas.

—El rubio te queda mejor, Potter —dijo Dracenia, con una frialdad estudiada.

Harry la miró.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—A tu pelo. No te emociones.

Pansy levantó la vista desde la otra mesa, muy seria.

—Por desgracia, la poción le cambió el pelo. La cara sigue siendo la de Potter.

Ron dejó caer la pluma.

Terminaron con dos hojas de colores extraños y una discusión sobre quién debía escribir el primer párrafo.

Harry quería decir que Malfoy había echado el fijador antes de tiempo. Malfoy quería empezar por las constantes interrupciones de Potter.

—Pon las dos cosas —dijo Ron, guardando sus frascos—. Al menos una le va a gustar.

Pansy leyó por encima del hombro de Harry.

—«El calor era demasiado alto». Muy bien. Ya tienen un sospechoso que no puede defenderse.

Dracenia la miró a través de las gafas.

—¿Ya acabaron ustedes?

Pansy mostró su recipiente. Habían conseguido una hoja dorada con nervaduras verdes y otra casi amarilla.

—Weasley encontró algo que yo había leído mal.

Ron levantó las cejas, sorprendido de oírselo decir.

—Sólo el renglón.

—No exageremos su participación —añadió ella.

Harry empezó a escribir. Malfoy se acercó para corregirle el nombre del fijador y lo hizo con tanta rapidez que él tuvo que reconocer que ni siquiera lo había buscado en el libro.

Sabía lo que estaba haciendo. La había visto elegir entre los frascos, detener la espuma y recuperar un líquido que él habría apartado para que no salpicara más.

—No olvides anotar las tres gotas en el informe —dijo Harry.

Ella señaló la línea siguiente.

—Ya las anoté.

—Con mi pluma.

—Puedes apuntarlo también, si tanto te importa.

Harry sonrió sin levantar la cabeza. Ella tomó otra pluma y escribió debajo.

Al salir, Hermione les pidió que se detuvieran junto a la ventana del corredor.

Harry reconoció la expresión de interés antes de que ella dijera nada.

—No —le advirtió—. No pienso probar si puedo leer el patio.

Hermione lo miró como si aquello fuera una pérdida evidente de la ocasión.

—Iba a preguntarte si te duele la cabeza.

—No.

—A mí sí —dijo Malfoy—. Potter casi se cae de la risa cuando tuve que ponerme sus gafas.

Pansy miró el reloj sobre las escaleras.

—Son las once y cuarto. Te quedan casi cuatro horas para soportarlo.

Un grupo pasó a su lado y una niña de segundo se volvió dos veces. Dracenia levantó la barbilla. El gesto habría sido más eficaz si no hubiera tenido que empujarse las gafas enseguida.

Harry se acercó a la ventana.

Distinguía las hojas de un árbol junto al lago. No una mancha verde: hojas, una sobre otra, con los bordes moviéndose en el viento. Sintió el impulso absurdo de contárselas a Ron.

Ron lo conocía lo bastante para seguir su mirada.

—¿Nunca las habías visto?

—Con las gafas sí.

—Entonces tampoco es tan nuevo.

Harry se rio. Era verdad, pero seguía pareciéndole distinto no tener un borde redondo entre él y las ramas.

Malfoy se había quedado mirando hacia afuera. Rozó una de las patillas y retiró la mano.

—No entiendo cómo juegas con esto.

—Generalmente no estoy pensando en la montura.

—Hasta que llueve.

Harry la señaló.

—No las manches.

Ella hizo una mueca y siguió con Pansy. Hermione tenía clase. Ron y Harry se quedaron un momento más junto a la ventana antes de ir a buscar un lugar donde terminar su tarea.

Los gemelos los descubrieron después de comer.

Harry estaba con Ron en el vestíbulo cuando Fred se detuvo a medio escalón. George miró hacia la puerta principal y alzó una mano.

—Espera. Queremos comprobar algo.

Malfoy y Pansy acababan de entrar del patio. Dracenia se paró al verlos y puso cara de haber encontrado una suciedad en el camino.

George miró a Harry. Después a ella.

—Esto no venía en el horario.

—Pregúntenle a Snape —dijo Ron.

Fred se llevó una mano al pecho.

—No esperaba tanto de él.

Pansy mantuvo una expresión completamente seria.

—Ni yo. Creí que Dracenia preferiría chocarse contra una pared antes que ponerse las gafas de Potter.

Dracenia le dio un codazo. Pansy apenas se movió.

Harry se echó a reír otra vez y Malfoy lo miró con evidente fastidio.

—No te acostumbres, Potter. El color no te da criterio.

—La Snitch tenía más criterio que Flint, ¿no?

Ella recordó antes de que él pudiera añadir nada. La boca se le curvó, lo corrigió con una mirada y perdió la seriedad al ver que Harry ya se estaba riendo.

Le duró poco. Fred los observó con interés y Dracenia volvió a ponerse tiesa.

—Tenemos cosas que hacer.

—Yo también —dijo George—. A partir de ahora, muchas.

Pansy empujó a su amiga hacia la escalera.

—Déjenle algo para mañana. Hoy ya tiene bastante con llevar las gafas de Potter.

Harry estaba a mitad de una frase sobre los cambios de temperatura cuando las letras se le desdibujaron.

Se acercó al pergamino. La palabra volvió a estar clara, pero el rostro de Ron, al otro lado de la mesa de la biblioteca, había perdido los ojos.

—Ya —dijo Harry.

Ron levantó la cabeza.

—¿Ya qué?

Harry miró el reloj. Las tres menos diez.

Se puso de pie tan deprisa que la señora Pince lo mandó callar antes de que hablara.

Malfoy estaba en otra mesa, junto a Pansy. Harry la reconoció por el pelo claro que empezaba a recuperar el color desde la raíz. Ella se había quitado las gafas y las examinaba con las dos manos.

Cuando él llegó, las últimas puntas castañas acababan de aclararse. Dracenia levantó la vista.

—Ahora entiendo por qué no las limpias —dijo—. No puedes ver la mugre.

—Dámelas.

Dracenia había dejado de sonreír un instante antes de contestar. Extendió la mano, pero Harry calculó mal la distancia y rozó el borde de la mesa.

Ella se las puso directamente en la palma.

—Aquí, Potter.

Harry se las colocó. Malfoy volvió a tener ojos, cejas y una expresión insoportable.

—Tu pelo sigue igual de mal —comentó ella.

Él se tocó la cabeza y buscó su reflejo en la ventana. El pelo había vuelto a ser negro.

—Me alegra.

Pansy pasó una página.

—A todos. Ya empezaba a parecer que había elegido ese color.

Harry recogió el ensayo de la mesa donde lo había dejado. Al regresar con Ron, comprobó que podía leer sin acercarse al pergamino y retomó la frase a mitad.

Donde había escrito «la temperatura correcta», Malfoy había añadido entre líneas, con letra pequeña: *Que Potter insistió en anunciar a todo el salón.*

Harry mojó la pluma y escribió debajo: *Porque alguien seguía sin bajarla.*



CAPÍTULO 12

La parte que no decía



Dracenia

El tercer intento le salió peor que el segundo.

Dracenia lo supo antes de que Snape se acercara. Había una hebra gris en el fondo del frasco, tan delgada que podía confundirse con una raya en el vidrio. Lo giró hacia la luz. La hebra giró con él.

—Otra vez —dijo el profesor.

—Todavía puedo separarla.

—Desde luego. También puede averiguar por qué sigue apareciendo.

Dracenia dejó el frasco sobre la mesa. Prefería una corrección concreta a aquella espera, aunque sabía que Snape no iba a resolverle el ejercicio por mirarlo con insistencia.

Al otro lado del salón, Potter levantó la mano.

—Aquí dice que debe quedar transparente. ¿También después de enfriarse?

—Qué alivio que haya llegado a ese párrafo, Potter.

Dracenia miró el libro. La instrucción dejaba de hablar del enfriamiento dos renglones antes. Ella había vuelto a leerlo para comprobar exactamente lo mismo.

Potter bajó la mano y Weasley le dijo algo en voz baja. Snape ya se alejaba sin responder.

Dracenia dejó el dedo sobre la página un momento. Luego volvió a su frasco.

No le convenía seguir pensando en el trabajo ajeno. Si añadía algo para hacer desaparecer la hebra sin encontrar la causa, Snape la iba a dejar empezar de nuevo.

Pansy acercó su silla.

—Lo estás filtrando muy pronto.

—He esperado lo que dice.

Su amiga señaló la parte de arriba del frasco.

Dracenia lo tocó con el dorso de un dedo. El vidrio seguía tibio.

Volvió a mirar el reloj. Había contado los minutos desde que retiró la mezcla de la llama, sin comprobar si ya se había enfriado lo suficiente.

—No digas nada —le pidió a Pansy.

—No iba a hacerlo. Prefiero que me debas algo.

Al terminar, Dracenia esperó a que los demás salieran.

Snape estaba tapando los recipientes que conservaría para la clase siguiente. Ella le mostró el cuarto frasco.

El profesor lo levantó. Miró el líquido, después el filtro que había quedado en la mesa.

—Eso se parece más a su trabajo habitual.

Dracenia enderezó la espalda.

—La temperatura no había bajado bastante.

—Y no era necesario añadir nada para ocultarlo.

Él dejó el frasco junto a los otros buenos. Dracenia recogió su bolsa, satisfecha a pesar de los tres intentos que todavía tendría que lavar.

Sobre una mesa había un cuaderno abierto. Reconoció el dibujo de una criatura encapuchada antes de leer el título del capítulo.

Snape siguió su mirada.

—¿Algo más?

Dracenia pensó en el tren, en la ventana negra y en la dificultad de mover los dedos.

—¿Se los puede detener sin que se acerquen tanto?

Snape cerró el cuaderno, pero no lo guardó.

—A los dementores.

—El profesor Lupin lo hizo.

La expresión de Snape se endureció apenas.

Dracenia corrigió la correa sobre el hombro. No había pretendido comparar a los dos profesores.

—Quiero saber qué se usa.

Snape se apoyó en el borde de la mesa.

—Un Patronus. Es un encantamiento defensivo avanzado.

—¿Avanzado para nosotros o...?

—Para muchos magos adultos. La fórmula es *Expecto Patronum*. Memorizarla no equivale a estar protegida.

Dracenia miró otra vez el cuaderno cerrado.

—¿Depende de la fuerza con que se lance?

—Depende, entre otras cosas, de lo que sea capaz de sostener mientras tiene miedo. No va a conseguirlo gritando más.

Ella había estado a punto de preguntar por el movimiento de la varita. Se detuvo.

Snape recogió el cuaderno.

—Si le interesa, empiece por leer qué hace un dementor. La biblioteca tiene material suficiente. Y no confunda curiosidad con preparación para acercarse a uno.

Dracenia asintió. El profesor volvió a sus frascos y ella salió con una palabra nueva que le costaba dejar de repetir por dentro.

La lechuza de su madre la encontró mientras intentaba sujetar un mechón de pelo con una mano y abrir un frasco de mermelada con la otra.

Goyle apartó su vaso a tiempo. El ave aterrizó en el espacio despejado y estiró una pata con tanta dignidad que Dracenia dejó el cuchillo para desatarle la carta.

—Te llegó eso también —dijo Crabbe.

Había un paquete pequeño junto al plato. Dracenia lo abrió y encontró las cintas que había pedido, del color exacto de su uniforme de vuelo.

—Se puede untar con una cuchara —añadió él, señalando la mermelada.

Pansy le quitó el frasco a Dracenia, giró la tapa y se lo devolvió abierto.

—O se puede desayunar antes de que anochezca.

Dracenia esperó a que la lechuza bebiera y salió con la carta. Quería leerla sin que alguien dejara caer migas sobre la letra de Narcissa.

Se sentó en uno de los bancos del patio. Su madre había escrito acerca de las lluvias, de un rosal que el jardinero insistía en salvar y de Lucius, que ya había preguntado dos veces si el capitán estaba aprovechando bien las escobas del equipo.

Dracenia sonrió. El sábado había sacado a Flint de su propia curva y pensaba contarle la jugada a su padre con todos los detalles que al capitán le gustaría omitir.

Después la letra se volvía más apretada.

He visto otra vez el nombre de Sirius en el periódico. Me acordé de una tarde en casa de su madre. Yo quería que las visitas entraran sin detenerse a examinarme el vestido y él aseguró que podía arreglarlo.

Dracenia se acomodó mejor en el banco.

Encantó la aldaba para que repitiera el último comentario de quien llamara. Cuando una señora preguntó si aquella casa olía a humedad, la puerta pasó el resto de la tarde anunciándolo con su voz. Yo fui quien le dijo a Sirius que no la arreglara todavía. Después me castigaron por reírme mientras lo regañaban a él.

Dracenia pudo imaginarlo con tanta claridad que se tapó la boca.

No al hombre del cartel. A un niño esperando del otro lado de una puerta para oír qué decía la siguiente visita.

Tenía una forma insoportable de parecer inocente cuando sabía que alguien estaba a punto de reírse. Más tarde dejó de hacerme gracia con tanta frecuencia.

Había una pausa amplia antes del siguiente renglón.

Me sorprendió cuando me enteré de…

Narcissa había trazado una línea sobre el espacio en blanco que seguía. Debajo empezaba otra frase.

No quiero llenarte la mañana de recuerdos. Escríbeme después del entrenamiento y dime si las cintas te sirven. Las oscuras eran demasiado azules a la luz de la tienda.

Dracenia volvió al renglón interrumpido.

Su madre no solía dejar frases a medias. Podía tachar una fecha, corregir un nombre o añadir algo en el margen, pero aquella línea tenía sitio de sobra.

En la pared del vestíbulo, a pocos pasos, había otro cartel de Black. Dracenia alzó la vista hacia el recuadro oscuro de la puerta y sintió ganas de volver al comedor.

Dobló la carta con cuidado.

Pansy estaba probando un encantamiento con un hilo de lana cuando Dracenia la encontró por la tarde.

No lo hacía sola. Padma sostenía una regla sobre la mesa y una alumna de Slytherin de primero observaba la punta del hilo con absoluta desconfianza.

—Si vuelve a saltar, no es culpa mía —dijo la niña.

—Nadie ha dicho que lo sea, Iris —respondió Pansy—. Todavía.

Dracenia dejó la bolsa en una silla.

El hilo se estiró entre dos tazas, levantó un extremo y cayó dentro de una de ellas. La niña se rio. Pansy miró a Padma.

—Se nos pasa la pausa.

—A ti —dijo Padma.

—Qué buena idea trabajar juntas.

Estaban preparando una demostración para Flitwick: mover un objeto de un punto a otro y detenerlo antes de que chocara con algo. Dracenia sabía hacerlo mejor que al comienzo del curso, pero nunca había intentado que el objeto diera una vuelta por dentro de un aro tan pequeño.

—Estás dejando la muñeca muy arriba —dijo.

Pansy le tendió la varita por el mango.

—Ilústranos.

Dracenia no la tomó. Sacó la suya, porque no iba a darles una razón para decir que había tenido una ventaja extraña.

El hilo se alzó. Pasó por el aro, rozó el borde y se enredó en la regla de Padma.

Las tres la miraron.

Dracenia sostuvo la varita muy quieta.

—Eso era para comprobar dónde estaba el problema.

La niña de primero se rio de nuevo. Pansy tuvo la cortesía de esperar a que Dracenia se sentara antes de hacerlo también.

Terminó su carta después de cenar.

Le contó a su madre lo de las cintas y el entrenamiento. Añadió que la preparación de aquel día había quedado bien al cuarto intento y luego borró *al cuarto intento*, con una sola línea tan fina que Narcissa podría leerlo si quería.

Volvió a sacar la carta recibida.

La aldaba le seguía pareciendo graciosa. Casi podía oír a la visita repitiendo su observación sobre la humedad mientras todos fingían no escuchar.

Tomó la pluma para preguntar qué había ocurrido después de aquella frase cortada.

Se quedó con la punta sobre el papel hasta que una gota de tinta cayó junto al saludo.

Al final preguntó si la puerta había tardado mucho en callarse.

Pansy pasó detrás de su silla, llevando la regla como si alguien pudiera acusarla de haberla robado.

—No me dejes olvidarla mañana.

—Ponla donde vas a verla.

—Por eso te estoy hablando.

Dracenia la amenazó con la pluma y esperó a que se alejara para terminar la carta. Antes de cerrarla escribió un último renglón, más pequeño que los demás.

Me habría gustado oírlo.

CAPÍTULO 13

Los que se quedaron

Harry

Harry había doblado el permiso tantas veces que la esquina donde debía firmar tío Vernon empezaba a romperse.

Lo llevaba en el bolsillo cuando bajó al vestíbulo. Sabía lo que había dicho McGonagall. Lo había oído una vez y lo había confirmado otra, sin conseguir que la profesora confundiera una desgracia familiar con una autorización.

Ron esperaba cerca de la puerta con la bufanda torcida.

—Podemos traerte algo.

—Ya me lo dijiste.

—No estaba prometiendo lo mismo que Hermione. Ella quiere comprarte un libro.

—No dije que fuera a comprarle un libro —protestó Hermione.

Harry les sonrió. Detrás de sus amigos, Filch iba marcando nombres mientras los alumnos salían en grupos. Malfoy pasó con Pansy y una capa que parecía demasiado nueva para que ya estuviera haciendo aquel frío.

Harry apartó la vista antes de que ella pudiera detenerse.

—Traigan algo que no tenga páginas.

Ron le dio un golpe en el hombro.

—Eso sí lo puedo garantizar.

Hermione vaciló.

—¿Seguro que no quieres que…?

—Vayan.

Quedarse a mirarlos alejarse habría sido peor. Harry subió antes de que terminaran de revisar la lista y se encontró en un pasillo tan silencioso que pudo oír el roce de su permiso dentro del bolsillo.

Su primera idea fue ir a ver a Hagrid.

La segunda fue que Hagrid estaría preparando algo para el banquete, que Wood no le prestaría el campo sólo para distraerse y que no quería pasar la mañana buscando a alguien que sintiera lástima por él.

En el tercer piso oyó un golpe metálico.

Una armadura agitaba los brazos frente a Crabbe y Goyle. El primero llevaba una manzana; el segundo sostenía una vara de madera. Otra manzana había quedado atascada dentro del casco.

—No estamos haciendo nada —dijo Goyle.

Harry miró la fruta.

—Se nota.

La armadura avanzó y los tres retrocedieron.

—¡Otra vez! —protestó una cocinera desde un cuadro.

—¿Sabe cómo detenerla? —preguntó Harry.

—Yo no. Un momento.

La mujer pasó a un retrato contiguo y desapareció por una puerta pintada. Regresó con un anciano que protestaba por haber dejado su sopa varios pisos más arriba.

Desde un marco diminuto junto a la armadura, el hombre alzó la voz.

—¡Deja de hacer el ridículo!

La armadura abrió el visor. La manzana cayó al suelo.

El anciano regresó a su comida. Al oír pasos en la escalera, Crabbe y Goyle se marcharon sin despedirse.

Harry se quedó mirando los retratos. Sabía que sus habitantes podían pasar de uno a otro; nunca había pensado en lo lejos que podían llegar.

Tocó el permiso doblado en su bolsillo. Ellos recorrían el castillo sin pedir permiso. Él ni siquiera podía cruzar la puerta para visitar Hogsmeade.

Bajó a buscar a Hagrid.

Sus amigos regresaron con tanto que contar que Harry apenas consiguió meter la armadura entre una tienda de bromas y una pluma que Hermione había decidido no comprar.

Ron dejó una bolsa en su cama.

—Nada de páginas.

Harry encontró dulces de tres clases y uno envuelto en un papel que le mordió un dedo.

—Ése era de Fred —aclaró Ron.

Hermione le dio un paquete pequeño.

Harry lo miró con sospecha.

—No es un libro —dijo ella.

Eran hojas nuevas para escribir. Buenas, gruesas, que no se curvaban con la tinta como algunas de las que había comprado en agosto.

—Hagrid dice que se te están acabando.

Harry pasó un dedo por el borde.

Había visto a Hagrid aquella mañana, ocupado con una calabaza enorme que no quería pasar por la puerta. No le había dicho nada de sus hojas.

—Gracias.

Ron abrió otro dulce y la envoltura intentó huir por la colcha.

Bajaron al banquete con las manos todavía pegajosas. Las calabazas flotaban bajo el techo y los murciélagos se dispersaban cuando alguien levantaba un vaso. Harry se sirvió por segunda vez sin recordar el permiso.

Al salir, volvía a reírse de algo que Ron había visto en Hogsmeade.

La risa se le fue al llegar a la escalera de la torre.

Había demasiada gente detenida frente al retrato.

Harry se abrió paso junto a Ron. Alguien dijo que no podía entrar. Otro preguntó dónde estaba la Señora Gorda.

El lienzo colgaba en tiras.

Harry vio una marca profunda en el lugar donde la mujer apoyaba el brazo. La pintura se había abierto hasta dejar ver la pared de atrás.

Se le enfriaron las manos.

Percy pidió espacio y mandó a un alumno a buscar a McGonagall. Hermione se quedó junto a una niña que había empezado a llorar. Harry miró el corredor, las sombras entre las columnas y los otros cuadros.

—¿La han visto? —preguntó a una dama que observaba desde un paisaje.

Ella señaló hacia arriba.

La Señora Gorda estaba encogida detrás de un árbol, en un marco pequeño. Harry apenas distinguió su vestido rosa.

—No lo dejé pasar —dijo ella.

La voz le salió tan baja que Harry tuvo que acercarse.

—¿Quién?

La mujer se tapó la cara.

McGonagall llegó antes de que pudiera responder. Su primera mirada fue hacia el agujero del retrato; la segunda, hacia los niños agolpados.

—Todos abajo. Con sus prefectos.

Harry quiso quedarse. La profesora ya estaba buscando con los ojos al responsable de cada grupo.

—Señor Potter. Con los demás.

Entonces la mujer del cuadro levantó la cabeza.

—Black. Fue Sirius Black.

Harry no oyó lo que dijo Ron. Tenía la vista puesta en la abertura por donde podrían haber entrado a su dormitorio.

El Gran Comedor olía a calabaza y a tela nueva.

Los profesores hicieron aparecer sacos de dormir mientras los prefectos organizaban a los alumnos por grupos. Dumbledore explicó lo necesario sin alzar la voz. Se revisaría el castillo. Nadie debía salir del comedor sin permiso.

Harry escogió un lugar desde donde pudiera ver la puerta. Al arrodillarse sobre el saco notó el suelo duro debajo. Apartó con la manga una miga que se le había pegado a la tela y dejó sus cosas bien juntas, al alcance de la mano.

Ron se dejó caer a su lado.

—Si no tenía la contraseña, ¿por qué no siguió a alguien?

Hermione se sentó al otro lado.

—Tal vez llegó cuando todos estábamos cenando.

Harry recordó el corredor vacío por la mañana. La armadura, los cuadros que se comunicaban, una cocinera capaz de encontrar a alguien varios pisos más allá.

Buscó a Nick entre los fantasmas que cruzaban cerca de las paredes y le hizo una seña.

—¿La Señora Gorda dijo por dónde había venido?

Nick flotó hasta ellos. Tenía una expresión más seria de lo habitual.

—No llegó a verlo hasta que le pidió entrar. Está muy alterada, Harry.

Él asintió. No insistió en que volvieran a preguntarle.

Hermione ya estaba pensando en otra cosa.

—Si los retratos avisan cuando ven a alguien…

—No miran todos hacia el mismo sitio —dijo Harry—. Hoy uno se fue a comer.

Ron lo miró sin entender.

Harry empezó a explicarlo y se detuvo. Quería saber cómo había llegado Black a su puerta. No convertir a todos los cuadros del colegio en ojos que no parpadearan nunca.

Los profesores salieron en parejas. Snape habló un instante con Dumbledore antes de irse por otra puerta.

Harry se metió en el saco sin quitarse las gafas.

Ron abrió la bolsa de dulces entre ambos. Esta vez el papel no mordió a nadie. Hermione tomó uno y apoyó la cabeza sobre su ropa doblada, agotada.

Tardaron mucho en apagar las últimas luces.

Harry siguió mirando la puerta. Del banquete sólo quedaba una calabaza alta, junto a la mesa de los profesores. La vela que tenía dentro se había consumido de un lado y ahora la sonrisa parecía torcida.

Cuando un prefecto pasó para pedir silencio, Harry cerró los ojos. El agujero en el retrato seguía allí, tan claro como si lo tuviera enfrente.



CAPÍTULO 14

La curva de afuera



Dracenia

Flint había decidido que el problema era el viento.

Lo dijo después de fallar un pase, después de chocar con Warrington y otra vez cuando Dracenia le quitó la pelota por debajo del brazo.

—Estamos practicando la salida, Malfoy.

Ella dejó la Quaffle en manos de Pucey.

—Entonces salgamos.

Bletchley se rio desde los aros. Flint le gritó que mirara al frente, aunque todos estaban detenidos.

La mañana olía a pasto mojado. Habían podido volver a entrenar tras la revisión de los terrenos, y Dracenia llevaba media hora esperando que el capitán acabara de explicar una jugada que necesitaba ver en movimiento.

Las cintas que le había enviado su madre sujetaban el pelo por encima del cuello. El brazo ya no le molestaba al girar. Cada vez que aceleraba, la escoba respondía antes de que el aire consiguiera frenarle la capa.

Le gustaba aquel instante más que cualquier explicación de Flint.

—Otra vez —ordenó él.

Dracenia subió hacia las gradas. Esta vez no fue por la pelota. Su trabajo consistía en cruzar el campo mientras los cazadores cambiaban de lado y los bateadores cubrían el paso.

Pucey levantó la mano.

Ella salió demasiado pronto.

La Bludger de prácticas pasó por delante de su escoba y la obligó a frenar. Flint recibió el pase que ella había esperado evitar y llegó a los aros con toda la cancha libre.

Marcó.

Al volver, se detuvo tan cerca que Dracenia tuvo que apartar el mango.

—La señal de Pucey no era para ti.

—Ya lo vi.

—Pues ahora hazlo bien.

Dracenia bajó unos metros para que no le viera la cara. Tenía una respuesta excelente acerca del viento y no pensaba gastarla después de haber cometido un error.

En el siguiente intento esperó.

Pucey alzó la mano, Bole se adelantó con el bate y Dracenia vio abrirse una franja junto a las gradas. No era el camino más corto, pero la Bludger estaba del otro lado.

Entró por allí.

Tuvo que inclinarse casi sobre el mango para no perder velocidad al girar. La capa se le pegó a la pierna y la escoba saltó cuando una ráfaga pasó entre dos tribunas. Ella corrigió sin levantar la cabeza.

Al salir de la curva, la pelota dorada de entrenamiento iba unos metros por debajo.

Dracenia bajó y la tomó con la mano izquierda.

Le dolió un poco la piel nueva al estirar. Apenas. Lo suficiente para hacerla apretar la boca antes de volver hacia los demás.

Pucey señaló el sitio por donde había pasado.

—Por fuera. Te cubrimos mejor ahí.

—Lo sé.

—Hace cinco minutos no.

Dracenia le lanzó la pelota. Él la atrapó sonriendo y ella decidió que podía permitírselo una vez.

Flint los llamó junto a los aros.

Había preparado el entrenamiento para que ella aprendiera a elegir el camino mientras el resto jugaba alrededor. Lo irritante era que estaba funcionando.

—Potter se mete por el centro si cree que puede pasar —dijo el capitán—. Haz que se cierre y busca afuera.

Dracenia se acomodó en la escoba.

—Potter también sabe girar.

—Tiene una Nimbus más vieja.

—No juega la escoba sola.

Flint la miró.

Pucey empezó a examinar las cerdas de su propia Nimbus con mucho interés.

—Por eso estoy haciéndote repetirlo —dijo el capitán.

Dracenia sujetó el mango con ambas manos. Su padre habría querido que las escobas nuevas bastaran para que nadie tuviera

que hablar de ventajas. A ella le habría gustado que dejaran de mencionarlas justo antes de pedirle que ganara.

—Suéltala otra vez —le dijo a Pucey.

En el vestuario, Bole intentó colgar un guante sobre su cabeza.

Dracenia lo atrapó antes de que cayera.

—Hazlo otra vez y lo buscas en el lago.

—Ahora sí estás despierta.

Le devolvió el guante con suficiente fuerza para que él tuviera que dar un paso atrás. Pucey preguntó si querían practicar pases con algo que no oliera tan mal.

Flint seguía dibujando líneas en un pizarrón pequeño. Para acercarse, Dracenia tuvo que pasar sobre una escoba que alguien había dejado atravesada entre los bancos. Había guantes puestos a secar y una toalla hecha bola donde ella quería apoyar la funda. La apartó con dos dedos. Flint había hecho que su flecha volviera tres veces hacia los aros.

—No voy a esperar junto a Bletchley todo el partido —dijo ella.

—Vas a mirar dónde están los demás.

La discusión duró hasta que el guardián intervino para recordarles que él ya tenía bastante compañía cuando le tiraban a gol.

Dracenia guardó la escoba en su funda. Se había quedado con la jugada de la curva en las manos: la presión del mango, la salida junto a la grada, el momento en que podía bajar sin que otro jugador se cruzara delante.

Quería probarla contra alguien que no supiera por dónde iba a ir.

Al salir, encontró a Pansy esperando bajo el techo de la entrada.

—Creí que se habían perdido.

—Flint descubrió que el campo tiene dos lados.

—¿Y por eso tardaron tanto?

Dracenia se rio y aceptó la bufanda que le tendía su amiga. Pansy había salido con Goyle a recoger unos libros; los llevaba él porque ella había llenado la bolsa con otra cosa.

—¿Qué compraste ahora?

—Nada. Padma consiguió aros más pequeños.

—Eso no va a ayudar.

—Gracias. Siempre sé a quién contarle mis planes.

Potter venía hacia el campo con Wood.

Dracenia lo vio antes de que ellos llegaran al cruce. Llevaba la Nimbus al hombro y la funda se le había abierto por abajo. Unas cerdas oscuras asomaban junto a su mano.

—Se te está saliendo la escoba, Potter.

Potter bajó la Nimbus, acomodó la funda y apretó el cordón.

—¿Ahora te preocupa mi escoba?

—Solo quiero que tengas con qué perder el partido.

—Ya veremos quién pierde.

Potter sonrió. Después vio el libro que Pansy acababa de sacar de la bolsa de Goyle.

Era el mismo de Cuidado que habían utilizado aquella semana. Había un hipogrifo en la portada.

—¿Ése es de la biblioteca? —preguntó él.

Pansy asintió.

—Tengo que devolverlo.

—Nosotros necesitamos otra vez el capítulo de las señales.

Dracenia cruzó los brazos.

—¿Todavía siguen con eso?

Potter dejó de sonreír.

—Hagrid sigue con eso.

Wood lo llamó desde el camino. Harry se volvió, pero antes de alcanzarlo miró una vez hacia Dracenia.

Ella había estado a punto de decir que sólo preguntaba por el libro. Se quedó callada hasta que los dos se alejaron.

Pansy lo guardó de nuevo.

—Vamos. Va a llover.

Dracenia fue a la biblioteca al día siguiente, pero no buscó el capítulo de los hipogrifos.

El libro de Defensa era más pesado de lo que esperaba. Lo abrió sobre una mesa donde podía mantenerlo lejos de las gotas que habían quedado en su capa.

Encontró la fórmula que Snape le había dicho. La copió al margen de sus notas y leyó dos veces la explicación del recuerdo feliz.

Aquello parecía sencillo de una manera que la hizo desconfiar.

Podía acordarse de su madre riendo en la mesa del desayuno. De la primera vez que su padre la dejó volar hasta los árboles sin acompañarla. De la Snitch encerrada en su mano mientras las gradas de Slytherin se levantaban.

Todos eran recuerdos suyos. No entendía cómo podía dejar de encontrarlos sólo porque tuviera miedo.

Levantó la varita lo suficiente para probar el movimiento bajo la mesa.

No pronunció nada. La señora Pince acababa de volverse hacia un ruido al fondo.

Dracenia cerró la mano y regresó al párrafo.

La lluvia empezó a golpear las ventanas el viernes por la noche.

Pansy había colocado una toalla bajo el alféizar porque una gota conseguía entrar por un punto que nadie encontraba. Goyle propuso taparlo con una rana de chocolate y tuvo que explicar que se refería al papel, no a la rana.

Dracenia repasó las correas de sus guantes mientras los demás discutían.

Flint pasó para recordarles la hora. En la puerta había un aviso de Hooch: los jugadores debían presentarse para la revisión del campo antes del calentamiento. Si las condiciones empeoraban, decidiría ella.

—Más nos vale que se vea algo —dijo Pucey.

Dracenia estiró los dedos dentro del guante izquierdo.

—Con que Potter me vea cuando vuelva con la Snitch, me basta.

Pansy alzó la cabeza desde su toalla.

—Procura que esta vez lleve él sus gafas.

Dracenia le lanzó el guante derecho. Su amiga lo atrapó contra el pecho y se lo devolvió antes de que pudiera pedirlo.

Ella terminó de revisar la hebilla y dejó los dos junto a la funda. Afuera, el viento hizo temblar el vidrio.



CAPÍTULO 15

Donde terminaba la lluvia



Dracenia

Dracenia tuvo que tirar dos veces de la puerta del vestuario.

El viento la empujaba desde afuera. Cuando consiguió abrirla, la lluvia le golpeó el cuello y le mojó la túnica por debajo de la capa antes de que hubiera dado tres pasos.

Flint la sujetó un momento por el hombro.

—No subas hasta perder de vista los aros.

—Ya lo dijiste.

Él la soltó y siguió hacia el resto del equipo. Dracenia se ajustó el guante izquierdo.

Hooch los esperaba cerca del centro. Había revisado el campo con los capitanes y ahora comprobaba las escobas, una por una, mientras la lluvia le corría por la cara sin conseguir hacerla parpadear.

—Si doy la señal, bajan. No siguen una jugada. No terminan un tiro. Bajan.

Wood asintió con tal seriedad que Dracenia supuso que habría preferido discutir.

Potter estaba detrás de él. Tenía las gafas cubiertas de gotas y alguien le estaba diciendo algo cerca del oído. Granger tocó la montura con la varita. El agua se reunió en el borde y cayó.

Dracenia miró sus propios guantes.

Se había reído de aquello semanas atrás. Ahora le habría molestado perder de vista a Potter.

En la tribuna de Slytherin, Pansy levantó un brazo. A su lado, Goyle peleaba con una bandera que el viento le envolvía en la cabeza.

Dracenia alzó dos dedos. Después llevó la escoba al centro.

El apretón de manos entre los capitanes fue breve y desagradable.

Potter se colocó del otro lado.

—Bonito día para jugar, ¿no? —dijo Harry, apartándose el agua de la frente.

—Ideal —respondió Dracenia—. Si no encuentras la Snitch, al menos tendrás una excusa.

La Snitch salió de la caja como un destello pálido. Dracenia giró la cabeza para seguirla y, por un instante, el resto del campo dejó de importar.

El silbato sonó.

Subió con las rodillas pegadas al mango.

La escoba respondió bien. El primer golpe de viento llegó de lado, cerca de la tribuna, y Dracenia dejó que la desplazara un poco antes de corregir. Si se ponía a pelear con cada ráfaga, acabaría agotada sin haberse acercado a nada.

Potter se mantenía más al centro. No intentó dejarla atrás enseguida.

Abajo, Pucey recibió de Flint y se adelantó a la cazadora de Gryffindor. Dracenia vio abrirse el paso hacia los aros, pero la Quaffle desapareció detrás de una cortina de lluvia.

El grito de su tribuna le dijo lo que había ocurrido.

Diez a cero.

Flint levantó el puño. Dracenia pasó sobre él y amplió su recorrido.

Podía sentir a Potter al otro lado aunque no lo mirara todo el tiempo. Cuando ella bajaba, él cambiaba de altura para conservarla en su campo de visión. Cuando él se acercaba a las gradas, ella dejaba de buscar sobre el centro y revisaba la franja que quedaba entre ambos.

Ninguno quería regalarle al otro un destello.

Una Bludger cruzó por debajo. Derrick la persiguió con el bate levantado y la mandó hacia el grupo de cazadores. Dracenia aprovechó el espacio que acababan de despejar.

Algo amarillo se movió cerca de un poste.

Bajó.

Potter la siguió enseguida. Dracenia se inclinó más y tuvo que girar antes del poste cuando la mancha amarilla se deshizo en dos hojas mojadas.

Salió por arriba con los dientes apretados.

Potter pasó a su izquierda. Había frenado antes que ella.

—Buena captura —le gritó.

Dracenia no le dio el gusto de contestar.

Gryffindor empató y después marcó dos veces más.

Dracenia vio el tercer tiro: Bell amagó hacia un aro, cambió la Quaffle de mano y la lanzó por debajo del brazo de Warrington. Bletchley llegó tarde.

Flint empezó a gritar instrucciones que el viento desarmaba antes de llevarlas a ninguna parte.

La Nimbus de Dracenia había ganado altura mientras ella miraba. Volvió a bajarla hasta distinguir los aros del otro extremo.

Potter estaba sobre la franja del centro, más alto que ella, detenido apenas un momento antes de volver hacia las gradas.

Dracenia buscó donde él no estaba mirando.

Una gota le entró por el cuello y le recorrió la espalda. Las manos estaban frías dentro de los guantes. Todavía faltaba mucho si la Snitch seguía escondiéndose.

Slytherin recuperó diez puntos. Dracenia reconoció el movimiento de Pucey, la curva amplia que habían repetido durante el entrenamiento. Quiso verlo terminar y se obligó a apartar los ojos.

No estaba allí para contar goles.

Se inclinó hacia el lado exterior de la tribuna. Entre dos columnas había una zona menos castigada por el viento. Si la Snitch había bajado para salir de las ráfagas, podía estar cerca de cualquiera de los soportes.

Algo le rozó la capa.

Dracenia giró tan deprisa que la escoba se ladeó.

Potter pasó por encima, con un brazo levantado para sujetarse mejor. Sólo había sido la punta de su Nimbus.

Ella le cerró el paso al volver.

Él frenó, la miró y buscó la salida por el centro.

Dracenia lo siguió un tramo y después cambió de rumbo. No iba a pasar el partido respondiendo a todo lo que él hiciera.

Cuando vio otra vez el marcador, Gryffindor llevaba cuarenta y Slytherin treinta.

La lluvia caía casi horizontal.

Pansy ya no estaba en el borde de la tribuna. Dracenia distinguió las capas de su casa apretadas bajo el techo y una bandera atrapada alrededor de un poste.

Una ráfaga le levantó el mango.

Lo bajó con ambas manos. No le gustó la fuerza que tuvo que hacer.

Hooch recorría el campo a menos altura, mirando hacia los aros y las tribunas. Dracenia la buscó un momento para comprobar que no hubiera dado la señal.

Todavía se jugaba.

La voz del comentarista llegó en pedazos. Johnson recibió un pase junto al aro derecho y lo convirtió en otros diez puntos.

Cincuenta a treinta.

Dracenia resopló. Podían recuperarlos. Con la Snitch en su mano, aquellos veinte puntos no iban a importar.

Una luz dorada apareció entre dos ráfagas, cerca del límite del campo.

Esta vez vio las alas.

Potter también las había visto.

Se adelantó desde el centro, más alto, aprovechando la bajada. Dracenia salió por la curva exterior. Tenía que mantener la

velocidad antes de girar hacia adentro; si cortaba demasiado pronto, el viento la empujaría contra él.

La Snitch cambió de dirección.

Dracenia la perdió detrás de una cortina de agua y volvió a encontrar un brillo, casi frente a la tribuna lateral.

Entonces el frío le atravesó los guantes.

No llegó desde la lluvia.

Le apretó las costillas por dentro y le dejó la lengua torpe. La escoba siguió avanzando mientras ella trataba de recordar qué estaba buscando.

Había figuras oscuras junto a la grada.

Más de una. Más cerca de lo que debían estar.

Dracenia vio una mano gris por debajo de una manga y apartó los ojos. El aire que intentó respirar no le llenó el pecho.

Quiso mandar sobre sus dedos. Cerrar los de la izquierda, sacar la varita con la derecha. Lo consiguió al segundo intento.

Su madre en el jardín. El ruido de una risa.

—Expecto Patronum.

No salió nada.

El recuerdo se le había ido antes de terminar la palabra. Donde debía estar su madre, había una puerta cerrada y una certeza espantosa de que no iba a conseguir abrirla.

Arriba, la Nimbus de Potter se inclinó.

Harry cayó.

Dracenia bajó el mango.

La varita le golpeó la muñeca al quedar sujeta contra la empuñadura. Apenas sintió el tirón. Había visto un brazo apartarla de una Bludger, una manga doblarse donde no debía.

El verde y el rojo se separaron en la lluvia.

Harry estaba demasiado lejos.

Ella se pegó a la escoba, los ojos fijos en el cuerpo que descendía. La Nimbus vibró al entrar en la corriente de aire. Dracenia no buscó la Snitch ni miró hacia las figuras.

Bajó más.

El cuerpo de Harry dejó de caer a la misma velocidad.

Dracenia tardó una fracción de segundo en comprenderlo. El suelo se acercaba a ella demasiado rápido y él parecía haber quedado retenido por algo que no podía ver.

Alzó el mango con las dos manos.

Pasó por debajo y a un lado, todavía lejos de sus dedos. La escoba se sacudió al nivelarse y el aire le arrancó un grito que no llegó a convertirse en palabra.

En la primera fila de la tribuna, Dumbledore tenía la varita levantada.

Harry seguía bajando, ahora despacio.

Dracenia apretó las rodillas para no soltar la escoba.

El silbato sonaba una y otra vez.

No supo cuánto llevaba sonando.

Vio a los jugadores descender, las túnicas oscuras de dos profesores entrando al campo y una luz que se extendía desde Dumbledore hacia las figuras junto a las gradas.

El frío empezó a aflojar.

Dracenia apoyó los pies sobre el pasto. Una rodilla se le dobló, tuvo que usar el mango para sostenerse y se enfureció consigo misma antes de conseguir enderezarla.

Flint aterrizó a su lado.

—¿Lo tienes?

Ella lo miró sin entender.

—La Snitch —insistió él.

Dracenia abrió la mano derecha. Seguía apretando la varita contra el mango.

—No.

El capitán volvió la cabeza hacia Harry. Pomfrey ya estaba arrodillada junto a él. Wood se había detenido muy cerca y uno de los gemelos Weasley lo sujetaba del brazo para dejar espacio.

Dracenia soltó la varita y estuvo a punto de dejarla caer. Consiguió guardarla dentro de la túnica.

—Nadie la ha atrapado —dijo Hooch al llegar—. El partido está suspendido. A los vestuarios.

Flint quiso hablar.

La profesora lo miró.

Él cerró la boca.

Dracenia volvió a mirar hacia el lugar donde Potter había tocado el suelo. Lo estaban levantando entre varios. Vio una mano pálida bajo la manga y buscó, sin querer, algún movimiento.

No alcanzó a distinguirlo.

Pansy la encontró antes de que llegara al vestuario.

Le puso una capa seca sobre los hombros y Dracenia quiso quitársela por pura irritación.

—No empieces —dijo su amiga.

Ella dejó la capa donde estaba.

En el banco, las manos siguieron temblándole.

Dracenia las escondió bajo la tela y escuchó a Flint discutir con Pucey acerca de quién había oído primero el silbato. Nadie parecía saber qué hacer con las botas, las escobas o los veinte puntos que les faltaban.

Uno de los bateadores había visto la Nimbus de Potter salir arrastrada por el viento hacia los árboles del borde de los terrenos. Otro decía que alguien había ido a buscarla.

Dracenia miró la suya, apoyada contra la pared.

Seguía entera. El mango tenía barro cerca de la punta. Ella recordaba haber pasado tan cerca del suelo que ya no había visto nada por debajo.

Pansy se sentó a su lado.

—No se ha quedado en el campo —dijo en voz baja—. Ya lo llevaron adentro.

Dracenia se quitó por fin un guante. Le costó sacar el pulgar.

—No te pregunté.

—Ya sé.

Su amiga le dejó una toalla en las rodillas y se volvió para contestarle a Goyle, que no sabía dónde habían puesto las botas secas.

Dracenia se cubrió las manos con la toalla. El tejido se enganchó en una uña.

Había querido levantar una defensa entre ella y las figuras. No había conseguido ni una chispa.

Se quedó mirando la puerta hasta que Pansy volvió con sus botas y la obligó a levantarse para que dejaran de ser las últimas allí.

CAPÍTULO 16

Lo que quedó de la escoba

Harry

La primera vez que Harry abrió los ojos creyó que tenía a Ron sentado en las piernas.

Su amigo estaba demasiado cerca. Al moverse, Harry descubrió que el peso era una manta doblada y que Ron ocupaba una silla junto a la cama, con los codos apoyados en las rodillas.

—No intentes levantarte —dijo Hermione desde el otro lado.

Harry volvió la cabeza. Le tiraban los músculos del cuello.

Recordó la lluvia antes que el frío. Después oyó una voz que ya no estaba en la habitación y se le cerró el estómago.

—El partido…

—Se suspendió —respondió Ron enseguida—. Nadie atrapó nada.

Harry buscó sus gafas. Hermione las tenía sobre un paño, junto a una taza.

—Cincuenta a treinta —añadió ella—. Vas a tener que esperar para seguir gritándole a Wood que te deje buscar la Snitch.

Harry se las puso y consiguió enfocar a sus amigos.

Ron estaba muy pálido debajo de las pecas. Hermione tenía una mancha de barro seco en el puño y el pelo aplastado de un lado.

—¿Me caí?

Su amigo asintió.

Harry miró el techo. No recordaba haber llegado al suelo.

—Dumbledore te frenó —dijo Hermione—. Te vimos bajar.

Ella habló de la varita levantada, de Pomfrey corriendo al campo y de la forma en que los profesores despejaron las gradas. Harry la dejó terminar sin interrumpir.

Después preguntó por la Nimbus.

Ron miró hacia la cabecera.

Había una funda doblada sobre un mueble.

Harry la reconoció antes de que su amigo se levantara.

La escoba cabía donde antes sólo cabía la mitad.

Ron extendió el paño sobre la manta. Habían recogido las piezas grandes, algunas cerdas y dos fragmentos del mango que todavía conservaban las letras doradas.

—El viento la llevó al Sauce —dijo—. Fuimos cuando nos dejaron volver al campo. Hooch nos acompañó.

Harry tomó uno de los pedazos.

La madera tenía una punta astillada que no quiso tocar. La giró hasta encontrar el lugar donde solía apoyar el pulgar.

No estaba exactamente ahí. Faltaba esa parte.

Ron seguía de pie, como si estuviera esperando que Harry le pidiera algo.

—No pudimos…

—Ya sé.

Harry dejó la pieza sobre el paño. Lo dijo demasiado rápido y después volvió a tomarla.

Había recibido aquella escoba sin saber quién se había ocupado de escogerla. La primera vez le había dado miedo apoyarla en el suelo. Ahora podía reconocerla incluso cerrando los ojos, por el peso y la curva bajo sus manos.

Hermione acercó la funda.

—Podemos guardarlo todo.

Harry asintió.

Los ayudó a envolver los fragmentos. Cuando Ron llegó al trozo más pequeño, Harry se lo pidió y lo dejó sobre el mueble, junto a las gafas que ya no estaban allí.

Pomfrey los echó antes de la cena.

Le permitió a Harry beber algo caliente, revisó sus pupilas y le preguntó si seguía mareándose cuando movía la cabeza.

—Un poco.

—Entonces hoy no va a moverse mucho.

Harry miró la funda.

—Tampoco tengo con qué.

Pomfrey siguió acomodando la almohada sin hacerle un comentario amable que él habría tenido que agradecer.

—Mañana veremos.

Se quedó otra noche. El frío había pasado, pero los músculos le dolían al incorporarse y sentía un cansancio pesado después de ir hasta la ventana.

El domingo recibió tantas cosas para comer que Neville tuvo que apartar dos paquetes antes de dejar una maceta pequeña sobre la mesa.

Harry miró las hojas que se replegaban sobre sí mismas.

—¿Qué hace?

—Nada peligroso. Si la miras mucho se cierra.

Neville se quedó observándola. Las hojas se plegaron un poco más.

—Sprout dice que no le gusta que la vigilen mientras crece.

Harry soltó una risa que le tiró de las costillas.

—Me cae bien.

Neville sonrió. Se sentó para contarle que había conseguido mantenerla abierta mientras trasplantaba otra, y Harry lo escuchó hasta que Pomfrey volvió a mirar la silla con intención.

El lunes regresó a la torre andando despacio junto a Ron.

La funda pesaba muy poco. Eso lo irritaba casi tanto como tener que detenerse a la mitad de la escalera.

En la sala común habían colocado un aviso sobre el partido. Se conservaría el marcador; la continuación se programaría después de revisar las condiciones de seguridad y reorganizar el calendario. No había fecha.

Wood había subrayado mentalmente todo lo que podía discutir con aquella frase. Harry lo supo por su cara cuando se acercó.

—No voy a ponerte a probar escobas esta tarde —dijo el capitán.

—Bien.

—Mañana tampoco, si Pomfrey no te deja.

Harry lo miró.

Wood se pasó una mano por el pelo.

—Pero cuando puedas, vamos a encontrar algo que sirva para entrenar.

Harry asintió. No quería hablar todavía de reemplazos.

Subió a guardar la funda. La dejó junto al baúl y se quedó un momento con el asa en la mano antes de soltarla. Al bajar encontró a Ron discutiendo con Hermione acerca de una tarea que ella tenía casi terminada.

—Snape no podía cambiar toda la clase —decía Ron.

Hermione no levantó la vista.

—Pues la cambió.

Harry se detuvo detrás de su silla.

—¿Dónde está Lupin?

—Enfermo —respondió Ron—. Y Snape decidió que teníamos que saber todo acerca de los hombres lobo precisamente hoy.

Hermione cubrió con el antebrazo una parte de sus notas al ir a buscar otro libro. Harry no alcanzó a ver qué había escrito.

—Voy a pedirle que me enseñe lo que hizo en el tren —dijo él.

Ron dejó de quejarse.

—¿A Lupin?

Harry asintió.

Sacó su cuaderno de Defensa. No tenía intención de volver a quedarse esperando a que alguien lo recogiera del campo.

Los rumores llegaron antes que Ginny.

El martes, Seamus dijo que Malfoy casi había chocado con una grada. Dean creía que había querido atrapar la Snitch después del silbato. Un niño de segundo aseguró que había visto a tres buscadores y Harry prefirió no preguntarle quién era el tercero.

El miércoles por la tarde, Ginny lo encontró junto a la ventana de la sala común.

Llevaba la pelota de tela en el bolsillo. Se le veía una mitad roja sobre el borde.

—Colin dice que puedes quedarte con una de sus fotos del equipo —comentó—. De las que tomó antes.

Harry apartó su tarea.

—¿Se ven todos?

—Más o menos. George sólo tiene una oreja.

Él sonrió. Ginny se sentó en el brazo de la silla de al lado, cerca de donde Ron intentaba construir una torre con las cartas de una baraja que no quería quedarse quieta.

—Yo estaba frente al lado por donde caíste —dijo ella después de un momento.

Harry dejó de tocar la esquina del libro.

—Ya.

—No vi todo. La lluvia tapaba una parte. Pero Malfoy cambió de dirección.

Ron levantó la cabeza.

Ginny miró a Harry.

—Bajó hacia donde estabas tú. Muy rápido.

Él recordó el comentario de Seamus y trató de imaginar la distancia.

—¿Cómo sabes que iba hacia mí?

—Porque miré ahí. Tú estabas cayendo.

Ginny apretó la pelota dentro del bolsillo.

—No sé qué intentaba. Después Dumbledore te frenó y ella pasó por un lado.

Harry miró a Ron. Su amigo había dejado las cartas.

—¿Se golpeó? —preguntó.

—No lo vi. La he visto después andando normal.

Se quedó pensando en ello mientras Ginny le contaba dónde encontraría a Colin. Malfoy había bajado hacia él. O cerca de él. No era lo mismo que saber por qué.

En el bosque de primer año la había sentido sujetarlo para que no cayera. En el campo, semanas atrás, ella no había querido oír ni una palabra sobre Hagrid.

Harry pasó la mano por el lomo del libro.

No conseguía juntar las dos cosas con el vuelo que describía Ginny.

El jueves encontró a Malfoy junto a una ventana del corredor de Encantamientos.

Pansy hablaba con Padma al otro extremo. Dracenia guardaba un libro y Harry estuvo a punto de seguir de largo. Después pensó en cómo había quedado la Nimbus y se detuvo.

—¿Te lastimaste el sábado?

Ella levantó la vista.

—¿Qué?

—Al bajar. Dicen que ibas… por donde caí.

Malfoy tardó lo suficiente en cerrar la bolsa para que él lo notara.

—Estaba buscando la Snitch.

Harry esperó.

—Había cambiado de dirección —añadió ella—. Hacia ese lado. Yo tenía mejor ángulo y si tú no hubieras soltado la escoba…

—¿La viste? —preguntó Harry.

—Claro que la vi. Luego la perdí entre la lluvia.

Harry levantó las cejas.

—Ginny dice que bajaste justo hacia donde estaba cayendo yo.

Dracenia apretó la hebilla.

—Pues estorbabas bastante, Potter.

Ella lo miró con tanta indignación que a Harry se le escapó una sonrisa.

Pansy se había vuelto hacia ellos. Dracenia se colgó la bolsa y dio un paso para reunirse con ella.

—No me hice nada —dijo al pasar.

Harry la dejó ir. Le habría gustado preguntarle por qué tardó tanto en contestar, pero no esperaba una respuesta más clara.

Lupin volvió al final de la semana.

Harry lo encontró recogiendo un libro que se le había caído al salir del salón y se lo tendió antes de que el profesor terminara de agacharse.

—Me dijeron que había estado enfermo.

—Ya estoy mejor. ¿Y tú?

Harry hizo un gesto con el hombro. No le dolió.

—Necesito aprender a defenderme de ellos.

Lupin dejó de buscar sitio para el libro.

Harry no añadió nada sobre el partido. El profesor ya lo sabía.

—No es un encantamiento sencillo —dijo Lupin—. Y no basta con una explicación al salir de clase.

—Puedo venir otro día.

El profesor lo miró con atención. Luego asintió.

—Voy a ver qué podemos usar para practicar. Lo hablaremos con tiempo.

Harry volvió a la torre con una pregunta menos sin respuesta.

Ron lo esperaba junto al tablero de ajedrez. Había sacado una de las fotos de Colin y la había apoyado contra una jarra vacía. George movía la cabeza dentro del marco, intentando entrar entero.

Harry se sentó.

Su Nimbus aparecía bajo su brazo, recién limpia y sin una sola marca. La miró hasta que Ron adelantó un peón y le pidió que empezara antes de que las piezas se durmieran.

Harry tomó una de las negras. La pieza le golpeó el dedo por sujetarla mal, y él la dejó en el tablero con más cuidado.



CAPÍTULO 17

Lo que no salía



Dracenia

Pansy tenía un zapato de Dracenia en cada mano y ninguna intención de devolverlos.

—El barro no se va a quitar solo.

—Por eso iba a limpiarlos.

—Los llevas mirando desde el domingo.

Dracenia se los quitó de las manos y los puso sobre un papel. Había una raya oscura en el borde del tacón que se resistía incluso después de frotarla.

Pansy volvió a su cama. Estaba buscando algo entre las mantas y los libros que había dejado abiertos por la mañana.

—¿Qué quería Potter?

Dracenia frotó más fuerte.

—Preguntar cosas.

—Qué raro en él.

Encontró un aro pequeño bajo la almohada y lo levantó para mirarlo a contraluz.

—¿Qué cosas?

—Cree que fui a buscarlo cuando se cayó.

Pansy dejó el aro en su bolsa.

Dracenia siguió con el zapato.

—Le dije que estaba siguiendo la Snitch.

Su amiga se sentó, muy seria.

—Qué curioso. Nunca había visto una Snitch tan grande, con gafas y cicatriz.

Dracenia levantó el zapato.

Pansy se apartó antes de que pudiera decidir si se lo iba a lanzar.

—Ése ya está limpio.

Dracenia bajó la mano. Le quiso salir una respuesta mordaz, pero al imaginar la cara de Potter con alas diminutas tuvo que apretar los labios.

Pansy encontró por fin el otro aro, guardó ambos y se levantó.

—Voy a ver a Padma. Si necesitas el cepillo, no lo tires también.

Dracenia le lanzó un paño. Su amiga lo atrapó en la puerta sin volverse del todo.

Probó el encantamiento a solas en un salón pequeño que usaban para practicar Encantamientos durante las horas libres.

Había un pizarrón sin borrar y un taburete con una pata demasiado corta. Dracenia colocó un papel doblado debajo y probó el asiento antes de dejar el libro. Apartó una mesa; las patas rasparon el piso con tanto ruido que se detuvo a escuchar el pasillo. Nada. Volvió a empujarla, más despacio, hasta tener espacio para extender el brazo sin pegarle al borde. Sólo entonces abrió su libro por la marca.

El dibujo de la varita no podía ser más sencillo.

Pensó en su madre poniéndole una capa cuando era pequeña. El broche tenía una piedra que le gustaba tocar con el dedo. Narcissa

siempre decía que no se la metiera en la boca, aunque Dracenia ya no recordaba haberlo intentado.

Levantó la varita.

—Expecto Patronum.

La punta no cambió.

Dracenia miró el libro. Repitió el movimiento, más despacio.

No hubo nada.

Tampoco lo hubo al recordar la Snitch, la voz de su padre felicitándola o una tarde en que Pansy se había caído sentada al intentar hacer una reverencia exagerada.

Con aquel último recuerdo sonrió. La sonrisa se le fue al ver la punta inmóvil.

Probó hasta que empezó a dolerle el brazo derecho de sostenerlo alzado.

Cuando oyó pasos afuera, cerró el libro con tanta prisa que dejó la marca dentro de otra página.

Dos alumnas pasaron sin detenerse.

Dracenia esperó hasta que dejaron de oírse. Después salió con las cosas apretadas contra el pecho y dejó el taburete cojeando otra vez.

Al día siguiente consiguió un resultado más visible: una mancha de tinta en el puño.

Había intentado sostener la página con la varita mientras añadía una nota y acabó golpeando el tintero.

Goyle le pasó un trapo. Dracenia lo tomó sin agradecerle y se arrepintió un poco cuando vio que él había dejado de limpiar su propio trabajo para dárselo.

—Te lo devuelvo enseguida —dijo.

Él se encogió de hombros.

—Ése ya está manchado.

Flitwick pidió silencio desde el frente. Pansy llegó tarde por unos segundos y tuvo que sentarse con una niña que no quería apartar su bolsa. En lugar de discutir, le señaló la silla vacía con una sonrisa tan cortés que Dracenia supo que la otra iba a salir perdiendo.

La bolsa acabó en el suelo.

Durante la clase les tocó detener una bolita de madera antes de que saliera del borde de la mesa. Dracenia la dejó rodar demasiado y tuvo que atraparla con la mano.

—Otra vez, señorita Malfoy —dijo Flitwick.

Un alumno se rio detrás de ella.

Dracenia colocó la bolita en su sitio sin mirar quién había sido.

En el segundo intento la frenó a tiempo. En el tercero no necesitó mover la mano libre.

Se quedó contemplándola, quieta a dos dedos del borde.

Después de comer volvió al salón vacío. Abrió el libro y buscó el lugar de los recuerdos. Le molestó descubrir que estaba empezando a leerlo con la esperanza de haber omitido una instrucción fácil.

El sábado salió a caminar sin escoba.

Los terrenos tenían manchas de agua donde el pasto no había conseguido levantarse después del partido. Desde el sendero podía ver una grada vacía y una bandera atada para que no se golpeara contra el poste.

Dracenia se detuvo antes de llegar al cruce.

No había figuras cerca de ella. Las que custodiaban el acceso estaban lejos, más allá de la ruta que los alumnos podían recorrer. Bastaba un bulto oscuro en esa dirección para que sintiera ganas de comprobar dónde había guardado la varita.

Se enfadó tanto que estuvo a punto de seguir andando sólo para no darles el gusto.

El recuerdo de sus dedos inmóviles la detuvo.

Volvió hacia el castillo con pasos demasiado rápidos. Cuando llegó al vestíbulo, tenía las manos calientes dentro de los guantes y seguía sintiéndose ridícula.

Pansy no estaba en la sala común. Sobre una mesa había dejado un papel que decía *No toques los aros. Sí, tú.*

Dracenia no los tocó.

Se sentó con su libro y esperó a que dejara de irritarla la letra de su amiga.

No pidió hablar con Snape al terminar una clase.

Pasó dos veces frente a su despacho antes de decidirse a llamar.

El profesor levantó la vista de los papeles que estaba corrigiendo. Había una anotación roja tan larga en el que tenía enfrente que Dracenia se alegró de no reconocer su propia letra.

—¿Qué ocurre?

Ella dejó el libro cerrado sobre el borde de la mesa.

—No sale.

Snape miró el título.

—Tendrá que ser un poco más precisa.

Dracenia apretó las manos a los costados.

—El Patronus. He leído la explicación. Puedo recordar las cosas. Hago el movimiento y no sale nada.

El profesor dejó la pluma.

—Muéstreme cómo lo está intentando.

Ella se volvió hacia el espacio libre del despacho. El deseo de que funcionara justo entonces le tensó los hombros antes de levantar la varita.

Pensó en Narcissa.

Pronunció la fórmula.

La punta siguió oscura.

Dracenia bajó el brazo.

—Eso.

Snape la había observado sin moverse de la silla.

—Está esperando fracasar antes de acabar el movimiento.

La cara se le calentó.

—Porque ya lo he hecho muchas veces.

—Y ahora está intentando obligar a la varita a compensarlo.

Snape se levantó. Le pidió que encendiera la punta con un encantamiento sencillo.

Dracenia lo hizo, casi ofendida.

Él dejó caer un tapón de cristal sobre la mesa.

La luz saltó cuando ella miró hacia el ruido.

—Otra vez —dijo Snape.

Dracenia apagó la varita y volvió a encenderla.

El segundo golpe no la hizo mirar. La luz tembló de todos modos.

—No le he pedido que se quede rígida.

Ella soltó un poco el codo. El brillo se estabilizó.

Snape tomó el tapón antes de que rodara al borde.

—Saber un encantamiento y conservarlo bajo una distracción no son la misma cosa. Esto puede corregirlo aquí. Un dementor no es un ruido sobre una mesa.

Dracenia miró la pequeña luz. Le habría gustado una instrucción que pudiera cumplir de una vez, sin tener que volver al principio.

El profesor abrió el libro por una página anterior a la que ella había marcado.

—Empiece por esto. Y deje de cambiar de recuerdo en cuanto uno no produce un resultado inmediato.

—¿Cuánto tengo que...?

Snape levantó la mirada.

Dracenia cerró la boca.

—Cuando tenga una pregunta sobre lo que está haciendo, tráigala. No una cuenta de sus intentos.

Ella apagó la luz y recogió el libro.

Pansy volvió durante la cena, con una marca roja en la muñeca y una expresión excelente.

Dracenia la miró.

—¿Te golpeó el aro?

—Se me cayó una mesa encima.

Ella dejó el tenedor.

Pansy sonrió.

—Una mesa pequeña. De práctica. Y no me cayó encima entera.

—Eso tranquiliza muchísimo.

Su amiga le contó que la alumna de primero había conseguido completar el recorrido del hilo antes que ellas. Padma insistía en que debían invitarla a repetirlo para comprobar si había sido suerte.

—Fue suerte —dijo Pansy—. Pero una suerte bastante irritante.

Dracenia empezó a reírse y tuvo que apartar el vaso para no volcarlo.

Después de cenar se llevó el libro al dormitorio. Esta vez no levantó la varita.

Abrió la página que Snape le había indicado y encontró una pregunta que sí podía escribir en el margen, sin añadir cuántas veces había fallado.

CAPÍTULO 18

Un nombre conocido

Harry

Fred se sentó sobre el brazo del sillón de Harry y le quitó el libro.

—Tenemos una vacante.

Harry miró la página que acababa de perder.

—¿En el equipo?

—En el Club de los Cool —dijo George.

Ginny, sentada en el suelo con las piernas bajo una manta, se tapó la cara.

—Todavía están usando ese nombre.

—Lo inventaste tú.

—Dije que era el nombre más horrible que podían ponerse.

Fred abrió los brazos.

—Aceptó en el acto.

Ron alzó la cabeza desde la mesa.

—¿Y yo por qué no estoy?

—Porque somos cuatro —dijo George.

—¡Acaban de invitar a Harry!

—Estás siguiendo todo muy bien.

Ginny sacó una mano de la manta y le dio a Ron el dulce que acababa de desenvolver. Su hermano lo tomó, todavía indignado.

—Voy a fundar uno mejor.

—Haznos llegar una invitación —pidió Fred.

Harry se rio y recuperó su libro. George lo detuvo con un dedo sobre la tapa.

—En serio. Ven un momento.

Lo llevaron a un rincón tranquilo de la sala común, detrás de un sillón al que le faltaba un botón.

Fred sacó un pergamino doblado. Tenía tanto uso que una de las esquinas se mantenía vuelta hacia adentro.

Harry miró la superficie vacía.

—Si esto muerde, ya conozco el chiste.

—Muchísimo más útil —dijo George.

Fred lo tocó con la varita y pronunció una frase con solemnidad exagerada. La tinta empezó a extenderse desde el punto donde había apoyado la punta.

Harry se acercó.

No era una carta ni un dibujo de una sola planta. Había escaleras, salas, pasadizos que doblaban donde no parecía haber espacio. Unos nombres diminutos se movían entre líneas.

El nombre de Percy avanzaba hacia la sala común.

Harry levantó los ojos. Un momento después se abrió el retrato y Percy entró, hablando con un prefecto.

Volvió a mirar el pergamino.

—¿Es de verdad?

George sonrió.

—Este mapa ha estropeado muchos castigos.

Le explicaron lo que habían descubierto del Mapa del Merodeador, cómo lo habían sacado del despacho de Filch y los recorridos que aún podían utilizarse. Algunos accesos ya no servían; otros desembocaban donde a nadie le convenía encontrarse a un profesor.

Harry siguió una línea con el dedo.

—Eso sale de los terrenos.

—Honeydukes —dijo Fred—. La bodega. No el mostrador. Conviene saber la diferencia.

Le indicó la estatua de la bruja de un ojo y le enseñó la palabra con que se abría. Harry la repitió en voz baja.

—¿Y me lo están dando?

Los gemelos intercambiaron una mirada.

—Nos lo sabemos —respondió George.

—Y llevas semanas mirando la lista de Hogsmeade como si pudieras firmarla con el pensamiento.

Harry pasó la mano por un margen vacío. Uno de los nombres se alejó de la biblioteca y él cerró un pliegue para poder ver mejor el túnel.

—Pero Black…

Fred perdió un poco la sonrisa.

—No es una invitación a ir a buscarlo. Si ves algo raro, vuelves.

George le enseñó a borrar la tinta. Harry comprobó que no quedaba una sola línea antes de guardarlo.

Cuando Ron se acercó después, los gemelos ya habían vuelto con Ginny.

Harry le hizo sitio. Su amigo vio la esquina del pergamino y Harry la cubrió con el libro.

—Luego te enseño.

Ron lo miró con sospecha.

—Más te vale que no sea el reglamento del club.

El sábado, Harry esperó a que el corredor quedara vacío antes de acercarse a la bruja.

Había traído la capa dentro de la bolsa. También había dejado por escrito, en una nota para Ron, que iría a encontrarlos a la tienda de dulces. No quería que sus amigos pasaran la tarde preguntándose dónde estaba.

La joroba de la estatua se abrió al tocarla.

Harry miró el hueco. Una parte de él había esperado que el Mapa terminara siendo otra de las bromas de Fred y George.

Bajó.

El pasadizo olía a tierra húmeda. Harry caminó con la varita encendida, atento a las piedras que sobresalían del suelo. Tenía que inclinarse en algunos tramos; cuando volvía a enderezarse, la bolsa le golpeaba la cadera. No había voces ni pasos delante de él. Luego el aire cambió y empezó a llegarle un olor dulce que no se parecía a nada bajo el castillo. Siguió aquel olor hasta la trampilla.

Al otro lado de la trampilla había cajas.

Harry se cubrió con la capa antes de abrir. Esperó mientras una persona bajaba una carga, contó los pasos que regresaban arriba y salió cuando el sótano quedó vacío.

Subió la escalera bajo la capa y se encontró entre una torre de frascos y una fila de niños que no lograban decidir cuánto podían

gastar. Tuvo que pegarse a un estante para dejarlos pasar. A través de la puerta de la tienda vio por fin Hogsmeade: nieve pisoteada en la calle, tejados muy juntos, humo que se deshacía sobre las chimeneas. Había imaginado el lugar desde el castillo durante tantas semanas que se quedó allí, estorbando sin que nadie pudiera verlo, hasta que uno de los niños retrocedió hacia él. Harry se apartó a tiempo. Todavía tenía tierra del túnel en los zapatos.

Se le escapó una sonrisa bajo la tela.

Ron lo encontró detrás de la tienda, mirando las chimeneas.

Hermione llegó unos pasos después, con la nota de Harry en una mano.

—No puedes…

—Ya estoy aquí.

—Ése no es un argumento.

Ron miró alrededor antes de hablar.

—Si vamos a discutirlo, no lo hagan en la calle.

Harry dejó que se pusieran delante y los siguió hasta la parte trasera de Las Tres Escobas. Allí había un pequeño patio techado donde unos barriles protegían del viento. Su intención era quitarse la capa antes de entrar con ellos; entonces vio a McGonagall por una ventana y se detuvo.

Hermione siguió su mirada.

—Vuelve a ponértela bien.

Harry se ajustó la tela. Ron fue adentro a pedir las bebidas y Hermione lo siguió después de prometer que regresaría enseguida.

Él se quedó entre los barriles. Podía ver una franja de nieve y los zapatos de los clientes que entraban por una puerta lateral.

La puerta se abrió otra vez.

Hagrid salió de espaldas, ayudando a Rosmerta a apartar un barril que se había ladeado sobre la salida. McGonagall apareció detrás y le advirtió que no lo levantara con una sola mano. El ministro Fudge se hizo a un lado para que acabaran.

Harry recogió los pies bajo la capa.

—La mitad del pueblo pregunta cuándo podremos dejar de tener esas cosas junto al camino —dijo Rosmerta.

Fudge se quitó la nieve del sombrero.

—Mientras Black siga libre…

—Aparecieron en el campo —interrumpió McGonagall—. Delante de los alumnos. No podemos tratarlo como una incomodidad del camino.

Harry alzó la cabeza.

Hagrid empujó el barril hasta dejarlo contra la pared. El grupo podía volver adentro; él deseó que no lo hicieran todavía.

—Nadie creía que Black pudiera llegar tan lejos —dijo Rosmerta.

McGonagall se quedó mirando la calle.

—Tampoco creíamos que pudiera hacer lo que hizo antes.

Hagrid se pasó la mano por la barba.

—James confiaba en él.

Harry dejó de sentir los pies.

No se movió cuando el frío de la piedra empezó a atravesarle los zapatos.

Escuchó el nombre de su padre una vez más. Después el de su madre.

No estaban hablando de una noticia distante. Black había sido amigo de James. Habían elegido confiarle el secreto que los mantenía ocultos. Según Fudge, él se lo había entregado a Voldemort.

Harry miró la mano de Hagrid sobre el barril. La conocía. Había sostenido tazas, cajas, su hombro. Ahora los dedos apretaban la madera hasta blanquearse.

—Y era su padrino —dijo Hagrid.

Harry sintió que alguien le había dado un golpe por debajo de las costillas.

Rosmerta preguntó algo. Fudge respondió con otro nombre: Peter Pettigrew. Un amigo más pequeño, menos capaz de hacerse notar, que había salido a buscar a Black después de las muertes.

La explosión. Doce muggles. Lo poco que encontraron de Pettigrew.

Harry oyó todas las palabras. Al intentar ponerlas juntas sólo consiguió ver el rostro del cartel, riéndose de una forma que la tinta no había dibujado.

Había habido un padrino.

Un hombre que sabía que Harry existía antes de encontrar su nombre en un periódico.

—Podemos seguir hablando dentro —dijo McGonagall.

Los zapatos se apartaron uno a uno. La puerta volvió a cerrarse.

Harry se quedó junto al barril con las manos apretadas dentro de la capa.

Ron lo encontró allí.

Harry no lo vio acercarse hasta que la nieve crujió delante de él.

—Te trajimos…

Ron se detuvo al ver cómo se apartaba la tela.

Harry salió del hueco sin mirar la taza.

—Me voy.

—¿Qué pasó?

Hermione estaba detrás de Ron. Harry quiso contárselo y no pudo empezar por ninguna parte que no le hiciera decir el nombre de su padre.

—Black —consiguió decir—. Lo conocían. Todos.

Ron dejó la bebida sobre el barril.

Harry se oyó hablar cada vez más rápido. Repitió la parte del secreto, la explosión, el padrinazgo. Cuando llegó al final tenía la garganta ardiendo.

Hermione le tocó el brazo.

—Harry…

Él lo retiró.

—No me lo dijeron. Hagrid me ha visto todo este tiempo y no me dijo nada.

Ron abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Tal vez no sabía cómo —murmuró Hermione.

—¿Y yo tenía que enterarme así?

Ella bajó la mano.

Harry se cubrió de nuevo. No esperó a que sus amigos encontraran una respuesta. Se encaminó hacia Honeydukes con tanta prisa que Ron tuvo que sujetarlo por la manga para que no dejara unas huellas solas en mitad de la nieve.

Por la noche, Ron y Hermione lo encontraron en un rincón de la sala común.

Harry había sacado el cuaderno azul y la foto de James. Llevaba mucho rato mirándola.

La ira seguía ahí. Volvía cada vez que imaginaba a Black contando dónde estaban sus padres. Pero debajo había algo que le costaba más soportar.

Le habían elegido un padrino.

En algún momento su madre había mirado a un hombre y había pensado que podía dejarlo con él.

Hermione se sentó en la silla de al lado. Ron dejó la bolsa de dulces sobre la mesa sin abrirla.

—No quiero que vayan a decirme que no piense en eso —advirtió Harry.

—No íbamos a decirlo —respondió Ron.

Harry pasó un dedo por el borde de la fotografía.

En la imagen, un libro empezó a resbalar y su padre lo atrapó antes de reírse de quien tomaba la foto.

—Ni siquiera sabía que existía —dijo Harry.

Hermione miró la imagen.

—Tu padre pensó que…

No terminó.

Harry la miró y ella apretó los labios. Ron movió la bolsa para dejar libre un rincón de la mesa.

Durante un rato no dijeron nada.

Harry mantuvo la fotografía sobre la página abierta. La figura de su padre volvió la cabeza hacia él y volvió a sonreír.

Esta vez no la guardó enseguida.

CAPÍTULO 19

Al otro lado de la pared

Harry

Ron llevaba varios minutos intentando convencer a una rana de chocolate de que no saltara del alféizar.

La había ganado en una apuesta con Seamus. La rana parecía opinar que las condiciones no la obligaban a colaborar.

Harry la atrapó antes de que cayera sobre el pergamino de Hermione.

—Cómetela.

Ron la miró.

—Ahora ya la tocaste tú.

Harry dejó la rana sobre un plato y puso el suyo encima. Algo golpeó desde dentro.

Hermione levantó la vista de su tarea.

—Si se rompe, voy a decir que fueron ustedes.

Harry tuvo ganas de sonreír. Habían pasado tres días desde Hogsmeade y todavía le sorprendía poder distraerse sin haber decidido hacerlo.

Apartó los platos y sacó el Mapa.

Ron había visto una demostración rápida. Hermione sólo sabía por dónde había salido del castillo.

Cuando las primeras líneas aparecieron, ella dejó la pluma en la mesa.

—¿Dónde lo consiguieron?

Harry le contó lo de Filch. Su amiga acercó el pergamino y leyó los nombres que coronaban el dibujo.

—¿Sabían quiénes eran?

Él negó con la cabeza.

Ron señaló un corredor.

—Mira. Es por aquí.

Hermione tardó en apartar la vista de la letra.

—¿Qué es por ahí?

—Donde Seamus oye pasos.

Harry los había oído el día anterior.

Volvía de la biblioteca cuando empezó un arrastre detrás de la pared. Cada pocos pasos, algo daba un golpe. Si se detenía, el ruido parecía detenerse también.

Seamus llevaba dos noches asegurando que alguien caminaba al otro lado. Dean decía que sólo estaba buscando una excusa para no pasar por allí después de cenar.

El Mapa mostraba otro corredor paralelo.

Harry siguió la línea hasta encontrar una puerta, más allá de la esquina. No era un túnel para salir de Hogwarts. Conectaba dos pasillos que él había recorrido sin preguntarse qué había entre ambos.

—Podríamos mirar —dijo.

Hermione consultó el reloj.

—Ahora no. Faltan diez minutos para que termine el recreo.

—Después de cenar.

Ella volvió al plano y señaló una vuelta.

—La puerta está aquí.

Ron acercó un dedo.

—Ésa es una escalera.

Hermione frunció el ceño. Amplió el pliegue y vio los pequeños escalones que habían quedado dentro de un doblez.

—Tienes razón. Es la siguiente.

Harry marcó el lugar con la uña, sin tocar los nombres que seguían moviéndose lejos de allí.

Conocía tres entradas que salían de los terrenos, algunas inutilizadas. No sabía si Black habría usado una, otra o ninguna. Miró el recorrido de Filch hacia una escalera y se preguntó cuánto podía haber cambiado aquel castillo desde que los gemelos consiguieron el pergamino.

Hermione lo observaba.

—No te va a decir lo que pasó antes.

—Ya sé.

Le salió más brusco de lo que quería. Guardó el Mapa antes de que ella intentara explicárselo de otra manera.

Hermione prefirió terminar su ensayo después de cenar.

Harry y Ron salieron con tiempo para volver antes del toque de queda. Ron llevaba una galleta que había envuelto en una servilleta. Harry le preguntó si era para compartir y su amigo respondió que dependía de cuánto tardaran.

El ruido empezó antes de llegar a la esquina.

Arrastre. Golpe. Otro arrastre.

Harry se detuvo.

Ron avanzó dos pasos y se volvió hacia él. La pared contestó con un roce más largo.

—Ahí —susurró Harry.

Ron miró la piedra.

—Sigue andando.

Caminaron hasta la puerta que indicaba el Mapa. Harry miró una vez el pergamino: Filch estaba dos corredores más allá. Lo guardó antes de tocar el picaporte.

La puerta se abrió unos centímetros y se quedó trabada.

Desde dentro llegó un golpe tan fuerte que Ron retrocedió contra él.

Harry se llevó la mano a la varita.

Algo rascó la madera.

—No empujes —dijo Ron.

Harry dejó el picaporte.

El roce continuó. Después se apartó hacia el fondo y el silencio volvió de golpe.

Ron levantó un dedo.

Esperaron.

La galleta crujió dentro de su servilleta.

El ruido regresó aunque ninguno se había movido.

Harry miró a Ron.

—No nos está siguiendo.

Su amigo ya se inclinaba hacia el hueco. Había encendido la punta de la varita y bajado la mano para que la luz entrara cerca del suelo.

—Una rueda —dijo.

Harry se agachó a su lado.

Vio un extremo de madera, una rueda pequeña y un trapo oscuro que entraba debajo de la puerta. El trapo se tensó. Algo volvió a tirar desde dentro y el picaporte tembló.

Ron le pidió que abriera un poco más.

Harry movió la puerta sin forzar. El paño subió con ella y dejó ver una tira enganchada en el mecanismo de abajo.

—Lo que pega es eso —dijo Ron—. Cuando el carro vuelve.

Había visto los carros de limpieza, pero ninguno tan pequeño. Éste llevaba dos cepillos y un cubo que avanzaban de un lado a otro por el corredor estrecho, dejando una franja limpia entre los estantes. El paño arrastraba detrás como una cola atrapada.

Harry intentó soltarlo con los dedos. El carro tiró y tuvo que retirar la mano.

—Espera la vuelta —propuso Ron—. Cuando venga hacia acá va a quedar flojo.

Harry miró el reloj. Todavía tenían tiempo.

Se agacharon a ambos lados de la puerta. El carro regresó, golpeó una pata contra el marco y giró sobre sus ruedas.

El paño se aflojó.

Harry levantó la tira con la varita mientras Ron mantenía abierta la puerta. La tela salió del gancho y el carro se la llevó sin darles tiempo de apartarse.

Un cepillo le pasó por encima del zapato a Ron.

Su amigo soltó un grito indignado.

Harry se sentó en el suelo de la risa.

Entraron lo suficiente para ver el recorrido.

El pasillo contiguo comunicaba con otra puerta abierta, junto a unos armarios de servicio. No había una salida secreta, un monstruo ni alguien esperando detrás de los estantes.

Había un carro muy empeñado en limpiar el mismo suelo.

El trapo fue desapareciendo sobre la madera de atrás, recogido por una pinza. Cuando volvió a pasar, ya no arrastraba.

Ron observó la punta de su zapato.

Había quedado de un negro brillante. El resto conservaba polvo seco.

—Voy a tener que ponerle delante el otro zapato.

Harry se levantó todavía riéndose.

Esperaron a que el carro volviera. Ron adelantó el pie derecho, pero el cepillo giró hacia la pared y pasó junto a él sin tocarlo.

Harry tuvo que apoyarse en la puerta.

—No le gustas.

—No hemos tenido tiempo de conocernos.

Ron guardó por fin la galleta, entera, y los dos regresaron a la torre antes de que se llenaran los corredores de prefectos.

Hermione escuchó el relato con una sonrisa que intentaba esconder detrás de su taza.

Cuando Ron le mostró el zapato, dejó de intentarlo.

—Seamus va a sentirse decepcionado —dijo.

—Podemos mandarlo a mirar solo —propuso Ron—. Con los zapatos sucios.

Harry sacó el Mapa sobre un espacio libre de la mesa. Quería enseñarle a Hermione dónde estaba el corredor y cómo se unía al otro por los dos extremos.

Crookshanks saltó a la silla de al lado.

Ron metió una mano en el bolsillo donde llevaba a Scabbers.

—Bájalo.

Hermione tomó al gato antes de que diera otro salto. Él se retorció entre sus brazos, con los ojos fijos en la mano de Ron.

—Ya lo tengo.

Scabbers chilló dentro de la túnica.

Ron lo sacó con cuidado. La rata tenía el pelo aplastado en una parte del lomo y se aferró a su pulgar.

—Siempre hace lo mismo —dijo él.

—Porque lo oye.

—No mejora nada que me digas que sí quiere comérselo.

Hermione bajó la mirada hacia el gato, que seguía estirando las patas.

—Voy a llevarlo arriba.

—Y a lo mejor podrías no bajarlo más.

Ella se detuvo.

—No voy a encerrarlo todo el día porque tú lleves a Scabbers suelto.

—No está suelto. Está conmigo.

Harry borró el Mapa antes de que la cola de Crookshanks arrastrara el tintero.

—Podríamos…

—¿Qué? —preguntaron los dos.

Él los miró. Había pensado en decir que cambiaran de silla, como si la mesa fuera lo que llevaba semanas molestándolos.

—Nada.

Hermione apretó al gato contra su túnica sin hacerle daño y subió. Ron siguió acariciando a Scabbers hasta que dejó de temblar.

El buen humor de los zapatos no había desaparecido del todo. Harry lo veía en la forma en que Ron seguía protegiendo el pie limpio del borde de la silla. Ahora le daba pena mencionarlo.

Hermione volvió sin el gato y se sentó al otro extremo de la mesa.

Dejó la taza donde no había tinta.

—Puedo avisarte antes de bajarlo —dijo.

Ron mantuvo los ojos en la rata.

—Y sujetarlo si estoy aquí.

Ella tardó un momento.

—Sí.

Harry aflojó la mano que tenía sobre el pergamino.

Ron guardó a Scabbers y fue por su ensayo. Al volver, le pidió a Hermione el libro del que había sacado una fecha.

Ella se lo pasó sin contestar.

Siguieron trabajando. No era como antes de que el gato saltara a la silla, pero tampoco se habían ido cada uno a su rincón.

Al cabo de un rato, Ron sacó la galleta aplastada. La partió con una expresión resignada y dejó un pedazo junto al cuaderno de Harry.

El tercero quedó en el centro de la mesa.

Hermione lo tomó sin levantar la vista del libro.

CAPÍTULO 20

Una cosa a la vez

Dracenia

La alumna de primero consiguió pasar el hilo por el aro al tercer intento.

Pansy bajó la varita antes de que el hilo terminara de caer sobre la mesa. Había querido ayudarla y casi había hecho el movimiento por ella.

Dracenia lo vio desde el banco del fondo.

Flitwick también.

—Muy bien —dijo el profesor—. Otra vez. Y ahora que la señorita Parkinson no se olvide de respirar.

La niña se rio. Pansy adoptó una expresión digna que no consiguió ocultar el color de sus orejas.

Habían llegado a diciembre con el mismo ejercicio dando vueltas entre aros, reglas y hojas corregidas. Aquella tarde, al fin, Padma había conseguido que el recorrido pudiera repetirse sin que ninguna de las dos tuviera que recuperar el hilo del suelo.

No les tocaba mostrarlo en una clase entera. Flitwick les había dejado unos minutos al acabar, y varios alumnos se habían quedado a mirar.

Dracenia había dicho que sólo iba a devolver un libro.

El libro seguía junto a su rodilla.

En el siguiente intento, el hilo rozó el borde y se quedó colgando. La niña apretó la varita.

—No lo arranques —le dijo Pansy—. Vuelve un poco.

El hilo retrocedió, recuperó la forma y pasó por el centro.

Padma levantó ambos pulgares. Flitwick aplaudió una vez, satisfecho, y le pidió a la niña que explicara qué había cambiado.

Pansy se apartó para dejarla hablar.

Dracenia se encontró sonriendo antes de que su amiga mirara hacia ella.

Cuando Pansy la descubrió, levantó una ceja.

Dracenia bajó los ojos hacia el libro, demasiado tarde.

Recogieron los aros mientras Padma seguía hablando con Flitwick.

La niña de primero quería conservar uno para practicar. Pansy le dio el más grande y fingió no notar su decepción.

—Empieza con ése. Si lo haces bien, te presto el pequeño. Procura no hacerlo mejor que nosotras.

La alumna salió encantada con la promesa.

Dracenia tomó la regla del borde de la mesa.

—Podrías haberte quedado con la parte fácil.

—Sí. Y Padma habría dicho que estaba escondiéndome.

—Lo habrías hecho.

Pansy estiró la mano para recuperar la regla.

—Me alegra contar con tu apoyo.

Dracenia se la devolvió. En el extremo había una pequeña muesca, recuerdo de la mesa que cayó durante la práctica. Pansy pasó el pulgar sobre ella antes de guardarla.

—Vamos a enseñarles el truco a unas de Ravenclaw después de vacaciones —dijo—. Si no vuelven a hacerlo mejor que nosotras en cinco minutos.

—Puedes no llevarla.

—Eso estoy pensando.

Dracenia se rio. Su amiga lo dijo con suficiente seriedad para que no pudiera estar segura de cuánto iba en broma.

En el vestíbulo se separaron. Pansy tenía que alcanzar a Padma antes de que se fuera a su torre. Dracenia bajó los escalones de la entrada con la capa bien cerrada.

Todavía quedaba luz.

Hagrid estaba junto al cercado, con un cubo en una mano y un paño sobre el hombro.

Había comentado durante la clase que tendría que limpiar el barro seco antes de que el frío lo endureciera más. Dracenia lo había oído mientras guardaba sus cosas.

Se detuvo junto al camino.

Hagrid la vio sin necesidad de que llamara.

—¿Se te quedó algo?

Ella miró el cubo.

—No.

El profesor esperó.

Buckbeak estaba sujeto al poste bajo el resguardo que Hagrid había colocado junto al cercado. Una de las garras tenía barro entre los dedos. El animal levantó el pico al ver a Dracenia y ella se inclinó desde donde estaba, sin apresurarse.

Buckbeak le devolvió la reverencia. Cuando ella volvió a enderezarse, Hagrid ya había dejado el cubo en el suelo.

—No pases de ahí todavía.

Dracenia asintió. Miró hacia la pendiente que llevaba al castillo. Dos alumnos cruzaban por arriba, lejos.

—¿Le molesta?

Hagrid siguió su mirada hacia la garra.

—Menos de lo que le molestaría que intentara quitárselo de golpe.

Ella observó cómo mojaba el paño y esperaba a que el hipogrifo dejara quieto el pie. No tiró de él ni intentó obligarlo a levantarlo.

El animal dio un paso y metió la otra garra en el cubo.

Hagrid suspiró.

Dracenia apretó los labios.

El profesor la vio.

—Sí. A veces ayuda así.

Ella soltó una risa breve. El hipogrifo levantó la cabeza y Dracenia se quedó quieta enseguida.

Hagrid retiró el cubo, lo vació en un sitio donde no formara otro charco y volvió a llenarlo con el agua que tenía preparada.

—Si vas a quedarte mirando, puedes sostener esto —dijo.

Dracenia miró el recipiente que le tendía: un cuenco pequeño con agua limpia.

Hagrid le indicó dónde ponerse, cerca de su costado y lejos del pico.

Dracenia se acercó por allí. El profesor se mantuvo entre ella y la parte delantera del animal hasta comprobar que Buckbeak seguía tranquilo.

El ramal tenía holgura, pero no la suficiente para que el hipogrifo diera la vuelta alrededor de ambos.

—No lo levantes cuando él se mueva —le dijo Hagrid—. Si tengo que apartarme, tú te apartas conmigo.

Ella sujetó el cuenco con ambas manos. Estaba frío, y el agua se movía de un borde al otro cada vez que acomodaba los dedos. Dracenia lo sostuvo un poco más lejos de la túnica.

Al principio miró la garra. Después la mano enorme de Hagrid, que retiraba pequeñas costras de barro con el paño mojado.

Él le pidió agua. Dracenia acercó el recipiente demasiado y recibió una gota en el puño.

—Ahí está bien.

La segunda vez no lo movió hasta que él fue a buscarlo.

Buckbeak extendió un ala por encima de ellos. Dracenia se encogió antes de poder evitarlo.

Hagrid dejó de frotar.

—Sólo está estirándose.

Ella levantó la vista despacio.

El ala cubría más espacio del que había imaginado. Desde el suelo podía distinguir las plumas largas y la fila menor que se acomodaba sobre ellas.

Una le rozó el pelo a Hagrid.

Él se pasó la mano por la cabeza para apartarla, sin dejar de sostener el paño con la otra.

Dracenia tuvo que morderse el interior de la mejilla.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada.

La pluma volvió a tocarle el pelo.

Hagrid miró hacia arriba.

—Se lo está pasando mejor que yo.

Dracenia se rio, esta vez sin conseguir disimular. El profesor sacudió la cabeza y dejó que el ala terminara de plegarse antes de continuar.

Cuando acabaron, el agua del cuenco tenía el color del té demasiado claro.

Dracenia lo dejó donde Hagrid le indicó y se sacudió una gota de la manga. Había pasado un buen rato sin recordar qué iba a decir si él le preguntaba por qué había vuelto.

El profesor se lavó las manos en otro cubo y se secó con una parte limpia del paño.

—Ya puedes pasar por ese lado para verlo de cerca.

Ella lo miró.

Hagrid señaló el cuello del hipogrifo, a su lado.

—Sin acercarte a la cara. Y espera.

Dracenia se movió despacio. Buckbeak giró la cabeza lo suficiente para tenerla a la vista. Ella se detuvo.

El pico quedó inmóvil. Las plumas del cuello, que había visto levantarse durante la clase de septiembre, permanecían acomodadas.

Hagrid apoyó una mano en el costado del animal.

—Ahora.

Dracenia extendió la derecha.

Las plumas se sintieron distintas de como parecían: firmes por arriba, más suaves donde se juntaban. Movió los dedos apenas y los retiró antes de que el hipogrifo cambiara el peso de una garra a la otra.

No había pasado nada.

Ella volvió a mirarlo, con ganas de repetirlo y miedo de haber agotado lo que le permitían.

—Con eso basta por hoy —dijo Hagrid.

Dracenia bajó la mano.

Ayudó a llevar los dos cuencos hasta la entrada de la cabaña.

Hagrid tomó el cubo grande y comprobó el ramal antes de seguirla. La puerta estaba abierta y el interior olía a leña. Fang levantó la cabeza desde su manta, vio los recipientes y volvió a acostarse.

—Ése sí sabe ayudar —comentó Dracenia.

Hagrid miró al perro.

—Tiene mucha práctica.

Ella dejó los cuencos sobre una caja. Había un sobre abierto junto al umbral, protegido de la humedad por una taza vacía.

Reconoció el tipo de sello antes de apartar los ojos.

Hagrid recogió la taza.

Dracenia se acomodó un guante que no necesitaba acomodarse.

—¿Ya le dijeron… algo?

El profesor tardó en contestar.

—Todavía hay que esperar.

Ella miró hacia Buckbeak. El hipogrifo estaba alisándose una pluma del pecho.

Hagrid no recogió el sobre para enseñárselo ni le pidió que hablara con su padre. Se quedó junto a la puerta, con las manos grandes alrededor de una taza demasiado pequeña.

—Podrías haber seguido por el camino —dijo.

Dracenia sintió ganas de levantar la barbilla.

—Ya lo sé.

Él asintió, como si aceptara que ésa era toda la respuesta que iba a conseguir.

Desde el castillo llegó el sonido de una campana.

Dracenia miró hacia arriba. La luz de las ventanas se notaba más que al bajar.

—Tengo que volver.

—Ve antes de que se te enfríen las manos.

Ella se las había escondido en los bolsillos sin darse cuenta.

Hagrid apartó el cubo de la entrada para dejarla pasar. Dracenia dio dos pasos y volvió la cabeza.

—El cuenco de agua limpia era demasiado pequeño.

Él miró la caja.

—¿Tú crees?

—Tenía que acercarlo todo el tiempo.

Hagrid se frotó la barba. Ella estaba a punto de arrepentirse de haber dicho nada cuando lo vio sonreír un poco.

—La próxima vez podemos probar con uno que no te quepa bajo el brazo.

Dracenia le sostuvo la mirada un instante. Después hizo una mueca, casi una sonrisa, y regresó al sendero.

Pansy la esperaba con dos manzanas y una historia acerca de una Ravenclaw que había intentado corregirle el ejercicio sin haberlo visto entero.

—No era Padma —aclaró—. Padma espera a que termine para decirme qué hice mal.

Dracenia tomó la manzana que le ofrecía.

Tenía el puño húmedo. Lo retiró de la fruta y se sentó cerca del fuego.

Pansy miró la manga. Después dejó caer su bolsa junto a la silla y continuó con el relato.

Dracenia le pidió que repitiera la parte en que la otra niña había confundido un nudo con el centro del aro.

Antes de que terminara, las dos estaban riéndose.

CAPÍTULO 21

Antes de salir a volar

Harry

Ron despertó a Harry golpeándolo con un paquete.

—No es mío —le advirtió antes de que pudiera quejarse—. Ya revisé los nombres.

Harry apartó el papel de su nariz. Por las ventanas del dormitorio entraba una luz blanca que no parecía tener prisa por convertirse en mañana. Había nevado durante la noche. Las camas de sus compañeros, vacías desde que empezaron las vacaciones, tenían las cortinas recogidas.

Al pie de la suya descansaba un paquete largo.

Harry se incorporó tan deprisa que perdió las gafas entre las mantas.

—¿Cuándo llegó?

—Estaba ahí cuando desperté.

Ron le encontró las gafas. Harry se las puso y leyó su nombre en la tarjeta, escrito sin saludo ni firma. Levantó el paquete sobre las rodillas. Pesaba menos de lo que su tamaño prometía.

El papel se abrió por una esquina. Apareció una madera oscura, pulida, y una palabra dorada cerca del mango.

Harry dejó de tirar.

—Ron.

Su amigo ya la había visto.

Entre los dos quitaron el resto del envoltorio sin volver a hablar. Las ramitas de la cola estaban recortadas con una precisión que daba miedo tocar; los estribos brillaron cuando Harry levantó la escoba hacia la ventana.

Era la Firebolt del escaparate.

Una Firebolt de verdad. En su cama.

Ron se arrodilló para mirar el mango desde abajo.

—No puede ser.

Harry pasó un dedo por las letras. No se desprendieron ni cambiaron para revelar una broma de los gemelos.

—¿La estoy sujetando bien?

—Sí. Creo. No la sueltes.

La soltó apenas. La Firebolt quedó suspendida junto al colchón, perfectamente horizontal, y Harry sintió que una risa se le atascaba en la garganta.

Ron abrió mucho los ojos.

—Hazlo otra vez.

Harry la tomó, la bajó unos centímetros y retiró la mano. La escoba recuperó la posición.

Se echaron a reír.

Tardaron un buen rato en recordar los demás regalos.

Harry abrió el suéter de la señora Weasley con la Firebolt apoyada contra el muslo. Ron tuvo que decirle qué llevaba bordado porque él estaba mirando cómo se curvaban los estribos. Había dulces, un paquete de Hagrid y una caja de Hermione que contenía un estuche nuevo para las gafas.

—Éste también lo necesitas —dijo Ron—. Para cuando se te salgan por ir demasiado rápido.

Harry levantó la escoba otra vez.

En la tienda había intentado calcular cuánto tiempo podría pasarse ahorrando antes de acercarse siquiera a su precio. Después de perder la Nimbus, había procurado no hacer aquel cálculo.

Ahora podía inclinar el mango y ver cómo la luz avanzaba sobre el barniz.

—Tenemos que enseñársela a Wood.

—Primero tienes que probarla.

Harry miró hacia la ventana. El campo estaría blanco y vacío. Se imaginó despegando, dejando una sola marca en la nieve antes de subir.

Buscó la tarjeta entre el papel. Sólo decía su nombre.

—¿Y si se equivocaron?

Ron señaló la dirección.

—Tendría que haber otro Harry Potter durmiendo en esta cama.

—Podrían haber puesto mal el nombre.

Su amigo se quedó pensándolo. Después examinó el envoltorio por ambos lados, con un cuidado que no había dedicado a ninguno de sus propios regalos.

—No hay nada más.

Harry miró la funda donde había guardado los restos de la Nimbus. Asomaba debajo del baúl. Durante un instante quiso esconder la Firebolt para que no pareciera que había dejado de importarle la otra.

Ron se sentó en su cama.

—Es tuya, Harry.

Él volvió a sonreír.

—Vamos abajo.

Hermione los encontró en la sala común.

Harry había puesto la escoba sobre dos sillones. Ron estaba explicándole a Ginny que no debía tocar los estribos con las manos llenas de chocolate.

—Tú acabas de hacerlo —replicó ella.

—Por eso sé que queda la marca.

Ginny se limpió los dedos y se inclinó sobre el mango. Harry le mostró la tarjeta antes de que preguntara quién se la había enviado.

Hermione dejó sus regalos en una mesa.

—¿Es la del Callejón Diagon?

—Una igual —dijo Harry—. Mira esto.

La separó de los sillones y la dejó flotar. Ginny soltó una exclamación. Ron tomó uno de sus propios guantes para borrar la huella del estribo.

Hermione no se acercó enseguida.

—¿No venía una carta?

Harry volvió a enseñarle la tarjeta.

—A lo mejor fue un grupo. Alguien que supiera lo de la Nimbus.

—¿Quién?

—No sé. McGonagall la otra vez…

No terminó. La profesora no solía enviar regalos sin una explicación, y una escoba como aquélla costaría mucho más que la Nimbus.

Ron dejó el guante.

—Puede ser alguien que no quiera que le demos las gracias delante de todos.

Hermione miró la escoba. Harry esperaba que sonriera al verla tan cerca como él había esperado verla desde agosto.

—También puede ser alguien que no quiera que sepamos que fue él —dijo.

La sala común pareció quedarse un poco más quieta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harry.

Hermione bajó la voz.

—Black sabe quién eres.

Ron la miró como si hubiera golpeado la escoba con una silla.

—¿Crees que se fue a comprarle un regalo?

—Creo que alguien que quiere hacerle daño podría encantarla.

Harry sujetó el mango. La madera estaba tibia donde la había tocado.

—No tiene nada raro.

Hermione lo miró a él.

Harry supo lo que iba a decir antes de que hablara y eso lo enfadó más.

—No puedes saberlo sólo porque vuele recta.

—Ni tú puedes saber que vino de Black.

—Por eso hay que comprobarlo.

Ron recogió la tarjeta y la dejó de nuevo sobre la mesa, aunque nadie se la había pedido.

—Podrías dejarlo disfrutar cinco minutos.

Hermione apretó la boca. Ginny se apartó del sillón para devolverle a Harry la funda que habían encontrado entre los regalos.

—No voy a salir ahora mismo —dijo él, sin mirar a ninguna de las dos.

Hermione asintió. No parecía tranquilizada.

Al mediodía bajaron al comedor.

Habían reunido varias mesas para los pocos alumnos que se quedaron en Hogwarts. Harry acabó cerca de Ron, con un sombrero de papel demasiado pequeño y una fuente que Fred le acercó con excesiva solemnidad.

El sombrero de papel se le resbalaba hacia una oreja. Harry lo enderezó con la muñeca para no mancharlo de salsa y siguió comiendo. Las bromas de los petardos navideños eran malas de una manera que las volvía mejores cuando Ron intentaba leerlas en voz alta. Harry se rio tanto con una que tuvo que beber antes de seguir comiendo.

Hermione estaba enfrente. Le preguntó si había recibido su regalo.

—Sí. Gracias.

—El cierre es más fuerte. El otro se abría dentro de tu bolsa.

Harry asintió y quiso preguntarle por el libro que le habían mandado sus padres. En cambio, se acordó de la Firebolt y miró hacia la mesa de profesores.

McGonagall hablaba con Flitwick.

Todavía podía imaginar el primer vuelo. Después de comer, antes de que oscureciera. Podía pedir permiso para dar una vuelta sin alejarse de las gradas.

Al regresar a la torre, Hermione se quedó atrás.

Harry se dio cuenta cuando Ron se volvió para hacerle un comentario y ella ya no estaba.

McGonagall llegó mientras Harry se ponía el segundo guante.

Ron estaba junto a la ventana, tratando de distinguir si la nieve seguía cayendo sobre el campo. Harry acababa de decidir que no tenía sentido dejar pasar la luz del día.

La profesora miró primero sus guantes y después la escoba.

Hermione entró detrás de ella.

Harry se quitó la mano de la hebilla.

—No iba a salir sin permiso.

—Me alegro. Tendré que llevarme esa escoba.

El calor que tenía en la cara le bajó al cuello.

McGonagall pidió la tarjeta y revisó el papel. Sus dedos no mostraban la admiración de Ron al tocar el mango, pero lo examinó con atención antes de apoyarlo contra una mesa.

—Hooch y Flitwick harán una revisión completa. Hasta entonces, no debe volar en ella.

—¿Van a desarmarla? —preguntó Ron.

La profesora no contestó enseguida.

Harry miró las cerdas perfectamente alineadas.

—¿Pueden estropearla?

—Tomaremos las precauciones necesarias. No puedo prometerle qué habrá que retirar si encontramos un encantamiento peligroso.

—Pero no saben que lo tenga.

—Precisamente, Potter.

Hermione permanecía junto a la entrada. Harry no quería mirarla y estaba enfadado por no poder dejar de hacerlo.

—¿Cuánto va a tardar?

—Lo que requiera el examen.

McGonagall recogió la Firebolt. Harry dio un paso hacia ella antes de detenerse. Le costó más dejarla salir que entregar el formulario de Hogsmeade con el espacio vacío.

La profesora se llevó también la tarjeta.

Ron esperó a que el retrato se cerrara.

—¿Tenías que ir a decírselo?

Hermione se sujetó las mangas.

—No iba a esperar a que Harry se subiera.

—Me lo podías haber dicho —replicó Harry.

—Acababas de decir que no podía saberlo.

—¡Porque no puedes!

Ella se quedó callada. Harry deseó que discutiera. Era más fácil contestarle que verla allí sin apartarse de lo que había hecho.

Ginny entró con una caja de dulces, vio sus caras y dejó de sonreír.

Harry subió al dormitorio antes de que nadie le preguntara nada.

El papel dorado seguía extendido sobre su cama.

Lo recogió por las esquinas. Había un pedazo que no se había roto y lo dobló hasta dejarlo del tamaño de la tarjeta ausente.

Ron apareció poco después. Se sentó en la cama de enfrente, balanceando el petardo del que había salido su sombrero.

—Nos la tienen que devolver.

Harry guardó el papel dentro del baúl.

—Si no encuentran nada.

—No van a encontrar nada.

Él quería creerlo con la misma facilidad. Miró hacia la ventana. La nieve había dejado de caer y el cielo tenía una franja clara sobre los árboles.

Habría sido una buena tarde para volar.

Ron rompió la caja del petardo al intentar cerrarla de nuevo. Sacó de debajo de su almohada el ajedrez.

—¿Jugamos?

Harry estuvo a punto de decir que no. Después se sentó en el suelo para ayudarlo a sacar las piezas.

Su torre cayó sobre una esquina de papel dorado.

La apartó con cuidado y puso la pieza en su sitio.



CAPÍTULO 22

Lo que había pasado después



Dracenia

La caja de Dracenia ocupaba menos espacio que el moño.

Había intentado quitarlo por un extremo y sólo consiguió apretarlo. Desde el sillón de enfrente, su padre la observaba con una diversión que no se molestaba en ocultar.

—Tiene un nudo —dijo ella.

—Me aseguraron que sabrías abrirla.

—¿Quién?

Lucius alzó su taza.

Dracenia encontró el extremo correcto y deshizo el lazo con un tirón. Dentro había unos guantes de vuelo, suaves por fuera y reforzados en las palmas. Se puso uno de inmediato. Los dedos cerraban sin que la tela se amontonara bajo los nudillos.

—Son de tu talla —comentó Narcissa.

—Los otros también.

Su madre miró la costura abierta del guante que Dracenia había dejado sobre una mesa el día anterior.

—Aquél parece estar creciendo.

Dracenia escondió la mano nueva entre las rodillas para probar el agarre. Le habían comprado cosas más vistosas, pero ya estaba imaginando el mango de la Nimbus bajo aquella palma.

Al volver de Hogwarts en el tren de vacaciones, había llevado el uniforme de vuelo doblado en el fondo del baúl. La nieve había impedido practicar desde entonces. Ahora, en la mañana de Navidad, el jardín brillaba detrás de las ventanas y ella tenía unos guantes que no iba a poder usar.

Lucius siguió su mirada.

—Si despeja, probamos mañana.

Dracenia levantó la cabeza.

—Aunque siga haciendo frío.

—Aunque siga haciendo frío.

Volvió a meter los guantes en la caja con mucho más cuidado del que había empleado para abrirla.

Después del almuerzo encontró a su padre en la sala pequeña, inclinado sobre un tablero de ajedrez.

No estaba jugando contra nadie. Dos piezas discutían junto a su mano y él parecía esperar a que terminaran antes de decidir dónde ponerlas. Dracenia entró para devolverle un libro de Quidditch que había sacado de allí. Llevaba toda la mañana pensando en otra cosa.

—¿Puedo hablar contigo?

Lucius apartó el caballo.

—Por supuesto.

Dracenia dejó el libro sobre una mesa. Había preparado el principio mientras se vestía; delante de su padre le pareció una forma bastante tonta de decirlo.

—Es sobre el hipogrifo.

La atención de Lucius cambió. Se levantó y le indicó el sofá, lejos del tablero. Ella se sentó sin quitarse las manos del regazo.

—¿Te ha vuelto a molestar el brazo?

—No. Está bien.

Su padre esperó. Dracenia miró el botón de su manga izquierda. Podía abrirlo, cerrarlo, extender todos los dedos. Había podido hacerlo durante semanas.

—Creo que deberías retirar la queja.

Lucius no contestó enseguida.

—¿Quién te ha pedido que me lo digas?

—Nadie.

—¿El profesor Hagrid?

—No. No sabe que estoy hablando contigo.

Su padre la miró con más atención. Dracenia se obligó a seguir antes de que empezara a hacer preguntas que le permitieran evitar la parte peor.

—No te conté todo cuando fuiste a verme. Después de la reverencia, el animal apartó la cabeza. Yo quería que volviera a mirarme.

Lucius permaneció quieto.

—Le troné los dedos delante del pico —continuó ella—. Hagrid me dijo que no lo hiciera. Y después que retrocediera.

Había un pequeño ruido en el tablero. Una torre avanzó sola hasta que Lucius la detuvo sin mirarla.

—¿Y retrocediste?

Dracenia negó con la cabeza.

Decirlo resultó mucho más desagradable que recordarlo. En su memoria siempre había un lugar donde podía haber estado dando ya el paso, donde todo sucedía tan rápido que no alcanzaba a saberse. Su padre no tenía aquella imagen delante. Sólo podía oír lo que ella eligiera contarle.

—Creí que no iba a pasar nada.

Lucius se inclinó hacia ella.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Dracenia se quedó mirando la manga.

—Me dolía.

Era verdad. Su padre lo sabía. También sabía que no explicaba los meses siguientes.

—Y me daba vergüenza —añadió, casi sin voz.

Lucius le tomó la mano. Le separó los dedos que había apretado unos contra otros y los mantuvo entre los suyos.

—No vuelvas a ocultarme algo porque pienses que voy a quererte menos.

Dracenia alzó la vista demasiado deprisa. Él le apartó un mechón de la frente y durante unos segundos fue fácil creer que había terminado lo difícil.

—Entonces vas a retirarla.

Su padre dejó la mano donde estaba.

—No.

Desde el pasillo llegó la voz de Narcissa preguntando dónde habían dejado una caja. Lucius respondió que estaba en la sala grande. Dracenia esperó a que los pasos se alejaran.

—Pero te estoy diciendo que fui yo.

—Te estoy escuchando.

—Hagrid nos explicó lo que había que hacer.

—Y mi hija salió de su clase sangrando.

Dracenia retiró la mano para alisarse la falda.

—Porque no hice caso.

Lucius se acomodó a su lado, sin levantar la voz.

—No creo que un profesor deba necesitar que todos los niños se comporten a la perfección para evitar una herida así.

Ella abrió la boca. Lo que acababa de decir no sonaba absurdo. Habría sido más fácil si lo hubiera sido.

—No van a castigar sólo al profesor. Van a decidir qué hacen con Buckbeak.

Su padre miró hacia la ventana.

—Eso le corresponde al comité.

—Tú pusiste la queja.

—Y no voy a fingir que no ocurrió nada.

—No te estoy pidiendo eso.

La última palabra le salió más alta. Lucius volvió hacia ella y Dracenia respiró por la nariz, furiosa por haber sonado como una niña a la que negaban otro regalo.

Él dejó que pasara un momento.

—Sé que te has recuperado. Me alegro cada vez que te veo sujetar una escoba. Eso no hace aceptable lo que pasó.

—Yo estaba allí.

—También yo te vi después.

Dracenia recordó sus dedos alrededor de la mano sana, el cuidado con que la había abrazado en la enfermería. Le desagradó que aquel mismo recuerdo ahora sirviera para detenerla.

—Si lo retiras, nadie va a pensar que no te importo.

Lucius la observó. Su expresión seguía siendo paciente, pero ella reconoció la firmeza que usaba cuando daba por acabada una discusión.

—La gente presta atención a lo que permitimos, Dracenia. No se lastima a alguien de esta familia y después se espera que basten unas disculpas.

—El hipogrifo no sabe cómo nos llamamos.

—El hombre que estaba a cargo de la clase sí.

Se quedaron callados.

Dracenia había imaginado muchas respuestas antes de entrar. Su padre podía decir que no sabía aquello, pedirle que se lo repitiera o preguntarle si estaba segura. No había imaginado que la creyera y que aun así no bastara.

Narcissa apareció en la puerta con el moño del regalo colgando de una mano. Miró primero a su marido y después a su hija.

—¿Interrumpo?

Dracenia negó con la cabeza, aunque quería que interrumpiera todo lo posible.

Su padre se levantó para acercarle una silla. Le contó lo indispensable, sin obligar a Dracenia a empezar de nuevo. Narcissa escuchó y luego se volvió hacia ella.

—Me alegra que lo hayas dicho.

Dracenia esperó algo más. Su madre dejó el lazo sobre la mesa.

—¿Vas a hablar con él? —preguntó Dracenia.

—Puedo hablar con tu padre. No voy a prometerte una respuesta distinta de la que acaba de darte.

Lucius le tocó el hombro antes de salir a atender una llamada desde la chimenea. Dracenia no se apartó. Cuando la puerta quedó cerrada, el tablero empezó otra vez a discutir.

—Quiero estar sola —dijo.

Narcissa asintió.

—Te guardo té.

No intentó abrazarla a la fuerza. Dracenia agradeció que se fuera y quiso llamarla en cuanto dejó de oírla.

Un rato después recogió el libro de Quidditch que había dejado en la sala pequeña y se fue a la biblioteca. Sacó tres libros del estante de las criaturas y buscó hipogrifos en los índices, todavía molesta con su padre.

En uno encontró un capítulo entero. Había dibujos de las alas, indicaciones para acercarse y varias páginas sobre su comportamiento. Se detuvo en una advertencia que Hagrid les había dado en septiembre y siguió leyendo, con la cara caliente.

No sabía si el profesor tendría aquel volumen. Podía preguntárselo.

Le quitó el polvo del lomo con la manga y lo dejó junto a sus cosas. Cuando Narcissa pasó por la puerta, Dracenia abrió por encima el libro de Quidditch. No tenía ganas de explicar para quién había apartado el otro.

A la mañana siguiente no nevó.

Su padre la esperaba con las dos escobas junto a la terraza. Dracenia se quedó en el umbral, con los guantes nuevos puestos y una irritación que no sabía dónde colocar.

—Podemos dejarlo —dijo Lucius.

Ella miró la Snitch en su mano.

—No quiero dejarlo.

Volaron sobre el campo descubierto del jardín. La primera captura le salió mal porque siguió una sombra. Su padre se lo señaló. Ella estuvo a punto de responderle que ya lo sabía y, en cambio, le pidió la pelota otra vez.

En el segundo intento la atrapó antes de llegar al seto.

Lucius sonrió desde abajo. Dracenia descendió, todavía enojada, todavía satisfecha de que la hubiera visto hacerlo bien.

No se lo escribió a Pansy.

Lo intentó dos tardes después y rompió la hoja al llegar a la negativa de su padre. Mandó una carta sobre los guantes, la nieve y una visita tan aburrida que su prima había fingido quedarse dormida. El otro asunto viajó con ella hasta Hogwarts al terminar las vacaciones.

La primera noche de regreso, esperó a que las otras niñas bajaran a la sala común. Pansy estaba arrodillada frente al baúl, buscando un aro entre calcetines.

—Hablé con mi padre —dijo Dracenia.

Pansy se volvió.

Dracenia se sentó en la cama y se lo contó sin levantarse: lo de los dedos frente al pico, la orden de retroceder, la petición de retirar la queja. Cuando llegó al final, Pansy había dejado el aro sobre la manta.

—¿Y te creyó?

—Sí.

Su amiga guardó silencio un momento.

—Qué mal.

Dracenia soltó una risa seca, sin alegría.

—Ésa es tu gran respuesta.

—No tengo una mejor.

Pansy se sentó junto a ella. No le dijo que debió intentarlo antes ni que todo iba a arreglarse ahora. Dracenia habría podido discutir con cualquiera de las dos cosas.

—No se lo digas a nadie.

—No voy a hacerlo.

—Sobre todo a Potter.

Pansy la miró de lado.

—No estaba haciendo una lista.

Dracenia bajó los ojos hacia los guantes, todavía sobre el baúl abierto.

—Va a parecer que fui a pedirle permiso para que me diera lástima y ni eso conseguí.

Pansy se inclinó para recoger el aro antes de que cayera.

—No tienes que contárselo esta noche.

La puerta se abrió. Las otras niñas entraron hablando de sus regalos, y Pansy preguntó en voz muy alta quién había encontrado su calcetín.

Dracenia se levantó para cerrar el baúl. Dejó los guantes nuevos encima de la funda de la Nimbus, donde no se aplastarían.

La primera semana de clases llevó el libro en la bolsa. Al terminar Cuidado de Criaturas Mágicas, esperó a que Potter y sus amigos subieran por el camino. Pansy se quedó a unos pasos mientras ella volvía hacia Hagrid, que estaba guardando el material.

—Encontré esto en casa.

Se lo tendió antes de arrepentirse. Hagrid dejó lo que tenía en las manos y recibió el volumen.

—Tiene un capítulo sobre hipogrifos —añadió Dracenia—. Bastante largo.

El profesor lo abrió por donde ella había puesto una tira de papel. Pasó una página y acercó el libro a la luz.

—Voy a echarle un vistazo. Gracias.

Dracenia se acomodó la correa de la bolsa.

—No se lo cuente a Potter.

Hagrid levantó los ojos.

—No pensaba poner un anuncio.

Ella alzó la barbilla.

—Puede quedárselo. En casa hay más libros.

—Éste lo voy a cuidar.

Dracenia asintió sin saber qué contestar. Alcanzó a Pansy antes de que empezara a hacerle señas. Su amiga miró la bolsa, pero no preguntó nada mientras subían al castillo.

CAPÍTULO 23

Una voz al otro lado

Harry

Lupin le había pedido que cenara antes de ir.

Harry intentó obedecer. Comió unas papas, cortó un pedazo de carne y lo cambió tres veces de sitio mientras Ron le explicaba cómo había terminado una partida que él dejó a medias. Cuando se levantó, todavía faltaba un cuarto de hora.

—Te va a oír el estómago —dijo Ron.

Harry tomó un pan de la fuente.

—Eso no es cenar.

—Me lo como por el camino.

Hermione levantó la vista de una hoja que tenía junto al plato. Las clases acababan de reanudarse y ella llevaba varios días intentando terminar cada conversación con algo que no fuera la Firebolt.

—¿A qué hora vuelves?

—No sé.

Ron abrió la boca. Harry lo interrumpió antes de que pudiera añadir nada sobre las inspecciones.

—Cuando terminemos. Les cuento después.

Hermione asintió y apartó su hoja para servirse.

Harry salió con el pan en la mano. Llegó al salón de Historia de la Magia con tiempo suficiente para comerse la mitad y descubrir que la otra ya no le pasaba.

Lupin había dejado una caja sobre el escritorio de Binns.

Era distinta de la que utilizaron en clase, más alta y con un cierre que se movió cuando Harry dejó su bolsa junto a la puerta.

—Encontré un boggart —explicó el profesor—. No va a resultar agradable, pero prefiero tenerlo aquí que practicar con un dementor de verdad.

Harry miró las ventanas cerradas.

—¿Hace lo mismo?

—Puede afectarte. No tiene todo el poder de la criatura que imita. Yo estaré cerca para encerrarlo.

Lupin le mostró dónde ponerse. Había apartado los bancos del centro y colocado una silla junto a la pared, sin objetos alrededor.

Después levantó la varita.

—El Patronus necesita algo más que una fórmula bien dicha. Hay que sostener un recuerdo feliz mientras lo conjuras. Algo que puedas sentir, no sólo describir.

Harry pensó en la Firebolt antes de poder evitarlo. La imagen se le arruinó en cuanto vio a McGonagall llevándosela.

Escogió otra.

—Ya tengo uno.

Lupin lo hizo practicar con la caja cerrada. Harry repitió las palabras, probó el movimiento y las repitió otra vez sin conseguir luz. El profesor le corrigió la punta de la varita, que había quedado demasiado baja.

—No tienes que apuntarle al suelo.

Harry se enderezó. Estaba recordando el primer vuelo sobre la Nimbus, el momento de alejarse del pasto sin que nadie lo sujetara.

Todavía podía encontrar aquella alegría, aunque la escoba estuviera hecha pedazos.

Lupin volvió junto al escritorio.

—¿Listo?

Harry asintió.

El cierre se abrió.

El frío llegó hasta él antes de que el boggart saliera entero.

Harry vio la capucha, el borde de una mano y la oscuridad donde había esperado encontrar una cara en el tren. Levantó la varita. Se acordaba del campo. Del mango bajo sus dedos.

—Expecto...

La palabra se le deshizo.

Había una mujer suplicando al otro lado de un ruido que crecía dentro de sus oídos. Harry intentó agarrarse al recuerdo del vuelo. Sólo encontró la lluvia y el vacío bajo sus piernas.

Oyó a Lupin, muy lejos.

Después la mujer volvió a hablar.

Harry quiso escucharla.

Cuando abrió los ojos, estaba sentado contra la pared. La silla le rozaba un hombro y Lupin se había agachado delante de él.

La caja estaba cerrada.

—Tómate un momento.

Harry respiró por la boca. Tenía la varita todavía en la mano, pero no recordaba haberla conservado al caer.

—No he llegado a decirlo.

Lupin le dio chocolate. Esperó a que pudiera sostenerlo antes de apartarse.

Harry miró el espacio frente al escritorio. No había nadie allí. El aula volvía a oler a polvo y a madera, y aquella normalidad le produjo una decepción que no quiso reconocer.

—Era mi madre —dijo.

Lupin se quedó quieto.

—La oigo cuando se acercan. Hoy he oído más.

El profesor se sentó en el banco más próximo.

Harry arrancó un pedazo de chocolate y lo sostuvo entre los dedos hasta que empezó a ablandarse.

—Yo no recuerdo su voz en otro sitio.

Lupin tardó un momento en contestar.

—Lo siento, Harry.

No le dijo que dejara de pensar en ella. Harry agradeció no tener que enfadarse también con él.

—¿Podemos probar otra vez?

Lupin lo observó antes de levantarse.

—Después de que puedas andar hasta aquella ventana sin marearte.

El segundo intento terminó antes que el primero.

Harry había elegido el día en que supo que iría a Hogwarts. Consiguió pronunciar toda la fórmula, pero la voz llegó enseguida. Esta vez hubo otra, más baja. Una voz de hombre.

Harry se distrajo intentando entenderla.

Lupin cerró la caja antes de que perdiera el equilibrio. Lo sostuvo por el codo hasta que pudo sentarse.

—Por hoy basta.

—Todavía puedo…

—Estás temblando.

Harry metió la mano libre entre las rodillas. No sirvió para ocultarlo.

Lupin puso el resto del chocolate sobre el banco.

—La próxima semana seguiremos.

Harry miró hacia la caja. Podía pedirle otro intento. Podía decir que ya había encontrado un recuerdo mejor.

En cambio, bajó los ojos y se guardó la varita.

Al salir, Lupin le preguntó si había cenado. Harry se acordó del pan que había dejado en el bolsillo y tuvo que mostrarle lo que quedaba.

—Eso explica una parte —murmuró el profesor.

Le dio dos trozos más de chocolate para el camino.

Ron lo esperaba en la sala común, con el tablero abierto.

No preguntó por la escoba. Tampoco le dijo que Lupin debía de haber escogido algo demasiado difícil. Escuchó hasta que Harry dejó de hablar y acercó una pieza que le estorbaba al codo.

—La próxima vez vas a cenar —dijo.

—Ya me lo dijo él.

—Bien. Así no tienes que fingir que fue idea mía.

Harry sonrió un poco.

Hermione estaba trabajando junto a la chimenea. Tenía tantos libros alrededor que había puesto uno debajo de la silla. Se le cerraron los ojos mientras Harry la miraba; los abrió de golpe cuando una hoja le resbaló de las rodillas.

Él fue a recogerla.

—Se te cayó.

—Gracias. ¿Qué tal?

Harry dejó la hoja sobre el libro.

—Mal.

Hermione esperó a que siguiera. Cuando no lo hizo, se apartó un poco para dejarle sitio junto al fuego.

—Ron me ha dicho que hay un boggart.

Harry asintió. Ella miró la varita que él todavía llevaba fuera del bolsillo y no empezó a recitar lo que sabía del encantamiento.

—¿Quieres que te guardemos comida la próxima vez?

Harry apoyó una mano en el respaldo de la silla.

—Sí.

No era lo mismo que decir que había dejado de estar enfadado. Tampoco le apetecía pasarse otra noche haciendo como si no la hubiera oído.

La semana siguiente, el recuerdo fue distinto.

Harry escogió el día en que Ron y Hermione se convirtieron en sus amigos. No intentó recordar el miedo. Buscó la comida que

habían compartido después, la facilidad de sentarse juntos sin tener que decidirlo.

Lupin abrió la caja.

Harry levantó la varita antes de que el frío lo obligara a encogerse. Un destello blanco salió de la punta y se apagó casi enseguida.

La voz volvió.

Durante un instante, Harry no repitió el encantamiento. Quería oír lo siguiente.

El boggart avanzó.

Lupin se interpuso y lo hizo retroceder. Harry se encontró doblado, con las manos apoyadas en las rodillas, sin haber llegado a caerse.

El profesor cerró la caja.

—Ha salido algo —dijo Harry.

—Sí. Lo he visto.

Lupin le ofreció la silla. Harry se sentó, avergonzado de la parte que el profesor no había visto y que tal vez adivinaba de todos modos.

—Me he distraído.

—Lo sé.

Harry apretó los dedos alrededor de la varita.

No quería que le preguntara qué había oído. Le costaba admitir incluso para sí mismo que había dejado de defenderse para escuchar mejor.

—Me gustaría acordarme de ellos sin tener que hacer esto —dijo.

Lupin apoyó una mano sobre la tapa de la caja.

—Tu padre se habría pasado toda la tarde preguntándome por ese destello.

Harry levantó la cabeza.

—¿Usted lo conocía bien?

—Íbamos juntos a la escuela.

—¿Era bueno en Defensa?

Una sonrisa pequeña le cambió la cara al profesor.

—Sí. Y habría considerado que eso le daba derecho a saltarse unas cuantas instrucciones.

Harry dejó escapar una risa.

Quiso hacer otra pregunta. Tenía demasiadas y no sabía cuál podía decir sin acabar hablando de Black.

Lupin acercó la silla a la pared.

—Come un poco. Podemos practicar el movimiento con la caja cerrada antes de irnos.

Harry partió el chocolate y dejó la mitad sobre el escritorio, cerca de su profesor.

A finales de enero, la Firebolt seguía sin volver.

Harry preguntó a McGonagall al salir de Transformaciones. La profesora le dijo que las comprobaciones aún no habían terminado y le permitió protestar lo suficiente para saber que no le cambiaría la respuesta.

En el corredor, Ron lo esperaba con Hermione.

—¿Nada? —preguntó él.

Harry negó con la cabeza.

Hermione se hizo a un lado para dejar pasar a unos alumnos. Llevaba la bolsa abierta; Harry vio dos horarios doblados entre sus libros antes de que empujara todo hacia dentro.

—No quiero que la encuentren mal —dijo ella.

Harry la miró.

—Ya sé.

Le había costado varias semanas decirlo sin que sonara a una nueva acusación.

Ron se apoyó contra la pared.

—Yo quiero que la devuelvan entera.

—Yo también —respondió Hermione.

Harry estuvo a punto de añadir que ella había podido pensarlo antes. Entonces notó las ojeras bajo sus ojos y recordó el plato que le guardaron junto al fuego.

—Voy a comer antes de la clase de Lupin —dijo—. Si todavía queda algo cuando lleguemos.

Ron echó a andar.

—Habrá si dejamos de hablar de comida aquí.

Hermione cerró por fin la bolsa. Harry esperó a que se acomodara la correa y bajaron los tres juntos.



CAPÍTULO 24

Un segundo antes



Dracenia

Dracenia llegó a la pelota medio segundo después de que Pucey cerrara la mano.

Él se quedó suspendido frente a ella, con las alas doradas asomando entre los dedos.

—Otra vez —dijo Dracenia.

—Ya van seis.

—Entonces sabes contar. Suéltala.

Pucey negó con la cabeza y señaló hacia los aros, donde Flint hacía gestos cada vez menos pacientes. La práctica del equipo todavía no empezaba; llevaban quince minutos aprovechando el campo libre y Dracenia no había conseguido la captura que quería.

No se trataba de alcanzarlo a él. Pucey salía desde más cerca de la Snitch de entrenamiento, con tres escobas de ventaja. Ella tenía que recuperarlas sin esperar a que cambiara de dirección.

Sobre una recta no podía.

—Podrías salir antes —sugirió Pucey.

—Eso se llama hacer trampa.

—Se llama que deje de congelárseme esta mano.

Guardó la pelota y bajó hacia Flint. Dracenia lo siguió, poco dispuesta a admitir que los dedos de sus propios guantes también estaban fríos.

Enero había endurecido los charcos junto a las gradas. Hooch había revisado el campo antes de permitirles subir, y el recorrido de calentamiento evitaba el extremo donde todavía quedaban placas de hielo en el pasto. Más allá del estadio se veía a un profesor junto al acceso del camino. La presencia le produjo un alivio que no pensaba comentar con nadie.

Flint reunió al equipo.

—Ravenclaw no va a esperarnos a que terminemos de discutir.

Ravenclaw era el siguiente rival en el calendario. La continuación del partido suspendido contra Gryffindor seguía reservada para más adelante, según la reorganización de Hooch. Dracenia sabía que conservaban treinta puntos. También sabía que cada semana de espera dejaba a Potter otra semana para encontrar una escoba.

Ya se hablaba de la que había recibido por Navidad.

Una Firebolt. Anónima. Una escoba que nadie debía tocar hasta que los profesores terminaran de revisarla.

Pucey decía que no podía ser verdad. Dracenia había visto un catálogo. La única parte de la historia que le parecía improbable era que Potter estuviera soportando la espera sin morder a nadie.

—Malfoy —la llamó Flint.

Ella alzó la vista.

—Te estoy hablando a ti.

—Se nota por el nombre.

—Pues deja de pensar en otra cosa.

En el ejercicio, Bole tenía que despejar una franja junto al lateral y Dracenia cruzarla sin entrar en la trayectoria del bate.

La primera vez esperó a ver salir la Bludger. Cuando aceleró, la franja ya se estaba cerrando: Warrington llegaba desde el centro y tuvo que subir para evitarlo. Nadie chocó. Flint hizo sonar el silbato como si hubieran derribado una tribuna.

—¡Mira antes!

Dracenia giró hacia él.

—Estaba mirando.

—Pues mira algo que sirva.

Quiso mandarlo a jugar él de buscador. Bole llevaba el bate apoyado en el hombro, esperando volver a empezar, y ella se fijó por primera vez en cómo se acomodaba antes del golpe. Levantaba un codo, torcía el cuerpo, buscaba la pelota con los ojos. Había tiempo entre aquello y el sonido del impacto.

Dracenia volvió a su lugar.

Esta vez no esperó a oírlo.

Bole adelantó el hombro. Ella bajó por la derecha, sin atravesar el lugar donde él movería el bate. La Bludger salió hacia el otro extremo mientras Dracenia pasaba detrás del jugador, en el espacio que había dejado libre.

Warrington todavía no había llegado al centro.

Pucey soltó la pelota dorada más allá. Dracenia tuvo que corregir al verla virar hacia la grada; había ganado distancia, pero entró tan deprisa que casi la perdió bajo el mango. Aflojó el giro, volvió a encontrarla y cerró la mano.

Las alas le golpearon un dedo del guante.

—Ahora sí —gritó Flint.

Ella levantó la pelota para que quedara claro quién la tenía.

La siguiente vez salió demasiado pronto. Bole no pudo golpear porque había un compañero delante, y Dracenia llegó al cruce sin la cobertura que esperaba. Frenó, dejó pasar a Warrington y volvió a empezar, con la cara ardiendo bajo el frío.

No bastaba con adivinar un hombro. Tenía que mirar a los demás.

Al final de la práctica, Pucey le pidió que intentaran otra recta.

Dracenia miró la distancia que había entre él y la pelota.

—No. Cambia el recorrido.

Él sonrió, creyendo que la había vencido.

Podía permitirse creerlo hasta que volvieran a subir.

Pansy no había ido al entrenamiento.

Dracenia la encontró en un salón de Encantamientos con Padma, dos Ravenclaw y la alumna de primero. Llegó a tiempo para ver a una de las mayores pasar el hilo por el último aro. Pansy la dejó terminar antes de acercarse a recogerlo.

—Pensé que estarías esperando afuera.

—Te dije que hoy no podía.

Era verdad. Dracenia recogió un carrete que había caído junto a la puerta y lo dejó en la caja. Padma cerró su cuaderno y extendió varias tarjetas de Ranas de Chocolate sobre la mesa.

—Ahora sí. ¿Me cambias ésta?

Pansy protegió con dos dedos la tarjeta de una bruja.

—No por otro señor del sombrero azul. Tengo dos.

—Te doy tres.

—Son el mismo.

—Por eso tengo tantas ganas de cambiarlos.

La alumna de primero se inclinó para mirar.

—Yo no lo tengo.

Sacó dos tarjetas del bolsillo y cubrió una con la mano cuando Padma se acercó.

—Ésa no.

Padma tomó la otra y la examinó. El mago de la ilustración se quitó el sombrero sin prestarles atención.

—Ésta no la tengo. Trato hecho, Iris.

Le dio uno de los tres magos azules y se guardó el nuevo. La niña lo recibió sonriendo. Pansy volvió su bruja boca abajo antes de que Padma pudiera hacerle otra oferta.

Dracenia se sentó junto a ellas. Todavía tenía frío en los dedos. Cuando una de las Ravenclaw le hizo sitio, dejó los guantes sobre las rodillas y se quedó a mirar los intercambios. Nadie le preguntó cuántas veces había atrapado la Snitch.

Al terminar, ayudó a guardar. Padma recuperó sus tarjetas y la alumna de primero se llevó la suya entre dos hojas para que no se doblara.

Dracenia tomó la caja mientras Pansy guardaba los aros. Le pesaba menos de lo que había supuesto. La llevó hasta la sala común sin que ninguna tuviera que pedírselo.

El salón de práctica estaba vacío después de la cena.

Dracenia había regresado allí varias veces desde noviembre. Ya sabía qué ventana dejaba entrar una corriente y qué taburete

cojeaba. Puso el papel doblado bajo la pata, esta vez antes de sentarse, y sacó el libro que Snape le había indicado.

Conservar una luz mientras sonaban pasos en el pasillo empezaba a resultarle menos difícil. No era lo que quería conseguir. También había dejado de parecerle un ejercicio inútil.

Encendió la varita. El resplandor quedó quieto sobre sus nudillos.

En el corredor alguien se echó a correr. Dracenia miró hacia la puerta; la luz titiló, pero no se apagó.

La extinguió por su cuenta.

Después cerró los ojos y buscó a su madre en el jardín de verano. La taza alzada, la fruta fría sobre la mesa, el comentario acerca de la Snitch huyendo hacia la sombra. Recordaba el vestido claro de Narcissa y una gota de agua resbalando por la jarra. Se quedó allí hasta que pudo oír de nuevo la risa.

Levantó la varita.

—Expecto Patronum.

La punta desprendió algo pálido. Dracenia abrió mucho los ojos y aquello se deshizo antes de que pudiera seguirlo.

No era una figura. Ni siquiera podía estar segura de haber visto más que un hilo de vapor.

Repitió el encantamiento. Esta vez no salió nada.

Dejó caer la mano sobre la falda. Su primer impulso fue levantarse y buscar a Snape para obligarlo a decirle si aquello contaba. Se quedó sentada. Le había pedido una pregunta sobre el trabajo, no una cuenta de sus intentos.

Volvió al jardín.

Su padre estaba en el campo, la Snitch sobre la palma. Ella acababa de atraparla. Narcissa levantaba una taza y se reía, y la risa

cambió un instante: un muchacho inclinado sobre una mesa, una mano junto a un plato de pan.

Potter, riéndose de que ella se había comido la Snitch de migas.

Dracenia abrió los ojos.

Había soltado el aire por la nariz, casi una risa. El salón estaba tan callado que el sonido le pareció de otra persona.

Volvió a alzar la varita, irritada.

No tenía por qué estar pensando en Potter. Se obligó a reconstruir la terraza: la jarra, la ciruela partida, el vestido de su madre. Ahora buscaba cada detalle por separado y ninguno terminaba de acomodarse.

Pronunció la fórmula demasiado pronto.

Nada.

Esperó un rato antes de cerrar el libro.

Pansy estaba terminando un ensayo en su cama cuando Dracenia volvió.

Había dejado la caja de aros abierta sobre la manta y una hoja apoyada en la almohada. Dracenia se quitó la capa sin pasar entre ambas cosas.

—Salió bien —dijo.

Pansy levantó los ojos.

—¿Tu práctica?

Dracenia tardó un momento.

—Lo de ustedes. Esta tarde.

Su amiga sonrió apenas.

—Ya lo sé.

Se inclinó a buscar otro papel. Dracenia se rio y abrió su propio cuaderno. En la página donde registraba los ejercicios escribió que la luz sencilla no se había apagado con los pasos. Debajo anotó lo de la bruma, con un signo de interrogación.

No escribió qué había recordado después.

CAPÍTULO 25

La primera vuelta

Harry

McGonagall puso la Firebolt sobre el escritorio y Harry olvidó la pregunta que llevaba preparada.

Llevaban semanas de febrero. Había dejado de contar los días porque Ron se encargaba de hacerlo por los dos. Ahora la escoba estaba delante de él, sin vendajes, sin etiquetas y con todas las cerdas donde debían estar.

—Puede llevársela, Potter.

Harry se acercó despacio.

—¿Ya terminaron?

—Hooch y Flitwick no han encontrado encantamientos peligrosos. Ni en la estructura ni en los mecanismos de vuelo.

Le entregó la tarjeta dentro de un sobre. Seguía sin firma.

Harry volvió a mirarla antes de guardarla. La profesora no dijo de quién creía que era, y él decidió no arriesgar la devolución pidiéndole que empezaran otra investigación allí mismo.

—Gracias.

McGonagall le indicó que esperara antes de salir.

—Confío en que no va a intentar montar en el corredor.

Harry bajó los ojos. Había pasado una pierna al otro lado del mango sin darse cuenta.

La retiró.

—No, profesora.

Ella le abrió la puerta con una expresión que casi era una sonrisa.

Ron bajó seis escalones de un salto y se detuvo antes de tocarla.

—¿Entera?

Harry giró el mango.

Ron comprobó los estribos, la cola y otra vez las letras doradas. Hermione llegó detrás de él, sujetándose la bolsa contra el costado.

—¿No tenía nada?

Harry negó con la cabeza.

Su amiga soltó el aire y sonrió. Él llevaba semanas imaginando cómo le diría que todo había sido inútil. Al verla tan aliviada, la frase le pareció mucho peor que cuando la ensayaba.

—Me la han devuelto —dijo, en cambio.

Hermione tocó el borde de una ramita con la yema del dedo.

—Me alegro.

Ron la miró, todavía dispuesto a protestar. Después miró la escoba y se le fue la ocasión.

—Vamos al campo.

Hooch le pidió tres vueltas antes de permitirle acelerar.

Harry montó bajo su mirada. El pasto estaba húmedo, sin la capa de nieve de Navidad, y un viento frío le levantó la capa al despegar.

La escoba subió con tanta facilidad que Harry tuvo que aflojar los dedos. Había pasado semanas entrenando con una del colegio que se inclinaba antes de obedecerlo. La Firebolt parecía adelantarse a la presión de sus rodillas.

Al primer giro la frenó demasiado.

El mundo se detuvo de golpe y él siguió un poco más. Se sujetó con ambas manos, avergonzado, mientras Ron se levantaba desde las gradas.

Hooch alzó una mano para indicar que lo había visto.

Harry volvió al recorrido sin acelerar.

En la tercera vuelta dejó de esperar que el mango se resistiera. Se inclinó apenas, sintió la respuesta y soltó una carcajada que no pudo llevarse el viento del todo.

Hooch le dio permiso con un movimiento de la mano.

Harry bajó hacia la franja de pasto que corría frente a las gradas. La Firebolt aceleró. El aire le pegó el pelo contra la frente y las columnas empezaron a pasar tan rápido que tuvo que levantar la cabeza para encontrar el final.

No quería frenar.

Frenó antes de los aros.

Esta vez se quedó sobre el asiento, con el corazón golpeándole en el pecho y una sonrisa que le dolía un poco.

Abajo, Ron estaba gritando algo. Harry dio una vuelta amplia para volver a escucharlo.

—¡Otra!

Hubo dos entrenamientos del equipo antes del partido contra Ravenclaw.

Wood había repasado el nuevo calendario tantas veces que Harry se lo sabía sin haber visto el aviso completo. Hooch había repartido los turnos entre las parejas pendientes; la continuación contra Slytherin quedaba para el último tramo de la temporada, después de los encuentros regulares. El cincuenta a treinta seguía guardado en la misma acta.

—Primero Ravenclaw —les recordó Angelina cuando Wood empezó a hablar de Flint por cuarta vez.

Harry aprendió a buscar sin pasarse de largo. En el segundo entrenamiento perdió una pelota dorada de prácticas por mirar el lugar al que iba a llegar en vez de donde estaba. George la recogió junto a un poste y se la devolvió con una reverencia.

—Para los que todavía viajamos despacio.

Harry aceptó la burla. Volvió a despegar y esta vez no intentó resolver cada tramo con más velocidad.

Al acabar, dejó que Ron probara la Firebolt mientras Hooch recogía el material. Su amigo subió unos metros, dio una curva enorme y volvió sin haber dejado de sonreír.

Ginny protestó porque ya no quedaba luz para otra vuelta. Harry le prometió que sería la siguiente.

Hermione les sostuvo las bolsas hasta que bajaron. Ron le dio las gracias antes de descubrir que lo había hecho sin pensarlo.

La mañana del partido, Harry miró dos veces hacia los accesos.

Había profesores recorriendo el borde del campo y Hooch comprobó el paso de las gradas antes de reunir a los capitanes. Dumbledore ocupaba un lugar visible en la tribuna. Las figuras del Ministerio se mantenían fuera del recinto.

Nada de aquello impidió que Harry sintiera frío al recordar la última vez que despegó allí.

Se ajustó los guantes.

La buscadora de Ravenclaw lo esperaba junto a su equipo. Cho Chang, más baja que él, examinó la Firebolt y después levantó los ojos hacia él.

—Espero que ya sepas frenar.

Harry se acordó de la primera vuelta y sonrió con demasiado retraso.

—Más o menos.

Hooch dio la señal.

Harry se elevó con el silbato todavía en los oídos. Por un momento esperó la lluvia, el peso de la ropa mojada y la oscuridad de las nubes. Encontró aire limpio y un campo que podía ver de un extremo a otro.

Cho no intentó seguirle el primer ascenso. Se quedó más baja, cerca del centro, revisando el espacio que él acababa de dejar.

Harry amplió el círculo.

Debajo, Ravenclaw interceptó el pase de Alicia. Wood salió a cerrar un aro y dejó libre el otro; la Quaffle pasó antes de que consiguiera volver.

Diez a cero.

El segundo gol llegó después de una Bludger que obligó a Katie a soltar la pelota. Harry oyó a Wood ordenar que se abrieran y tuvo que apartarse para dejar pasar a Fred.

La Firebolt lo movió con facilidad. No le mostró dónde estaba la Snitch.

Angelina marcó por la izquierda y levantó un brazo hacia sus compañeras.

En la siguiente salida, las tres cazadoras de Gryffindor dejaron de amontonarse junto a la Quaffle. Katie arrastró a un defensor, Alicia recibió más atrás y se la devolvió a Angelina cuando nadie esperaba el segundo pase.

Empate.

Harry cruzó por encima de ellas, buscando un destello cerca de las filas altas. Cho llegó desde el otro extremo y miró hacia donde él estaba mirando.

No había nada.

Harry siguió. Abajo, Katie anotó el treinta a veinte.

Una Bludger subió hacia él. Harry se apartó, aceleró más de lo necesario y terminó lejos de la zona que estaba revisando.

Cho no se había movido de allí.

La vio inclinarse junto a una columna.

Harry bajó el mango al instante. La alcanzó antes de que terminara de girar y ambos pasaron por encima de un grupo que levantó las manos.

Cho se enderezó.

Había seguido una cinta amarilla que se había soltado de un sombrero.

Harry frenó, indignado consigo mismo.

Ella lo miró de reojo. No parecía especialmente avergonzada por su error.

La próxima vez, Harry no iba a regalarle una carrera sin haber visto las alas.

Ravenclaw recuperó el mando con tres goles seguidos.

Harry vio el último mientras cambiaba de lado: Wood detuvo un tiro con el antebrazo, pero la Quaffle rebotó hacia una túnica azul. El segundo lanzamiento entró por el aro bajo.

Treinta a cincuenta.

Fred se adelantó para cubrir la salida de Alicia. El bateador de Ravenclaw lo obligó a cambiar de rumbo y George llegó desde atrás, despejando el espacio justo antes del pase.

Harry aplaudió una vez sobre el mango y tuvo que volver a sujetarse.

Gryffindor empató con dos tiros de Katie y Alicia. Después los equipos intercambiaron un gol, y Angelina consiguió el setenta a sesenta desde una distancia que arrancó un grito a toda la tribuna roja.

Cho pasó cerca de Harry.

No estaba pendiente del marcador. Harry intentó hacer lo mismo. La buscadora había descubierto que no necesitaba ganar cada carrera: conservaba altura suficiente para verlo y escogía recorridos más cortos cuando él ampliaba demasiado las curvas.

Él dejó de dar la vuelta por el mismo sitio.

Ravenclaw marcó dos veces antes de que Gryffindor volviera a tocar la Quaffle cerca de los aros. Harry oyó el ochenta a setenta y reconoció la voz de Ron entre los gritos, aunque no entendió ni una palabra.

Alicia recuperó la pelota.

Harry vio algo dorado debajo de ella.

No inclinó la escoba enseguida.

Esperó a distinguir las alas.

La Snitch avanzaba baja, hacia las gradas de Ravenclaw.

Cho la encontró casi al mismo tiempo. Partió desde más cerca y Harry supo que, si bajaba directamente detrás de ella, sólo vería su espalda.

Se desplazó hacia el centro antes de descender.

La Snitch corrigió a la derecha al llegar a la sombra de la tribuna. Cho giró con ella. Harry todavía estaba más alto y pudo ver el nuevo rumbo, paralelo a las filas inferiores.

Oyó un gol de Gryffindor. No miró.

Bajó hasta la altura de la pelota, a varios metros por su lado abierto. Cho llevaba la mano extendida y estaba lo bastante cerca para atraparla si no cambiaba de dirección.

Harry aceleró.

La Firebolt respondió con una fuerza que le apretó el aire contra los ojos. Él no se lanzó sobre Cho ni intentó cruzar por delante. Siguió su propio camino, cerrando la distancia hasta tener las alas doradas casi a la altura del hombro.

La Snitch subió.

Harry levantó el mango a la vez que doblaba el brazo. Cho también subió; su mano rozó una de las alas.

Harry estiró los dedos.

Sintió el metal contra la palma y cerró la mano antes de volver a respirar.

Tardó unos segundos en acordarse de frenar.

Cho llegó a su altura mientras él todavía intentaba creer que la tenía.

—Por muy poco —dijo, sin sonreír del todo.

Harry miró la mano de ella, aún extendida sobre el mango.

—Sí.

Había sido por muy poco. Ni la velocidad de la Firebolt le había evitado tener que elegir por dónde llegar.

El marcador decía doscientos treinta a ochenta. Harry lo leyó dos veces antes de ver a Wood subir hacia él con los brazos abiertos, como si pudiera abrazarlo sin que ninguno soltara la escoba.

—¡No aquí! —le gritó Angelina desde abajo.

Wood se acordó de aterrizar.

Al tocar el pasto, Harry apenas pudo apoyar un pie antes de que el equipo lo rodeara. Las voces le sonaban demasiado cerca después del viento. Hundió los talones para no perder el equilibrio, con la Firebolt aún entre las rodillas. Ron consiguió llegar entre dos capas, lo abrazó con tanta fuerza que la Snitch volvió a aletear y le preguntó si había sentido la última aceleración.

Harry empezó a contestarle. Después vio a Hermione y Ginny detrás, encontró entre todas las manos la de su amiga y la apretó.

Hermione se estaba riendo.

Esta vez, cuando Harry levantó la Firebolt, ella también la miró con alegría.



CAPÍTULO 26

Lo que una escoba no podía hacer



Dracenia

La grada desde la que Dracenia había visto la captura empezaba a vaciarse.

El marcador conservaba el resultado: doscientos treinta para Gryffindor, ochenta para Ravenclaw. Pansy se abrochó la capa mientras un grupo pasaba por delante, comentando a gritos una jugada que ninguno parecía haber visto del mismo modo.

—Ya podemos irnos —dijo.

Dracenia seguía mirando al campo.

Potter estaba rodeado por sus compañeros. Llevaba la Firebolt de lado, con la mano cerrada sobre un mango tan pulido que reflejaba el sol de febrero. Cuando levantó la cabeza para contestar a uno de los gemelos, tenía la cara roja y el pelo peor que antes de subir.

Lo irritante era que había volado muy bien.

No sólo deprisa. Dracenia había seguido el cambio de altura, la decisión de esperar cuando podía haberse precipitado. La escoba le permitía recuperar una distancia que con la Nimbus habría tenido que defender desde antes. Pero alguien había decidido cuándo hacerlo.



—Dracenia.

Pansy esperaba al final del banco.

Ella se levantó.

—No es tan rápida al girar como dicen.

Su amiga miró hacia el campo, donde Potter estaba perfectamente quieto.

—Desde aquí parece bastante fácil alcanzarla.

Dracenia le dio un pequeño empujón al pasar. Pansy la siguió riéndose y no volvió a hablar de Potter durante el resto de la escalera.

Se lo encontraron al salir del estadio.

Wood se había quedado con el resto del equipo; Potter caminaba hacia el castillo junto a Weasley, que llevaba tanto tiempo mirando la escoba que estuvo a punto de pisar fuera del sendero. Granger iba un poco detrás y le dijo algo que hizo que mirara al suelo a tiempo.

Dracenia habría preferido cruzarse con ellos más arriba. Allí no había otra ruta que no pareciera una huida.

—Ya puedes devolverle el catálogo a la tienda —le dijo a Potter—. No hace falta que lo leas otra vez.

Él bajó los ojos a la Firebolt y sonrió.

—¿Quieres comprobar si escribieron algo mal?

—No necesito leer lo de la velocidad. Weasley lo está anunciando bastante bien.

Ron dejó de mirar el mango.

—No he dicho nada.

—Se te oye desde las gradas.

Pansy se acomodó la bolsa para no golpear a Hermione al dejarla pasar. Granger la esquivó con un movimiento corto y siguió junto a Ron. Potter se detuvo un instante más.

—La viste, entonces.

Dracenia volvió hacia él.

—Estaba en el partido, Potter. Suele hacerse para mirar.

Él movió un poco la escoba, sin ofrecérsela.

—Frena muy bien.

—Ya veremos si tú también.

Potter sonrió de aquella manera que la hacía querer subir en ese mismo momento.

—No han cambiado el marcador del nuestro.

—Lo sé.

—Por si te habías olvidado.

—Me acuerdo de que faltaba la Snitch.

Potter abrió la boca para responder, pero Ron lo llamó desde más arriba. Se acomodó la Firebolt al hombro y echó a andar. Dracenia tuvo que hacerse a un lado para no recibir una cerda en la cara.

—Cuídala —le dijo.

Harry volvió la cabeza, sorprendido.

—Quiero que la tengas cuando te gane —añadió ella.

Él soltó una risa y alcanzó a sus amigos.

Pansy esperó hasta que estuvieron lejos.

—Qué suerte que te lo hayas encontrado. Casi tenías que esperar hasta la cena para discutir con él.

—No fui yo la que se detuvo.

Su amiga siguió subiendo sin concederle nada.

El lunes, Flint anunció que iban a practicar aceleración.

Dracenia dejó de ajustarse los guantes.

—No.

El capitán la miró como si hubiera dado otra orden.

—¿Cómo que no?

—No voy a ganarle en una recta.

Pucey se quedó inmóvil junto a ella. Bole aprovechó el silencio para guardarse una galleta en la boca.

Dracenia señaló el extremo del campo.

—Si empezamos juntos ahí y la Snitch sale hacia los aros, llega antes. Podemos hacerlo veinte veces y va a seguir pasando.

Flint apretó el silbato.

—Nuestras escobas no son malas.

—He dicho que la suya es más rápida. No que las nuestras sean malas.

Su padre les había comprado las Nimbus 2001. Lo recordaban todos cada vez que alguien hablaba de material nuevo. A Dracenia tampoco le gustaba que la Firebolt cambiara de golpe aquello que su equipo tenía a favor, pero fingir no iba a darle más velocidad.

Flint miró a Pucey.

—¿Y qué propones?

Dracenia ya llevaba dos noches imaginándolo.

—Que él salga más cerca. Yo tengo que encontrar la pelota antes de que termine de tomar velocidad.

—Ya lo intentaste.

—En línea recta.

Pidió dos recorridos: uno entre los límites interiores del campo y otro más abierto, sin bajar junto a los soportes de las gradas. No iba a entrenar chocando con madera para demostrar que podía pasar por espacios estrechos.

Pucey salió con la pelota de práctica visible en una mano. La soltó después del primer giro, donde Dracenia no pudiera predecir exactamente hacia qué lado escaparía.

Ella se quedó demasiado pendiente de él.

Vio la Snitch tarde. Intentó recuperar por dentro y tuvo que frenar para no atravesarse frente a la escoba de su compañero.

Flint pitó.

—Eso es falta si te metes así.

Dracenia levantó una mano para que dejara de gritar. Ya estaba girando de regreso.

La segunda vez conservó distancia lateral. Pucey le tomó ventaja al acelerar, pero ella podía ver la pelota sin mirar por encima de su hombro. La Snitch bajó. Él tenía que cambiar toda su trayectoria; Dracenia ya había empezado a descender.

Llegó primero.

La sensación de las alas contra el guante le arrancó una sonrisa.

Pucey la vio al detenerse.

—Otra vez —pidió él.

La tercera captura fue suya. Había hecho que Dracenia mirara un giro que nunca terminó, y ella gastó la distancia que acababa de aprender a conservar.

Bajaron con dos aciertos cada uno y los dedos doloridos.

—Potter no va a avisarte cuándo la suelta —dijo Flint.

Dracenia le devolvió la pelota.

—Por eso tendremos que seguir buscando los dos.

Pucey chocó su guante con el de ella antes de ir por agua. Aquello le gustó más que el gesto de aprobación que el capitán decidió concederle.

La carta de Lucius llegó al desayuno del miércoles.

Había visto el resultado de Gryffindor en el periódico y quería saber cómo estaban preparando la continuación. Le ofrecía revisar el agarre de la Nimbus en la próxima visita a casa, aunque no creía que necesitara cambiar de escoba para demostrar lo que sabía hacer.

Dracenia pasó un dedo por el borde del papel.

Su padre había escrito también sobre una cena, una visita de su tío y la nieve que al fin había desaparecido del jardín. Casi al final mencionaba que ya tenían noticias sobre la próxima vista del caso de Hagrid. Los detalles se enviarían por los canales correspondientes.

No preguntaba si ella había cambiado de opinión.

Dracenia dobló esa parte hacia dentro antes de que Goyle se inclinara para pedirle la jarra.

Pansy vio el movimiento. No dijo nada hasta que salieron del comedor.

—¿Es sobre Buckbeak?

—Van a celebrar la vista.

Su amiga dejó de acomodarse la correa.

—¿Ya?

—No hoy. Pronto.

Dracenia siguió andando. Pansy tuvo que alcanzarla antes de la escalera.

—¿Quieres hablar?

—Llegamos tarde.

Era mentira. Las dos lo sabían y Pansy la dejó pasar primero.

Por la tarde Dracenia fue a buscarla para recuperar un libro que le había prestado. La encontró con Padma en una mesa donde habían añadido cucharillas al recorrido de los hilos.

Una cuchara se levantó, dio media vuelta y cayó de nuevo sobre la tela que protegía la madera.

—Más pesada —dijo Padma.

Pansy apoyó ambos codos.

—Lo habíamos notado.

Querían comprobar qué parte del movimiento debían cambiar al usar objetos distintos. El hilo obedecía; la cuchara parecía aprovechar cada ocasión para recordarles que tenía peso.

—Prueben algo entre los dos —sugirió Dracenia.

Pansy abrió su caja. Había carretes, dos botones y un papel doblado.

—Podemos usar una pluma —dijo Padma.

—La mía tiene tinta —respondió Pansy—. Prefiero no enseñarle a volar sobre la cabeza de nadie.

Hablaron de buscar plumas pequeñas sin cortar. Hagrid sabría distinguir las que podían manipularse sin problemas, y no necesitaban arrancárselas a nada vivo. Pansy se quedó con la tarea de preguntarle después de Cuidado de Criaturas Mágicas.

Dracenia señaló el libro, que asomaba debajo de una hoja.

—¿Puedo quedarme con ése hasta mañana? —pidió su amiga—. Todavía me falta el último ejemplo.

—Pensé que ya habías terminado.

—Pensaste mal.

Padma hizo flotar otra vez la cuchara. Esta vez la dejó caer antes de que terminara de girar.

—Me falta esa parte —dijo, señalándola.

Dracenia se sentó con ellas. No tenía nada útil que decir acerca de la cuchara y, por una vez, no lo intentó.

Abrió una hoja para contestar a su padre. Le escribió el resultado de la práctica: dos capturas para cada uno. Estuvo a punto de borrar las de Pucey, pero su padre podía hacer cuentas cuando le convenía.

Al llegar al último párrafo dejó la pluma quieta.

Después escribió: *Sigo pensando lo que te dije en Navidad*.

No era retirar la queja. Tampoco podía soportar que su carta pareciera una conversación en la que nadie hubiera dicho nada.

Esperó a que secara la tinta antes de doblarla.

CAPÍTULO 27

Lo que Hagrid quería decir

Harry

El libro que Ron llevaba bajo el brazo estaba tratando de cerrarse.

Harry no había sabido que los libros de la biblioteca podían hacer aquello sin morder primero. Éste tenía el lomo torcido y se doblaba cada vez que Ron dejaba de sujetarlo con el codo.

—No está encantado —explicó Hermione—. Lo han abierto demasiado.

—Pues está teniendo muchas ganas de descansar justo cuando lo necesito.

Ron lo apoyó en la mesa. Dos páginas se volvieron juntas y perdió el lugar.

Harry apartó una silla para ayudarlo a buscar.

Hagrid había recibido la fecha de la vista. Se la contó después de clase, mientras recogía una caja de gusanos que nadie había querido cargar. Parecía mucho más preocupado por pronunciar bien lo que iba a decir que por encontrar las palabras.

Hermione había propuesto revisar con él lo que ya tenía preparado.

Ahora llevaban casi una hora en la biblioteca, con los papeles de otoño extendidos entre los tres. Había una ilustración de las

plumas erizadas que Harry reconocía de tanto mirarla y notas sobre incidentes que no habían logrado convertir en una solución.

Ron encontró por fin su página.

—Éste. Aquí no mataron al animal.

Hermione acercó el libro.

Harry leyó por encima de su hombro. Un hipogrifo había herido a un hombre cerca de un embarcadero y lo trasladaron a un lugar donde no se acercara gente.

—No estaban en una escuela —dijo Hermione.

Ron dejó un dedo bajo la última línea.

—Pero tampoco lo mataron.

Ella volvió a leerlo. Harry vio que iba a contestar, se detenía y buscaba otra parte del relato.

—Podemos llevárselo —dijo al fin—. No sabemos si van a aceptar que se parece.

Ron sacó una tira de papel para marcar el lugar.

Harry reunió las hojas que ya habían enseñado a Hagrid meses antes. Tenerlas ordenadas no cambiaba lo que pasó junto al cercado, pero al menos impediría que él se perdiera buscando la segunda página mientras alguien hablaba de peligro.

Harry y Ron esperaban a Hermione junto a la puerta principal. Harry miró los papeles para Hagrid.

—Malfoy siempre pone esa cara de no haber hecho nada.

—¿Qué cara?

—Ya sabes. Esa cara de niña bonita que…

Se interrumpió. Ron lo miró.

—¿Bonita?

—De niña insoportable, Ron.

Ron sonrió.

—Ah. Claro.

—¿Dónde está Hermione?

Ron había empezado a levantar el libro para apoyárselo en la cabeza cuando la vieron bajar. Traía el pelo suelto de un lado y una mancha de tinta cerca del pulgar.

—Creí que estabas en la biblioteca —dijo Harry.

—Tuve que terminar otra cosa.

—Te dejaste esto.

Le tendió su cuaderno. Hermione lo miró como si durante un instante no supiera qué hacía allí.

Después lo metió en la bolsa y le dio las gracias.

Salieron con otros alumnos que iban hacia los invernaderos. La luz ya duraba un poco más y había agua corriendo por las orillas del camino. Harry reconoció el lugar donde habían levantado a Malfoy en septiembre. El pasto estaba empezando a cubrir otra vez la tierra gastada.

Hagrid abrió antes de que llamaran por segunda vez.

—Pasen. Que Fang no los tire.

El perro intentó obedecer sin haber entendido la indicación. Se lanzó hacia Ron, quien levantó el libro mientras recibía el hocico en el estómago.

—No te lo puedes comer —le dijo—. Ni yo he podido acabarlo.

Hagrid lo apartó con una mano y dejó que se acomodaran.

Había plumas grises sobre una repisa, sujetas bajo una taza para que no se cayeran.

Harry se fijó en ellas antes de ver el pergamino del comité. El sello estaba roto y una esquina había quedado manchada con té.

Hagrid no intentó esconderlo.

—Pensaba llevar esto.

Les mostró varias hojas. Había escrito con mucho cuidado en la primera, apretando la letra hasta no dejar casi margen. Las siguientes tenían tachones más grandes.

Hermione empezó a leer.

Harry buscó un lugar donde poner los libros sin empujar una jarra. Ron tuvo que convencer a Fang de que el espacio bajo su silla no alcanzaba para los dos.

—Aquí dices dos veces cómo vive Buckbeak —señaló Hermione.

Hagrid se inclinó sobre la mesa.

—Porque no es igual tenerlo sujeto mientras limpio que dejarlo así todo el día. A lo mejor creen…

—Eso podemos ponerlo junto —dijo ella—. Para que no se pierda.

Harry leyó otra hoja. Hagrid había empezado por las primeras semanas del hipogrifo y tardaba casi una página en llegar a la clase.

—¿Qué es lo primero que quieres decirles? —preguntó.

Hagrid se quedó con las manos apoyadas en el borde.

—Que no atacó porque sí.

Ninguno habló durante un momento.

Hagrid se frotó la barba.

—No quiero que parezca que no me importó lo del brazo. Me importó. La levanté yo.

Harry se acordó de la sangre en la manga y de Pansy apretando un pañuelo.

—Puedes decir las dos cosas.

Hagrid miró sus papeles. Después tomó una hoja limpia.

—A ver si consigo ponerlas donde se entiendan.

Ron encontró un problema que no había advertido en la biblioteca.

El hombre del embarcadero llevaba un bastón y había golpeado con él una de las cajas del muelle. El libro no aclaraba si el hipogrifo se volvió hacia el ruido o hacia el hombre.

Hermione volvió a leer el párrafo, cansada.

—Por eso no podemos poner que es igual.

—No he dicho que sea igual.

—En tu nota dice «otro caso de provocación».

Ron miró su propia letra. Harry esperó una discusión y vio, en cambio, cómo su amigo tachaba dos palabras.

—Pues ponemos lo que sí pasó. Hubo una herida y no lo sacrificaron.

Hagrid pidió el libro. Lo leyó muy despacio, con un dedo bajo los renglones.

—Éste lo quiero llevar —decidió—. Si me preguntan, les enseño la página. No voy a decir que el bastón estaba donde no estaba.

Harry sonrió sin querer. Hagrid volvió a ordenar sus hojas y le pidió que separara las que llevaban dibujos de las que llevaban su declaración.

Trabajaron hasta que la ventana empezó a reflejar el fuego.

No terminaron todos los papeles. Hermione confundió dos números, Harry puso una ilustración al revés y Ron derramó agua en el borde de una copia que tuvieron que secar entre los tres.

Cuando Hagrid leyó por fin el primer párrafo, no sonó como alguien repitiendo una tarea de Hermione.

Sonó como él.

Buckbeak los oyó antes de que salieran.

Hagrid había dejado un cubo junto a la puerta y el hipogrifo levantó la cabeza al verlo. Harry reconoció el ruido del pico, la forma de apartar las plumas del pecho.

—Se cree que cada vez que llevo algo es para él —dijo Hagrid.

Ron miró a Fang, que acababa de levantarse para seguirlos.

—Hay más de uno.

Hagrid les indicó dónde esperar y llevó la comida al cercado. No soltó al animal para demostrarles que era bueno. Comprobó el ramal y lo dejó comer tranquilo.

Harry se quedó junto a la puerta.

Había pasado demasiado tiempo desde que oyó el nombre de su padre en Hogsmeade. Al principio no quiso preguntarle nada a Hagrid. Después se volvió más difícil encontrar una manera de empezar.

Cuando el guardabosques regresó, Harry no se apartó del escalón.

—¿Por qué no me lo dijiste tú?

Hagrid bajó los ojos hacia él.

Ron y Hermione se habían quedado más arriba, en el camino. Harry se alegró de que no volvieran enseguida.

—Lo de Black —añadió.

Hagrid sujetó el cubo con las dos manos.

—Me habría gustado que no tuvieras que oírlo nunca.

Harry miró la nieve sucia que quedaba junto a la pared.

—Eso no iba a pasar.

—No —admitió Hagrid.

No dijo que Dumbledore lo supiera todo ni que los mayores tenían sus razones. Harry notó que estaba apretando los dientes y los aflojó.

—Podías haberme dicho que era mi padrino.

Hagrid dejó el cubo en el suelo.

—Sí. Esa parte podía habértela dicho.

Harry no supo qué hacer con una respuesta tan sencilla.

Miró hacia Buckbeak. El hipogrifo seguía comiendo, ajeno al frío y a los papeles que decidirían dónde podía vivir.

—Quería saber más de ellos —dijo Harry—. Aunque fuera algo pequeño.

Hagrid pasó una mano por el marco de la puerta.

—Cuando quieras venir, no hace falta que traigas un libro para ayudarme.

Harry sintió un nudo incómodo y se acomodó la bolsa antes de contestar.

—Ya lo sé.

Hagrid se apartó para que recogiera las hojas que habían dejado sobre la mesa.

Regresaron al castillo cuando todavía había gente en el vestíbulo.

Hermione llevaba dos copias para corregir. Harry tomó una antes de que se las metiera todas en la bolsa.

—Ésta la hago yo.

Ron levantó su tira de papel.

—Y yo voy a encontrar ese libro otra vez si alguien intenta devolverlo.

Hermione sonrió con un cansancio que le duró incluso al dejar de hacerlo.

Arriba, el caballero que ocupaba el retrato de entrada salió al encuentro de su caballo, que se había metido detrás de una colina pintada. Todavía no habían devuelto a la Señora Gorda a su marco, y su sustituto encontraba ocasiones para exigir contraseñas con una energía que Harry no había deseado conocer.

Neville esperaba delante del cuadro, buscando en los bolsillos.

—Sir Cadogan la cambió otra vez —les explicó.

Ron le dijo la nueva. El caballero lo felicitó como si acabara de ganar una batalla y los dejó pasar.

Neville fue directo al escritorio donde guardaba sus tareas. Sacó una hoja y añadió una palabra a una lista.

Harry se sentó cerca del fuego con la copia de Hagrid. Al otro lado de la mesa, Ron sacó a Scabbers de la manga y comprobó que siguiera comiendo las migas que le había dejado.

Hermione no bajó a Crookshanks.

Durante un rato se oyó poco más que las plumas sobre el papel. Harry empezó otra vez el primer renglón porque lo había escrito demasiado cerca del borde.

Quería que Hagrid pudiera leerlo sin detenerse.

CAPÍTULO 28

La puerta abierta

Harry

El boggart retrocedió hasta el escritorio.

Harry lo vio detrás de la niebla plateada que acababa de salir de su varita. No tenía forma de nada que pudiera reconocer. Durante unos segundos fue lo bastante densa para ocultar el borde de la capucha.

Después se abrió por el centro.

El frío volvió a alcanzarlo. Harry oyó una voz y quiso escuchar, como siempre. Apretó los dedos hasta notar la madera contra la palma.

—Expecto Patronum.

No salió más luz. Pero esta vez vio la mano que Lupin levantaba para indicarle que retrocediera y consiguió dar un paso antes de que las rodillas dejaran de sostenerlo.

El profesor se interpuso. La figura cambió, recibió el siguiente encantamiento y volvió a la caja.

Harry se sentó en el banco. Tenía sudor en la frente a pesar del frío.

—Lo he hecho retroceder.

—Un poco —confirmó Lupin.

Harry soltó una risa agotada.

Habían pasado semanas desde el primer destello. Había habido tardes sin nada, otra en que llegó demasiado enfadado después de Pociones y una en que Lupin canceló la práctica por encontrarse enfermo. Ahora podía recordar el momento de levantar la varita sin que todo lo que venía después fuera el suelo.

El profesor le acercó el chocolate.

—Todavía se ha deshecho —dijo Harry.

—Sí.

Lupin no iba a felicitarlo por un Patronus que no había conseguido mantener. Tampoco fingía que aquellas semanas no hubieran servido.

Harry aceptó el chocolate.

Aquella noche lo despertó un grito de Ron.

Harry se incorporó sin entender dónde estaba. Algo tiró de la cortina de la cama vecina y oyó un golpe contra el baúl.

Buscó las gafas. Al ponérselas distinguió a un hombre entre las camas.

La cara era demasiado blanca bajo el pelo oscuro.

Había algo brillante en su mano.

Harry agarró la varita. La figura se volvió hacia la puerta antes de que pudiera apuntarle.

—¡Ron!

Su amigo estaba sentado contra la cabecera, enredado en una cortina desgarrada. Tenía los ojos abiertos y una mano alzada delante del pecho.

Seamus encendió una luz. Harry llegó a la puerta y vio una espalda que desaparecía por la escalera.

Sirius Black.

El nombre le pasó por la cabeza con una claridad horrible. Harry dio un paso para seguirlo y oyó que Ron intentaba decir algo detrás.

Se volvió.

Dean ya estaba junto a la cama. Había una abertura larga en la tela, a pocos centímetros de donde Ron tenía el hombro.

Harry se agachó frente a su amigo.

—¿Te ha hecho algo?

Ron negó con la cabeza y después volvió a mirar sus propias manos, comprobándolo.

Neville salió al descanso para llamar a Percy. Harry dejó la puerta abierta. La escalera se estaba llenando de pasos, preguntas y voces que despertaban unas a otras.

No podía ver ya el corredor por donde Black había desaparecido.

McGonagall llegó mientras Percy reunía a los alumnos en la sala común.

No dudó de Ron al ver el dormitorio. Examinó la tela cortada, miró el espacio entre las camas y le pidió que contara exactamente lo que había visto.

Harry permaneció junto a su amigo. Todavía tenía la varita en la mano.

—Se había inclinado —dijo Ron—. Sobre mi cama. Yo abrí los ojos y estaba ahí.

—¿Le oyó decir algo?

Ron negó con la cabeza.

Harry miró la cortina. Había esperado encontrar a Black alguna vez desde que supo lo de sus padres. No se había imaginado verlo junto al pijama de Ron, a unos pasos de sus libros y de la ropa que habían dejado secando sobre una silla.

McGonagall mandó avisar a Dumbledore y dejó a dos prefectos con ellos antes de salir hacia el retrato.

Harry oyó la voz de Sir Cadogan desde la sala común.

—¡Las sabía todas!

Nadie se rio.

El caballero había dejado entrar a Black.

Lo admitió delante de McGonagall como si estuviera explicando una equivocación ajena. El hombre llevaba escritas las contraseñas, incluso las que Sir Cadogan pensaba utilizar en los días siguientes.

La profesora regresó a la sala común.

—¿Quién ha puesto por escrito esa lista?

Neville levantó una mano.

Harry lo vio palidecer antes de que tuviera que decir nada más.

—Me dio varias —explicó—. Para que dejara de preguntarle.

—¿Dónde está la hoja, Longbottom?

Neville buscó en el bolsillo, aunque Harry supo por su cara que ya había mirado allí.

—La perdí ayer.

Había dejado la túnica sobre una silla al trabajar en la biblioteca. Cuando volvió por ella no revisó el papel hasta la noche. Pensó que lo encontraría entre los cuadernos.

No lo había encontrado.

McGonagall se quedó inmóvil durante un momento. Después le indicó que se sentara junto a Percy y ordenó retirar todas las contraseñas de la lista. Nadie saldría hasta que acabaran de revisar el acceso y los corredores próximos.

Neville obedeció sin mirar a los demás.

Harry sintió una punzada de miedo al pensar en las veces que había vuelto solo y tarde. Aquel papel había convertido una entrada cerrada en una puerta abierta.

Ron seguía mirando hacia la escalera.

Al amanecer, Hogwarts estaba despierto de una manera que Harry no recordaba ni antes de los exámenes.

Los profesores habían pasado por las salas de las casas. Había nuevas instrucciones junto a las escaleras y un adulto vigilaba el acceso de Gryffindor mientras preparaban la vuelta de la Señora Gorda. Los alumnos se moverían acompañados por las rutas indicadas. Sir Cadogan ya no custodiaba la entrada.

Neville no tenía que quedarse fuera hasta que alguien recordara dejarlo pasar. Percy lo acompañó a hablar con McGonagall y regresó con él antes del desayuno.

Eso no impidió que varios lo miraran.

Harry se sentó a su lado cuando uno de cuarto quiso saber si también había dibujado el camino al dormitorio.

—Ya lo han hablado con él —dijo.

El muchacho miró a Ron y dejó de preguntar.

Neville empujó una tostada sin probarla.

—Si la hubiera encontrado…

—Si la encuentras ahora, se la llevas a McGonagall —dijo Harry.

No sabía qué más decir sin prometerle que no había pasado nada. Había pasado. Ron no podía dejar de tocar el lugar donde la cortina se rompió.

Hermione llegó con sus cosas recogidas a toda prisa. Se sentó al otro lado de él y le preguntó si quería ir con Pomfrey.

—No me tocó.

—Ya sé. Por si…

—No.

Ella no insistió. Le acercó la jarra cuando vio que su mano se detenía antes de alcanzarla.

Harry abrió el Mapa después de comer, lejos del ruido de la sala común.

Estaban los tres en un rincón del dormitorio. Ron había dejado las cortinas recogidas y la cama sin hacer. No quería sentarse allí todavía.

Harry desplegó la zona de su torre y los corredores inferiores.

Había nombres moviéndose cerca de los accesos. Profesores, prefectos, alumnos a quienes hacían esperar. Nada explicaba qué había ocurrido durante la noche.

—Lo teníamos aquí —dijo Ron.

Harry miró el pergamino.

—Estábamos dormidos.

—Ya sé.

Hermione siguió con el dedo el tramo que conducía a la entrada. Harry había querido buscar una ruta distinta, algo que le

permitiera entender cómo se acercó Black sin que nadie lo detuviera.

El dibujo no tenía una respuesta guardada para ellos.

—La lista la tenía otro —dijo Harry.

Ron levantó la cabeza.

—O la encontró.

—En la biblioteca. Pero tuvo que saber para qué era.

Hermione acercó el pliegue donde terminaban las líneas del corredor.

—No sabemos quién la recogió.

Harry volvió a mirar la cama. Si Black quería matarlo, se había inclinado sobre Ron. Podía haberse equivocado. La oscuridad, las cortinas cerradas, los baúles cambiados de sitio desde septiembre.

Lo pensó y no le bastó.

—Quiero preguntarle al cuadro qué hizo al entrar.

No pudieron hacerlo hasta la tarde.

Sir Cadogan había vuelto a un marco más pequeño, donde su caballo ocupaba casi todo el espacio. Hermione esperó a que terminara de disculparse con una alumna que no quería escucharlo.

Harry preguntó sin mencionar el Mapa.

El caballero recordó las palabras de entrada, el papel en la mano de Black y la dirección en que se marchó después de atravesar el hueco. No lo había seguido dentro de la sala común. Nadie podía decirles qué hizo después sin haber estado allí.

—¿Le preguntó dónde dormía alguien? —insistió Ron.

—No.

Harry miró a sus amigos.

No habían encontrado un pasadizo nuevo. Habían confirmado que Black llegó con algo que pertenecía a Neville y atravesó la entrada sin necesitar una explicación más.

Al volver, Neville les pidió que lo acompañaran a revisar sus libros de la biblioteca. Quería buscar la hoja donde recordaba haber dejado la túnica y comprobar, esta vez, cada página.

Harry guardó el Mapa en su bolsa.

Fueron con él.

La noticia de Hagrid llegó dos días después.

Los tres bajaron a verlo antes de la cena, por el camino permitido y con un grupo de alumnos que regresaba del campo. Harry llevaba una copia que ya no hacía falta corregir.

Hagrid abrió con una carta en la mano.

No tuvieron que preguntarle si había ido bien.

El comité había resuelto que Buckbeak era demasiado peligroso y había ordenado sacrificarlo. Hagrid habló de las preguntas, de la parte de su declaración que no lo dejaron terminar como quería. Se le quebró la voz al volver a leer la decisión.

Ron dejó el libro sobre la mesa.

Hermione se quedó de pie, con las manos cerradas junto a la bolsa.

—¿Hay apelación?

Hagrid asintió. Les mostró la parte de la carta que explicaba cómo pedirla.

Harry miró el sello roto. El golpe de la noticia todavía le hacía difícil pensar, pero Hagrid había dejado una hoja limpia junto al tintero.

—Voy a presentarla —dijo el guardabosques.

Harry acercó una silla.

Esta vez no tuvieron que convencerlo de que empezara.

CAPÍTULO 29

Delante de todos

Dracenia

Goyle había dejado de comer para contarles lo de Buckbeak.

Eso fue lo primero que le llamó la atención a Dracenia. Después oyó el resto, entre una pregunta de Crabbe y el ruido de las fuentes que pasaban de mano en mano. Habían fallado contra el hipogrifo. Hagrid todavía podía apelar.

—Mi padre ya me escribió —dijo ella.

No era verdad. La última carta hablaba de la vista antes de que ocurriera, y Dracenia no había recibido otra. Pansy la miró, pero siguió sirviéndose agua sin corregirla.

Dracenia dejó el tenedor. Tenía una mancha de salsa junto al borde del plato y empezó a limpiarla con un pedazo de pan que no quería comerse.

—¿Lo van a sacar del colegio? —preguntó Crabbe.

—No lo sé.

La pregunta era sobre Hagrid. Dracenia tardó un instante en darse cuenta: había pensado en el animal, en su cabeza gris volviéndose hacia ella desde el resguardo.

Goyle quiso saber cuándo llegaría la apelación. Nadie lo sabía tampoco. Había alumnos seguros de que podían ejecutarlo

enseguida y otros que creían que bastaba con mandar otra carta para detenerlo todo.

Pansy empujó la jarra hacia el centro.

—No inventen una fecha.

Dracenia volvió a cortar el pan. Le alegró que su amiga dijera aquello y le molestó que tuviera que hacerlo.

En la clase siguiente, Hagrid se equivocó al repartir los recipientes.

Le dio dos a Potter y ninguno a Pansy. Se dio cuenta, murmuró una disculpa y cambió uno de mano. Potter no hizo un chiste. Granger estaba muy seria junto a él, con el pelo recogido de cualquier manera y una mancha de tinta en el dedo pulgar.

Dracenia pasó el resto de la lección mirando lo que tenía delante.

Los animales eran pequeños, llevaban tiempo trabajando con ellos y no había peligro en acercarse siguiendo las instrucciones. Aun así, Hagrid repitió las distancias dos veces. Cuando alguien levantó una mano, se volvió tan deprisa que Dracenia sintió ganas de decirle que no necesitaba asustarse por todo.

No lo dijo.

Al terminar, Pansy se quedó un momento para recordarle lo de las plumas. El profesor se pasó la mano por la barba.

—Te las guardé en la cabaña. Hoy no las traje. Otro día puedes bajar antes de cenar.

—El jueves —propuso Pansy.

Hagrid asintió y fue a llevar los recipientes al cobertizo. Dracenia esperó junto al sendero, consciente de que Potter y los suyos seguían recogiendo más atrás.

Pansy regresó sin hablar del caso.

—Podrías habérselas pedido a otro —le dijo Dracenia.

Pansy frunció el ceño.

—Se las pedí a Hagrid porque sabe cuáles podemos usar.

Dracenia se acomodó la bolsa y empezó a subir. Era una discusión estúpida. Lo supo mientras la empezaba y no encontró una forma de dejarla sin tener que darle la razón.

—Malfoy.

Granger había alcanzado el cruce de los senderos. Potter y Weasley venían junto a ella. Pansy se quedó al lado de Dracenia, en la parte ancha donde el camino continuaba hacia el castillo.

Hagrid ya había desaparecido detrás del cobertizo.

—¿Qué quieres?

Hermione miró una vez hacia donde se había ido el profesor.

—¿Vas a contar que te pidió que retrocedieras?

Dracenia notó que Potter se ponía más serio.

—Ya lo han contado ustedes.

—No te pregunté eso.

La respuesta fue tan directa que no pudo fingir que no la entendía. Granger tenía la mano cerrada sobre la correa de su bolsa.

—No van a necesitar que lo repitamos cien veces —intervino Ron—. Necesitan que tu padre deje de hacer presión.

—Tú no sabes lo que hace mi padre.

—Sabemos quién empezó todo esto —dijo Hermione.

Dracenia sintió calor bajo el cuello de la túnica. Podía haber seguido hacia el castillo. Ahora parecía que marcharse era darles la razón delante de Pansy.

—Mi padre no maneja el comité.

—No. Sólo sabe a quién escribirle —replicó Granger—. Y tú puedes seguir diciendo que no tiene nada que ver contigo.

—Hermione —dijo Harry, en voz baja.

Ella volvió la cabeza apenas.

—No, Harry. Ella estaba allí. Hagrid no inventó la advertencia.

Dracenia vio el gesto con que Potter dejó de intervenir. No iba a quitársela de enfrente para ahorrarle una respuesta.

—Tampoco inventé yo la herida.

—Nadie está diciendo eso —contestó Hermione—. Pero no fue porque Hagrid te obligara a acercarte. Puedes decir lo que pasó sin cambiar nada.

Pansy movió una mano junto a su manga.

—Vamos, Dracenia.

Ella no se movió.

La cara de su padre le volvió con una claridad inoportuna: sentado a su lado, escuchando, sin enfadarse cuando ella por fin le contó la verdad. Granger hablaba como si bastara con decidir ser mejor durante cinco minutos para conseguirlo todo.

—No tienes derecho a hablar así de mi familia.

—Y tu familia no tiene derecho a decidir que todo el mundo debe darles la razón.

Dracenia sintió la frase como si se la hubieran lanzado a la cara.

—Hagrid podría haber dedicado a vigilar la clase el tiempo que ahora se pasa lloriqueando por ese animal.

Ron dio un paso hacia ella. Harry levantó una mano frente a su amigo, sin dejar de mirar a Dracenia.

Granger se quedó muy quieta.

—No vuelvas a hablar de él así.

Dracenia oyó su propia respiración. Había algo en la expresión de la otra que la hacía sentirse pequeña, examinada y peor que ellos. Quiso quitárselo de encima. Encontró una palabra que sabía dónde iba a golpear.

—A mí no me das órdenes, sangre sucia.

La mano derecha de Hermione se levantó y le golpeó la mejilla izquierda.

Dracenia no la vio venir hasta que el contacto le volvió la cara. La bolsa se le deslizó del hombro y golpeó su cadera. Durante un instante sólo hubo un ardor seco y el sonido de una respiración muy cerca.

Se volvió de nuevo hacia Hermione.

Harry se había puesto junto a su amiga. Ron avanzó por el otro lado; Pansy sujetó la manga de Dracenia cuando ella llevó la mano hacia el bolsillo de la varita.

—No —dijo Pansy.

Dracenia dejó la mano fuera. Le temblaba.

Hermione también tenía los dedos temblando. Los cerró contra su falda, con los ojos llenos de lágrimas y una expresión que no se parecía a una celebración.

—No vuelvas a llamarme así —dijo.

Dracenia apretó los dedos contra la falda y levantó la barbilla. El ardor se extendía hacia la oreja.

—¿Ya terminaste, Granger?

—Te oyó todo el mundo —respondió Ron—. No te hagas la que no sabe.

—Yo no dije que…

No consiguió terminar. Potter la miraba de una forma que le hizo recordar, absurdamente, su risa junto al patio del Caldero. No quedaba nada de aquello en su cara.

—No hiciste nada para pararlo —dijo Harry—. Y todavía te burlas de Hagrid y la insultas a ella.

Pansy soltó la manga de Dracenia.

—No es verdad que no hiciera nada. Dracenia…

—Cállate, Pansy.

Su amiga se volvió hacia ella.

—Pero…

—He dicho que te calles.

El silencio le dio tiempo para comprender lo que acababa de hacer. Había hablado a Pansy como no quería que nadie le hablara a ella. Su amiga apretó los labios y no añadió nada.

Dracenia levantó la barbilla. Si empezaba a contar lo de Navidad, tendría que decir también el final: que había admitido lo ocurrido, que había pedido algo y su padre había dicho que no. Potter podría mirarla con lástima. O peor, podría seguir mirándola exactamente igual.

Granger se ajustó la bolsa con la mano que no había usado.

—Vámonos.

Harry asintió. No se volvió hacia Dracenia al caminar junto a ella. Ron pasó después, con la mandíbula tan apretada que no necesitó decir otra palabra.

Sprout los detuvo antes de que llegaran al castillo.

La profesora salía del camino de los invernaderos. Miró la mejilla de Dracenia, después a Hermione, que acababa de apartarse de los muchachos.

—¿Qué ha pasado?

—Ya terminó —dijo Dracenia.

Hermione se quedó quieta.

—Le di una bofetada —dijo.

Harry empezó a explicar lo que Dracenia había dicho. Sprout lo escuchó sin permitir que todos hablaran al mismo tiempo. Su expresión cambió al oír el insulto.

Dracenia quiso mirar a Pansy y no pudo.

La profesora separó a los grupos. Hermione tenía que contarle lo sucedido a McGonagall; Dracenia, a Snape. Sprout les advirtió que hablaría con ambos profesores después, y no permitió que la discusión continuara en el camino.

Pansy recogió la correa que colgaba torcida de la bolsa de su amiga.

No dijo que Dracenia no había empezado.

Cuando volvieron a su dormitorio, Dracenia seguía oyendo las voces del camino.

Granger había atacado a su padre. Potter se había quedado allí dejando que lo hiciera. Cualquier otra persona de Slytherin habría entendido por qué respondió.

Se quitó la capa sin desabrocharla del todo. El broche se atoró en el cuello y tiró con demasiada fuerza.

Pansy se la quitó de las manos antes de que rompiera la tela.

—Te pasaste.

Dracenia alzó la vista.

—¿También vas a ponerte de su lado?

—No me gustó que te pegara. Eso no hace que tú tengas razón.

—¿Y lo que dijo de mi padre?

—No tenías que llamarla así.

Dracenia se sentó en la cama. Pansy dejó la capa sobre el baúl, sin alisarla.

—Ni hablar así de Hagrid —añadió.

Le ardían los ojos casi tanto como la mejilla. Dracenia miró el suelo para que su amiga no pudiera verlo.

—No empieces.

Pansy se quedó donde estaba.

—No voy a decirles lo que me contaste. Pero no vuelvas a hablarme así delante de ellos.

Dracenia apretó las manos entre las rodillas. Le habría gustado que Pansy gritara, que dijera algo exagerado que pudiera refutar.

—Ya sé —murmuró.

Su amiga tomó sus libros y salió. No dio un portazo.

Dracenia abrió el espejo pequeño de su bolsa. La marca estaba enrojeciendo. Se tocó un extremo con mucho cuidado y volvió a cerrarlo.

Había querido lastimar a Granger. No podía decirse que la palabra se le hubiera escapado sin saber lo que significaba.

Se quedó sentada hasta que sonó la campana de la siguiente clase. Después recogió la capa. El broche seguía entero.



CAPÍTULO 30

Mientras tanto



Dracenia

Pansy llevaba una caja vacía y no hablaba de lo que había pasado el lunes.

Snape les había permitido bajar juntas por el camino principal para la visita acordada con Hagrid, con la condición de volver antes de cenar.

Dracenia siguió a su amiga hacia la cabaña, con la capa cerrada contra el viento de marzo. El golpe ya no se veía. Seguía recordándolo al tocarse la cara, igual que seguía recordando las palabras de Granger cuando alguien mencionaba el caso durante la comida.

Había hablado con Snape después de la siguiente clase. Sprout había cumplido su advertencia; el profesor ya conocía lo ocurrido. Dracenia tuvo que poner por escrito lo que había dicho y hecho, aunque habría preferido no hablar del asunto. Él había dejado el papel sobre su escritorio para hablar después con los otros profesores.

Lo peor no había sido escribir el insulto. Había sido saber que Snape reconocería la línea que ella intentara saltarse.

Ahora Pansy bajaba a recoger unas plumas. Dracenia había dicho que podía acompañarla, como si no hubiera llevado tres días preguntándose qué haría Hagrid cuando volviera a verla.

—¿Cabrá todo ahí? —preguntó, mirando la caja.

—Son plumas pequeñas.

—Pensé que las querías enteras.

Pansy levantó la tapa.

—No voy a meter al pájaro.

Dracenia sonrió apenas. Su amiga volvió a cerrar la caja y continuó andando.

Seguían hablando, sentándose juntas y dejando los libros en la misma mesa. Pansy no había repetido la reprimenda. Tampoco le había dicho que tenía razón para que dejara de sentirse mal.

Hagrid las esperaba junto a la puerta, remangado y con un cesto bajo el brazo.

—Pensé que vendrías más tarde —le dijo a Pansy.

—Terminamos antes.

La miró a ella y después a Dracenia. No pareció sorprendido de verla, pero Dracenia no pudo saber si aquello era bueno.

El profesor les mostró el contenido del cesto: plumas recogidas al limpiar los recintos, ninguna de criaturas que exigieran guantes especiales para manipularlas. Había apartado las más pequeñas y les advirtió que algunas tenían roto el eje y no servirían si querían comparar cómo giraban al moverlas.

Pansy sacó su caja.

—¿Las podemos escoger aquí?

—En el banco de la entrada. No allá, que Fang ya tiró una vez todo al suelo.

El perro se levantó al oír su nombre. Pansy le ofreció el dorso de la mano para que la oliera y él decidió apoyar toda la cabeza encima.

—No sé si voy a poder trabajar así —dijo ella.

Hagrid lo llamó. Fang lo siguió hasta el umbral, donde se echó con un suspiro tan largo que Dracenia lo sintió en los zapatos.

Buckbeak estaba bajo el resguardo junto al cercado. Ella lo había visto al bajar, sujeto con el ramal y atento a una esquina de la tela que se movía con el viento. Todavía no se había acercado.

Pansy colocó el cesto en el banco. Dracenia se quedó frente a Hagrid.

—¿Puedo hablar con usted?

El profesor miró la caja de las plumas.

—Aquí adentro.

Entró primero y dejó la puerta entornada. Pansy siguió separando plumas junto a la ventana delantera. Dracenia avanzó hasta la mesa del fondo con Hagrid; allí podrían hablar bajo sin que su amiga tuviera que fingir que no estaba escuchando.

Había una taza a medio terminar y varios sobres sobre el mantel.

Hagrid los apartó para dejarle un sitio, pero Dracenia no se sentó.

—El lunes discutí con Granger.

Él dejó de mover la taza.

—¿Por Buckbeak?

Dracenia asintió.

—Dijo cosas de mi padre. Yo le dije que usted…

Se detuvo. La habitación olía a leña apagada y comida caliente. Podía oír a Pansy cerrar una vez la caja afuera.

—Dije que se pasaba el tiempo lloriqueando por el animal.

Hagrid la miró. Dracenia habría querido encontrar enojo de inmediato; aquella pausa le resultó peor.

—Y después la llamé sangre sucia.

El profesor apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Eso está muy mal.

Ella bajó los ojos.

—Me dio una bofetada —murmuró—. Pero entiendo por qué estaba tan furiosa.

—No debió pegarte. Eso tampoco estuvo bien.

—Ya sé —dijo Dracenia—. Pero yo sabía lo que estaba diciendo.

Dracenia se quedó mirando una raya en la madera. No había ido para volver a oír lo que Pansy ya le había dicho. Tampoco podía fingir que esperaba otra respuesta.

—Estaba enojada.

—Ya lo creo. Hermione ha trabajado muchas horas para ayudarme. No se merece que la trates así. Ni ella ni nadie.

Dracenia apretó la correa de su bolsa.

—No había pensado decirlo.

Hagrid respiró hondo. La silla crujió cuando se sentó.

—Pues lo dijiste. Ahora tendrás que pensar qué haces con eso.

No le pidió que se disculpara allí mismo con él para darlo todo por terminado. Dracenia se sintió aliviada y avergonzada por el alivio.

—Lo que dije de usted tampoco… —empezó.

La frase se le acabó. Le costaba más pedir perdón delante de aquella taza que discutir en el camino.

Hagrid la esperó.

—No estuvo bien —consiguió decir.

Él asintió, serio.

—No. No estuvo bien.

Dracenia se acomodó la bolsa. El profesor no sonrió para ayudarla a pasar al siguiente asunto.

Al cabo de un momento se levantó y miró por la ventana lateral.

—Tengo que asegurar esa esquina antes de que se suelte la lona. Si quieres quedarte, quédate. Sin tocar a Buckbeak hasta que te diga.

Ella asintió.

Pansy había elegido seis plumas y quería mostrarle una torcida.

Hagrid le explicó que podía servir para observar un giro distinto, siempre que anotaran que no estaban comparando dos iguales. Pansy la puso aparte con una seriedad que habría divertido a Dracenia cualquier otra tarde.

El profesor rodeó la cabaña. Dracenia fue detrás.

Se detuvo fuera del alcance del ramal y esperó a que Buckbeak la mirara. La reverencia no le borró el miedo de septiembre, pero ya no tuvo que obligarse a mantener las rodillas quietas. Cuando el hipogrifo respondió, ella se enderezó sin avanzar.

Hagrid revisó primero la sujeción del animal. Después señaló la esquina del techo de lona que se había aflojado. Cada ráfaga la levantaba y dejaba pasar una franja de viento al resguardo.

—Puedes sujetar ésta —dijo, tendiéndole una punta de cuerda desde el lado exterior—. Lejos del poste.

Dracenia se colocó donde él le indicó. La tarea consistía en mantener la tela quieta mientras Hagrid volvía a fijar la esquina, sin pasar la cuerda cerca de Buckbeak ni obligarlo a moverse.

No había nada delicado en sujetarla. Al segundo tirón le dolían los dedos.

—¿Así?

—Un poco más suelta. La estoy amarrando, no arrancando.

Dracenia cedió lo necesario. Buckbeak volvió un poco la cabeza hacia ellos y después siguió alisándose el pecho.

Pansy llegó con la caja cerrada. Se quedó fuera del espacio del animal, al otro lado de Dracenia.

—¿Puedo ayudar?

—No hace falta. Ya está.

Hagrid bajó los brazos y comprobó la tela. Había dejado de golpear el soporte. Dracenia soltó la cuerda cuando él se lo pidió y flexionó los dedos dentro de los guantes.

El hipogrifo levantó la cabeza. La luz le dio en las plumas grises del cuello, donde ella lo había tocado en diciembre.

Dracenia quiso acercarse y no se movió hasta que Hagrid se colocó a su lado.

Esta vez Pansy la vio pasar la mano por las plumas.

Dracenia lo hizo despacio, en el lugar que ya conocía. Buckbeak tenía el cuerpo tibio bajo el aire frío. Giró un poco la cabeza para verla y ella retiró los dedos sin apresurarse.

No sabía qué le había parecido a su amiga. Pansy no dijo nada.

El profesor recogió la cuerda sobrante. Al doblarla, una esquina de la lona volvió a moverse apenas y Dracenia sintió un miedo absurdo de que todo pudiera soltarse en cuanto dieran la espalda.

—¿Cuánto va a estar aquí? —preguntó.

Hagrid dejó quietas las manos.

—Mientras seguimos con la apelación, aquí lo tengo.

—¿Y después?

Pansy bajó la caja. Dracenia se arrepintió de haber preguntado delante de ella y no de la pregunta.

—Eso todavía no lo sabemos.

El pico de Buckbeak le pasó cerca de la manga al arreglarse una pluma. Ella no se apartó hasta que Hagrid le indicó que saliera por el costado.

Pansy tomó la cuerda que él había dejado sobre una caja.

—La llevo a la puerta.

Se alejó con ella y con sus plumas. Dracenia se quedó junto al profesor, fuera ya del alcance de Buckbeak. Tenía la garganta apretada de una forma que empezaba a dificultarle cada palabra.

—Hablé con mi padre en Navidad.

Hagrid se volvió.

Dracenia miró hacia la entrada. Su amiga acababa de desaparecer por el otro lado de la cabaña.

—Le dije lo de la clase. Que no hice caso. Le pedí que retirara la queja.

La voz se le quebró en la última palabra. Se enfadó consigo misma y tragó antes de seguir.

—No quiso.

Hagrid bajó la vista.

—¿Se lo dijiste así?

—Sí. Me creyó.

Le pareció importante que lo supiera. Su padre no había pensado que exageraba ni que hablaba por capricho. Había entendido todo y había dicho que no.

Hagrid tardó un momento en responder.

—Gracias por intentarlo.

Dracenia se pasó un dedo por debajo de un ojo. No alcanzó a impedir que él lo viera.

—No sirvió de nada.

El profesor miró a Buckbeak.

—Me habría ayudado que lo dijeras también donde estaban decidiendo. No sólo a tu padre.

Dracenia dejó caer la mano.

No contestó que nadie la había obligado a declarar ni que ya habían oído a Potter. Había usado ambas cosas para no seguir pensando, y delante de Hagrid no le parecieron suficientes.

Él se frotó la barba.

—Ahora voy a apelar. No pienso dejarlo porque nos hayan dicho que no una vez.

Dracenia lo miró. Tenía los ojos enrojecidos, el abrigo manchado y un remiendo nuevo en la manga. No estaba esperando a que ella encontrara la frase que le faltaba.

—¿Puedo darle agua? —preguntó.

Hagrid señaló un recipiente vacío, más ancho que el de diciembre.

—Puedes ayudarme a cargarla. No vas a entrar tú sola.

Pansy los esperó junto a la entrada mientras Hagrid y Dracenia llevaban el agua.

El profesor hizo el resto: dejó el recipiente donde Buckbeak pudiera alcanzarlo sin enredar el ramal y comprobó otra vez el resguardo. Cuando volvió, Fang había ocupado el espacio entre la caja de las plumas y los zapatos de Pansy.

—No me está ayudando a levantarme —comentó ella.

Hagrid llamó al perro. Esta vez Fang ni siquiera alzó la cabeza, y el profesor tuvo que empujarlo suavemente con la rodilla para que dejara pasar a las niñas.

Dracenia miró una vez hacia el cercado antes de subir.

Buckbeak había metido el pico en el agua. Al levantarlo, unas gotas cayeron sobre su pecho. No sabía que estaban decidiendo nada acerca de él.

Siguieron por el camino mientras todavía había luz. Pansy sostuvo la caja recta para no doblar las plumas y no le preguntó de qué habían hablado junto al resguardo.

—No les cuentes que vinimos —dijo Dracenia.

Su amiga la miró.

—A Padma voy a decirle de dónde saqué esto.

Dracenia tardó un momento.

—No me refiero a las plumas.

—Ya sé. Pero no voy a fingir que me las encontré en un cajón.

Dracenia asintió. El castillo estaba delante de ellas y alguien había abierto las puertas para dejar entrar a un grupo que volvía de los invernaderos.

En la escalera, Pansy se detuvo para cambiar la caja de brazo.

—Necesito una mesa para el sábado. Y a alguien que recoja las plumas si se nos van al suelo.

—Qué honor.

—Padma cree que puedes hacerlo sin instrucciones.

Dracenia se rio por la nariz y tomó la caja para que Pansy pudiera sujetarse la capa.

—No prometas cosas por mí.

Pero cuando llegaron a la biblioteca, la acompañó a buscar una mesa que fuera lo bastante grande.



CAPÍTULO 31

Algo que se pudiera detener



Dracenia

La pluma torcida se negó a entrar en la caja.

Pansy la sostuvo en el aire mientras Padma apartaba las otras cinco. Al intentar bajarla, la punta dio una vuelta y golpeó el borde. La alumna de primero, sentada enfrente, dejó escapar una risita.

—Cuando quieras —le dijo Pansy a la pluma.

Dracenia recogió una de las que habían caído bajo la mesa. Era sábado; en la biblioteca quedaban pocos sitios libres y ellas ocupaban uno lo bastante grande para que los materiales no acabaran sobre las rodillas de nadie. Pansy le había confiado la caja, no la varita. Después del tercer intento, Dracenia estaba empezando a pensar que debía cambiar aquello.

—Si la tomas más cerca del centro…

—Ya probamos —respondió Padma.

—No me has dejado terminar.

Pansy bajó la varita. La pluma aterrizó sobre su propio trabajo y dejó una raya en la tinta todavía húmeda.

—Ahora puedes terminar.

Dracenia miró la mancha. Tenía muchas ganas de señalar que habrían ahorrado tiempo escuchándola. En cambio, tomó la pluma

torcida por el extremo y la dejó caer sobre la caja. Giró antes de tocar el fondo.

La recogió y repitió el movimiento.

—Hagrid dijo que ésta no servía para compararla con las otras.

—Por eso la apartamos —dijo Pansy—. Queríamos ver cuánto cambiaba.

Dracenia observó las seis plumas. Hasta entonces había supuesto que estaban intentando hacerlas obedecer igual. Acercó la caja sin añadir nada.

Padma puso una hoja limpia debajo del recorrido. La niña de primero dibujó dos marcas, una donde empezaba la pluma y otra donde acababa al caer por su cuenta. Esta vez Pansy no intentó obligarla a entrar derecha. La levantó, dejó que girara y corrigió sólo al final.

La pluma pasó por encima del borde.

Las tres se inclinaron a la vez. Pansy retiró un poco la varita y el objeto descendió hasta quedar dentro, con la punta torcida hacia arriba.

—Por fin —murmuró.

La niña aplaudió una vez, recordó dónde estaban y se tapó las manos. Desde su escritorio, la señora Pince les dedicó una mirada que bastó para que Padma empezara a reunir los papeles.

Pansy sonreía mientras guardaba las plumas. Dracenia le devolvió la que tenía entre los dedos.

—Podrías enseñarle a recoger las demás.

—Para eso te invité.

Dracenia hizo ademán de vaciarle la caja sobre la falda. Pansy se la quitó a tiempo, riéndose en silencio.

El lunes, Snape la retuvo al terminar Pociones.

Dracenia esperó junto a su mesa mientras los demás recogían. Granger salió con Weasley sin mirarla. Potter se detuvo para comprobar que su amiga llevaba un cuaderno que había estado a punto de olvidar y se fue detrás de ellos.

Pansy hizo una seña desde la puerta. Dracenia negó apenas con la cabeza: no sabía cuánto iba a tardar.

Snape tenía delante su declaración escrita.

—El jueves después de cenar. Una hora. Hay material de la clase de primero que necesita limpieza y etiquetas nuevas.

Dracenia miró la hoja, reconoció el renglón que había preferido escribir lo más pequeño posible y apartó los ojos.

—¿Aquí?

—En el aula, señorita Malfoy. No acostumbro a enviar los frascos de paseo.

Ella apretó la correa de la bolsa.

Snape recogió el papel. No le preguntó de nuevo por lo ocurrido ni le ofreció una versión en la que pudiera salir mejor parada.

—No quiero otra discusión de esa clase en mis pasillos. Y la profesora Sprout no tendrá que volver a separarlas.

Dracenia levantó la barbilla.

—No pienso ir a buscarla.

—Procure que eso le deje tiempo para sus tareas.

La dio por despedida. Ella salió con la cara caliente y encontró a Pansy esperándola junto a la escalera.

—¿Qué te dijo?

—Que limpie frascos.

Su amiga no preguntó qué les había dicho a los otros profesores. Tampoco tuvo la mala idea de alegrarse por lo poco que parecía. Dracenia prefería que acabaran con aquello, pero le molestaba que ahora hubiera una hora marcada en el calendario donde cualquiera podía preguntar por qué no estaba.

—El jueves habíamos quedado con Padma —dijo Pansy.

—Puedes ir sin mí.

—Ya sé. Te lo decía por la caja. La tienes tú.

Dracenia recordó que la había guardado en su baúl después del sábado.

—Te la dejo antes de bajar.

Pansy asintió y siguió andando. Dracenia la alcanzó antes de que llegara al siguiente descanso.

El jueves, el primer frasco le costó casi diez minutos.

Alguien había dejado secar una preparación en el fondo. Snape le indicó con qué podía retirarla, le prohibió mezclar los residuos y volvió a sus correcciones. Dracenia descubrió que trabajar con un cepillo diminuto resultaba mucho más irritante cuando tenía la varita guardada.

No pidió usarla. Hizo girar el frasco contra el cepillo hasta que el roce áspero se volvió un chirrido de vidrio limpio. Lo enjuagó y colocó la etiqueta recta.

El profesor examinó los primeros cuatro antes de permitirle continuar. En el último había una marca.

—Ése otra vez.

Dracenia lo recuperó sin contestar. Al cabo de una hora tenía los dedos arrugados, un montón de recipientes limpios y una fuerte aversión al olor de aquella preparación.

Pansy vino a buscarla cuando acabó. Le traía un pan envuelto en una servilleta.

—Guardé uno antes de que desaparecieran.

Dracenia iba a tomarlo y recordó sus manos.

—No me lo des todavía.

Se lavó de nuevo en el lavabo del aula. Snape no levantó los ojos cuando se despidieron. Había pasado la mayor parte de la hora señalando cosas en rojo; ni siquiera había tenido que mirarla para comprobar que seguía allí.

Salieron por el corredor permitido hacia las escaleras. El castillo estaba lleno de pasos que regresaban de la biblioteca y de voces que bajaban a las salas comunes. Pansy empezó a contarle cómo había resultado la práctica. La pluma torcida había acabado dentro del cuello de una Ravenclaw que se agachó demasiado cerca.

Dracenia se rio con la boca llena.

—No fue culpa nuestra —añadió Pansy.

—Seguro.

—Por esta vez.

Doblaron junto a una ventana. Al fondo, una figura oscura se inclinó hacia ellas.

Dracenia se detuvo en seco.

La mano ya estaba en el bolsillo antes de que pudiera distinguir una cara. El bulto se movió otra vez, alto, negro, separado de la pared. Sintió una punzada helada en el estómago y sacó la varita.

Pansy miró hacia donde estaba apuntando.

—Es un paraguas.

Dracenia no bajó la mano enseguida.

Habían dejado el paraguas abierto junto a un banco para que se secara. Su dueño había colgado encima una capa, y el aire de una ventana entornada levantaba la tela. Cuando la corriente cedía, la capa caía sobre una de las puntas.

Un prefecto pasó detrás de ellas, vio el obstáculo y cerró la ventana.

La figura dejó de moverse.

—Ya lo vi —dijo Dracenia, guardando la varita.

Pansy le ofreció la servilleta para el último pedazo de pan. Tuvo el cuidado de esperar hasta que siguieran andando antes de hablar.

—Habría sido una gran victoria. No estaba armado.

Dracenia la miró.

—Tenía ocho puntas.

Pansy empezó a reírse. A Dracenia le duró el enfado unos pasos más; luego recordó lo rápido que había apuntado a una capa mojada y se le escapó una risa breve, bastante menos cómoda.

Aquella noche comprobó dos veces que la varita estuviera junto a la cama.

No le contó a Snape lo del paraguas.

Le preguntó por los encantamientos escudo al salir de la siguiente clase. El profesor estaba colocando un recipiente bajo una tapa y esperó a terminar antes de contestar.

—¿Con qué propósito?

Dracenia miró la puerta. Pansy se había quedado afuera, con los libros de las dos.

—Si alguien me lanza algo. Un hechizo. No quiero saber solamente cómo apartarme.

Snape la observó.

—¿Y el Patronus?

—Sigo practicando.

—Un escudo no le servirá contra un dementor.

—Lo sé.

Él dejó la tapa en su sitio.

—Bien. Así nos ahorramos el primer error.

Le indicó un capítulo de su libro de Defensa y una hora para volver la semana siguiente. Dracenia encontró a Pansy leyendo su propio ensayo junto a la puerta. Tuvo que pedirle sus libros dos veces antes de que levantara la vista.

En la primera práctica, Snape puso un tapón de corcho sobre la mesa.

Dracenia lo miró con desconfianza.

Había estudiado el movimiento. También había pasado varios ratos ensayándolo sin nada delante, en el mismo salón donde continuaba intentando que su varita produjera algo más que una bruma incierta. Esta vez quería saber con claridad si lo había conseguido.

Snape la hizo colocarse a varios pasos. Explicó dónde sostener la varita y le pidió que probara primero sin el tapón en movimiento.

—Protego.

No apareció ninguna pared brillante.

El profesor no pareció sorprendido. Le corrigió la posición de la punta y le hizo repetirlo. Después levantó el tapón con su propia varita.

—No va hacia su cara. No necesita retroceder hasta la puerta.

Dracenia se quedó quieta, ofendida por haber estado pensando justamente en dar un paso atrás.

El tapón avanzó hacia su hombro.

—¡Protego!

Le dio en la manga y cayó al suelo.

Ella miró primero el hombro y después el corcho.

—No ha pasado nada.

—Sí ha pasado. Ha bajado la varita antes de acabar.

Lo intentó de nuevo. Esta vez mantuvo el brazo alzado tanto tiempo que el tapón acabó golpeándole los dedos. Dracenia los sacudió, más irritada que adolorida.

Snape recogió el corcho.

—No se trata de quedarse esperando el golpe.

Ella volvió a su lugar.

No salió bien al tercer intento. Al cuarto sintió una presión breve delante de la mano, demasiado tarde para impedir que el tapón le rozara la muñeca.

Dracenia alzó la vista.

—Eso sí lo he notado.

—Entonces ya tiene algo que corregir.

El profesor dejó el corcho en la mesa y dio por terminada la práctica. Dracenia tenía el brazo cansado y una pregunta bastante concreta sobre lo que ocurría al terminar el movimiento.

Se quedó para hacerla.

CAPÍTULO 32

Lo que sí había visto

Harry

Ron dejó una tostada junto a la mano de Harry y puso encima otra, con la mantequilla hacia dentro.

—Para que no tengas que levantar la cabeza.

Harry llevaba varios minutos mirando el mismo párrafo. El libro estaba abierto sobre el desayuno; había decidido terminar la tarea antes de que alguien volviera a hablarle del partido.

—Estoy leyendo.

—Llevas mucho rato en la misma página.

Harry tomó las tostadas. Ron había tenido la consideración de no cortarlas en forma de Snitch.

Habían perdido contra Hufflepuff el día anterior, cien a ciento setenta. Durante la última persecución, Harry vio a Cedric inclinarse hacia una bandera y creyó que llegaría antes si cerraba la curva. Se metió demasiado por dentro. Cuando volvió a encontrar las alas doradas, la Snitch ya se alejaba por el otro lado y él tuvo que corregir hacia afuera. Cedric había salido del giro, con el brazo extendido.

La Firebolt recuperó casi toda la distancia.

Casi.

Después, Cedric lo ayudó a recoger un guante que se le había caído al aterrizar. Harry habría preferido que hiciera algo que le permitiera enfadarse con él.

—Me cerré demasiado —dijo ahora.

Ron asintió.

—Sí.

—Podrías decir que no fue por eso.

—¿Para que vuelvas a hacerlo?

Harry dejó escapar una risa pequeña. Hermione llegó con un libro bajo cada brazo y se sentó delante de ellos. Miró la tostada doble.

—¿También desayunó la página?

Harry encontró una mancha de mantequilla junto a la ilustración y cerró el libro antes de que ella pudiera verla mejor.

Neville se acercó cuando estaban terminando. Llevaba una hoja doblada, tan apretada entre los dedos que Harry bajó los ojos hacia ella sin querer.

—No es la lista —aclaró Neville—. Es lo que me dijo la señora Pince que puedo revisar. Los objetos que guardaron después de limpiar.

Ron dejó de jugar con su cuchillo.

—Ya miraste ahí.

—Miré en la caja del mostrador. Hay otra.

Neville alisó el papel sobre la mesa. Su nombre estaba escrito al pie de una autorización breve para que Pince le abriera el armario durante el descanso.

Harry apartó su plato.

—Vamos contigo.

La caja contenía tres pañuelos, un broche sin aguja y tantos pedazos de pergamino que Ron tuvo que sentarse para separarlos.

Pince los dejó en una mesa cercana al mostrador. Les advirtió que no desordenaran las otras cosas y regresó a perseguir con la mirada a un alumno que llevaba un frasco abierto.

Neville examinaba cada hoja por los dos lados. Harry lo imitó. Había cuentas, un ensayo sin nombre y la mitad de una carta que empezaba con una disculpa y terminaba justo antes de explicar por qué.

Hermione encontró una nota con una contraseña antigua. Se la enseñó a Neville.

Él negó con la cabeza.

—La mía tenía varias. La guardé en el bolsillo de adentro.

Señaló el interior de su túnica.

Harry levantó los ojos hacia el lugar donde Neville se había sentado aquella tarde. Había una silla junto a una estantería, lejos del mostrador. Encima colgaba un cuadro con una mujer que tejía una media roja.

—¿Estaba ella? —preguntó.

Neville se volvió.

—No me acuerdo.

Harry cerró la caja después de que revisaran el último papel. Pidió permiso para devolverla y, al regresar, encontró a Neville delante del cuadro.

—Dejé mi túnica en esa silla —le estaba diciendo—. La tarde antes de que Black entrara en la torre. ¿Vio si alguien la tocaba?

La mujer se quitó de la falda una madeja que estaba a punto de caer fuera del borde pintado.

—Muchacho, yo no estaba en esta biblioteca aquel día. Se me había perdido una aguja. Tuve que ir a buscarla hasta el retrato del segundo piso.

Neville miró la silla.

—Pero el cuadro estaba aquí.

—Y aquí lo dejé. No iba a llevarme el marco.

Ron se mordió el labio. Harry miró el espacio entre la mesa y la estantería. Desde allí podía ver la silla entera; al desplazarse junto al cuadro, una fila de libros le ocultó el asiento.

—Aunque hubiera vuelto, no habría visto el bolsillo —dijo.

La mujer inclinó la cabeza para mirar hacia abajo.

—Desde aquí, no.

Neville rodeó la estantería. Se quitó la túnica, la colocó sobre el respaldo y volvió a ponerse junto a ellos. El bolsillo quedó del lado de la pared.

Harry había imaginado a alguien deteniéndose al pasar, tomando una hoja que sobresalía. Allí no sobresalía nada.

—Habrían tenido que moverla —dijo Ron.

—O encontrar el papel después de que se cayera —objetó Hermione.

Neville pasó los dedos por el fondo del bolsillo. No tenía una rotura.

—No sé si se cayó. Eso fue lo que pensé cuando no lo encontré.

Harry lo miró. Llevaban semanas diciendo que Neville había perdido la lista. Era verdad que había dejado de tenerla. El resto lo habían añadido ellos.

—¿Había alguien más sentado aquí? —preguntó.

Neville empezó a nombrar a dos alumnos de su curso. Se detuvo antes del tercero.

—No quiero decir que fueran ellos.

—Yo tampoco —respondió Harry.

Hermione le acercó una hoja limpia. Neville escribió lo que recordaba: dónde había dejado la túnica, cuándo se levantó, cuándo volvió. Tachó un nombre porque no estaba seguro de haberlo visto antes o después.

La mujer del cuadro siguió tejiendo. Por una vez, Harry se alegró de que no tuviera nada más que contarles.

Ron se quedó callado durante buena parte del camino de regreso.

Iban por el corredor indicado para volver a la torre, entre un grupo de Ravenclaw y dos prefectos que discutían una tarea. Neville se adelantó para devolverle a Hermione el tintero.

—Tenía un cuchillo —dijo Ron.

Harry lo miró.

—Ya sé.

—Black. En mi cama. Eso sí lo vi.

Había bajado la voz. Harry esperó mientras los demás pasaban junto a una ventana.

—Pero cuando abrí los ojos estaba mirando hacia abajo —continuó Ron—. A lo mejor me oyó moverme y… No sé. Siempre digo que iba a matarme porque era lo que pensé.

A Harry se le tensó el estómago. Recordaba el brillo entre las camas, la cortina abierta, el grito que lo despertó.

—Podría haberse equivocado de cama.

—Sí. O podría no haberse equivocado.

Ron se pasó una mano por el pelo.

—No quiero volver a soñar con él para averiguarlo.

Harry le tocó el brazo. Su amigo lo dejó hacerlo un momento antes de seguir andando.

Al llegar a la torre, Neville les pidió que leyeran su hoja. Hermione señaló dos cosas que todavía podían comprobar con los alumnos que estuvieron en la biblioteca. Harry escribió otra pregunta debajo: quién había visto el papel después de que Neville dejó allí su túnica.

No puso el nombre de Black al principio.

Lupin encontró a Harry practicando con la caja cerrada.

Había llegado a la hora acordada, después de cenar de verdad. El profesor se disculpó por el retraso y dejó sobre el escritorio una pila de cuadernos que parecía haberse corregido por ambos lados.

—¿Has elegido el recuerdo?

Harry asintió. No le explicó que había descartado el partido contra Hufflepuff porque lo veía terminar, invariablemente, con Cedric cerrando la mano.

Lupin apartó un banco y abrió la caja.

El boggart salió de la caja con la capucha inclinada.

Harry buscó el recuerdo antes de levantar la varita: Ron en la tienda de Ollivander, sosteniendo por primera vez una varita que de verdad era suya. La cara que puso cuando salió la luz. Lo contento que había estado Harry sin tener que ganar nada para sentirse así.

—Expecto Patronum.

La niebla se extendió entre él y la figura.

Oyó a su madre. El primer impulso fue el de siempre, escuchar una palabra más. La punta de la varita bajó un poco.

Harry vio la mano gris a través de su defensa.

No quería volver a caerse por escucharla.

Enderezó el brazo y pronunció la fórmula otra vez. La nube ganó espesor. El boggart siguió avanzando, más despacio, y Harry retrocedió sin darle la espalda hasta que Lupin se interpuso.

Cuando el cierre de la caja sonó, todavía estaba de pie.

Le temblaban las rodillas.

—La mantuviste más tiempo —dijo Lupin.

Harry se sentó con una risa que le salió entre dos respiraciones.

—Lo vi.

El profesor le alcanzó el chocolate. Harry partió un trozo y tardó un rato en comérselo.

—¿Mi padre perdía partidos?

Lupin dejó de ordenar los cuadernos.

—Sí.

—Hagrid nunca cuenta ésos.

—Tu padre tampoco los contaba mucho.

Harry sonrió. Le gustó imaginárselo quejándose de un giro mal calculado, en lugar de haciendo siempre algo que todos recordarían durante años.

—Black también lo conocía cuando jugaba.

La sonrisa del profesor se apagó.

Harry apretó el chocolate dentro del papel. Tenía más preguntas, pero las de aquella noche no cabían entre una captura y una derrota.

—Estuvo junto a Ron. No junto a mí.

Lupin apoyó los cuadernos sobre la mesa.

—Lo sé.

—Ron no está seguro de lo que quería hacer.

—Ron se despertó asustado. No tiene que inventar lo que no pudo ver.

Harry levantó los ojos.

—¿Usted sabe por qué fue a esa cama?

Lupin tardó en contestar.

—No estuve allí, Harry.

No era una respuesta a todo lo que había preguntado. Harry lo notó. También notó el cansancio en la cara del profesor y las manos quietas sobre los cuadernos.

Se guardó el chocolate que le quedaba.

—La próxima vez quiero intentar mantenerla sin retroceder tanto —dijo.

Lupin asintió y fue a recoger la caja.

Ron estaba esperando para enseñarle una jugada de ajedrez.

Había montado las piezas de ambos colores y llevaba rato impidiendo que las negras se levantaran de sus casillas. Hermione trabajaba en el sillón contiguo, con la hoja de Neville debajo de su cuaderno.

Harry se sentó en el suelo y le contó lo de la niebla. Ron levantó el puño, satisfecho.

—La próxima vez lo metes tú en la caja.

—Primero tengo que conseguir que no se deshaga.

Hermione dejó la pluma.

—Neville quiere preguntarles mañana. No hoy. Ya habló bastante por una tarde.

Harry asintió. Tenía el Mapa en la bolsa y todavía podía abrirlo después. Ahora sabía qué parte de la noche no iba a encontrar allí por mucho que mirara.

Ron le señaló el tablero.

—Estás en jaque.

—Todavía no he movido nada.

—Ya te ahorré la primera parte.

Harry tomó un caballo. La pieza protestó por haberle tocado aquel bando.

Hermione se inclinó para ver cómo podía salir. Durante un rato, los tres se olvidaron del pasillo por donde Black había escapado.



CAPÍTULO 33

El lugar desde donde mirar



Dracenia

Pansy dejó dos plumas sobre la mesa del desayuno y Dracenia apartó su vaso.

—No aquí.

—Quiero que me digas cuál se dobló.

Dracenia las examinó sin tocarlas. Una tenía una curva pequeña cerca de la punta; la otra parecía recta hasta que Pansy la giró entre los dedos.

—Las dos.

Su amiga miró hacia el techo.

—Estupendo.

Habían quedado con Flitwick aquella tarde para mostrarle lo que ocurría al cambiar el peso y la forma de los objetos. Pansy llevaba varios días protegiendo una caja que cada vez contenía menos cosas utilizables. Dracenia le había prometido ayudar a revisar las plumas después de comer. Lo recordó al ver que su amiga las guardaba de nuevo.

—Si terminamos pronto el partido, puedo...

—Después de comer —le recordó Pansy—. Lo dijiste tú.

Dracenia se acomodó el puño del uniforme de vuelo.

—No tengo que pedirte permiso para celebrar.

—No. Y yo no tengo que pedirte permiso para ir con Padma.

Pansy tomó una tostada. No parecía enfadada, lo cual hacía bastante difícil discutir con ella.

Dracenia terminó su bebida. A través de las ventanas se veía una mañana clara, con nubes altas y un sol que todavía no calentaba mucho. En las mesas de otras casas había bufandas amarillas, alumnos desayunando a toda prisa y dos Ravenclaw que estaban apostando dulces sobre cuánto tardaría Diggory en atrapar la Snitch.

Ella los miró hasta que uno bajó la voz.

Flint tenía un problema con la palabra «confiarse».

La había repetido tantas veces en el vestuario que Dracenia empezaba a desconfiar de todo, incluido el banco donde estaba sentada. Cuando recordó la victoria de enero contra Ravenclaw, doscientos sesenta a ochenta, Pucey se inclinó para recoger un guante que no había perdido.

—No vuelve a contar hoy —insistió el capitán.

—Ya lo sabemos —dijo Bletchley.

Dracenia se abrochó el segundo guante. El partido contra Ravenclaw había terminado con una captura suya cerca de los aros. No la necesitaba repetida en una pizarra para acordarse. Tampoco necesitaba que le recordaran que Cedric Diggory acababa de ganarle a Potter.

Eso sí la había hecho prestar atención.

Al salir encontró a Diggory junto a Hooch, hablando con uno de sus cazadores. Se volvió al verla.

—Buenos días, Malfoy.

—Diggory.

Él se acomodó un guante.

—¿Lista?

—Desde antes de desayunar.

Cedric sonrió, como si aquélla fuera una respuesta perfectamente razonable. Dracenia habría preferido que pareciera más nervioso.

Hooch reunió a los equipos. Había profesores en los accesos del estadio y Dumbledore ocupaba un lugar en la tribuna; las medidas que habían permitido volver a jugar seguían allí, sin depender de que hiciera buen tiempo. Dracenia los miró una vez antes de montar.

Pansy estaba con los de Slytherin. Levantó la mano, y Goyle agitó una bandera que casi le dio en la cabeza.

Dracenia apartó los ojos justo a tiempo para ver salir la Snitch.

El silbato la encontró lista.

Subió por fuera del primer grupo de jugadores.

Diggory eligió el centro, por encima de sus cazadores. Dracenia no lo siguió. Desde el lateral podía ver la línea de los aros y la parte baja de las gradas sin tener que mirar alrededor de seis cabezas.

Pucey recibió el primer pase. Un jugador de Hufflepuff se le acercó de frente y lo obligó a soltar antes de lo previsto. Warrington llegó tarde; la Quaffle cambió de manos.

Dracenia siguió mirando el espacio bajo las gradas.

El primer gol fue amarillo.

Flint gritó tan fuerte que lo oyó desde el otro extremo. Dracenia levantó un poco el mango para dejar pasar a Bole y descubrió a Diggory bajando hacia el centro del campo.

No había visto ninguna pelota dorada.

Él se inclinó más. Dracenia lo acompañó con los ojos, sin abandonar su altura. La mano derecha de Cedric seguía cerrada sobre el mango; su cabeza se volvió apenas hacia ella.

Dracenia continuó buscando.

Cuando Diggory frenó y volvió a subir, ella ya había cambiado de lado. Él la encontró junto a la franja de sombra de una tribuna.

No le regaló una sonrisa. Tampoco tuvo el mal gusto de preguntarle qué había encontrado.

Slytherin necesitó varios minutos para empatar.

Pucey dejó de esperar el pase cerca de Flint y se abrió hacia el aro más alejado. El capitán arrastró con él a dos defensores; Warrington recibió en medio y lanzó hacia su compañero sin intentar marcar desde donde no podía.

Pucey convirtió el tiro.

Dracenia vio al equipo reorganizarse antes de volver a recorrer el lateral. Ya no tenía que esquivar las mismas túnicas verdes en cada vuelta. Derrick golpeó una Bludger hacia el otro extremo y ella aprovechó para descender.

La Snitch apareció junto a una de las columnas.

Dracenia alcanzó a distinguir las alas antes de que desapareciera detrás. Diggory venía desde arriba. Si ella se pegaba a la columna para seguirla, perdería de vista el otro lado.

Se apartó unos metros.

El brillo salió por debajo, tan bajo que casi se confundió con la madera iluminada. Dracenia bajó en diagonal. Diggory la vio corregir y cambió el descenso, rápido, sin quedarse atrapado junto a la tribuna.

La Snitch avanzó hacia el centro.

Dracenia llevaba una escoba de ventaja.

Una Bludger llegó desde la derecha. Oyó el golpe de un bate de Hufflepuff y vio la pelota subir hacia su camino. No se lanzó al suelo para esquivarla: aflojó el descenso, la dejó pasar por delante y cruzó detrás de ella.

Perdió distancia, no la Snitch.

Diggory intentó aprovechar el hueco por arriba. Dracenia lo vio entrar y mantuvo su línea baja, con espacio entre ambos. La pelota dorada subió de golpe; los dos tuvieron que levantar los mangos.

Por un instante la tuvo frente a los dedos.

Después las alas se volvieron hacia ella y la Snitch salió hacia las túnicas de los cazadores. Dracenia retiró la mano antes de acercarse a un jugador que llevaba el brazo preparado para lanzar.

Diggory también se apartó.

El destello se perdió entre ellos.

Dracenia salió por el lado contrario, furiosa por haberla tenido tan cerca. Cedric levantó dos dedos para indicarle que no había capturado.

Ella abrió la mano vacía. Ya estaba volviendo a mirar.

Al pasar frente al marcador, Slytherin llevaba cuarenta y Hufflepuff veinte.

Dracenia tenía el cuello caliente dentro de la túnica. Se apartó un mechón que había escapado de las cintas y revisó la zona donde perdieron la pelota. Cedric había vuelto más alto, conservando una vista amplia del centro. Había entendido que ella encontraba huecos que él no veía desde allí.

Esta vez no intentó sacarlo de su sitio con una carrera falsa. Se adelantó lo suficiente para que tuviera que elegir entre acompañarla o dejarla revisar sola el extremo de las gradas.

Diggory se desplazó hacia el costado, sin bajar del todo.

Bien. Todavía podía verla. Ella también podía verlo a él.

Un grito amarillo anunció otro gol. Hufflepuff había encontrado un pase entre los bateadores; Bletchley salió a detenerlo y la Quaffle le rozó el guante antes de atravesar el aro.

Flint reunió a sus cazadores durante el cambio de posesión. No hubo discurso que Dracenia pudiera oír. Pucey se colocó más atrás y, en la salida siguiente, recibió una pelota que normalmente habría pasado de largo.

Marcaron desde el otro lado.

Luego volvió a marcar Warrington.

Dracenia recorrió la mitad del campo mientras el juego cambiaba debajo de ella. Si miraba la espalda de Diggory todo el tiempo, acabaría buscando exactamente lo mismo que él. Lo dejó al borde de su visión y examinó los huecos, el pasto abierto, la parte superior de los postes.

Oyó un tiro que Bletchley consiguió detener. Después, dos gritos de su propia tribuna, separados por una jugada larga en la que Flint estuvo a punto de perder la Quaffle.

El marcador llegó a ochenta a treinta.

Dracenia quería acabar. No porque estuviera cansada, aunque le empezaban a doler los dedos. Quería volver con la Snitch en la

mano y que nadie pudiera atribuir aquella captura a lo que Lucius había pagado el curso anterior.

Se obligó a aflojar el agarre.

No iba a encontrarla por apretar más la escoba.

El noventa llegó mientras Dracenia bajaba hacia el costado descubierto del campo.

Vio algo moverse junto a la base de una tribuna. Amarillo, pequeño. No se precipitó. Las alas aparecieron al separarse de la sombra.

Diggory las encontró desde el centro.

Él estaba más cerca del primer tramo. Dracenia dejó de intentar alcanzarlo por detrás y tomó una línea paralela, varios metros más alta. Desde allí vio cómo la Snitch avanzaba junto a la madera y después doblaba hacia adentro, apartándose de las gradas.

Cedric giró con ella.

Dracenia ya tenía el costado abierto.

Bajó hacia la nueva trayectoria, sin cruzarse frente a su rival. La Snitch pasó entre ambos; Diggory estiró una mano, falló por poco y volvió a sujetar el mango antes de que la escoba perdiera altura.

Dracenia no extendió la suya todavía.

Había visto a la pelota subir. Levantó la Nimbus a tiempo para acompañarla y quedó a su altura cuando Cedric empezaba a corregir desde abajo.

Se oyó otro gol de Slytherin.

La Snitch cambió hacia la izquierda. Dracenia inclinó el cuerpo con ella, mantuvo la mano derecha en el mango y abrió la izquierda solamente cuando el metal quedó junto a su muñeca.

Las alas le golpearon los dedos.

Cerró la mano.

Diggory llegó por debajo tan cerca que pudo oír cómo soltaba el aire. Dracenia subió con espacio para detenerse y levantó el puño antes de que él tuviera que preguntarle.

La Snitch seguía agitándose dentro.

El silbato apenas se oyó entre los gritos.

Dracenia dio una vuelta sin necesitarla para frenar. Quería ver la grada verde levantada, a Pansy con las manos sobre la cabeza, a Goyle abrazando a alguien que intentaba conservar la bandera.

Doscientos cincuenta a treinta.

Sonrió de una manera que habría sido inútil intentar disimular.

Cedric la alcanzó antes de bajar.

—Me ganaste el sitio en la última curva —dijo, todavía respirando deprisa.

Dracenia miró hacia donde habían girado.

—Y antes, junto a la columna.

Él soltó una risa breve.

—También. Buen partido.

—Sí que lo fue.

Cedric asintió y regresó con su equipo. No parecía contento, pero tampoco buscó una excusa que ella tuviera que desmontar.

Al aterrizar, Pucey le golpeó el hombro con el guante y Flint consiguió abrazarlos a los dos sin soltar la escoba. Dracenia protestó porque le estaba doblando una cinta. No dejó de reírse mientras intentaba salir de debajo de su brazo.

Había ganado. Había volado mejor que Diggory.

Y, aun con las alas de la Snitch apretadas en la mano, recordó lo insoportable que era oír a Potter acercarse cuando creía que ya lo había dejado atrás.

Contra él nunca le bastaba una buena curva.

Quería que llegara el partido pendiente. Quería que la Firebolt estuviera entera y que Potter también estuviera deseando subir.

Después de comer, Pansy la encontró recogiendo sus guantes.

—¿Vienes?

Dracenia miró a los compañeros que todavía comentaban la captura junto al fuego. Pucey había conseguido un paquete de dulces; Crabbe acababa de pedir que contara otra vez la parte de la Bludger.

—Ya la oíste —le dijo ella.

Tomó dos dulces del paquete y salió con Pansy.

La demostración no salió perfecta. La pluma torcida aterrizó donde debía y una de las rectas no. Flitwick pidió que repitieran esa parte; Padma se hizo cargo de explicar qué habían comparado, y Pansy tuvo que admitir que dos de sus primeras notas estaban mal.

Dracenia sostuvo la caja sin intervenir para corregirlas delante del profesor.

Cuando acabaron, Pansy tenía una nueva indicación escrita y la expresión satisfecha de quien ya sabía qué probar después. Aceptó el dulce que le ofrecía su amiga.

—Te perdiste parte de la celebración —dijo.

Dracenia se encogió de hombros.

—Todavía van a estar hablando cuando volvamos.

Lo estaban.

La clasificación apareció junto al comedor al día siguiente. Junto a los totales estaban los resultados anteriores, incluido el ciento ochenta a treinta de Ravenclaw contra Hufflepuff a finales de noviembre.

Slytherin, quinientos diez. Ravenclaw, trescientos cuarenta. Gryffindor, trescientos treinta. Hufflepuff, doscientos treinta. Debajo figuraba la única acta pendiente, con el cincuenta a treinta de otoño conservado aparte.

Dracenia leyó los números antes de subir a escribir a casa.

Le contó a Lucius la captura, incluida la parte en que decidió no seguir a Diggory por detrás. Llenó una página y empezó la siguiente sin darse cuenta. Después volvió a leer su pregunta sobre los encantamientos defensivos, en la última carta que él le había enviado.

Escribió que estaba aprendiendo un escudo.

Dejó la frase así un momento. Luego añadió: *Todavía no consigo detener el tapón todas las veces.*

Al cerrar el sobre vio el libro de Cuidado de Criaturas Mágicas bajo los papeles de Pansy. La victoria no había cambiado nada de la apelación. Hagrid seguía esperando.

Dracenia recogió la pluma y escribió la dirección de su padre con más cuidado del necesario.

CAPÍTULO 34

Sin soltar la varita

Dracenia

El pato de Potter tenía un ala al revés.

Dracenia lo vio antes que él. La figura de porcelana agitó el apéndice reparado, perdió el equilibrio y empezó a girar sobre la mesa. Weasley intentó detenerla con el libro; el pato chocó contra la cubierta y siguió dando vueltas por el mismo sitio.

Pansy apartó su taza rota.

—No lo dejen llegar hasta aquí.

Flitwick se acercó con una cajita de fragmentos bajo el brazo. Había repartido objetos de distintos materiales para que compararan la reparación. Un plato partido en dos podía quedar entero con bastante facilidad. Una taza de borde astillado obligaba a buscar piezas que parecían no pertenecer a ninguna parte.

El pato, además, había llegado encantado.

—El ala primero, señor Potter —indicó el profesor—. Antes de volver a ponerlo en movimiento.

Harry consiguió sujetarlo contra la mesa. El pico golpeó una vez la tapa del libro de Ron.

—Creo que quiere salir —dijo Dracenia.

Potter levantó la vista.

—Pues que venga contigo.

Ella acercó el último fragmento a su propia taza y pronunció el encantamiento. La grieta se cerró sin desaparecer del todo. Probó el asa con dos dedos; seguía un poco floja.

Potter examinó el ala, la puso en su lugar y volvió a levantar la varita.

Esta vez el pato dio tres pasos derechos. Después abrió el pico y dejó salir un graznido tan desagradable que Crabbe se tapó una oreja.

—Ahora sí parece tuyo, Potter.

Harry se rio, sorprendido. Sostuvo el pato antes de que llegara al borde.

—No pienso prestártelo cuatro horas.

Dracenia recordó el salón de Pociones, el pelo oscuro sobre sus hombros y aquellas gafas resbalándosele por la nariz.

—Con tus gafas tuve suficiente. No sé cómo sigues usándolas.

—Tengo otras cosas que hacer aparte de cambiarlas porque a ti no te gustan.

—Podrías empezar por limpiarlas.

Harry se las quitó para mirarlas, vio su sonrisa y volvió a ponérselas.

—Buen intento.

Dracenia abrió la boca. Al otro lado de Potter, Granger buscaba un fragmento diminuto entre los restos de su plato. Había oído la conversación; Dracenia lo supo por la manera en que mantuvo los ojos sobre la mesa cuando el pato volvió a graznar.

Harry lo dejó junto a Ron y acercó la caja para ayudarla.

La siguiente respuesta de Dracenia se quedó sin nadie que la escuchara. Volvió a su taza, molesta consigo misma por haber esperado que la broma durara más.

—Ése no es tu trozo —le advirtió Pansy.

Estaba sujetando parte del platillo de Goyle.

Lo dejó donde correspondía.

Al terminar la clase, Pansy descubrió que la taza volvía a perder agua.

No mucha. La suficiente para formar un charco debajo del asa mientras guardaba sus notas. Dracenia levantó el pergamino y vio crecer una mancha en la esquina.

—Todavía no la entregues.

—Iba a esconderla debajo de la túnica y fingir que nunca existió.

Flitwick pasó junto a ellas. Pansy retiró la mano de la taza.

El profesor señaló un fragmento que habían pasado por alto entre las astillas. Dracenia lo acercó al hueco y esta vez la reparación quedó completa.

Esperaron a ver si perdía otra gota.

Pansy fue la primera en sonreír.

En el corredor, una prefecta les hizo esperar a que pasara el grupo que subía hacia la biblioteca. Desde la intrusión, los cambios de ruta habían convertido ciertas esquinas en lugares donde siempre parecía estar llegando alguien en dirección contraria. Pansy sacó una hoja para recordar qué tenían después.

—Herbología. Y hay que llevar guantes.

Dracenia miró sus manos.

—Los míos están abajo.

—Por eso estoy hablando ahora.

Volvieron juntas por ellos. Al llegar al dormitorio, Dracenia encontró una carta sobre su almohada.

La reconoció antes de tocarla.

Narcissa había incluido un botón que Dracenia no reconoció.

Dracenia lo examinó, confundida, antes de leer la explicación. El paquete que su madre había mandado días antes contenía un chaleco nuevo. La modista había guardado el botón de repuesto en otro sobre y Narcissa no quería esperar a que su hija lo necesitara para descubrir que seguía en casa.

Tu padre cree que no has encontrado todavía una caja donde poner las cosas pequeñas. Yo creo que sí la encontraste y ya la llenaste de otras cosas.

Dracenia miró hacia la caja, ocupada por cintas, una Snitch de práctica y un broche que llevaba semanas sin arreglar.

Guardó el botón en un bolsillo interior.

Su madre hablaba del jardín, de una visita aplazada y del orgullo de Lucius al recibir la carta sobre Diggory. Había leído en voz alta parte del partido durante el desayuno. Dracenia sonrió al imaginarlo llegando a la última curva y obligando a cualquiera que estuviera en la mesa a escucharla completa.

Más abajo, Narcissa preguntaba por el escudo.

Me alegra que lo estudies con Severus. No quiero enterarme por él de que has decidido probarlo contra algo que todavía no puedes detener.

Dracenia dejó de sonreír.

No había escrito nada sobre el paraguas. Tampoco pensaba hacerlo.

La carta terminaba con una pregunta acerca de las vacaciones de verano y una línea añadida al margen: *Dime qué te gustaría hacer. Intentaré que tu padre no lo organice antes de recibir tu respuesta.*

Dracenia volvió a leerla. Habría querido estar un rato en aquella mesa, con sus padres discutiendo por una visita y nadie preguntándole cómo iba a terminar la apelación.

Se guardó el sobre sin contestar. Pansy la llamó desde la puerta: si querían llegar a los invernaderos con el grupo, tenían que salir ya.

Dracenia recogió los guantes.

Snape no le había cambiado el tapón de corcho por una maldición.

A Dracenia empezaba a parecerle una ofensa personal. Habían pasado varias semanas desde la primera práctica. Sabía dónde colocar la varita, podía terminar el movimiento sin bajar el brazo y, algunas veces, notaba aquella resistencia breve delante de los dedos.

El corcho todavía encontraba cómo pasar.

—Está apuntando al tapón —dijo Snape.

Ella lo miró.

—Viene hacia mí.

—Y lleva tres intentos siguiéndolo con el brazo. Su defensa llega detrás.

Dracenia soltó el aire. Había estado intentando corregir cada pequeño cambio de dirección como si pudiera atrapar el objeto con la punta de la varita.

Volvió a colocarse frente a él.

El tapón se levantó. Snape esperó lo suficiente para que ella dejara de mirar la mesa y después lo hizo avanzar a la altura de su pecho.

—Protego.

Algo golpeó el aire delante de su mano.

El corcho se desvió y cayó a su izquierda.

Dracenia se quedó inmóvil. La presión había desaparecido casi de inmediato, pero el tapón estaba en el suelo y ella no lo había tocado.

—Lo ha visto.

Snape levantó una ceja.

Dracenia se mordió el interior de la mejilla para no sonreír demasiado.

—Otra vez —pidió.

En el siguiente intento, el corcho le dio en el pecho.

Su expresión debió de cambiar mucho, porque el profesor dejó pasar un momento antes de recogerlo.

—Tendrá que hacerlo más de una vez, señorita Malfoy.

—Ya lo he notado.

Snape esperó.

Dracenia aflojó el hombro. Repitió el gesto sin el tapón y descubrió que al acabar quería girarse hacia donde había caído la primera vez. Se obligó a quedarse delante.

De los tres intentos siguientes, desvió uno. Otro le rozó la manga; el último pasó por encima de la defensa y le golpeó el hombro.

No era lo que había imaginado cuando empezó. Había creído que un escudo se sentiría como cerrar una puerta, algo firme que

podía mantener hasta decidir abrirla. Aquello duraba muy poco y le dejaba el brazo cansado.

Pero había habido dos golpes que no llegaron.

Snape guardó el corcho.

—No practique con un compañero que confunda esto con un duelo.

Dracenia asintió. Había pensado en pedirle a Pansy que probara una vez; decidió que podían esperar a tener algo mejor que un corcho detenido de cada tres.

Salió con la varita guardada y la mano derecha tibia. En la escalera la alcanzaron dos alumnos de primero discutiendo sobre cuál de los dos había hecho explotar algo. Se apartó para dejarlos pasar y, por primera vez en toda la tarde, dejó de notar el cansancio del brazo.

Pansy había ocupado la mesa con un tablero de ajedrez.

Su rival era Goyle, que llevaba un rato mirando un alfil sin decidir si podía tocarlo. Dracenia se sentó en una silla libre.

—Si lo mueves ahí, Pansy te toma la torre.

Pansy suspiró.

—No estabas invitada a jugar.

Goyle retiró el alfil.

—Yo sí quiero que mire.

Pansy puso una hoja doblada frente a Dracenia, tapándole una parte del tablero. Era su lista de tareas. Había escrito una fecha al lado de cada una y tachado dos con tanta fuerza que el papel estaba a punto de abrirse.

—Las del martes ya las hice —dijo Dracenia.

—Me alegra. Éstas son las mías. La tuya está debajo.

Dracenia encontró su propia hoja bajo un libro. Pansy le había copiado la indicación de Flitwick que no alcanzó a anotar mientras secaba el pergamino.

Sacó la pluma. Al otro lado de la sala, Flint acababa de colocar el aviso de la continuación contra Gryffindor. Se acumuló gente delante enseguida.

Dracenia miró la fecha y volvió al trabajo.

Antes habría ido a leerlo para comprobar cada palabra. Ahora sabía cuándo iba a jugar y no necesitaba preguntarle a Flint por cuarta vez. Tenía un ensayo por terminar y una carta que quería mandar aquella noche.

Cuando Goyle perdió la torre, Pansy no lo celebró. Lo miró hasta que él empezó a reírse.

Dracenia pidió que bajaran la voz. Después tuvo que tachar el renglón que había escrito mal por estar escuchándolos.

A Narcissa le contó los dos tapones desviados.

No le dijo que eso significaba estar preparada. Se acordó de la advertencia de su madre, del paraguas, de sus dedos que no obedecían bajo la lluvia. No quería darle a nadie una razón para felicitarla por algo que todavía no sabía hacer.

Le preguntó si podían pasar un día de verano juntas en Londres, sin tener que visitar a nadie después de las compras. Añadió que quería escoger ella la tienda donde comerían.

Luego miró la página llena.

El asunto de Buckbeak no aparecía por ninguna parte. Tampoco le parecía una carta sincera si terminaba preguntando por la modista y fingiendo que ésa era toda su vida en Hogwarts.

Dejó la pluma un momento. Al recuperarla, escribió:

He vuelto a hablar con Hagrid. No quiero que él piense que estoy esperando a que se le olvide todo.

Se quedó observando las palabras. Su madre podía preguntarle de qué habían hablado. Su padre podía leerlas también.

Dracenia no añadió una explicación para impedirlo. Esperó a que secara la tinta y cerró el sobre.

CAPÍTULO 35

El momento de cerrar la mano

Harry

Harry encontró a Ron doblando una hoja encima del tablero de ajedrez.

—Si es otra jugada en la que empiezo perdiendo, hoy no tengo tiempo.

Ron dejó de doblarla.

—Es lo que me acuerdo de esa noche. Para no cambiarlo cada vez que lo cuento.

Harry se sentó en el brazo del sillón. Había llevado la Firebolt hasta allí con la intención de salir enseguida, pero apoyó el mango junto a su rodilla.

Ron le enseñó dos párrafos. No había intentado hacer que parecieran un ensayo. En uno escribió que Black miraba hacia abajo al despertar él. Debajo añadió que no sabía qué estaba buscando.

—¿Le pido a Neville que lo guarde con lo suyo? —preguntó.

Harry asintió.

—Mañana seguimos con él.

—Aunque ganemos.

—Aunque ganemos.

Hermione apareció por la escalera con una bufanda roja entre las manos. Se la dio a Ron porque él había dejado la suya en una silla y alguien acababa de sentarse encima.

—Neville ya bajó con Dean. Dijo que mañana después del desayuno.

Harry recogió la escoba. La hoja de Ron quedó doblada dentro de un libro, lejos de los guantes y de las cosas que iban al campo.

Todavía quería preguntarle a Lupin por la pausa antes de responder. Todavía le desagradaba cerrar las cortinas de su cama. Aquella mañana iba a salir a jugar, y se alegró tanto de poder hacerlo que bajó los primeros escalones de dos en dos.

Ron tuvo que llamarlo para devolverle un guante.

Wood había escrito dos números en el pizarrón del vestuario.

Slytherin, quinientos diez. Gryffindor, trescientos treinta.

Esperó a que todos se sentaran, borró una raya que no estorbaba y volvió a dibujarla.

—Se suman los puntos anotados en los partidos terminados. Ellos nos llevan ciento ochenta. Tenemos que ganarles por ciento noventa.

Fred levantó la mano.

—¿Podemos empezar por ganarles?

—No es suficiente.

—Malas noticias para la parte sencilla del plan —dijo George.

Wood dibujó otro marcador debajo: cincuenta a treinta.

Harry lo conocía de memoria. Había pasado meses en el aviso de la sala común.

—Esto es lo que llevamos en nuestro partido —explicó el capitán—. Todavía no está sumado arriba. Si Harry atrapa ahora, acabamos doscientos a treinta. Les ganamos por ciento setenta. Perdemos la Copa por diez.

Katie miró a Harry.

—Atrápala un poco después, entonces.

Él sonrió. Tenía las manos frías dentro de los guantes.

Wood subrayó el cincuenta.

—Necesitamos estar cuarenta puntos por delante antes de que la atrape. La Snitch añade ciento cincuenta. Cuarenta más ciento cincuenta: ciento noventa.

—Dos goles más —dijo Fred.

—Sin que nos metan ninguno —añadió George—. Ésa suele ser la parte que se resiste.

Wood los miró con una desesperación tan sincera que Harry tuvo que bajar los ojos.

—¿Ha quedado claro?

—Cuarenta de ventaja —respondió Harry.

—Y después puedes atraparla.

—Si Malfoy no llega primero.

Wood se sentó de golpe en el único banco libre.

Angelina le quitó la tiza.

—Ya nos encargamos de los goles. Tú encárgate de los aros.

Fred se inclinó hacia su hermano.

—Creo que acaba de cambiarle la estrategia.

Wood se levantó antes de que nadie terminara de reírse.

En el calentamiento, Harry encontró a Ginny al borde de la primera grada.

Le había pedido que llevara la pelota de tela. Después de pasársela un par de veces, ella se la lanzó sobre el pasto, lejos de los bancos, baja y hacia su costado derecho, como habían practicado días antes. Harry inclinó la Firebolt, apretó el mango entre las rodillas y se estiró con la mano derecha mientras la izquierda seguía sujetándolo. La pelota quedó debajo de la escoba; la alcanzó al volcarse un poco más.

El chillido gastado sonó contra su guante.

Ginny levantó los brazos.

—¡Ése sí!

Harry se enderezó y se la devolvió. El ensayo anterior había terminado con la pelota en el pasto y Fred diciendo que también podían pedirle al suelo que buscara la Snitch.

Ahora el campo estaba lleno.

Había profesores junto a los accesos, Hooch revisaba las correas de una caja y Dumbledore hablaba con McGonagall en la tribuna. Ninguna figura del Ministerio había entrado en el recinto. Harry miró el cielo azul sobre los aros y apretó los guantes una última vez.

Malfoy ya estaba en el centro, con las cintas verdes recogiendo el pelo. La Nimbus descansaba contra su cadera. Al verlo acercarse, bajó los ojos a la Firebolt y volvió a mirarlo a la cara.

—Ya era hora, Potter.

—Llevas meses perdiendo por veinte. Pensé que no tenías prisa.

Ella hizo una mueca.

Hooch llamó a los capitanes. El acta continuaba con el cincuenta a treinta; se soltarían de nuevo las pelotas, incluida la Snitch, y los jugadores partirían juntos desde el suelo. Harry levantó la vista hacia el marcador. Allí estaban los puntos, como si el invierno no hubiera ocurrido entre ellos.

Las alas doradas salieron de la caja.

Harry las siguió hasta perderlas de vista.

El primer ascenso le arrancó una sonrisa.

No había lluvia en las gafas. No tenía que buscar los aros entre manchas grises. Malfoy subió por la izquierda, más baja que él, y giró hacia el centro mientras Gryffindor recuperaba la Quaffle.

Harry empezó a recorrer el lado de las tribunas.

Debajo, Alicia pasó a Katie. Flint se cruzó por delante y Katie soltó la pelota hacia atrás, a manos de Angelina. Fred despejó una Bludger que llegaba desde el costado. Angelina abrió el brazo y lanzó.

Sesenta a treinta.

Harry oyó el grito de Ron entre una multitud de voces. No era suficiente todavía.

Malfoy no había esperado para buscar. La vio bajar hacia el extremo de Hufflepuff y empezó a seguirla antes de descubrir el brillo dorado, lejos de la primera fila.

Esta vez sí había alas.

Harry aceleró desde arriba. Dracenia había elegido una curva corta por el costado de la pelota y salió delante de él cuando la Snitch subió. Harry levantó el mango para alcanzarla; ella ya tenía el brazo extendido.

Las alas cambiaron de dirección junto a sus dedos.

Harry tuvo que frenar para no atravesar el lugar por donde ella estaba girando. Perdió la Snitch durante un segundo y la encontró de nuevo sobre el centro, demasiado lejos para atraparla desde allí.

Malfoy lo miró al pasar.

No parecía tener ninguna intención de esperar a que Wood acabara sus cuentas.

Slytherin empezó a cerrar los pases.

Harry vio a Warrington arrebatarle la Quaffle a Katie y subir hacia Wood. George mandó una Bludger por delante del cazador, obligándolo a cambiar de brazo. El tiro salió torcido. Wood lo detuvo contra el pecho y lo lanzó hacia Alicia antes de que Flint pudiera recuperar posición.

Katie ya estaba del otro lado.

Recibió el pase, amagó hacia el aro central y devolvió la pelota a Alicia, que venía detrás. Bletchley había seguido el primer movimiento. Cuando quiso regresar, la Quaffle entraba por el aro izquierdo.

Setenta a treinta.

Harry levantó la cabeza hacia el marcador.

Cuarenta.

Oyó a Wood gritar su nombre. No necesitaba más indicaciones.

Buscó a Malfoy y la encontró cerca del lateral, revisando una franja que él acababa de dejar libre. Harry ascendió para abarcar el espacio que quedaba entre ambos. El aire se le metió por el cuello. Una bandera roja golpeó un poste y, por un instante, vio un punto dorado encima.

La Snitch venía hacia él.

No bajó directamente. Se adelantó un poco para recibirla por el costado, lejos de la grada. Malfoy levantó la cara y giró con una rapidez que le borró la ventaja.

Harry se inclinó sobre el mango.

Abajo rugieron los de Slytherin.

—¡Pucey marca para Slytherin! ¡Setenta a cuarenta! —oyó.

La mano de Harry estaba empezando a abrirse.

La cerró contra el mango.

Treinta de ventaja. La Snitch los dejaría empatados en la Copa.

Pasó a un brazo de las alas sin tocarlas. La pelota bajó detrás de su cadera y Harry tiró de la Firebolt para no perderla. Malfoy ya venía desde el otro lado. No buscaba el marcador: buscaba la pelota que él acababa de dejar escapar.

Harry giró con ella.

Por un momento tuvieron la Snitch entre los dos, más baja que sus escobas. Malfoy se dejó caer para tomarla desde abajo. Harry no le cerró el paso; se mantuvo al costado, buscando dónde reaparecerían las alas si ella fallaba.

Vio el metal sobre el guante verde.

La Snitch se elevó antes de que los dedos se cerraran.

Harry subió. Malfoy también, con la boca apretada y la mirada fija en el punto dorado. La había perdido por tan poco que a él se le revolvió el estómago.

No podía permitirse volver a verla tan cerca de su mano.

Fred pasó entre Harry y el grupo de cazadores, persiguiendo una Bludger que amenazaba a Angelina. La mandó lejos y gritó algo que Harry no entendió.

Él había perdido la Snitch contra la luz.

Malfoy amplió la curva. Harry eligió el lado opuesto y trató de mirar sin apretar los párpados. Si ella volvía a encontrarla primero, tendría que seguirla sin dejarse arrastrar hasta donde no pudiera corregir.

Una túnica verde se precipitó hacia Wood.

Harry se volvió a tiempo de ver a Pucey lanzar desde cerca. Wood golpeó la Quaffle con la palma; la pelota salió por encima del aro y George apartó la Bludger que venía detrás. Alicia recogió el rebote.

Harry siguió el pase hasta Katie.

No podía meter él aquel gol. Volvió a buscar entre las cabezas y las banderas, mientras abajo Angelina recibía, encontraba a Flint delante y retrocedía con la pelota todavía bajo el brazo.

La devolvió a Katie.

Katie lanzó hacia el centro. Bletchley salió a detenerla.

La Quaffle había ido a las manos de Alicia, que llegaba por el otro lado.

El grito de la tribuna roja hizo que Harry se volviera entero.

Ochenta a cuarenta.

Alzó el puño hacia sus compañeras y tuvo que sujetarse enseguida.

Malfoy ya estaba bajando.

Harry vio la Snitch delante de ella, cerca del centro del campo, bastante por encima de los cazadores.

Partió desde más lejos. La Firebolt le devolvió la distancia con una aceleración que le hizo pegar los codos al cuerpo. Alcanzó la altura de la Nimbus cuando las alas doradas giraron hacia la derecha.

Dracenia se había preparado para el cambio.

Entró por dentro con la escoba inclinada y salió junto a la pelota, sin perder velocidad. Harry quedó por su izquierda, un poco detrás. Si intentaba atravesar su recorrido, tendría que frenar o chocar.

Siguió por su lado.

Malfoy no le regaló un espacio. Conservó la distancia justa respecto de la Snitch, lo bastante cerca para perseguirla y lo bastante lejos para responder a otro giro. Harry vio cómo aflojaba una mano antes de volver a inclinarse.

La pelota bajó entre ambos.

Dracenia descendió con ella. Harry empezó a tirar del mango hacia abajo y lo detuvo.

Estaba casi encima de las alas.

No necesitaba dar toda la vuelta.

Frenó lo justo para quedar sobre la pelota, se afirmó con las rodillas y volcó la Firebolt sobre su costado derecho. La mano izquierda se quedó en el mango. Con la otra se estiró por debajo, casi boca abajo, mientras las gafas se le deslizaban por la nariz.

Dracenia cerraba su curva desde más abajo.

Harry vio su guante avanzar hacia el mismo brillo que buscaba él. Sintió que la pierna se le resbalaba un poco, apretó las rodillas y alcanzó la pelota antes de que terminara de pasar bajo la Firebolt.

El metal le golpeó la palma.

Cerró la mano.

Las alas quedaron atrapadas entre sus dedos.

Harry tiró del mango con la izquierda para enderezarse. El cielo giró de vuelta a su sitio; recuperó el estribo y volvió a sujetarse con ambas manos, sin soltar la pelota. Seguía muy por encima del pasto, sin jugadores en su camino. Frenó en el espacio abierto del centro, con un gemido de alivio que nadie pudo oír.

Malfoy pasó frente a él, salió de su descenso y se volvió.

Harry levantó la mano.

El silbato atravesó el estadio.

Al principio no oyó nada más.

Tenía el corazón golpeándole tan fuerte que tardó en reconocer el rugido de las gradas. Miró hacia abajo, al marcador, al grupo rojo que ya estaba abrazándose en el aire.

Doscientos treinta a cuarenta.

Ciento noventa de diferencia.

La Copa.

Harry soltó una carcajada. Quiso bajar y tuvo que esperar a que George dejara de pasar frente a él con el bate levantado.

Wood aterrizó casi al mismo tiempo. Se quedó mirando a Harry un segundo, después miró la mano cerrada y lo abrazó con tal fuerza que la Firebolt se les atravesó entre los dos.

—¡Por diez! —gritó—. ¡Quinientos sesenta! ¡Nos quedamos con quinientos sesenta!

—Y ellos con quinientos cincuenta —añadió Angelina, sin dejar de saltar.

Fred le quitó la escoba a Harry antes de que Wood la partiera contra sus costillas.

—Me alegra que haya servido la clase de matemáticas.

Wood le pasó un brazo por el cuello y lo arrastró también al abrazo.

Harry dejó que lo empujaran, le golpearan la espalda y volvieran a pedirle que abriera la mano. Hooch tuvo que hacerse oír para recuperar la Snitch. Sólo entonces la soltó. Le dolían los dedos de mantenerlos cerrados.

Ron llegó con Hermione y Ginny. Empezó a gritar antes de alcanzarlo y acabó sin voz, abrazándolo de lado mientras Ginny le apretaba el otro brazo.

—¡Como la pelota! —dijo ella.

Harry quiso contestar y se rio otra vez. Hermione le enderezó las gafas, que habían terminado torcidas.

—No vuelvas a hacerme eso —le pidió, sonriendo con los ojos húmedos.

Del otro lado del campo, Malfoy se había quitado un guante. Pansy estaba junto a ella. Dracenia dijo algo, se pasó una mano por el pelo y volvió a mirar hacia Harry antes de apartarse de su equipo.

Se detuvo a un par de pasos, con la Nimbus en la mano.

Ron dejó de sonreír.

—Buen giro, Potter —dijo ella.

Todavía respiraba deprisa. No parecía haber disfrutado diciéndolo.

Harry miró la mano sin guante, los dedos que habían quedado tan cerca de las alas.

—Casi la tenías.

—Ya lo sé. Estaba allí.

Se le escapó una sonrisa corta. La de ella apareció apenas y desapareció al ver a Hermione junto a él.

Dracenia no se disculpó. Harry tampoco encontró una razón para fingir que no quedaba nada pendiente.

—Felicidades —añadió ella—. Procura no dejar caer la Copa. Sería muy molesto perder contra alguien que no sabe cargarla.

Harry soltó aire por la nariz.

—No pienso tirarla.

Malfoy le hizo una mueca y se fue con Pansy. No bajó la cabeza. Cuando Flint la llamó, tardó un momento en volverse.

Ron esperó hasta que estuvo lejos.

—Hoy no pienso discutir con nadie. Tendrían que quitarnos la Copa primero.

Ginny señaló hacia Wood, que se acercaba para recibirla.

—Para eso van a tener que quitarle las manos a él.

Subieron al castillo con el equipo en medio y gente corriendo por delante para anunciar lo que todo Hogwarts acababa de ver.

Harry iba junto a sus amigos. Fred había recuperado la Firebolt de entre las capas y se la devolvió al llegar a la puerta. La madera tenía una marca de pasto cerca del estribo; Harry la limpió con el guante y después dejó de intentarlo. Ya habría tiempo.

Neville los esperaba en el vestíbulo, rojo de tanto gritar. Ron le pasó un brazo por los hombros y empezó a contarle el momento en que Wood casi perdió la voz.

Harry seguía sonriendo cuando entraron a la torre.

Había comida sobre una mesa, banderas junto a la chimenea y un sillón que alguien había puesto delante de la repisa para que Wood pudiera dejar la Copa sin tener que alejarse de ella. Hermione empujó a Harry hacia un lugar libre y Ginny fue a rescatar la pelota de tela de entre las cosas de su hermano.

Sobre el libro de Ron seguía la hoja doblada.

Harry la puso a salvo en el cajón de la mesa antes de que llegaran los vasos. Le hizo una seña a Neville: mañana. Su compañero asintió y se dejó llevar por Dean hacia la Copa.

Harry miró una vez hacia las ventanas. Las colinas estaban claras bajo el sol de primavera.

Después alguien lo llamó desde la chimenea y él se volvió para ocupar su sitio en la fotografía.

CAPÍTULO 36

Antes de la última semana

Harry

El domingo después del partido, Neville tuvo que esperar a que Harry terminara de sacar confeti de su cuaderno.

—No sé cómo llegó hasta adentro —dijo Harry.

Ron retiró un pedazo rojo que había quedado pegado a una pieza de ajedrez.

—Fred tenía una varita. Eso suele explicarlo.

Habían prometido reunirse después del desayuno y lo hicieron, aunque a Ron todavía le costaba hablar sin que se le quebrara la voz. Neville les contó lo que había podido averiguar con los otros alumnos. Uno recordaba haber dejado un libro cerca de su túnica. Otro pensaba que la silla estaba vacía; no estaba seguro de la hora.

Ninguno había visto una lista.

Harry dejó de buscar el último papelito. Al principio había esperado que una pregunta distinta les diera la respuesta que llevaban tanto tiempo persiguiendo. Ahora tenían varias personas que recordaban cosas pequeñas y nada que explicara cómo Black había conseguido aquel papel.

—Podemos decirle a McGonagall que no sabemos si se cayó —propuso Neville.

Lo dijo sin mirar a Harry para que le diera permiso.

Hermione acercó las dos hojas.

—Esto es lo que podemos enseñarle. Lo demás son cosas que pensamos nosotros.

Ron señaló sus párrafos.

—Éstos también. Yo no quiero volver a contarlo delante de todos.

Harry los ayudó a separar los papeles. No habían encontrado a quien buscaban, pero Neville dejó de pedir disculpas cada vez que ponía una hoja sobre la mesa.

Más tarde fueron con él hasta la puerta del despacho de McGonagall. Neville entró con Ron. Harry y Hermione esperaron afuera, sentados en el escalón, y al volver a la torre ninguno tuvo que fingir que ya no quedaba nada por averiguar.

El calor llegó antes de los exámenes.

En la biblioteca empezaron a quedarse abiertas las ventanas y los alumnos dejaron de pelear por los sitios cercanos al fuego. Hermione llevaba los libros de un lado a otro con una prisa que no parecía disminuir cuando terminaba una tarea.

Harry la encontró una tarde dormida sobre una hoja.

Apartó el tintero antes de que lo empujara con el codo. Harry se despegó de la nuca el cuello de la camisa y se sentó con cuidado para no sacudir la mesa. Ron, sentado enfrente, bajó la voz sin que ninguno se lo pidiera.

—Deberíamos despertarla.

Harry miró el reloj.

—Nos quedan diez minutos.

Ron puso una mano encima de Scabbers, que intentaba trepar desde su bolsillo a la mesa. La rata había adelgazado. Ya no se

quedaba dormida en cualquier sitio y a veces empezaba a moverse en cuanto Crookshanks aparecía al otro extremo de la sala.

Hermione había cumplido su promesa de avisar. Eso no hacía que a Ron le gustara ver al gato.

—No te vas a comer esto —le advirtió a la rata, apartando el borde del pergamino.

Scabbers se revolvió contra sus dedos y se escondió en la manga.

Harry sacó su libro de Encantamientos. Durante diez minutos se oyó el roce de las páginas, una tos lejana y los pasos de Pince detrás de las mesas.

Cuando despertaron a Hermione, ella juró que no se había dormido.

Ron le mostró la pequeña marca de tinta que tenía en la mejilla.

—Estabas comprobando la ortografía muy de cerca.

Hermione se limpió con el pañuelo y empezó a reírse, cansada y un poco avergonzada. Harry le devolvió la hoja antes de que viera cuántas cosas le faltaban todavía.

Ginny consiguió su vuelta en la Firebolt una tarde en que Hooch había terminado de recoger el material.

Harry la esperó cerca del almacén. Ella examinó los estribos con una atención que le recordó a Ron en Navidad y luego alzó los ojos.

—No tienes que seguirme todo el tiempo.

—No tengo otra escoba.

Ginny sonrió y despegó.

Harry la vio subir despacio, comprobar el freno y ensanchar la primera curva. Después ganó altura, con el pelo rojo moviéndose detrás de ella, y pasó frente a los aros sin intentar atravesarlos.

Ron se sentó a su lado.

—Si se acostumbra a ésa, va a ser imposible darle una de las nuestras.

Ginny bajó antes de que Hooch tuviera que llamarla. Al tocar el suelo se quedó con las manos sobre el mango un instante, como si todavía pudiera conservar algo del vuelo sin volver a subir.

Harry reconoció aquella cara.

—Otra vez cuando se pueda —le prometió.

—Ya te oí —dijo ella—. Ahora lo oyó Ron también.

Harry llevó el Mapa a la última consulta de Defensa antes de que comenzaran las pruebas finales.

Había pensado en hacerlo varias veces. Lo guardó en la bolsa después de pasar la noche de Astronomía intentando distinguir dos estrellas que seguían pareciéndole la misma; aquella mañana casi lo olvidó bajo un ensayo de Transformaciones.

Ron se había quedado terminando su tarea. Harry entró solo y encontró a Snape delante de la mesa de Lupin.

Había una copa entre ambos.

—Antes de que se enfríe —dijo Snape.

Lupin la recogió.

—Gracias, Severus.

Snape miró a Harry como si el agradecimiento también fuera culpa suya. Salió sin contestar. Lupin bebió, hizo una pausa y dejó la copa lejos de los cuadernos.

—¿Qué querías preguntarme?

Harry sacó el pergamino.

—No es de una tarea.

Lo extendió sin abrir todos los pliegues. Tocó el papel con la varita y las líneas del sector de la biblioteca aparecieron sobre la mesa.

Lupin dejó de moverse.

Harry había esperado curiosidad, quizá una pregunta sobre los gemelos. La expresión del profesor lo hizo retirar un poco la mano.

—Muestra dónde están las personas —explicó—. Lo hemos comprobado. Pero hay entradas que ya no sirven y no sabemos qué parte cambia. Si alguien cerró un pasadizo…

—¿De dónde lo sacaste?

La pregunta no salió fuerte. Eso no hizo que pareciera menos importante.

Harry miró los nombres diminutos que cruzaban la biblioteca.

—Me lo dieron Fred y George.

Lupin se sentó. Pasó un dedo cerca de los apodos escritos en la parte superior, sin tocar la tinta.

—¿Has usado alguna de las salidas?

Harry había decidido hacer una pregunta. No había decidido mentir para poder hacerla.

—La de Honeydukes.

El profesor cerró los ojos un instante.

—Harry.

—Fue antes de que Black entrara en el dormitorio. Yo sabía por dónde volver.

—Saber volver no hace que sepan dónde buscarte si algo pasa.

Harry apretó la boca. Había oído bastantes advertencias para reconocer la parte que tenían razón sin querer recibir otra.

Lupin volvió al Mapa.

—Esto no convierte un pasadizo en una ruta segura. Una línea puede seguir dibujada aunque el acceso esté bloqueado. Tampoco conserva lo que ocurrió antes.

—Eso ya lo sabemos. Intentamos averiguar quién recogió la lista de Neville.

El profesor levantó los ojos.

Harry le contó lo de la túnica, el retrato ausente y la hoja de Ron. No le pidió que resolviera la noche por ellos. Quería saber qué preguntas estaban haciendo a un objeto que no podía contestarlas.

Lupin escuchó hasta el final.

Después borró la tinta.

—Voy a guardarlo.

Harry extendió la mano antes de poder evitarlo.

—Se lo traje para que lo viera.

—Y lo he visto. No puedo devolverte una forma de salir sin que nadie se entere mientras Black sigue entrando aquí.

Harry dejó la mano sobre la mesa. Había sido mucho más fácil entregarle la Firebolt a McGonagall cuando no pudo elegir otra cosa.

—No pensaba volver al pueblo.

—Me alegro.

Lupin dobló el pergamino sin examinar las otras secciones y lo guardó en el cajón. La facilidad con que encontró los pliegues hizo que Harry lo mirara de nuevo.

—¿Ya había visto uno?

El profesor mantuvo la mano sobre el borde del escritorio.

—Conozco este tipo de magia.

Harry esperó algo más. Lupin recogió la copa vacía.

—Ahora tendrás que volver con los demás.

Al salir, Harry se volvió una vez hacia la puerta. Había conseguido una respuesta sobre el Mapa. No estaba seguro de que fuera la única pregunta que debía haber hecho.

Hagrid les dio la noticia al final de la siguiente clase.

Los demás alumnos ya empezaban a subir. Harry había permanecido con Ron para recoger un recipiente que se volcó sobre el pasto; Hermione encontró la tapa antes de que Fang pudiera llevársela.

—Ya sé cuándo vienen —dijo Hagrid.

No tuvo que aclarar quiénes.

La diligencia final de la apelación se celebraría en Hogwarts, después de las últimas pruebas. Si mantenían la decisión, el hombre que venía con los funcionarios podría ejecutarla al anochecer.

Ron apretó la tapa que acababa de recuperar.

—Todavía pueden cambiarla.

Hagrid asintió. Parecía haber dormido mal.

—Voy a decir lo que tengo que decir. Lo he escrito menos largo, esta vez.

Hermione abrió la bolsa.

—Podemos revisar…

—Ya está, Hermione. Lo leímos. Tú tienes tus exámenes.

No lo dijo con enfado. Ella dejó de buscar el cuaderno.

Harry miró a Buckbeak bajo el resguardo. Hagrid lo había movido a la sombra y el agua del recipiente brillaba al lado del poste. El hipogrifo se inclinó para arreglarse una pluma que no conseguía alcanzar del todo.

—¿Podemos venir antes? —preguntó Harry—. Ese día.

Hagrid tardó un poco en contestar.

—Preguntaré para que los dejen bajar. Antes de que ellos vengan a la cabaña. No quiero que se queden a escuchar fuera.

Harry asintió.

El guardabosques tomó el recipiente. Había logrado meterlo bajo el brazo cuando Fang decidió que por fin podía acercarse y le empujó el codo con la cabeza. La tapa cayó otra vez.

Hagrid miró al perro.

—Acabas de ver que la recogían.

Fang movió la cola. Ron se agachó por la tapa y se la entregó sin hacer un chiste.

Aquella noche, Harry guardó la capa en el fondo de su bolsa.

La había dejado varias semanas en el baúl. Sin el Mapa, el camino a Honeydukes parecía más largo, pero no estaba preparándose para ir a Hogsmeade. Se acordaba de los funcionarios, de las miradas que seguían a Hagrid y de las veces que había querido quedarse donde no lo habían invitado.

No sabía si iba a necesitarla. Quería tenerla si cambiaban de idea y no los dejaban bajar.

Ron lo vio cerrar la bolsa.

—Si nos dicen que no...

—Voy a verlo.

Su amigo miró hacia su propia cama. Scabbers asomó la cabeza entre la manta y su rodilla; Ron lo recogió antes de sentarse encima.

—Yo también.

Hermione los esperaba abajo, rodeada de libros. Harry sacó dos de la silla antes de sentarse y Ron le dio a la rata unas migas de la galleta que estaba comiendo.

Hablaron un rato del último ejercicio de Defensa. Hermione encontró una respuesta que él había confundido con otra. Ron la corrigió en sus propias notas y después le pasó una hoja limpia para que dejara de escribir entre dos renglones.

Harry siguió con ellos hasta que casi no quedó nadie junto al fuego.

Antes de subir, comprobó que la bolsa siguiera debajo de su silla. Al otro lado de la ventana, los terrenos se oscurecían despacio y la luz de la cabaña todavía estaba encendida.



CAPÍTULO 37

Las últimas páginas



Dracenia

Pansy había escrito el nombre de un planeta en la palma de la mano.

Dracenia se lo descubrió cuando su amiga le pidió el tintero. Debajo del nombre había dos números y una mancha que empezaba a subirle hacia el pulgar.

—Eso no te lo van a dejar llevar al examen.

—Por eso lo escribí hoy.

—Podías usar un papel.

Pansy levantó tres hojas distintas. Había ocupado el banco entero, la mitad de la mesa y una silla donde nadie se atrevía ya a sentarse.

—Los pierdo. La mano viene conmigo.

Dracenia se rio y le pasó el frasco. En el patio habían dejado de jugar para dejar sitio a quienes querían estudiar al sol. Dos alumnos de primero recitaban la misma fórmula con palabras distintas; Goyle les había pedido que escogieran una antes de volver a empezar.

Quedaban pocos exámenes. La Copa seguía en Gryffindor y hacía días que Dracenia había dejado de buscar la clasificación al

pasar junto al comedor. No le gustaba verla. Tampoco iba a cambiar porque la leyera otra vez.

Su padre le había escrito después de la derrota.

No necesitó preguntarle cómo fue. La carta incluía una observación bastante precisa sobre el giro de Potter y otra, menos agradable, sobre el momento en que ella podía haber cerrado la mano. Dracenia le contestó que había estado allí. Después rompió la hoja y empezó de nuevo.

Ahora sus padres venían a verla el sábado, en una visita concertada con Snape. Su madre había prometido traerle un vestido que necesitaba probarse antes del verano. Su padre había añadido que llevaría un libro de jugadas.

Pansy cerró de golpe uno de los suyos.

—Si vuelvo a decir «Júpiter», pégame con esto.

Dracenia miró el volumen.

—Me van a castigar otra vez.

—Entonces uno más pequeño.

Se intercambiaron las hojas. Dracenia empezó por la pregunta que Pansy llevaba evitando toda la tarde y tuvo la satisfacción de verla poner una cara horrible antes de contestar.

El viernes, Snape cambió el tapón por un encantamiento desarmador.

No se lo lanzó sin avisar. Le explicó qué iban a probar, despejó el espacio y le hizo quitar de la mesa los frascos que había dejado otra clase. Dracenia se colocó frente a él con la varita en la mano y la inquietante certeza de que, si fallaba, ya no iba a bastar con mirar el corcho en el suelo.

Habían pasado semanas desde los primeros escudos. Ahora podía desviar varios objetos seguidos sin agotarse al tercero. También sabía lo rápido que aquello dejaba de servir cuando se precipitaba.

Snape levantó la varita.

Dracenia alzó la suya y conjuró el escudo.

El primer hechizo encontró su defensa. Dracenia sintió el golpe hasta el codo, pero conservó la varita y vio deshacerse el destello delante de ella.

No bajó el brazo para celebrar.

El segundo lo detuvo también.

Al tercero miró la mano del profesor demasiado pronto. El impacto le abrió los dedos y su varita salió hacia un cojín colocado al fondo.

Dracenia se quedó con la mano extendida.

—Voy por ella —dijo, antes de que Snape pudiera indicárselo.

La recogió, comprobó la punta y regresó a su lugar. Los siguientes intentos no tuvieron la fuerza de un duelo. Aun así, le exigieron dejar de pensar en el anterior para poder responder al que llegaba.

Detuvo tres.

Snape bajó por fin la mano.

—No ha seguido el hechizo con la varita.

Dracenia tenía los dedos calientes y una sonrisa que empezaba a escapársele.

—Ya no necesito hacerlo.

—No lo necesitaba antes, tampoco.

La sonrisa no se le fue. El profesor guardó su varita y le indicó que recogiera. Dracenia puso el cojín otra vez sobre la silla, sin soltar la suya hasta haber terminado.

Al salir encontró a un compañero esperando para preguntarle a Snape por su examen de Pociones. Le dejó paso. Habría podido contarle lo que acababa de conseguir y tuvo unas ganas enormes de hacerlo.

Se lo reservó para Pansy.

Lucius la abrazó antes de preguntarle por el partido.

Dracenia se había preparado para defender el último giro. No para que él le acomodara el cuello de la túnica y le dijera que estaba más alta, de una manera que la hizo querer apartarse y quedarse al mismo tiempo.

Los recibió en una salita próxima al vestíbulo. Snape había pasado a saludarlos y les dejó la hora acordada; los visitantes no podían recorrer el colegio por su cuenta. Narcissa dejó un paquete junto a la silla, miró la luz de la ventana y decidió que allí podían examinar perfectamente una costura.

Dracenia consiguió aplazar el vestido hasta después del té.

Su padre tomó la taza.

—Cuéntame lo que viste cuando Potter frenó.

Ella no tuvo que fingir que necesitaba recordarlo.

Se lo explicó con los dedos sobre el borde de la mesa: dónde estaba la Snitch, por qué había bajado ella, el giro que Harry no terminó. Lucius dejó de beber para seguirla. Le hizo repetir la posición de la Firebolt.

—Se arriesgó bastante.

—Sí.

—No conviene permitirle otra ocasión así.

Dracenia lo miró.

—No se la permití. Llegó.

Su padre dejó la taza. Ella sostuvo la mirada, sintiendo de nuevo la rabia del campo, los dedos cerrándose sobre aire.

—Volaste bien —dijo Lucius—. No te estoy diciendo lo contrario. Pero hay que trabajar lo que faltó.

—Lo voy a trabajar.

—Eso esperaba.

Sacó el libro que había llevado y abrió una página marcada. Dracenia se acercó aunque todavía estaba enojada. Encontró una posición que no tenía sentido, se la señaló y los dos pasaron varios minutos discutiéndola. Su madre terminó el té sin ayudarlos a decidir quién tenía razón.

Cuando cerraron el libro, Lucius le preguntó por el escudo.

Dracenia contó los intentos del viernes. No omitió la varita en el cojín. Al llegar a los tres últimos vio cambiar la expresión de su padre y se alegró de habérselo contado entero.

—Me gustaría verlo —dijo él.

Narcissa levantó la vista.

—En una práctica adecuada.

—Naturalmente.

Su madre mantuvo los ojos en él un instante. Después recogió el paquete del vestido y le pidió a Dracenia que se pusiera de pie.

Lucius salió un momento con Snape para preguntar por el final del curso.

Dracenia aprovechó para señalarle el cuello del vestido. No estaba mal, pero algo le rozaba al volver la cabeza. Narcissa encontró un hilo suelto y sacó de su bolsa unas tijeras pequeñas.

—Quédate quieta.

Dracenia obedeció. Su madre cortó el hilo, lo guardó en un papel y volvió a probar el cuello con dos dedos.

—¿Ahora?

—Mejor.

Dracenia se lo quitó y volvió a ponerse la túnica. Narcissa se sentó junto a ella para doblar la prenda. Dracenia apoyó un momento la cabeza en su hombro, antes de decidir que ya era demasiado grande para hacerlo delante de una puerta que podía abrirse.

Su madre no se movió.

—¿Sigues queriendo ir a Londres conmigo?

—Sí. Sin visitas después.

—Ya lo tengo anotado.

Dracenia pasó la uña por una costura de su propia túnica.

—Hay alguien…

Se detuvo, irritada por haber empezado sin saber cómo iba a continuar. Narcissa dejó el vestido sobre las rodillas.

—¿Qué ocurre?

—Nada malo. Hay alguien con quien casi siempre discuto. Pero a veces podemos hablar sin… —Volvió a detenerse—. Nos divertimos. Eso.

Su madre esperó.

Dracenia pensó en el plato con migas, en la silla que Potter acercó para entender un dibujo. Era mucho más fácil volver a aquel rato que explicarlo sentada junto a su madre.

—Me hace reír —añadió—. Después vuelve a ser insoportable.

Narcissa le apartó el pelo de la mejilla.

—¿Tú también?

Dracenia levantó la cabeza.

—A veces.

Su madre sonrió. No de una forma que le hiciera arrepentirse de haber hablado.

Dracenia volvió a apoyar la cabeza, sólo un momento. Narcissa terminó de doblar el vestido con la mano libre.

Al recordar a Granger bajando los ojos en Encantamientos, Dracenia se acomodó en el asiento, incómoda. No se apartó de su madre hasta que oyó a su padre regresar por el corredor.

Pansy estaba tratando de quitarse la tinta de la mano cuando Dracenia volvió.

La mancha se había borrado por el centro y sólo quedaban letras alrededor, como una respuesta que ya no sabía a qué pregunta pertenecía.

—¿Todavía llevas eso?

—Ahora llevo parte.

Dracenia dejó el paquete en la cama y le ofreció uno de los dulces que había traído Narcissa. Su amiga lo aceptó con la mano limpia.

—¿Qué dijo tu padre?

—Que tengo que entrenar más.

—Sorprendente.

Dracenia se sentó para quitarse los zapatos. Pansy la miró hasta que levantó la cabeza.

—Y que volé bien —añadió.

Su amiga asintió, satisfecha con la información que faltaba, y volvió a frotarse la palma.

Hablaron del examen, del vestido y de una prima de Pansy que quería visitarla durante las vacaciones. Su amiga estaba tratando de cambiar la fecha para que coincidiera con unos días en que ella no estaría en casa.

Dracenia tuvo que dejar de comer para reírse.

—Podrías decirle que no quieres.

—Mi madre ya la invitó. Dice que nos llevábamos muy bien cuando éramos pequeñas.

—A lo mejor eras tú la que se llevaba bien.

—Yo todavía no hablaba.

Pansy abandonó la mancha y fue a buscar su cuaderno de Astronomía. La práctica nocturna de Slytherin y Ravenclaw sería unos días después, en un turno distinto del que ya había tenido Gryffindor. Sinistra les había anotado la hora con toda claridad: de nueve y media a once y cuarto, arriba, con los instrumentos preparados antes de empezar.

La profesora los acompañaría al terminar. No debían inventarse otro camino de vuelta por tener permiso para estar despiertos.

Pansy abrió el cuaderno por una página llena de pequeñas marcas.

—Ésta no te la voy a dejar copiar.

Dracenia se inclinó para verla.

—Ya tengo la mía.

Su amiga buscó un papel en blanco.

—Entonces puedes preguntarme otra vez. Pero empieza por una que sepa.

Dracenia escogió la más fácil y aun así le leyó mal la primera palabra. Pansy la corrigió sin levantar la vista.

Se quedaron estudiando hasta que alguien bajó a llamarlas para cenar.



CAPÍTULO 38

La hoja doblada



Dracenia

La luz apareció cuando Dracenia ya estaba pensando en bajar la varita.

Fue una hebra pálida, tan breve que no alcanzó a iluminarle los dedos. Ella se quedó inmóvil. Después miró la hoja sobre la mesa y puso una marca junto al intento.

En el siguiente no salió nada.

Tenía el salón para ella sola hasta la hora de comer. Había abierto la ventana, apartado una silla y colocado su cuaderno donde pudiera leerlo sin cambiar de postura. La página estaba llena de anotaciones sobre el jardín de su casa: la jarra en la terraza, el vestido de su madre, las cintas que llevaba aquel día. Al empezar, los detalles habían parecido útiles. Ahora cada vez encontraba alguno que no había pensado en escribir.

Volvió a la primera línea.

Su madre estaba riéndose. Dracenia sabía por qué. También sabía qué había dicho ella antes y quién se sentaba del otro lado de la mesa.

Levantó la varita.

Nada.

Al hacer otra marca, atravesó el papel con la punta de la pluma.

Pansy la encontró en el vestíbulo, tratando de doblar la hoja sin romperla más.

—¿Vienes a comer?

—Todavía no.

—Pues voy yo. Quedé con Padma después.

Habían terminado los ejercicios que necesitaban entregar juntas. Ahora querían revisar sus trabajos por separado antes de saber las notas. Pansy llevaba un dibujo que no pensaba enseñar hasta haber arreglado una raíz que se extendía bastante más de lo que debía.

Dracenia señaló el bulto bajo su brazo.

—¿Otra vez ésa?

—Otra vez. Y tú llevas esa hoja desde la mañana.

Dracenia dejó de doblarla.

Al otro lado del vestíbulo, Lupin acababa de salir de su aula para abrir la puerta a dos alumnos que llevaban una caja entre ambos. Esperó a que la apoyaran antes de escuchar una pregunta.

Dracenia lo miró un momento.

Había visto la luz de Snape detener un hechizo con tanta facilidad que todavía intentaba imitar la forma de sostener la muñeca. Sus correcciones le servían. Sabía qué había cambiado entre el primer corcho que le golpeó la manga y los últimos encantamientos desarmadores.

Con el Patronus no podía mostrarle una diferencia así.

Lupin había hecho retroceder a la criatura del tren. Dracenia se acordaba de haber mencionado aquello delante de Snape y de lo poco que le había gustado al profesor.

—Voy a preguntar una cosa —dijo.

Pansy siguió su mirada.

—Te guardo sitio si no tardas.

Se fue hacia el comedor sin esperar a que cambiara de opinión.

Dracenia dejó que los dos alumnos salieran del aula. Después se acercó con la hoja todavía en la mano.

Lupin no le preguntó por Potter.

Aquello le permitió empezar sin tener que decidir de qué no quería hablar.

—¿Puedo hacerle una consulta? Sobre el Patronus.

El profesor miró el reloj.

—Tengo un rato antes de comer. Pasa.

Dracenia eligió el sitio libre junto a una mesa. No se sentó.

—Estoy practicando con el profesor Snape. Los otros encantamientos me salen mejor. Éste no.

—¿No sale nada?

—A veces un poco. Se deshace enseguida. Estoy usando el mismo recuerdo.

Le tendió la hoja. Lupin la tomó, vio las marcas y la pequeña rotura y volvió a mirarla.

—¿Esto lo escribes mientras practicas?

—Para saber si cambia.

Él le devolvió el papel sin ponerse a contar los intentos.

—Si quieres, muéstrame cómo lo haces.

Dracenia echó una mirada hacia la puerta. Seguía abierta. Dio un paso para no quedar justo enfrente de ella y puso la hoja sobre la mesa.

Encontró el jardín. La luz caía a un lado de la jarra; tenía que recordar la risa antes de alzar la varita. Vio de reojo las marcas del papel, apartó los ojos y pronunció el encantamiento.

La punta permaneció oscura.

Esperó un instante de más antes de bajar el brazo.

Lupin no tenía cara de estar buscando cómo felicitarla por el esfuerzo. Eso la tranquilizó un poco.

—El movimiento está bien —dijo.

—Eso ya me lo han dicho.

Se arrepintió del tono en cuanto lo oyó. El profesor no pareció ofendido.

—Entonces no empecemos por ahí.

Dracenia apoyó la varita sobre la mesa, junto al papel.

—Snape me dice qué estoy haciendo mal. Puedo corregirlo. Aquí no sé qué corregir.

Lupin se sentó en el extremo de un banco.

—¿Qué intentabas recordar?

Dracenia miró su hoja.

—Una tarde en mi casa.

No quería describirle a su madre ni explicar por qué aquélla era una buena tarde. Podía preguntarle por la fórmula sin tener que entregarle también todo lo que había pensado.

Lupin esperó. Después señaló el papel.

—No hace falta que me cuentes lo que no quieras. He visto que mirabas esto antes de empezar. ¿Se te estaba olvidando algo?

—No. Me acuerdo perfectamente.

—¿Para qué necesitabas leerlo?

Dracenia abrió la boca y volvió a cerrarla.

Había repasado las líneas para no saltarse ninguna parte. La posición de la jarra, la mesa, su madre. Al volver al recuerdo buscaba lo que acababa de escribir, incluso detalles que aquella tarde no le habían importado.

—Quería hacerlo igual que la vez que salió un poco.

Lupin asintió.

—Anotar puede servirte. Pero no tienes que reconstruir la tarde entera antes de intentarlo.

Dracenia miró la lista. No le gustó que estuviera allí, abierta entre los dos.

—¿Entonces sólo pienso en la parte buena?

—Piensa en lo que recuerdas de verdad. No en lo que crees que vas a tener que enseñarme después.

Ella levantó los ojos.

—No estoy haciendo un examen.

—Ya sé.

Lupin se levantó para cerrar un frasco que los alumnos habían dejado destapado. No esperó a que ella encontrara otra objeción ni le pidió que empezara por el principio.

Dracenia recogió la hoja y la volvió boca abajo.

En el segundo intento no miró la mesa.

Se acordó de la voz de su madre, del calor que la hizo levantarse para buscar sombra. Había estado muy satisfecha de una captura y todavía tenía la sensación de las alas apretadas contra el guante.

Sonrió antes de pronunciar la fórmula.

No salió luz.

La sonrisa se le fue. Miró a Lupin, furiosa por haber esperado otra cosa.

—Tampoco.

—Lo he visto.

—¿Y ahora?

El profesor dejó el frasco donde correspondía.

—Ahora sabes que puedes recordarlo sin leerlo.

Dracenia apretó la boca. No era la respuesta que quería llevarse.

—Eso podía hacerlo antes.

—Sí. Esta vez lo hiciste.

Desde el pasillo llegaron voces que se dirigían al comedor. Lupin recogió unos papeles y esperó mientras ella guardaba la varita.

—No voy a pedirte que practiques delante de un dementor para averiguar la diferencia —añadió—. Y no tendría sentido prometerte que el próximo intento va a funcionar.

Dracenia alisó el doblez de su hoja.

—No esperaba una promesa.

Él asintió, como si aceptara aquello sin necesitar demostrarle lo contrario.

Al llegar a la puerta, ella se volvió.

—¿Puedo seguir anotando después?

—Por supuesto.

Dracenia guardó el papel dentro del cuaderno, en una página distinta de la que había usado para mantenerlo a la vista.

—Gracias —dijo.

Le salió un poco tieso. No lo corrigió.

Pansy había terminado de comer.

Le había dejado una silla libre, no un plato servido, y se levantó en cuanto la vio acercarse.

—Hay pan todavía. Yo ya llego tarde.

Dracenia la dejó pasar. Se sentó frente a Goyle, que llevaba un rato intentando cortar una papa con el canto de la cuchara. Él la miró de reojo y tomó el cuchillo antes de que pudiera decir nada.

La hizo reír.

Por la tarde volvió al salón de práctica. Dejó el cuaderno cerrado sobre una silla y buscó el recuerdo sin levantar todavía la varita. Cuando apareció la mesa del jardín, no se puso a comprobar si tenía todo en su sitio.

El primer intento no produjo nada. En el siguiente creyó ver una claridad que se apagó antes de separarse de la punta.

Tenía ganas de intentarlo otra vez, sólo para no acabar con aquello. Miró la hora de la consulta de Pociones que había anotado en la tapa del cuaderno.

Lo recogió y se fue a buscar a Snape. Aún quería preguntarle por el final del movimiento del escudo.

Al llegar al corredor encontró un banco libre. Abrió allí el cuaderno y anotó lo que recordaba de la práctica, sin dibujar una fila nueva de marcas.

CAPÍTULO 39

Donde terminaba el túnel

Harry

El reloj del vestíbulo dio las nueve cuando salieron.

Harry llevaba la capa en la bolsa. El permiso era para bajar a la cabaña y regresar antes de que terminaran de cerrar los accesos, no para quedarse cuando llegaran los funcionarios. Hermione lo había repetido al guardar sus cosas. Después dejó de hablar de permisos y preguntó si Ron pensaba llevarse a Scabbers.

—No quiero dejarlo con el gato rondando —respondió él.

Crookshanks los siguió hasta la puerta. Hermione intentó hacerlo volver; el gato la rodeó y se adelantó por el camino como si supiera mejor adónde iban.

Quedaba luz sobre el lago. En la cabaña había una lámpara encendida.

Hagrid abrió con un chaleco que Harry sólo le había visto en el banquete de principio de curso. Se había peinado; el pelo ya empezaba a escaparse por un lado.

La apelación había terminado aquella tarde. No habían cambiado la decisión.

—Pasen. Todavía no han bajado.

Harry vio a Buckbeak junto al resguardo. El hipogrifo tenía el ramal sujeto al poste y estaba terminando de beber. No parecía esperar nada distinto de otra noche allí.

Adentro había cuatro tazas. Hagrid llenó tres y se olvidó de la suya.

Ron tuvo que sujetarse la manga para impedir que la rata saliera a la mesa.

—Hoy no se queda quieto.

—Déjalo lejos de Fang —murmuró Hagrid—. Ése cree que todo lo pequeño quiere jugar.

Fang dormía debajo de una silla. Harry puso una mano sobre el lomo tibio del perro y se quedó con ella allí.

Habían ensayado frases de ánimo al bajar. Ninguna servía delante de los sobres abiertos y del plato de carne que Hagrid había preparado para Buckbeak.

—Les dijiste lo que querías decirles —dijo Harry por fin.

El guardabosques miró sus papeles.

—Eso sí.

Hermione se sentó cerca de él.

Desde la ventana vieron llegar al grupo: Dumbledore, Fudge y dos hombres a quienes Harry no conocía. Uno llevaba un bulto largo bajo el brazo. Al cambiarlo de lado, el filo de un hacha recogió la luz.

Hermione dejó su taza.

Hagrid se levantó.

—Tienen que irse. Por atrás. No quiero que empiecen a hacerles preguntas también a ustedes.

Harry quiso abrazarlo y lo hizo antes de encontrar una forma de pedirlo. Hagrid lo apretó un momento, con una mano grande entre los hombros.

—Vamos —dijo después, sin soltarlo del todo—. Llévate a esos dos.

Salieron por la puerta trasera.

Harry se cubrió con la capa y dejó que sus amigos entraran debajo. La tela ya no les sobraba como en primer año. Ron tuvo que llevar a Scabbers contra el pecho y Hermione se agachó hasta que pudieron avanzar sin dejar una cabeza visible.

Querían alcanzar el camino sin que Fudge los llamara de regreso. Crookshanks se perdió entre las sombras de la cabaña.

No miraron atrás al oír la puerta delantera cerrarse.

Después llegó el golpe.

Seco, pesado. Hermione se detuvo tan de repente que Harry chocó con ella.

Ninguno había visto caer el hacha. Harry se quedó mirando el pedazo de camino que todavía alcanzaba a ver bajo la capa y sintió unas ganas espantosas de volver.

Ron le puso una mano en la espalda.

—Harry.

Siguieron subiendo. Hermione se limpió la cara con la manga sin decir nada.

La rata empezó a chillar cerca de la pendiente del Sauce.

Ron trató de sujetarla mejor. Scabbers le corrió por la muñeca y saltó al pasto; Harry levantó un borde de la capa para que su amigo pudiera recogerlo.

Algo anaranjado apareció junto a una raíz.

—¡Crookshanks, no! —gritó Hermione.

Ron atrapó a Scabbers y se lo apretó contra el pecho. Entonces una sombra negra salió por el otro lado del sendero.

Harry vio los dientes antes de reconocer al perro.

Era enorme. Se lanzó hacia el brazo donde Ron protegía a la rata y cerró la boca sobre la manga. Ron intentó retroceder; el tirón lo hizo caer de lado y una pierna quedó atrapada contra una raíz gruesa.

El crujido se oyó por encima de su grito.

Harry se quitó la capa, la dejó sobre la bolsa al soltarla y sacó la varita. El perro seguía tirando hacia la abertura del árbol, arrastrando a Ron por el pasto. Su amigo se aferraba a la tela del uniforme con una mano, con la rata encerrada contra el cuerpo.

Una rama golpeó delante de Harry.

Lo obligó a lanzarse al suelo. Hermione lo agarró del hombro justo antes de que otra barriera el lugar donde tenía la cabeza.

Ron desapareció entre las raíces.

Harry se levantó, desesperado. La bolsa había quedado junto al sendero, con la capa amontonada encima. No podía alcanzar a Ron desde allí ni pasar bajo aquellas ramas.

Crookshanks sí pudo.

Se deslizó pegado al suelo, saltó sobre una raíz y apoyó una pata en un nudo del tronco.

Las ramas se quedaron quietas.

Hermione ya estaba corriendo.

Harry fue detrás.

El hueco desembocaba en un túnel bajo.

Harry avanzó encorvado, con la varita encendida y tierra rozándole el pelo. Oía a Hermione respirar detrás. Más adelante llegaron un golpe, el quejido de Ron y un arrastre que lo hizo acelerar hasta darse con el hombro contra la pared.

El túnel empezó a subir. Encontraron una salida entre tablas y entraron en una casa que crujió bajo sus pies. El quejido de Ron llegó de nuevo, esta vez desde arriba. Harry subió la escalera de dos en dos, con Hermione detrás.

Ron estaba en el piso del cuarto de arriba, con la pierna doblada de una manera que Harry no quiso mirar mucho tiempo.

—Me quitó la varita —alcanzó a decir.

El perro ya no estaba.

Junto a la pared había un hombre con la varita de Ron en la mano.

Harry reconoció el rostro de los carteles.

—Apártate de él.

Black levantó la cabeza. Parecía incapaz de dejar de mirar el bulto que Ron sujetaba contra su túnica.

Harry se le fue encima.

No había pensado en un encantamiento. Chocó contra él con todo el peso que pudo y lo derribó junto a una cama rota. La varita de Ron salió rodando. Black intentó incorporarse; Hermione la recogió y se la apuntó al pecho mientras Harry mantenía la suya a pocos centímetros de su cara.

Era allí donde habían terminado las risas con su padre. Aquel hombre lo había conocido antes de que Harry naciera.

—Los entregaste —dijo.

Black dejó de forcejear.

—No fui yo.

—¡Cállate!

La palabra llenó la habitación. Harry tenía el brazo tan tenso que le dolía el codo.

Ron se arrastró hacia la cama sin apoyar la pierna. Hermione le devolvió su varita y mantuvo la propia alzada.

—Harry, no te acerques más —dijo.

Se oyeron pasos en la escalera.

Lupin entró con la varita levantada.

Por un segundo Harry sintió un alivio tan grande que aflojó el brazo. Después vio adónde estaba mirando su profesor.

No a él. No a Ron herido.

A Black.

—¿Dónde está? —preguntó Lupin.

Black señaló la mano de Ron.

Lupin se quedó inmóvil. Luego guardó la varita y ayudó al hombre a levantarse. Harry retrocedió un paso, demasiado sorprendido para impedirlo.

—Usted lo sabía.

—Harry...

Harry retrocedió hasta quedar delante de Ron. Unos minutos antes habría apartado la varita en cuanto Lupin se lo pidiera. Ahora la sostuvo con ambas manos para que dejara de temblarle.

—No lo deje acercarse.

Lupin miró hacia el muchacho herido. Se quedó junto a Black, sin dar otro paso.

Hermione se interpuso a medias, sin dejar de apuntar.

—Es un hombre lobo.

La frase pareció quitarle el aire al cuarto.

Lupin la miró.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Las ausencias. La clase que nos dio Snape. El boggart... Hace meses.

Harry se volvió hacia ella y regresó enseguida a Lupin.

—¿Por eso lo ayudaba a entrar?

—No lo he ayudado a entrar. Hagrid me dijo que bajarían a verlo. Abrí el Mapa para ver por dónde volvían y encontré a alguien que creía muerto. Iba contigo, Ron.

Ron miró a la rata.

Scabbers estaba tan quieto que por primera vez dejó de parecer tranquilo.

—Peter Pettigrew —dijo Lupin.

Harry sintió que volvía a oír a Fudge detrás de los barriles. La explosión. Lo que habían encontrado del amigo de su padre.

—Está muerto.

Black alzó la mano hacia Scabbers.

—Lleva años escondido ahí.

Ron lo cubrió con el brazo.

—Me rompiste la pierna por una rata.

Black miró por fin el pie torcido.

—No debí tirar de ti así.

—Pues ya lo hiciste.

Lupin dio un paso y Ron lo detuvo con la punta de su varita.

—Quiero ver lo que dices —ordenó Harry—. Pero no lo toquen hasta que Ron esté de acuerdo.

Un hombre apareció en la puerta al quitarse la capa de Harry.

Snape sostenía su varita con una mano. La tela invisible cayó sobre el brazo libre.

—Qué reunión tan interesante.

Lupin se volvió despacio.

Snape no le permitió empezar.

Había ido a llevarle la dosis que faltaba. Encontró el despacho vacío y el Mapa abierto. Lo siguió hasta el árbol y recogió la capa junto al camino.

—Aparte la varita, Remus.

Lupin dejó la suya sobre la mesa. Snape no dejó de apuntar a Black.

—Ahora va a escucharme —dijo Sirius.

—Ya te escuché una vez cuando éramos alumnos —respondió Snape—. Casi no salí de este túnel.

—Severus, aquí hay alguien más —intervino Lupin.

—Lo veo. Tres niños. Uno con la pierna rota.

Ató a Lupin con un movimiento de la varita. Harry vio tensarse la cuerda alrededor de su pecho.

Snape avanzó hacia Black.

—La rata —dijo Harry—. Sólo tiene que mirar la rata.

—Baje eso, Potter.

Harry no bajó la varita.

Snape levantó la suya al ver moverse a Black. Harry lo desarmó.

Hermione y Ron pronunciaron el mismo encantamiento casi a la vez.

El golpe de los tres hechizos lanzó a Snape contra la cama. Se dobló sobre el borde y cayó al suelo. La varita golpeó la pared; la capa quedó enredada en su brazo.

Harry bajó la suya, horrorizado por la fuerza con que lo habían arrojado.

Black recogió la varita caída de Snape y cortó las ataduras. Lupin se arrodilló junto al profesor y le examinó el cuello.

—Respira. Está inconsciente.

Harry sintió náuseas. Hermione se había tapado la boca con una mano.

Ron seguía apuntando desde el piso.

—No vuelvas a acercarte a mí sin decir lo que vas a hacer —le advirtió a Black.

Ron no quiso soltar a Scabbers cuando Black volvió a pedirlo.

—A ti no te lo doy.

La rata había escondido la cabeza entre sus dedos. Ron la cubrió con la otra mano al ver que Black se movía.

Harry se agachó a su lado.

—Dámelo a mí.

Ron lo miró. Después bajó los ojos hacia el hocico que asomaba junto a su pulgar.

—No lo lastimen.

Harry tendió la mano libre y esperó. Scabbers intentó treparle por la muñeca en cuanto Ron lo soltó; lo dejó sobre la colcha, delante de los dos, y volvió a apuntar.

Ron se agarró de su manga.

Lupin recuperó su propia varita. Black conservó la de Snape. Apuntaron al mismo tiempo.

La rata intentó correr.

Se estiró entre las dos luces, las patas se alargaron y la cabeza perdió el hocico. Un hombre pequeño cayó de rodillas sobre el piso y quiso cubrirse la cara con ambas manos.

A una le faltaba un dedo.

Ron hizo un ruido débil.

El hombre levantó los ojos hacia él. Tenía la misma mirada húmeda que Harry había visto tantas veces asomarse desde una manga.

—Ron. Tú me conoces.

Su amigo se apartó contra la cama.

Su mano soltó la manga de Harry. Se sacudió la suya por reflejo, como si todavía pudiera tener algo adentro.

—Tú me cuidaste —insistió Peter.

Ron miró al hombre arrodillado, la boca entreabierta, los dedos incompletos que se alzaban hacia él.

—Creía que eras una rata.

Peter quiso avanzar. Hermione se colocó junto a Ron y le apuntó desde allí.

—Quédate donde estás.

Harry dejó de sentir la presión de los dedos de su amigo sobre el brazo. Le habría gustado recuperarla, tener un segundo para preguntarle si estaba bien. No podía apartar la varita de aquella cara.

Lupin habló con una voz que había perdido toda la paciencia del aula. Sus tres amigos habían aprendido a transformarse para

acompañarlo cuando él no podía ser humano. Black era el perro. Peter, la rata. Su padre había sido un ciervo.

Aquella era la Casa de los Gritos. Dumbledore había preparado el lugar para mantenerlo apartado durante las transformaciones; el túnel y el árbol protegían la entrada. Snape había estado a punto de encontrárselo allí cuando Sirius le contó cómo pasar. James había llegado a tiempo de impedirlo.

Habían dibujado juntos el Mapa.

Harry miró las manos de Lupin y recordó cómo encontró los pliegues sin tener que buscarlos.

—Lo reconoció cuando se lo enseñé.

Lupin levantó la vista.

—Sí.

—Sabía que lo había hecho mi padre y no me dijo nada.

Harry había llevado el pergamino a aquel despacho porque confiaba en él. Recordó la copa vacía, el cajón cerrándose y sus ganas de quedarse a preguntar algo más.

Lupin abrió la boca y tardó en responder.

—No te dije toda la verdad.

Hermione permaneció junto a Ron, con los ojos fijos en Peter. Harry volvió hacia él, con la mandíbula apretada, y dejó que Lupin siguiera sin acercarse a ellos.

—No se lo dije a Dumbledore —admitió el profesor—. Que Sirius podía cambiar de forma. Me avergonzaba contar lo que hicimos cuando él confió en mí. Pensé que así no había conseguido entrar.

Ron soltó una risa sin alegría.

—Sí pudo.

Lupin bajó los ojos hacia su pierna y no se defendió.

Peter empezó a hablar muy rápido. Dijo que había tenido miedo, que no sabía qué iban a hacerle, que se había quedado con una familia que lo cuidaba.

Black lo hizo callar.

El cambio del Guardián Secreto se había decidido al final. Black debía parecer la elección evidente; Peter guardaría la dirección de los Potter. Nadie pensaría en él.

Peter la había entregado.

—Te buscaron en la calle —dijo Harry, mirando a Black—. Pettigrew fue a buscarte.

—Para gritar que yo había matado a James y a Lily. Se cortó el dedo antes de provocar la explosión. Cuando llegó la gente, él ya estaba debajo del suelo.

Harry miró la mano incompleta.

Peter dejó de esconderla.

—Me habrían matado.

Peter miró a Harry.

—Tenía que darle algo. No podía decirle que no.

No había dicho que fuera mentira.

Harry sintió una presión dolorosa detrás de los ojos. La cara que había buscado durante todo el año estaba allí, a unos pasos, pero el hombre al que quería golpear ya no era el mismo.

Black sacó un recorte arrugado. Ron reconoció a su familia delante de la pirámide.

—Lo vi en el periódico que llevó Fudge a la prisión. Estaba sobre tu hombro. Le faltaba el dedo.

Harry se acordó de la fotografía sobre la mesa del Caldero.

La habían tenido delante.

Black había huido como perro. Los dementores no percibían en él lo mismo cuando dejaba de ser humano, y el cuerpo adelgazado había logrado pasar entre los barrotes. Después Crookshanks lo reconoció como algo distinto de un perro corriente. Lo ayudó a seguir a la rata y le llevó un papel que había recogido en el castillo.

La lista.

Ron miró hacia la puerta, donde el gato anaranjado acababa de sentarse.

Peter se arrastró hasta los pies de Harry.

—James no querría…

—No uses su nombre.

Harry tuvo que repetirlo para que la voz le saliera entera.

Lupin se colocó al lado de Black. Las dos varitas volvieron a apuntar al hombre.

Harry dio un paso delante de ellas.

—No.

Black lo miró con una furia que no iba dirigida a él y aun así lo hizo temblar.

—Peter viene con nosotros —dijo Harry—. Van a verlo. Va a decir lo que hizo delante de alguien más.

Lupin bajó la punta primero.

Harry no miró a Peter para tranquilizarlo. No lo había perdonado. Quería que saliera de aquella casa vivo, con la cara que ya no podría esconder debajo de la manga de Ron.

Lupin le entablilló la pierna a Ron antes de moverlo.

Ron dejó que lo hiciera sin apartar los ojos del prisionero. Peter tenía las muñecas atadas y dos varitas apuntándole mientras se

ponía de pie. Black le advirtió qué pasaría si intentaba transformarse otra vez.

Sirius levantó a Snape con un encantamiento. La capa quedó recogida sobre su pecho y flotó con él al bajar la escalera. Harry se aseguró de que la cabeza no golpeara el marco de la puerta.

Volvieron por el túnel más despacio. Hermione ayudaba a Ron; Harry iba cerca de Peter, que caminaba delante de Lupin. Black llevaba a Snape suspendido y los esperaba en los tramos estrechos.

En una pausa, Sirius miró a Harry.

—Tus padres me habían pedido que cuidara de ti si les pasaba algo.

Harry se quedó junto a la pared, con tierra en los zapatos y el corazón dando un golpe distinto.

—Ya lo sé.

Sirius asintió. Parecía no saber qué más podía ofrecer con aquella ropa y aquella cara.

—Si conseguimos que escuchen a Peter, podrías… No sé dónde viviría todavía. Pero podríamos buscar un sitio.

Harry se imaginó una puerta que no fuera la de Privet Drive.

—¿Conmigo?

La expresión de Sirius cambió.

—Si quieres.

Harry quiso decir que sí y tardó en poder pronunciarlo. Su padrino lo oyó la primera vez, aunque salió muy bajo.

Más adelante, Ron pidió que esperaran antes de subir el último tramo. Black dejó a Snape sobre el suelo, fuera del alcance de las ramas, y volvió para ayudarlo. Crookshanks mantenía el árbol inmóvil junto al nudo.

Harry salió al aire fresco.

La luna se levantaba sobre los árboles.

Hermione agarró su manga.

Lupin se había quedado rígido.

La varita cayó de su mano. Harry vio la cara del profesor contraerse y oyó un sonido que no parecía poder salir de una garganta humana.

—La dosis de Matalobos —dijo Black.

—No la tomé… —alcanzó a decir Lupin.

Se apartó de Peter antes de caer sobre las rodillas. Sirius dejó la varita de Snape junto al profesor tendido.

Black se transformó.

El perro se lanzó contra la figura que crecía junto a las raíces y la empujó lejos de Ron. Harry se arrodilló para sostener a su amigo mientras Hermione levantaba la varita.

Peter vio el mango en el pasto.

Las ataduras le dejaban juntas las manos, no le impedían agacharse. Alcanzó la varita de Lupin y lanzó un golpe de luz hacia Ron. Hermione lo desarmó; el fogonazo se perdió en el pasto.

La varita salió despedida.

Peter cayó de costado y dejó de ser un hombre antes de tocar la tierra.

Harry quiso atraparlo. Ron lo sujetó por la túnica justo cuando una garra rasgó el aire sobre ambos.

El hombre lobo volvió a lanzarse sobre el perro.

Peter desapareció entre las raíces.

Hermione arrastró a Ron unos pasos hacia el tronco. Harry la ayudó y se quedó apuntando al ruido que se alejaba hacia el bosque, incapaz de decidir qué era peor dejar de mirar.

La casa que acababa de imaginar se le fue con la rata.

El primer aullido llegó desde la pendiente del lago.

Después oyeron gemir a un perro.

Ron se apoyó contra la raíz, fuera del paso de las ramas. Tenía la varita y a Snape tendido cerca, respirando todavía.

—Vayan —dijo—. Yo no puedo bajar.

Hermione miró una vez la distancia hacia el castillo. Había luces, demasiado lejos.

—Voy a traer ayuda si…

—Primero vayan a verlo.

Harry ya estaba levantándose. Hermione fue con él por el borde del bosque, siguiendo el gemido que llegó una vez más desde abajo.

Encontraron a Sirius en la orilla, otra vez hombre, con la ropa desgarrada y las manos metidas en el agua.

El frío les salió al encuentro.

Había capuchas entre los árboles. Sobre el sendero. Acercándose desde ambos lados del lago.

Harry se colocó delante de su padrino.

Buscó la casa, la puerta, la voz de Sirius preguntándole si quería ir con él.

—Expecto Patronum.

Salió una nube pálida. Durante un instante ocultó dos manos grises.

Después se abrió.

Hermione pronunció la fórmula junto a él. La varita le temblaba. Harry quiso decirle que pensara en algo bueno y descubrió que ya no sabía dónde encontrar lo suyo.

Su madre volvió a gritar.

La casa no existía. Sirius estaba en el suelo. Peter se había ido.

Harry repitió el encantamiento hasta que las palabras dejaron de parecer palabras.

Una mano lo sujetó por el brazo. Otra se acercó a la cara de Sirius.

Hermione cayó junto a él.

Harry intentó alzar la varita. Sólo consiguió arrastrarla por la tierra mojada.

Entonces el agua se volvió blanca.

Al otro lado había una luz, una figura que se movía dentro de ella. Algo plateado corrió sobre la orilla y las capuchas empezaron a apartarse.

Harry quiso levantar la cabeza.

Por un instante creyó reconocer a alguien de pie detrás del resplandor.

Su padre.

El nombre no alcanzó a salirle de la boca.

CAPÍTULO 40

Del otro lado del agua

Harry

Harry despertó intentando cerrar la mano sobre una varita que ya no estaba allí.

Pomfrey se la había dejado junto a las gafas. Harry se las puso y encontró una manta sobre su cuerpo, una venda en su brazo y a Hermione sentada en la cama contigua. Ron estaba más allá, con la pierna inmovilizada.

—¿Sirius?

Hermione lo miró.

Había voces detrás de la puerta. Fudge hablaba de dementores, de custodia, de lo afortunados que habían sido los niños. Snape le contestó antes de que Harry consiguiera sentarse.

—Lo encontré inconsciente junto al lago. Potter y Granger estaban cerca. Weasley seguía al pie del árbol.

Ron alcanzó a contarle que había logrado despertar a Snape y explicarle por dónde se fueron sus amigos. Snape volvió a encontrar su varita donde Sirius la había dejado, dio la alarma y fue hacia el lago. Cuando llegaron los otros profesores, el frío ya estaba retirándose.

Harry apartó la manta.

Pomfrey apareció antes de que apoyara los pies.

—No va a levantarse.

Fudge entró detrás de ella. Harry empezó a hablar sin darle tiempo a felicitarlo por seguir vivo.

Peter estaba vivo. Lo habían visto. La rata era Peter.

El ministro lo escuchó con una expresión cada vez más incómoda. Snape permanecía en el umbral, con una palidez que destacaba la herida junto a su pelo.

—Pettigrew murió hace doce años —dijo Fudge—. Comprendo que Black les haya contado algo convincente.

—¡Lo vimos cambiar!

Hermione se puso de pie para respaldarlo. Ron lo intentó y Pomfrey lo devolvió a la almohada con una sola mano.

Snape habló de un encantamiento de confusión, de los niños apuntándole y de Lupin ayudando a un fugitivo. No había visto al hombre que salió de la rata. Harry lo comprendió con una desesperación nueva: el profesor había estado allí, y aun así no podía contar lo que ellos necesitaban que contara.

Fudge no estaba dispuesto a liberar a Black por la palabra de tres alumnos que habían salido de una casa con él.

Iban a entregarlo a los dementores.

Harry buscó aire. Pomfrey le sujetó el hombro al verlo levantarse.

Dumbledore llegó cuando él empezaba otra vez por la fotografía de Egipto.

El director consiguió que los dejaran solos.

Escuchó a Harry y a Hermione sin interrumpirlos para pedir otra versión de lo mismo. Ron añadió desde la cama la parte que

sabía. Cuando terminaron, el reloj estaba acercándose a medianoche.

—Les creo —dijo Dumbledore.

Harry sintió un alivio que duró apenas hasta su siguiente frase.

No bastaba con que él les creyera. Peter había desaparecido. Fudge aceptaba la versión de Snape y Sirius seguía condenado por hechos que el Ministerio daba por probados desde hacía años.

—Entonces van a… —Harry no pudo terminar.

—Todavía está en el despacho de Flitwick. En el lado occidental.

Hermione llevaba un rato tocándose el cuello de la túnica. Dumbledore la miró.

—La profesora McGonagall me habló de tus dificultades con el horario.

Ella levantó los ojos.

Harry pasó de uno a otro.

—¿Qué tiene que ver su horario?

Dumbledore esperó. Hermione había sacado de debajo del cuello una cadena con un objeto diminuto.

—Tres horas —dijo ella, casi sin voz.

Después miró a Harry.

—Buckbeak.

Él se quedó inmóvil.

—Oímos el hacha.

—No lo vimos morir.

Dumbledore asintió. La criatura había escapado; los funcionarios se marcharon sin encontrarla. Alguien capaz de volar hasta una ventana podía llegar donde no podían llegar por la puerta.

Hermione ya estaba buscando sus zapatos.

Pomfrey volvió para anunciar que cerraría la enfermería a medianoche. Dumbledore le pidió un momento más y acompañó a los dos hasta el descansillo, fuera de la vista de las camas.

—Regresen antes de que cierre Poppy —les dijo—. Y tengan mucho cuidado con quién puede verlos.

Se alejó por la escalera. Hermione levantó la cadena y la pasó también alrededor del cuello de Harry.

—Es un Giratiempo. Me lo prestaron para las clases.

La miró sin encontrar palabras.

—Por eso estabas tan cansada.

Hermione hizo una mueca breve.

—No podemos cruzarnos con nosotros mismos. Luego te explico.

Eran las once cincuenta y cinco.

Hermione dio tres vueltas al pequeño reloj.

El corredor se deshizo en luces y sombras.

Harry se aferró al brazo de su amiga. El suelo siguió bajo sus pies, pero por la ventana las tinieblas se retiraron y apareció otra vez el gris claro del anochecer. Al cesar el movimiento seguían en el descansillo. La puerta de la enfermería estaba abierta y se oían voces distintas adentro.

Hermione retiró la cadena del cuello de Harry y lo llevó hacia la escalera.

Bajaron deprisa. Antes de entrar al vestíbulo, ella le puso una mano en el pecho y lo detuvo detrás de una armadura.

Ron apareció al otro lado.

Tenía las dos piernas sanas. Caminaba junto a Harry y Hermione.

Harry sintió un mareo tan fuerte que tuvo que sujetarse a la pared.

Vio la bolsa que llevaba su otra mano. La capa estaba dentro. Crookshanks se adelantó hacia la puerta; su otra Hermione intentó hacerlo regresar.

El reloj dio las nueve.

Hermione esperó hasta que los tres salieron.

—Ahora nosotros.

Harry la siguió, incapaz de apartar de la cabeza la imagen de Ron caminando sin dolor.

Tuvieron que esperar a que un prefecto terminara de hablar junto a la puerta y cruzar el patio cuando ya no miraba hacia allí.

No tenían la capa. La llevaba el otro Harry, bajando por el camino principal.

Ellos rodearon los invernaderos y siguieron la pendiente hasta la parte de atrás de la cabaña. Hermione lo detuvo antes de que asomara la cabeza junto a la ventana. Desde dentro llegaba la voz de Ron quejándose de la rata.

Harry se agachó detrás de un montón de leña.

No habían pasado ni veinte minutos desde su llegada al pasado y ya estaba sudando. Podía oír a Hagrid hablando con ellos antes del golpe que los hizo llorar en el camino.

Buckbeak levantó la cabeza al otro lado del cercado.

Hermione miró hacia la ventana delantera, donde empezaban a distinguirse las siluetas de quienes llegaban.

—Todavía no.

Esperaron.

La puerta trasera se abrió. Hagrid habló bajo. Un roce en el pasto se alejó por el costado de la cabaña y Harry alcanzó a ver un zapato antes de que desapareciera bajo la capa.

Él mismo acababa de irse.

En el interior cerraron otra puerta. Alguien pidió una firma.

Harry salió de su escondite.

Se inclinó delante de Buckbeak con las rodillas temblando.

El hipogrifo lo examinó. Harry recordaba el calor de sus plumas, el vuelo sobre el lago y la forma de sujetarse sin tirar de él. Esperó sin levantar las manos.

La cabeza gris bajó.

Harry se acercó por el costado. Hermione rodeó el poste desde atrás, lejos del pico. La cuerda estaba tensa alrededor de un nudo grueso; tuvo que aflojarla con los dedos antes de sacar el extremo.

Adentro de la cabaña movieron una silla.

Harry miró a su amiga. Ella negó con la cabeza: todavía no.

Un lazo salió por fin. Hermione soltó el ramal y le entregó el extremo.

Harry empezó a caminar con el animal a su lado. Buckbeak se detuvo para examinar el espacio entre el cercado y la pila de leña.

—Por aquí —susurró.

No tiró de la cuerda. Le dio sitio y volvió a avanzar. El hipogrifo plegó mejor las alas y lo siguió, con las garras hundiéndose en la tierra.

Hermione iba delante, atenta a la ventana. Los llevó por la parte ciega del resguardo hasta que la cabaña quedó detrás de la pendiente.

Cuando oyeron abrirse la puerta, ya estaban junto a los primeros árboles.

Una voz preguntó dónde estaba el animal.

Después el hacha golpeó madera.

Harry se quedó quieto, con el ramal en una mano y el cuello tibio de Buckbeak junto al hombro.

No lo habían matado.

El hipogrifo le rozó el pelo con el pico y lo hizo apartarse un poco. Hermione se tapó la boca con ambas manos. No sabía si estaba riéndose o intentando no llorar.

Harry apoyó la frente un instante contra las plumas.

Todavía les faltaba Sirius.

Esperar en el bosque resultó peor que correr.

Harry reconoció el grito de Ron cuando llegó desde la pendiente. Se movió antes de recordar que ya había estado allí, que no podía salir a impedir el ataque sin encontrarse consigo mismo.

Hermione lo sujetó por la muñeca.

Él se quedó mirando entre los árboles hasta que el último ruido del Sauce se apagó.

Había conseguido ponerse de pie sin darse cuenta. El ramal se tensó detrás de él y Buckbeak levantó el pico, inquieto.

Harry se obligó a retroceder. Aflojó la cuerda y se quedó junto al animal, con el corazón corriendo todavía hacia el grito.

Hermione le soltó la muñeca. No le dijo que se tranquilizara. Se había quedado tan pálida como él.

La luz fue retirándose del terreno. Buckbeak intentó picotear una raíz, se aburrió y empezó a arreglarse el ala. Hermione le indicó a Harry que aflojara un poco el ramal. Llevaba tanto rato apretándolo que le había dejado una marca en la palma.

Pensó en Peter, encerrado todavía en aquella casa.

—Podríamos ir al otro extremo del túnel.

Hermione levantó la cabeza.

—¿Y si nos ven salir? Harry, todavía estamos adentro.

Él sabía que tenía razón. No había dejado de querer atraparlo por saberla.

Pasó mucho tiempo antes de que las voces regresaran junto al árbol. Harry oyó a Ron protestar, un ruido hueco y después aquel sonido imposible en la garganta de Lupin.

Hermione llevó a Buckbeak más adentro.

El perro y el hombre lobo se alejaron entre los árboles. Harry los oyó sin poder verlos. Una rama se quebró tan cerca que el hipogrifo alzó las alas; Hermione tuvo que retroceder para darle espacio.

Esperaron hasta que el ruido bajó hacia el otro lado de la pendiente.

Entonces llegó el gemido de Sirius.

Harry reconoció lo que iba a pasar después.

Sujetaron el ramal a un tronco firme, en el claro cubierto donde habían esperado. Harry comprobó que no quedara cerca de las patas.

—Tenemos que ver el lago —dijo.

Hermione tomó su mano antes de que saliera corriendo por el mismo sendero que habían usado la primera vez.

Lo llevó por la parte alta, entre los árboles, hasta poder bajar por la orilla opuesta.

Las capuchas se movían alrededor del agua.

Harry se agachó junto a Hermione y encontró los tres cuerpos al otro lado. Sirius estaba casi en la orilla. Su otra figura levantaba la varita; Hermione permanecía a su lado.

La niebla salió y volvió a deshacerse.

Harry miró hacia los árboles cercanos.

Allí había visto la luz. Allí debía de haber estado su padre.

Buscó una sombra entre los troncos, una mano, el brillo de unas gafas.

No había nadie.

—Tiene que venir —susurró.

Su otra figura cayó sobre una rodilla.

Hermione le apretó el brazo. Él casi no lo notó. Esperaba que alguien saliera de la oscuridad, que por fin pudiera verlo sin una fotografía ni una voz desesperada.

La mano gris se inclinó sobre Sirius.

Entonces Harry comprendió por qué no había encontrado a nadie.

Había visto a una persona desde la otra orilla. Con su cara. En aquel mismo sitio.

Él.

Se levantó.

No pensó que quizá no pudiera hacerlo. Ya había visto la luz atravesar el lago.

Recordó a Sirius en el túnel, ofreciéndole un lugar para sus cosas. La posibilidad de una puerta que pudiera abrir sin pedirle a nadie que lo dejara entrar.

Levantó la varita.

—¡Expecto Patronum!

La plata salió con una fuerza que le llenó el brazo de calor.

No se extendió en niebla. Se afirmó delante de él, levantó una cabeza con astas y golpeó el suelo con los cascos. Harry vio el lomo, el cuello, las patas hechas de luz.

El ciervo saltó hacia el agua.

Las capuchas se apartaron. Una intentó volverse hacia Harry y retrocedió cuando el resplandor la alcanzó. El animal cruzó, obligándolas a separarse de los cuerpos, y siguió corriendo por la orilla hasta despejarla.

Harry tenía la varita alzada y no le temblaba.

El ciervo volvió la cabeza desde lejos.

Pensó en el ciervo del que había hablado Lupin. La mano que seguía sosteniendo la luz era la suya.

Cuando el Patronus regresó, Harry extendió los dedos como si pudiera tocarlo.

La plata se deshizo cerca de su palma.

Hermione se puso de pie a su lado.

—Lo hiciste.

Harry se volvió hacia ella con una risa que casi le falló.

—Era yo.

Su amiga lo abrazó. Él la apretó sin bajar todavía la varita.

Se quedaron el tiempo suficiente para ver luces de varitas acercarse a los cuerpos por el otro sendero.

No podían ir con ellos. Su propio cuerpo seguía tendido allí, junto al de Hermione.

Volvieron a buscar a Buckbeak por entre los árboles. Harry tuvo que detenerse dos veces para recuperar el aliento; después del encantamiento las piernas parecían tardar en enterarse de que quería seguir corriendo.

Al intentar pasar sobre una rama, arrastró el pie y tropezó. Hermione lo sujetó del codo. Durante unos segundos ninguno se movió; Harry se apoyó en un tronco, respiró hasta que dejó de dolerle el costado y asintió para que siguieran.

El hipogrifo los recibió con un tirón del ramal.

Desde el claro vieron avanzar las luces hacia el castillo. Tardaron en alcanzar el camino principal y siguieron más despacio al subir la cuesta. Harry quiso montar enseguida; Hermione señaló el sector oscuro de la torre.

—Todavía no lo han llevado allí.

Esperaron entre los árboles. La entrada volvió a cerrarse detrás de los profesores y pasó otro rato antes de que una ventana alta se iluminara del lado que Dumbledore les había indicado.

Hermione miró su reloj.

—Las once y media. Tenemos que subir.

Hermione desató el ramal del tronco mientras Harry se inclinaba ante Buckbeak. Tuvieron que esperar a que aceptara acercarse otra vez. Después Harry montó primero, le dio la mano a su amiga y la ayudó a acomodarse detrás, lejos del nacimiento de las alas.

—El despacho está del lado oeste —dijo ella—. Podemos rodear la torre desde los árboles.

Harry sostuvo las plumas firmes del cuello. Buckbeak dio unas zancadas y despegó con un golpe de alas que lo hizo apretar las rodillas.

El lago quedó debajo.

Harry no buscó dementores. Miró hacia las ventanas altas y trató de reconocer la que daba al despacho de Flitwick. Hermione le indicó que se apartara del frente iluminado del castillo. Se acercaron por el lado oscuro, con las alas haciendo vibrar el aire junto a la piedra.

Sirius apareció detrás del vidrio.

El cristal se empañó junto a su cara. Sirius empujó el marco, que no cedió.

Hermione levantó la varita y abrió la ventana con un encantamiento. Buckbeak batió las alas junto al muro para sostenerse. Harry se aferró al cuello, atento al espacio entre ellos y la piedra.

—Por aquí —dijo.

Sirius apoyó una rodilla en el alféizar. Su mirada pasó del hipogrifo a las dos caras, incapaz de entender.

—Sube —insistió Harry.

Hermione se inclinó hacia delante para dejarle espacio. Sirius se sujetó a ella por la cintura, pasó la pierna y quedó detrás de los dos. Harry sintió el peso nuevo antes de que Buckbeak se separara de la ventana.

No tuvieron que ir lejos. Las almenas de la Torre Oeste quedaban por debajo, alrededor de una azotea amplia. Buckbeak descendió hasta apoyar las garras sobre la piedra y plegó las alas cuando todos estuvieron quietos.

Harry ayudó a Hermione a bajar. Ella se quedó junto al cuello mientras él descendía al suelo.

Sirius permaneció montado.

Desde allí se veía una puerta de servicio que comunicaba con la escalera interior. Harry miró la puerta y luego a su padrino. La huida, por primera vez, tenía un lugar concreto donde separarlos.

—No va a poder ser ahora —dijo Sirius.

Sirius tenía las manos hundidas entre las plumas, junto a una rodilla con la tela rota. Harry todavía podía sentarse detrás de él. Había espacio sobre el hipogrifo; acababan de llegar los tres.

Pero no había un lugar adonde ir juntos. No esa noche.

—¿Cuándo voy a verte?

Sirius apretó los labios.

—No lo sé.

Harry negó con la cabeza antes de que pudiera añadir nada.

—Pero me vas a escribir.

—Sí.

Sirius bajó una mano. Harry se la sujetó con las dos, con tanta fuerza que le dolieron los dedos.

—No vuelvas a desaparecer sin decirme dónde estás.

Su padrino se inclinó todo lo que pudo sobre el cuello del animal.

—Voy a encontrar la forma de que sepas de mí.

Harry asintió. No era la puerta que habían imaginado en el túnel. Era algo que Sirius podía prometerle aquella noche.

Hermione les recordó el reloj.

Harry soltó la mano.

Hermione estaba junto a la puerta de servicio. Harry fue hacia ella y se detuvo un instante con la mano en el marco. Sirius seguía montado, esperando a que entraran.

Harry levantó la mano una última vez. Después cruzó con su amiga y dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas.



CAPÍTULO 41

Al otro lado de la ventana



Dracenia

Sinistra abrió la puerta del observatorio y los hizo levantarse.

—Juntos. Nadie se adelanta.

Dracenia guardó el cuaderno con el dibujo a medio terminar. Ya llevaban un buen rato esperando; la noticia de que había ocurrido algo en los terrenos les había quitado las ganas de seguir comparando lo que vieron por el telescopio.

Pansy pasó una mano por el banco.

—No encuentro el tapón del tintero.

Dracenia levantó una esquina del cuaderno, lo recogió y se lo puso en la mano.

Salieron detrás de las Ravenclaw, con Sinistra al frente. La profesora esperó en el primer descanso hasta comprobar que todos seguían allí. Más abajo se oían pasos, una puerta cerrándose y una voz adulta que pidió dejar libre otro corredor.

Dracenia se acomodó la bolsa al hombro. Quería llegar a su cama y al mismo tiempo le costaba no mirar cada escalera que dejaban atrás. Nadie les había dicho qué ocurría.

Al entrar en la galería occidental encontró aire fresco junto a una ventana abierta.

Entonces oyó las alas.

Fue un golpe pesado, muy distinto del aleteo de una lechuza. Dracenia volvió la cabeza y vio moverse algo grande en la franja de cielo entre las torres y la ladera.

La criatura se separó de la sombra de la piedra.

Tenía las patas delanteras recogidas. Un ala se extendió bajo la luz; el gris del cuello apareció un instante y volvió a oscurecerse. Sobre el lomo había alguien inclinado, una figura a la que no podía distinguir la cara.

Dracenia dejó de sentir el peso de la bolsa.

Conocía aquel pico. La forma de recoger el ala. La cabeza que había esperado tantas veces a que ella terminara de inclinarse.

Le apretó el brazo a Pansy.

—Mira.

Su amiga se volvió justo cuando Buckbeak desplegaba otra vez las alas. El animal giró apenas el pico hacia las ventanas, sin detener el vuelo. A Dracenia le pareció que la había visto.

Alzó una mano. No alcanzó a agitarla.

Ya se alejaba, por encima de los árboles, con su único jinete convertido en una sombra sobre el cuello.

—Era él —susurró Dracenia.

Pansy seguía mirando.

—Sí.

Dracenia se rio. El sonido le salió tan raro que se llevó la mano a la boca; tenía los ojos llenos de agua y el pecho demasiado apretado para volver a respirar bien.

Estaba vivo.

Lo acababa de ver, batiendo las alas. No había un ramal, un poste ni nadie esperando con una carta para decidir qué hacer con él.

La bolsa se le resbaló del hombro. La sujetó contra el costado sin dejar de mirar por la ventana. Quiso verlo otra vez, aunque la oscuridad ya había terminado de llevarse el borde de las alas.

Pansy le tomó el brazo antes de que se quedara atrás.

—Vamos.

Dracenia asintió. Los otros alumnos estaban alcanzando la puerta de la galería.

Tenía que seguir andando. Lo entendía. Aun así, volvió la cara una vez más, con una risa que no conseguía contener y las mejillas mojadas.

—Está vivo —dijo, tan bajo que apenas se oyó a sí misma.

Su amiga le apretó el brazo y la llevó con los demás.

CAPÍTULO 42

Antes de volver a casa

Harry

La escalera desembocó dos pisos por debajo del despacho.

Tuvieron que detenerse al oír pasos. Hermione se pegó con Harry al hueco de una ventana mientras una profesora acompañaba a varios alumnos hacia otro corredor. Sólo cuando dejaron de oírlos pudieron seguir.

Al alcanzar la enfermería todavía faltaban unos minutos para las doce. Había luz bajo la puerta.

Harry quiso llamar.

Hermione le sujetó la mano.

—Todavía estamos dentro.

Se escondieron detrás de una vuelta de la escalera. Harry oyó la puerta abrirse, la voz de Dumbledore y sus propios pasos. Vio salir al director y después el borde del descansillo quedó oculto por la pared.

Hermione miró su reloj sin respirar.

A las once cincuenta y cinco hubo un roce, un destello tenue y silencio.

Esperaron un poco más.

Harry avanzó para mirar. El descansillo estaba vacío.

Entraron a la enfermería a las once cincuenta y siete. Pomfrey levantó la cabeza desde la cama de Ron.

—Por fin. A dormir los dos.

Harry se sentó antes de que las rodillas se le doblaran solas.

Hermione se sentó en su cama y lo miró.

Él empezó a sonreír.

Ron se incorporó un poco entre las almohadas.

—¿Y Black?

Harry miró hacia Pomfrey. La enfermera había pasado detrás de un biombo a guardar los frascos.

—Pudo irse —contestó en voz baja.

Ron dejó caer la cabeza hacia atrás. Harry pensó que iba a hacer otra pregunta, pero su amigo se quedó mirando el techo.

—Todavía me falta revisar unas cuantas cosas —anunció Pomfrey desde el otro lado—. No quiero encontrar a nadie fuera de su cama.

Hermione se quitó los zapatos. Harry intentó hacer lo mismo y tuvo que descansar un momento con el pie a medio camino.

—Peter sigue suelto —dijo Ron.

Harry asintió.

—Lo llevaba conmigo a todas partes.

Ron se miró las manos. Harry pensó en el hombre arrodillado en la choza, pidiéndoles que no lo mataran. Hasta esa noche, su amigo había intentado protegerlo.

—No sabías quién era.

—Ya sé.

Ron se acomodó la pierna con cuidado. Harry logró quitarse el zapato y lo dejó junto al otro. Le habría gustado encontrar algo más que decir, pero Ron había cerrado los ojos.

—Mañana nos cuentas —murmuró.

Harry tiró de la manta. Por primera vez en toda la noche podía prometer algo sencillo.

—Sí.

Al día siguiente, el despacho de Lupin parecía demasiado grande.

Había libros en una caja, papeles reunidos en un montón y un espacio vacío donde Harry recordaba la taza. El profesor tenía la túnica puesta para viajar.

—¿Se va?

Lupin lo invitó a entrar.

Snape había dejado que se supiera lo de su enfermedad. Llegarían cartas de los padres, y Lupin no pensaba esperar a que Dumbledore tuviera que contestarlas todas. Pero no era sólo por las cartas.

—No tomé la última dosis de Matalobos —dijo—. Snape la preparó. Yo vi a Peter y salí sin pensar en nada más.

Harry miró la caja.

—Podría…

—Pude haberlos matado, Harry. La poción me permite conservar la cabeza cuando me transformo. Sin ella, no podía decidir a quién perseguía.

Harry oyó el crujido de la rama cerca del bosque. No encontró una frase que hiciera desaparecer aquella parte para poder quedarse sólo con las lecciones.

Lupin se inclinó para recoger un libro que no había cabido en la caja. Harry se adelantó y lo levantó del suelo. Era uno de los que el profesor había consultado para preparar sus clases.

—¿Aquí? —preguntó, buscando dónde dejarlo.

Lupin apartó unos papeles y le hizo espacio. Harry colocó el libro encima de los demás, sin soltarlo enseguida.

—¿Va a volver alguna vez?

—Me gustaría.

Harry retiró la mano. El libro quedó torcido; lo enderezó antes de dar un paso atrás.

Lupin sacó el Mapa del cajón.

—Es tuyo.

Harry lo tomó con cuidado. La capa había vuelto antes: Snape la llevaba recogida cuando los encontraron y Dumbledore se la entregó al salir de la enfermería. Estaba doblada encima de su baúl, con una mancha de tierra que no quiso quitar todavía.

—No creí que iba a poder hacerlo —dijo Harry—. El Patronus.

El profesor sonrió, cansado.

—Trabajaste mucho.

Harry recorrió el borde del pergamino con el pulgar.

—Gracias por enseñarme. Aunque no le haya hecho caso siempre.

Lupin dejó escapar una risa breve.

Harry lo abrazó antes de que encontrara una respuesta. El profesor tardó un instante en rodearle los hombros.

Al salir, Harry cerró la puerta despacio. La caja de libros seguía dentro, esperando a que la levantaran.

Ron tardó varios días en dejar de pedir que lo ayudaran a levantarse justo antes de que Pomfrey entrara.

La pierna estaba curando bien. Eso no significaba que la enfermera fuera a permitirle probarlo saltando. Hermione lo visitaba con los libros que él necesitaba y alguno que no había pedido. Ron protestaba por los segundos y acababa leyéndolos cuando los demás se iban.

Hermione devolvió el Giratiempo. Había decidido dejar materias el curso siguiente y no pensaba discutirlo con alguien que no hubiera intentado dormir sobre tres horarios distintos.

Hagrid los recibió una tarde con los ojos rojos y una sonrisa que no conseguía quitarse.

—Se fue —dijo, antes de que pudieran preguntarle.

Harry miró a Hermione. Ella se sentó para que no le vieran la cara.

Hablaron del perro, de los exámenes y de una calabaza que Hagrid quería plantar aunque Sprout le advirtió cuánto espacio ocuparía. Nadie propuso buscar otra vez el libro de la apelación.

El poste del cercado estaba vacío.

Sirius no escribió enseguida.

Harry fue al desayuno varios días seguidos con la sensación de que aquella mañana sí encontraría una carta. Después procuró mirar menos al techo cuando se abrían las ventanas.

La lechuza lo alcanzó en el tren de regreso.

Era pequeña, inquieta y golpeó el vidrio con tanta indignación que Ron tuvo que abrir antes de que rompiera algo. Entró como si hubiera ido muy lejos para encontrar a gente especialmente difícil de ayudar.

Harry reconoció su nombre en el sobre.

Sirius estaba a salvo. No podía decirle aún dónde. Le contaba que Buckbeak aceptaba mejor los viajes que algunas de las cosas que había intentado darle de comer y que, cuando encontrara un sitio menos expuesto, volvería a escribir.

Más abajo hablaba de la Firebolt.

Harry levantó la cabeza.

—Fue él.

Ron se inclinó sobre su hombro. Sirius había pagado la escoba con su propio dinero, por medio de un encargo que no exigía presentarse en la tienda. Quería darle algo que James habría disfrutado tanto como él.

Harry apoyó la carta sobre las rodillas.

Por un instante vio los dos mangos: el de la Nimbus, partido, y el de la Firebolt recién descubierto sobre su cama. No tuvo que dejar de querer una para alegrarse de tener la otra.

Había también una hoja aparte, firmada por Sirius, autorizando a su ahijado a visitar Hogsmeade.

Hermione la leyó y sonrió.

—Enséñasela a McGonagall cuando volvamos.

Harry la guardó donde no pudiera arrugarse.

Sirius terminaba preguntándole a Ron si querría quedarse con la pequeña lechuza. No podía devolverle lo que había pensado que era Scabbers; había elegido algo que al menos no trataba de esconderse cuando uno lo miraba.

El ave le mordió una oreja a Ron al posarse en su hombro.

—Ya se siente en casa —comentó Ginny desde la puerta.

Hermione intentó reírse sin que se le notara demasiado. Ron la vio y se apartó con la lechuza antes de que Crookshanks pudiera acercarse más.

—Tu gato no lo está mirando bien.

—Mi gato estaba mirando a un asesino desde septiembre.

Ron se quedó un instante sin respuesta.

Harry terminó riéndose con la carta entre las manos. Cuando pudo volver a leer, encontró al pie una línea donde Sirius preguntaba qué tal habían terminado sus exámenes.

Sacó el cuaderno azul.

Esta vez tenía muchas cosas que contarle.

En Londres, Ron bajó primero para recoger a la lechuza, que había decidido no esperar a que abrieran la jaula.

Hermione abrazó a Harry junto al carro. Se apartó un poco para verlo bien, con aquella atención que a veces lo irritaba y que ahora le habría costado mucho dejar atrás.

—Escribe.

—Ya estaba escribiendo.

—A nosotros también.

Ron le dio un abrazo de costado y lo apretó una vez más antes de soltarlo. Ginny le recordó que la próxima vuelta en la Firebolt seguía pendiente, aunque Harry estaba seguro de haber cumplido la promesa.

—La próxima —insistió ella.

La señora Weasley consiguió abrazarlo por encima del carro y le preguntó si llevaba comida. Harry no intentó explicarle que el viaje ya había terminado. Aceptó el paquete.

Vernon lo esperaba más allá de la salida. Miró la jaula de Hedwig, el baúl y el grupo que todavía lo rodeaba con una impaciencia que Harry conocía de sobra.

Harry se despidió una última vez y echó a andar.

Dentro del cuaderno llevaba una carta de su padrino y el principio de su respuesta. Sirius quería saber de sus días, incluso de los que no salían bien.

Al llegar a la puerta, Vernon le indicó con un gesto que se apresurara. Harry acomodó el paquete de la señora Weasley sobre el baúl y siguió empujando el carro.

En cuanto pudiera abrir la ventana, Hedwig tendría adónde ir.

CAPÍTULO 43

Con la ventana abierta

Dracenia

Dos mañanas después de ver a Buckbeak alejarse desde la galería, Dracenia volvió al salón donde practicaba.

Dejó el cuaderno sobre una silla. Tenía una anotación pendiente sobre el escudo y otra hoja, doblada, que no necesitaba abrir para acordarse de lo que decía.

Probó el Patronus antes de empezar a escribir.

No salió nada.

Dracenia bajó la varita, disgustada. Había llegado con tanta prisa que aún estaba pensando en la puerta que acababa de cerrar. Se sentó para aflojar el brazo y dejó que el salón se quedara callado.

Encontró a su madre en el jardín, como tantas veces: la jarra fría, la fruta sobre la mesa, Narcissa llamándolos para que fueran a la sombra. No intentó colocar cada cosa en su sitio. Se acordó de estar contenta allí.

Todavía estaba en aquella risa cuando oyó, dentro del recuerdo, un golpe de alas.

La alegría le llegó entera, sin tener que reconstruirla.

Levantó la varita y pronunció el encantamiento.

Una luz plateada se extendió delante de su mano. No fue una figura ni pudo seguirla por el salón. Permaneció allí, temblando, hasta que ella perdió el aire de la sorpresa.

Miró el cuaderno. Lo dejó cerrado.

Lo intentó otra vez. La plata se abrió, más estrecha, y se apagó cuando Dracenia quiso estirar la mano libre para comprobar hasta dónde llegaba.

En la puerta sonaron unos golpes. Pansy asomó la cabeza con un libro bajo el brazo.

—Tengo que devolverlo. ¿Vienes?

Dracenia había levantado ya la varita. Su amiga se quedó mirando la luz que apareció delante de ella.

Aquella vez duró hasta que Dracenia decidió bajar el brazo.

Pansy entró lo suficiente para dejar la puerta abierta con el pie.

—Eso no estaba antes.

Dracenia negó con la cabeza. Le dolían las comisuras de estar sonriendo.

Quiso repetirlo una vez más. Después miró el libro de su amiga, las hojas del cuaderno y el reloj.

—Voy contigo.

Guardó la varita antes de que otra prueba pudiera estropearle la mañana.

Se lo escribió a casa después de comer. También escribió que no sabía si podría mantener aquella luz cuando de verdad tuviera miedo.

Quiso enseñársela a Lupin, pero el profesor ya se había ido. La noticia corría por los pasillos junto con demasiadas versiones de lo

que ocurrió aquella noche. Dracenia no podía separar los rumores de lo que nadie se había detenido a contarle.

En su cuaderno anotó cuánto había conseguido sostener la luz y dejó el papel doblado donde estaba.

Luego tuvo que empezar a reunir los libros que llevaba meses distribuyendo entre su baúl y las cosas de Pansy. Faltaba menos de lo que había pensado para marcharse.

En el tren de regreso, Pansy se negó a hablar de exámenes. Apoyó la cabeza contra el respaldo y desplegó las piernas por debajo del asiento. Se había prometido no abrir un libro en todo el viaje y vigilaba con desconfianza los que su amiga tenía dentro de la bolsa.

Dracenia no sacó ninguno.

Habían guardado los materiales de Encantamientos por separado. Padma se llevó sus notas; Pansy, los aros y la caja de plumas, de la que seguía negándose a tirar una torcida. Habían discutido si podrían repetir la demostración al volver en septiembre y acabaron acordando que no hablarían de eso hasta terminar las vacaciones.

Su amiga tomó un dulce de la bolsa abierta entre las dos.

—Mi madre dice que puedo ir el viernes.

Dracenia se incorporó.

—¿Este viernes?

—Mejor antes de que llegue mi prima.

Dracenia soltó una carcajada. Pansy sonrió con la satisfacción de quien había resuelto un problema bastante más importante que la lista de libros del siguiente curso.

La cita en el Ministerio fue el viernes, antes de que llegara Pansy.

Lucius la había solicitado después de recibir la carta. No era algo que Dracenia hubiera hecho para la escuela ni una prueba que necesitara aprobar. Su padre había encontrado a quién preguntar, insistido lo necesario y regresado con una hora reservada para que pudiera intentarlo con un dementor real.

Narcissa le dijo que no le gustaba la idea antes de salir de casa. Lo repitió al llegar.

Dracenia la oyó hablar con los dos funcionarios que los recibieron en un corredor apartado. Se quedó junto a su padre, oyendo el golpe seco de los tacones de Narcissa cada vez que se volvía hacia una puerta. Su madre no preguntaba por el prestigio de la demostración. Quería saber quién estaría delante de su hija y por dónde la sacarían si algo iba mal.

Uno de los hombres abrió la puerta más cercana.

—Aquí no entrará la criatura. Puede volver en cuanto quiera. Nosotros no vamos a esperar a que consiga detenerla.

Narcissa miró el espacio vacío del otro lado. Después se volvió hacia Lucius.

—Sigo pensando que no hace falta.

Él se quedó callado un momento. Llevaba desde el desayuno preguntándole a Dracenia si tenía la varita; ahora parecía entender por qué ella había acabado mostrándosela sin responder.

—Podemos irnos —le dijo a su hija.

Dracenia lo miró.

—¿Ahora?

—Ahora. No tienes que hacerlo porque yo haya conseguido la visita.

Su madre le tomó una mano. Ninguno le pidió que fuera valiente.

Dracenia miró la otra puerta, al fondo de la estancia preparada. Detrás estaba algo que había conseguido dejarla sin palabras bajo la lluvia. No iba a cambiar porque ella pudiera recordar una luz a solas.

—Quiero probar —dijo—. Pero si digo que basta, se acaba.

El funcionario asintió.

—Y si vemos que tienes dificultades, lo acabamos nosotros.

Sus padres se quedaron cerca de la salida. Dracenia avanzó sólo hasta el lugar que le indicaron, con los dos magos más adelante, uno a cada lado.

Los Patronus de los adultos aparecieron antes de abrir la puerta del fondo. La luz se movió hacia la entrada y quedó allí, viva y firme.

El frío llegó de todos modos.

Dracenia vio la mano gris y dejó de notar el suelo con la misma claridad. La capucha se inclinó al otro lado de los guardianes plateados. No le permitieron seguir acercándose.

Ella levantó la varita.

Había una habitación oscura en su cabeza. Una página escrita, una voz que prometía entenderlo todo. Quiso cerrar aquella puerta antes de que se abriera más y descubrió que estaba apretando los dientes.

Su madre le acomodaba un cuello que rozaba. No tenía prisa. Podía quedarse allí, junto a ella, un momento más.

Dracenia respiró.

Y vio las alas.

No la garra, no la manga rota ni la tarde que había contado de distintas maneras. Buckbeak alejándose por encima de los árboles, tan vivo que ella no había podido dejar de reír.

—Expecto Patronum.

La plata salió de su varita y se abrió delante de ella.

La luz se recogió de pronto y tomó cuerpo. Una criatura de plata, completamente formada, alzó la cabeza y avanzó hacia la capucha. Los guardianes de los funcionarios seguían a sus lados.

—Vaya —dijo su padre a su espalda—. ¿Lo habías conseguido antes?

Dracenia negó con la cabeza. No podía apartar los ojos de la criatura.

—Es hermoso —murmuró.

Conservó el brazo levantado y volvió a encontrar aire suficiente para respirar.

No podía dejar de tener miedo. Podía seguir recordando.

Los contornos de la criatura temblaron. Dracenia la sostuvo un instante más, hasta que los dedos empezaron a perder fuerza.

—Basta —consiguió decir.

Los Patronus de los funcionarios avanzaron. El dementor retrocedió, la puerta del fondo se cerró y su madre ya estaba junto a ella cuando la plata se deshizo.

Dracenia bajó la varita.

Narcissa la abrazó sin esperar una explicación. Su padre le puso una mano en la espalda y la acompañaron a la estancia contigua. El calor no volvió de golpe; lo sintió primero en las orejas y después en los dedos con que seguía sujetando a su madre.

Lucius se agachó un poco para mirarla.

—Lo has mantenido.

Dracenia asintió. Quiso decir algo y tuvo que volver a respirar.

—Me alegra que pidieras terminar —añadió él.

No parecía menos orgulloso por eso.

Narcissa le apartó el pelo de la cara.

—Ahora nos vamos.

Esta vez nadie discutió.

Pansy llegó aquella tarde con una bolsa, un abrigo que no necesitaba y una carta de su madre que Narcissa tomó antes de que pudiera dejarla junto al equipaje. Dracenia le había contado por carta qué iba a intentar aquella mañana.

Dracenia la esperaba en lo alto de la escalera. Había dormido un rato después de comer y el cansancio le había dejado de pesar sobre los hombros. Al ver a su amiga, bajó sin esperar a que alguien terminara de preguntarle si había tenido buen viaje.

Pansy la abrazó de lado para no soltar la bolsa.

—¿Te salió?

Dracenia asintió.

—Sí. Un rato.

Su amiga la miró antes de sonreír.

—Bien. Ahora ayúdame con esto.

Dracenia tomó la bolsa antes de que tuviera que pedírselo otra vez.

La llevó arriba junto con el abrigo. Pansy la abrió en cuanto la dejaron sobre la cama, sacó un paquete aplastado y comprobó con bastante alarma una de las esquinas.

Había traído galletas. Varias habían dejado de serlo durante el viaje.

—Tu madre tiene platos, ¿verdad?

Dracenia miró el montón de migas. Se acordó de una mesa del Caldero, de Potter tratando de mover su Snitch a escondidas y de la cara que puso cuando ella se llevó la miga a la boca.

Quiso contarle aquello a Pansy de una forma que no pareciera importante.

Al final tomó un pedazo de galleta.

—Tiene bastantes.

Bajaron a buscarlos. Narcissa había mandado poner el té cerca de la ventana del jardín. Su padre apartó el periódico para dejarles sitio y preguntó por los exámenes de Pansy. Ella empezó por el peor, con tantos detalles que Dracenia tuvo que corregirla antes de que convirtiera una pregunta difícil en una injusticia de todo el colegio.

Pansy le dio un golpe con el pie por debajo de la mesa.

Dracenia se rio. Su madre abrió un poco más la ventana; al fondo del jardín se movían las ramas por encima del campo vacío.

No sacó la varita para comprobar si la plata seguía allí. Se acercó el plato y dejó que su amiga le robara la galleta más grande.